Julián Sanz,
José Babiano
y Francisco Erice (eds.)

E. P. Thompson
Marxismo e Historia social

SIGLO XXI ESPAÑA

SIGLO XXI

ESPAÑA

Julián Sanz, José Babiano
y Francisco Erice (eds.)

E. P. THOMPSON

Marxismo e Historia social

SIGLO XXI
ESPAÑA

SIGLO XXI ESPAÑA

Diseño interior y cubierta: RAG

Creative Commons

Esta obra se coedita en colaboración con la Fundación de Investigaciones Marxistas

© Los autores, 2016

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2016

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1820-7
Depósito legal: M-8.696-2016

Impreso en España

ÍNDICE

Presentación, por Julián Sanz, José Babiano, Francisco Erice ... 7

I. Vigencia de E. P. Thompson. Unas cuantas razones para seguir leyéndolo *(Elena Hernández Sandoica)* 19

II. Edward P. Thompson entre la necesidad y el deseo (*ca.* 1955-*ca.* 1963) *(Ferran Archilés)* 47

III. *The Making of the English Working Class,* 50 años después. Su legado para la historia obrera *(Ángeles Barrio Alonso)* 79

IV. La condescendencia de la posteridad. Lucha de clases, clases y conciencia de clase *(Xavier Domènech Sampere)* 115

V. E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* el feminismo y la Historia de género *(Miren Llona)* 153

VI. E. P. Thompson y la Antropología *(Ubaldo Martínez Veiga)* 177

VII. El siglo XIX en España a la luz de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) *(Rafael Ruzafa Ortega)* 191

VIII. El eco de la obra de Thompson en la historiografía española del movimiento obrero sobre el siglo XX *(José Antonio Pérez Pérez)* 213

IX. El obrero *imaginado*. Representaciones sociales, culturas políticas y movilización social *(Javier Tébar Hurtado)* 241

X. E. P. Thompson y la *Agenda para una historia radical* *(Juan Andrade)* 269

XI. La actualidad política de Thompson. Multitud y 15-M *(Pedro Benítez)* 299

XII. E. P. Thompson. Un comentario bibliográfico *(Adrià Llacuna)* 329

Sobre los autores 361

PRESENTACIÓN

Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice

Hace ahora poco más de medio siglo, salía a la luz un texto deslumbrante, pronto convertido en clásico y destinado a remover los cimientos de una recién alumbrada Historia social. *The Making of the English Working Class [La formación de la clase obrera en Inglaterra]* –como rezaba su título– era obra de un relativamente joven y dinámico activista de la Nueva Izquierda y antiguo militante del Partido Comunista británico, organización que había abandonado tras la invasión soviética de Hungría en 1956. Antes de esa fecha, Edward Palmer Thompson (Oxford, 1924-Worcester, 1993) había formado parte del Grupo de Historiadores del partido (GHPCB), junto a Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé y otros representantes de la brillante escuela de historiadores marxistas británicos, ampliamente reconocida como una de las más destacadas influencias renovadoras en la historiografía del siglo XX[1].

Desde el principio, pudo comprobarse que *La formación…* no era un libro corriente. Se trataba más bien, en palabras de Hobsbawm, de «una especie de volcán histórico en erupción de 848 paginas», acogido de inmediato como una obra «de importancia capital» por historiadores, sociólogos y «jóvenes lectores radicales de ambos lados del Atlántico»[2]. Su impacto se debió, pues, no solo a su contenido, profundamente renovador y un tanto sorprendente para los lectores de estudios habituales sobre el movimiento obrero, sino también a su estilo, caracterizado por un pulso narrativo

---

[1] La mejor introducción en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989. Específicamente sobre el GHPCB, B. Schwartz, «The People in History: The Communist Party Historians' Group, 1946-1956», en R. Johnson, G. McLennan, B. Schwartz y D. Sutton (eds.), *Making Histories. Studies in history-writing and politics,* Londres, Hutchinson, 1982, pp. 44-95.

[2] E. J. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX,* Barcelona, Crítica, 2003, pp. 201-202.

que contribuyó sobremanera a su fuerte capacidad de seducción. No en vano, Thompson, llegó a publicar asimismo una novela y varios poemas. En fin, armado con unas dotes literarias poco comunes en un historiador, Thompson trazaba en *La formación…* los pormenores de la trayectoria épica de una clase obrera que –frente a las concepciones funcionalistas o de cierto marxismo estructural– no era analizada como un simple producto de las condiciones económicas, sino que se había hecho a sí misma o «estuvo presente en su propia formación».

La formación… no era la primera obra de Thompson, un investigador que ni había seguido ni seguiría una carrera académica convencional. Unos años antes, había publicado una voluminosa biografía de William Morris, el socialista inglés de la segunda mitad del siglo XIX cuya crítica estética y moral al capitalismo y cuya visión utópica abierta movieron a Thompson, en cierto modo, a asumir desde entonces la condición de su *alter ego.* Después vendría una amplia y densa producción, centrada especialmente, aunque no de manera exclusiva, en el siglo XVIII inglés, en la que se mezclan lucidez en los análisis y pasión política.

Incluso dentro del brillante y polifacético plantel de historiadores marxistas británicos, Thompson siempre destacó por su originalidad y su capacidad de fascinar al lector. Una vez más Hobsbawm, que compartió con él muchos planteamientos pero también mantuvo algunas discrepancias, lo subrayaba en una medida nota necrológica: Thompson poseía «la capacidad para producir algo cualitativamente diferente de lo que el resto de nosotros producíamos»; una cualidad a la que se podría llamar «genio, en el sentido tradicional de la palabra»[3].

Por otro lado, junto a su quehacer historiográfico, Thompson sostuvo un compromiso militante que fue más allá de su ya mencionada pertenencia al PC británico. En particular, en el tramo final de su vida, estuvo fuertemente vinculado al movimiento pacifista y a la lucha contra el rearme nuclear. A mediados de la década de los ochenta, a propósito de un debate público, llegaría a comentar:

> Me siento como un impostor aquí, porque durante seis años mi oficio ha estado sumergido en la actividad por la paz y les tengo

[3] Obituario de E. J. Hobsbawm reproducido en E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 19-23.

> que explicar a ustedes la posición desde la que ahora hablo [...]. En cinco años he dado más de 500 mítines, asistido a interminables reuniones de comités y visitado 19 o 20 países como emisario del movimiento por la paz[4].

Con el paso del tiempo, la obra de Thompson cuyo cincuentenario conmemoramos ha demostrado ser algo más que un fogonazo, el golpe de efecto de un prestidigitador aventajado o el afortunado ensayo de un historiador de talento. Y ello es así porque se adentraba de lleno en alguno de los problemas que el viejo marxismo había soslayado y que, como el propio Thompson apuntó, implicaban consecuencias historiográficas, pero también políticas. Porque si algo caracteriza la obra de Thompson es la pulsión política que palpita en cada una de las líneas de sus trabajos, una dialéctica fluida entre el pasado y el presente que ejercita continua y certeramente, sin dejar por eso –como él señalaba– de analizar los problemas históricos «en sus propios términos y dentro de su propio conjunto de relaciones»[5]. Su materialismo «histórico y cultural» –como le gustaba apostillar– era inseparable y plenamente solidario de su «comunismo democrático» o su «humanismo socialista», por utilizar algunas de las definiciones que él mismo se adjudicó. No puede entenderse el conjunto de su obra histórica –y no solo *La formación…*– al margen de su proyecto de enlazar el movimiento obrero y socialista militante con los múltiples hilos de la tradición democrático-radical *antinómica* (Paine, Cobbett, Blake y tantos otros). Como ha señalado gráficamente Antoni Domènech, el prologuista de la reciente reedición en castellano de *La formación…,* el socialismo de Thompson fue siempre «un socialismo orgulloso del gorro frigio»[6], y ese es tal vez uno de sus mayores legados.

La obra de Thompson es deliberadamente polémica, en el fondo y en la forma, y plantea reiteradamente algunos de los problemas de interpretación histórica más importantes no solo de la tradición marxista (en la que él se integró, aunque a veces no sin cierto doloroso desgarro), sino de la Historia social o de la Historia

---

[4] E. P. Thompson, «Agenda para una historia radical», en *Edward Palmer Thompson,* Barcelona, Crítica, 2002, ed. de Dorothy Thompson, p. 561.

[5] E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1979, p. 298.

[6] A. Domènech, «Prólogo», en E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* p. 18.

en general. Así, la dialéctica entre estructuras y acción humana, entre determinación y libertad, entre el peso de los factores sociales y los culturales, una problemática en la que buscó superar determinismos y dicotomías defendiendo la complejidad de los procesos históricos y la necesidad de un continuo diálogo entre las concepciones teóricas y la investigación empírica, aportando categorías como la de *experiencia* al tiempo que revalorizaba el peso de los aspectos culturales.

También se preocupó ampliamente de las oscilaciones entre conflicto, equilibrio y hegemonía, otorgando especial atención al papel de las clases sociales y a los factores operantes en su formación, en tanto que un «fenómeno *histórico*», lo que nos remite a la *experiencia* y a la conciencia de clase, huyendo de la concepción determinista y ahistórica en la que había encallado el considerado entonces como marxismo ortodoxo. En este sentido, debemos subrayar que el marxismo en el que se posicionó –lo que el propio Thompson gustaba nombrar como «tradición marxista»– se fundamentaba en una asimilación abierta y crítica de la obra de Marx y Engels, como pone de manifiesto la lectura de *Miseria de la teoría.*

La preocupación por las clases populares emergía de su compromiso político, que lo encaminó a la historia del movimiento obrero y a la preocupación por desarrollar una *historia desde abajo,* indispensable para entender el devenir histórico, pero también para afirmar el papel del sujeto en la historia y para recuperar la memoria de las personas oprimidas, derrotadas o marginadas. Tal como ponía de manifiesto en sus tantas veces citadas palabras del prólogo de *La formación…* sobre «rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al "obsoleto" tejedor en tela manual, al artesano "utópico" e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott»[7].

Todo un conjunto de aportaciones, de inquietudes y de temáticas, un auténtico programa de investigación, que tuvo una enorme influencia en el desarrollo de la Historia social y en la pujanza del marxismo historiográfico en las décadas siguientes, como se recoge en este volumen que presentamos.

¿Hasta qué punto esta obra, rica y diversa, ha resistido al paso del tiempo? O, dicho de otro modo ¿qué puede ofrecernos hoy,

---

[7] La clase como «fenómeno *histórico*» (en cursivas en el original) y el objetivo de rescate, en E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* pp. 27 y 30.

como complemento, contrapunto o alternativa frente a las nuevas corrientes historiográficas y del análisis social? ¿Cuál es o sigue siendo la actualidad de su socialismo humanista y antiestatista, crítico o siempre desconfiado de la conveniencia de «vanguardias» políticas, administradores ilustrados o «tiranos igualitarios» para imponer una humanidad *socializada* desde arriba, tal como planteara ya en 1960 en *Outside the Whale*?[8].

Para abordar estos interrogantes, la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas se planteó celebrar unas Jornadas de debate donde, desde distintas posiciones intelectuales y experiencias profesionales, investigadores de nuestro país hicieran un balance, sin apriorismos ni cortapisas (como le hubiera gustado a Thompson), sobre la actualidad del historiador británico y su influencia en España. Buscando apoyos o sinergias en esta tarea, se estableció pronto contacto con la Fundación Primero de Mayo de Comisiones Obreras, cuya respuesta positiva fue prácticamente inmediata. El fruto de esta colaboración y del esfuerzo estimulante de los profesores invitados fueron las interesantes jornadas celebradas en común en Madrid los días 27 y 28 de junio de 2013[9]. Hay que decir que estas jornadas fueron una de las pocas iniciativas (junto con la publicación de un número especial de la revista *Sociología Histórica* y la reedición de *La formación…* ya mencionada) llevadas a cabo en nuestro país para conmemorar el cincuentenario de la obra germinal de Thompson. Algunos países latinoamericanos y sobre todo Gran Bretaña fueron algo más sensibles a la celebración, pero sin que pueda hablarse de una plena correspondencia con la magnitud de la obra y la importancia del autor.

Las ponencias discutidas en aquellas jornadas, reelaboradas por sus autores, constituyen, con escasas ausencias y algún añadido, el contenido del presente libro. Los diversos textos incluidos abordan algunos de los aspectos más destacados de la vida, la obra y el legado de E. P. Thompson, desde las aportaciones a la historia a su compromiso político; de la práctica como historiador a las polémi-

---

[8] Recogido en E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and other essays,* Londres, Merlin Press, 1980, p. 3.

[9] Una reseña de las mismas en J. Sanz Hoya, «Jornadas de Debate Medio siglo después. E. P. Thompson y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*», *Boletín de la Sección de Historia de la FIM* 1, enero de 2014, pp. 9-11. Las sesiones íntegras de las jornadas, pueden verse en [http://www.1mayo.ccoo.es/nova/NNws_ShwNewDup?codigo=4315&cod_primaria=1410&cod_secundaria=1410#.VAlpH8KTUl9].

cas teóricas; de la influencia y las sucesivas valoraciones de su obra en la historiografía a la reflexión sobre el presente a partir de las preocupaciones y de las herramientas que se extraen de sus trabajos. Aunque caben diversos itinerarios de lectura, dada la transversalidad de algunas cuestiones y los múltiples focos de interés que pueden guiar a quienes lo lean, hemos organizado la obra en cuatro grandes bloques, comenzando el primero por presentar a E. P. Thompson y analizar el contexto y el impacto de su gran clásico *La formación…,* para pasar en el siguiente a profundizar en el análisis de las categorías thompsonianas desde diversas perspectivas (la cuestión de la clase, la perspectiva de género o la antropología). El tercer bloque se ocupa de la recepción y la influencia de la obra del historiador británico en España, mientras que el último recoge diversas aproximaciones a la perspectiva thompsoniana y a su utilidad para nuestro presente, historiográfico y político. Finalmente, se incluye una exhaustiva bibliografía comentada de Thompson.

El análisis de la relevancia de E. P. Thompson, a través del acercamiento tanto a su evolución intelectual como a su impacto global en la historiografía, comienza por una panorámica general sobre su persona, su obra y su aportación. En ella Elena Hernández Sandoica subraya sobre todo la vigencia y el interés de seguir leyendo a Thompson, por la utilidad de los conceptos que imaginó y aplicó –destacadamente, los de *experiencia* y *economía moral*– y por su influencia en el desarrollo de una *historia desde abajo,* que permitiera dar voz a las cabezas populares y adentrarnos en la explicación de su acción en la historia. Destaca asimismo su concepción y su práctica del oficio de historiador, que partía de la importancia del trabajo minucioso en los archivos y del planteamiento de conceptos adecuados que, en continuo diálogo con los datos empíricos, permitiesen dar la necesaria complejidad al análisis histórico, todo ello a través de una cuidada factura literaria, cargada de pasión.

Ferran Archilés, a continuación, traza la evolución intelectual, historiográfica y política de Thompson en los años anteriores a la publicación de *La formación…* Realiza para ello un análisis minucioso de sus preocupaciones, concepciones e influencias, ancladas en un compromiso socialista nacido al calor de la experiencia frentepopulista y en un decidido empeño en aunar el marxismo y la tradición romántica. Así, comienza por explicar y destacar la relevancia de su interés por William Morris, repasa el impacto de 1956,

la salida del PC británico y el comienzo de la trayectoria hacia la New Left, hasta abordar la gestación de *La formación…,* subrayando la importancia del romanticismo de Thompson como necesaria impugnación moral del sistema capitalista.

Entrando ya en *La formación…,* Ángeles Barrio profundiza en el impacto ejercido por aquel voluminoso trabajo en la historiografía, con especial atención a las principales categorías de análisis de la obra. Analiza su influencia en el impulso de la Historia social, especialmente la estadounidense, para después centrarse en la concepción thompsoniana de clase y en el impacto de esta renovada concepción en el estudio del movimiento obrero. Así, las aportaciones de Thompson, Hobsbawm, Rudé y otros empujaron al desarrollo de una historia obrera renovada muy atenta a los elementos culturales, la vida cotidiana y la acción colectiva, que se enfrenta en los últimos años al desafío de la llamada «historia postsocial» y su impugnación de la categoría de *experiencia.* Barrio concluye reclamando la necesidad y el desafío de recuperar una Historia social que responda a los interrogantes del presente sobre la clase obrera y que utilice el legado thompsoniano para ampliar «espacios de la investigación acerca de la rebeldía, el inconformismo y la oposición de la clase obrera», trabajando para ello con «un concepto de clase más amplio y plural».

Ya en el segundo bloque, el texto de Xavier Domènech parte precisamente de un acercamiento a la visión del legado thompsoniano en nuestro presente, exponiendo y reivindicando las principales concepciones de Thompson –«en sus propios términos»– en relación con la causalidad histórica, el sujeto y la *experiencia,* en abierta contraposición a los planteamientos de sus críticos, en especial de los procedentes del *giro lingüístico.* Desentraña la riqueza de los planteamientos del historiador inglés, analizándolos en relación con la tradición marxista y mostrando la relevancia de la categoría de *experiencia* como superadora de una falsa dicotomía entre lo material o económico y lo cultural, como elemento nodal que permite explicar y comprender mejor los procesos de formación de las clases sociales, el desarrollo de la conciencia de clase y el lugar central que en los mismos desempeña la lucha de clases. En ese sentido, Domènech defiende la plena pertinencia y vigencia de las aportaciones de Thompson para superar los problemas que implican las dicotomías, determinismos y reduccionismos a que parecen conducir las visiones procedentes del *giro lingüístico.*

Desde una posición algo diversa, Miren Llona plantea una mirada desde el género a *La formación…* –en tanto que obra y tema– y a las categorías de Thompson. Pese a constatar la evidente ausencia de la dimensión de género en la obra de 1963, incide en que la renovación del marxismo y de la Historia social que implicó –con la mayor complejidad introducida en los procesos y el énfasis en la acción de los sujetos– favoreció la gestación de la nueva Historia de las mujeres. Asimismo recoge las principales críticas realizadas a sus categorías de clase y de *experiencia* desde la perspectiva de género, en especial por Joan Scott, paralelas al proceso de desplazamiento de la Historia social hacia la Historia cultural. La importancia de la introducción de la categoría de género en esta evolución de la historiografía reciente se pone asimismo de manifiesto en la notable renovación aportada en el terreno del estudio de la formación de la clase obrera, como se comprueba al revisar las aportaciones de los estudios de Sonya Rose y Anna Clark, quienes conciben la clase y el género como dos elementos inseparables, que se han construido y transformado de forma conjunta y simultánea en el proceso de formación de la clase obrera y de las nuevas categorías de género del siglo XIX.

Las aportaciones de Thompson generaron una amplia influencia más allá de la disciplina histórica y, de hecho, animaron crecientes intercambios con otras disciplinas. Ubaldo Martínez Veiga se centra en concreto en la relación entre la obra de Thompson y la Antropología, ofreciendo unas notas a través de varios textos del autor inglés en los que se acercó a cuestiones antropológicas, señalando asimismo la relación entre sus aportaciones sobre la cultura plebeya y las concepciones gramscianas en torno a la *cultura popular,* el *sentido común* y la *hegemonía.*

Lo cierto es que en España la obra de Thompson –como, más ampliamente, la de aquella escuela de historiadores marxistas británicos– ha influido a varias generaciones de historiadores e historiadoras, desde los años sesenta hasta las recientes promociones que lo leen durante sus años de estudiantes o lo reivindican en los foros de jóvenes investigadores. Rafael Ruzafa aborda, en estrecha relación con el influjo thompsoniano, la evolución de la historiografía española dedicada al siglo XIX, especialmente en el terreno de la historia obrera y de las clases populares, destacando la incorporación de planteamientos explicativos más complejos y la atención a los procesos de formación de identidades. Asimismo, Ruza-

fa fija en el arco temporal 1830-1880 el proceso de formación de la clase obrera en España.

Por su parte, José Antonio Pérez comienza por explicar el contexto de la recepción de la obra de Thompson y del marxismo británico, en especial desde la segunda mitad de los setenta, pero con sucesivos descubrimientos y relecturas de los futuros historiadores formados en los ochenta y los noventa. Aquella perspectiva que reivindicaba el protagonismo del sujeto, de la *experiencia,* de los trabajadores comunes, permitió el tránsito hacia una historia renovada sobre la clase trabajadora, alcanzando un notable influjo –señala– en los estudios de las últimas décadas sobre la clase obrera bajo la dictadura franquista.

Otro carácter tiene la aportación de Javier Tébar, que constituye un buen ejemplo de esa Historia social dedicada al movimiento obrero durante la dictadura, realizando un estudio de caso sobre los lenguajes de clase en la Barcelona de los años sesenta. El autor defiende una perspectiva integradora, que permite complementar la utilidad de categorías thompsonianas como la *experiencia* con la atención al estudio de los aspectos lingüísticos, a través del estudio de los discursos de identidad y movilización emitidos desde el movimiento de las comisiones obreras.

La dedicación a la historia y la militancia política eran dos vocaciones intrínsecamente unidas en Thompson, derivadas de su compromiso con la causa del movimiento obrero, de la emancipación humana, por lo que resulta imprescindible atender también tanto a su faceta militante como a las consecuencias y lecturas políticas de su legado, que se abordan en el siguiente bloque. Juan Andrade plantea un acercamiento a algunos de los planteamientos del historiador comprometido que fue, deteniéndose en su concepción de la disciplina histórica, exponiendo a partir de *Miseria de la teoría* sus puntos de vista sobre el conocimiento social, incardinados en las posiciones del materialismo histórico y del realismo epistemológico, desde un marxismo crítico –en neto contraste, apunta, tanto con el estructuralismo althusseriano como con las posteriores posiciones procedentes del «giro lingüístico»–. Y, por otro lado, repasa también algunos de sus rasgos más notables como activista y trabajador intelectual, como fueron su actitud antiacadémica, su defensa de una cultura vinculada a las clases populares o su radical rechazo del estalinismo desde posiciones humanistas.

Aspectos, todos ellos, de actualidad, pues el eco de los análisis y de las luchas de Thompson puede percibirse y resultar útil en los combates de nuestros días, como muestra Pedro Benítez a través de un acercamiento al caso del 15-M. Las concepciones del autor de *Tradición, revuelta y conciencia de clase* sobre el proceso de formación de la clase obrera, fundadas en la relevancia fundamental de la *experiencia* y en el rechazo de toda visión teleológica, resultan de gran interés para la acción política del presente, en el que emergen nuevos sujetos sociales, como el 15-M, que se fundan en la propia experiencia de movilización y de elaboración colectiva.

Finalmente se incluye un comentario bibliográfico, a cargo de Adrià Llacuna, que ha procedido a una exhaustiva recopilación del extenso y variado corpus de libros, artículos, opúsculos o manifiestos de muy diverso carácter que E. P. Thompson dedicó a lo largo de su vida a aspectos históricos, literarios, políticos o de otra índole, que acompaña de una útil introducción que permite enmarcar la amplia producción del autor británico, su cronología y sus principales temas.

* * *

Lejos, por tanto, de un mero ejercicio de historia de la historiografía, a la luz de este conjunto de aportaciones se puede afirmar la vigencia de la obra de E. P. Thompson y la necesidad de tener en cuenta sus aportaciones tanto para la ciencia histórica, como para la tradición analítica marxista y para el combate político. Una historia fundada en el sujeto, en la acción humana en su contexto social, en la empatía con las clases populares que han soportado el peso de la opresión y con las luchas que –con derrotas y logros– han permitido conquistar avances y espacios en el terreno de la emancipación humana. En un presente marcado por el retroceso impuesto en las libertades y en los derechos sociales, se hace imprescindible atender a la historia de las luchas populares y comprender los mecanismos a través de los cuales los sectores subalternos –y, destacadamente, la clase obrera– han empujado el cambio social. Un terreno en el que resalta la pertinencia de la *historia desde abajo,* que sigue constituyendo, además, una obligación política y moral para dar voz a las personas marginadas y desfavorecidas. Como apuntan varias de las aporta-

ciones a este libro, se plantea la necesidad de relanzar una *Historia social* que nos permita dar respuesta a la complejidad de los procesos históricos, huyendo de los determinismos y atendiendo a la acción de los sujetos en sus condiciones *históricas* de existencia, en las cuales lo material y lo cultural aparecen inextricablemente unidos, conformando la experiencia, las identidades y la cultura de los individuos y de los grupos sociales. Un panorama en el que sería conveniente incorporar todas las aportaciones útiles de las nuevas tendencias historiográficas (perspectiva de género, estudios culturales, estudios poscoloniales), sin descuidar el estudio de las estructuras económicas, sociales y políticas, enriqueciendo y renovando el acervo de la Historia social. Es en cierto modo, sin entrar ahora en la valoración de sus propuestas concretas, lo que han defendido Eley y Nield abogando por establecer un diálogo que permita derrumbar barreras entre distintas propuestas teóricas y epistemológicas[10].

Desde luego, las circunstancias del presente obligan a comprender aspectos como las dinámicas de funcionamiento del sistema capitalista, los nuevos marcos de relaciones laborales, las identidades y las formas culturales extendidas entre los grupos sociales, o el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva como respuesta a la crisis económica y al retroceso sistemático de derechos que impone la actual gobernanza neoliberal. En este contexto, nos estamos encontrando con la formación de nuevos sujetos y movimientos sociales que, desde sus condiciones materiales cotidianas, desde diferentes tradiciones y ámbitos culturales, están sufriendo la experiencia de la pauperización, de la restricción de libertades y de la pérdida de expectativas, al tiempo que desarrollando, también, una experiencia común de difusión de nuevas y viejas ideas, de movilización y de combate político. Y es que la emergencia de nuevos sujetos políticos, en especial de aquellos representantes de la clase trabajadora o de las clases populares, como nos mostró Thompson, se construye a través de las experiencias concretas de opresión, de participación y de lucha política, en las que se pueden fundir tradiciones culturales anteriores con elementos nue-

---

[10] G. Eley y K. Nield, *El futuro de la clase en la Historia. ¿Qué queda de lo social?,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010. Véase también G. Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

vos, proponiendo una hegemonía alternativa y una economía moral de la multitud, que bien podría aprovechar los ricos legados de las diversas tradiciones de la izquierda en la batalla por la mejora de las condiciones de vida de la mayoría social y, en última instancia, por la emancipación humana.

I. VIGENCIA DE E. P. THOMPSON. UNAS CUANTAS RAZONES PARA SEGUIR LEYÉNDOLO

Elena Hernández Sandoica

Entre la dura realidad de las relaciones productivas y el descubrimiento de la conciencia de clase se encuentra el vasto, múltiple y contradictorio reino de la experiencia…

Thompson murió en agosto de 1993, cuando solo contaba 69 años y había empleado buena parte de sus últimas décadas en tareas políticas, entregado con entusiasmo y tenacidad a la propaganda pacifista y antinuclear, bajo un lema constante: «Protesta y sobrevive». Más de 20 años después de su muerte, ¿tendríamos razones suficientes los historiadores para seguir leyéndolo, como hacíamos en las décadas de los setenta y los ochenta? ¿Podríamos considerarlo definitivamente un clásico, un «producto historiográfico» genial, por su originalidad creativa en el materialismo histórico en el que se encuadraba, y un modo de hacer que nos resulta familiar, por la marcada impronta que dejó en la *nueva Historia cultural,* que suma Antropología y Literatura a la Historia política? Así lo vio en 1989 la influyente neohistoricista norteamericana Lynn Hunt, que lo situó junto a Foucault y LaCapra, Natalie Z. Davis y Hayden White, y encargó un capítulo sobre Thompson y la historiadora canadiense de *El regreso de Martin Guerre*[1]. ¿Seguiría siendo hoy, en la segunda década del siglo XXI, una lectura todavía *necesaria* la de Thompson, aquel marxista heterodoxo y enfático, cordial y vehemente, casi por sistema opuesto al *statu quo*? ¿Siguen siendo sus textos –no solo *The Making of the English Working Class*–, un referente esencial en Historia social y cultural?[2].

---

[1] Lo realizó S. Desan, en L. Hunt (ed.), *The New Cultural History,* Berkeley, The University of California Press, 1989, pp. 47-70.

[2] Selección póstuma [Nueva York, New Press, 2001], en D. Thompson (ed.), *Thompson. Obra esencial,* Barcelona, Crítica, 2002. Acercamiento general, en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 1989.

Trataré de argumentar por qué creo que la lectura a fondo de la obra de Edward Palmer Thompson sigue siendo importante en la formación de todo historiador. Nacido en Oxford en 1924, segundo de los dos hijos de una familia de tradición culta y reformista (su padre se consideraba ante todo escritor), metodista no practicante, con referencias coloniales que pesaron sobre toda su vida, Thompson es un autor atípico visto desde el periodo y la tarea política en que inició su obra, el comunismo de la Guerra Fría; y seguiría siéndolo después, en su elección de izquierda occidental poscomunista. Su originalidad no impediría –todo lo contrario– la adecuación de su relato a las expectativas de quienes lo escuchaban «desde abajo», como guía intelectual o como brillantísimo orador. Su proverbial pasión y su atrevimiento polemista lo alejaron mayoritariamente de la vida política y académica regulares, pero esa parcial y relativa marginación agrandaría en cambio su imagen pública: Palmer relata que en una encuesta de los años ochenta Thompson estaba en el cuarto lugar de popularidad, después tan solo de Isabel II, la reina madre y la señora Thatcher[3]. Su activa presencia en los medios, a favor de la paz o en tarea educativa, sería la causa de esa proyección, poco común para un historiador[4].

Había iniciado en los años cincuenta, lo mismo en radio y televisión que en mítines, foros públicos y manifestaciones, su carrera de activista a favor del final de la Guerra Fría y la política de bloques. Magnífica su capacidad para entablar polémica, dentro y fuera del Partido Comunista, en el que militaba desde los 19 años; tenaz en entablar debate con la propia izquierda –comunista, anarquista o trotskista– o para debatir con el neoliberalismo creciente, en la década de los setenta protagonizó junto a su mujer,

---

[3] B. D. Palmer, *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones,* Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia, 2004 [Nueva York, Verso, 1994], no tanto biografía como guía excelente para entender la estrecha ligazón en Thompson de acción política y obra escrita.

[4] De esa época es su texto clave para la historia del crimen: *Whigs and Hunters: The Origin of the Black Act,* Nueva York, 1975 [ed. cast.: *Los orígenes de la ley negra. Un episodio de la historia criminal inglesa,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2010]. Hay ediciones posteriores, una de ellas reciente (2013). De principios de la década de los ochenta son también «The End of an Episode», *New Society,* 13 de diciembre de 1979; *Writing by Candlelight,* Merlin, 1980; y «Notes on Exterminism, the Last Stage of Civilisation», *New Left Review* 121, mayo-junio de 1980.

Dorothy[5], y otros compañeros una importante campaña contra el recorte de libertades y el desmantelamiento del Estado de bienestar en Gran Bretaña. En general, la izquierda ortodoxa estuvo en desacuerdo con él, por su radicalismo y su espontaneidad, por la excesiva libertad de actuación de que hacía gala y el temor a dañar la estrategia.

Nos quedan testimonios audiovisuales que dan fe de la cólera con que Thompson exhibía su impaciencia ante una sociedad narcotizada, inconsciente ante la hondura del expolio. Una parte han sido incorporados al documental de Luke Fowler *The Poor Stockinger, the Luddite Cropper and the Deluded Followers of Joanna Southcott* (2012), rodado en el West Riding de Yorkshire, con palabras de Thompson sobre la historia y otros asuntos centrales en su vida, la enseñanza de adultos y la igualdad de derechos, pero también su decisiva contribución al nacimiento de los «estudios culturales» y su aceptación académica[6]. Con el paso del tiempo, algo que parecía insuficientemente valorado en el momento de su muerte –el papel de Thompson en el apaciguamiento de la tensión nuclear[7]–,

---

[5] En el reconocimiento de su escritura histórica, D. Thompson (1923-2011) aparece eclipsada por la sombra de su marido, con el que tantas cosas compartió. Estudiosa de los movimientos cartistas (*The Chartists: Popular Politics in the Industrial Revolution,* Nueva York, Pantheon Books, 1984) y de los movimientos populares en general (*Outsiders: Class, Gender and Nation,* como editora e introductora), sus discípulos resaltaron su entrega a la docencia, a la familia y, solo en tercer plano, la investigación (D. Thompson, O. R. Ashton, R. Fyson y S. Roberts (eds.), *The Duty of Discontent: Essays for Dorothy Thompson,* Nueva York, Mansell, 1995). Dorothy estuvo convencida de que había que «llenar» la teoría con empiria, manteniendo no obstante su enemiga hacia el realismo objetivista y la costumbre de aplicar los datos al relato, sin más esfuerzo o interpretación, ya fuese como autora o como profesora de historia en Birmingham. Véase también «Dorothy Thompson and the Thompsonian Project», ponencia de P. J. Corfield en *Eighth Historical Materialism Annual Conference at the School of African and Oriental Studies, University of London. 12 November 2011.* Además de la obra sobre clase y género mencionada más abajo, y de editar póstumamente a Thompson, fue autora de *Queen Victoria: Gender and Power,* Londres, Virago, 1990, amén de otros textos antinucleares y feministas (*Over our Dead Bodies: Women against Bomb,* Londres, Virago, 1983).

[6] L. Fowler (Glasgow, 1978) contó con la colaboración del cineasta norteamericano P. Hutton y del escritor y director, nacido en Yorkshire, G. Clark. El documental fue exhibido en Madrid *(La Casa Encendida)* en otoño de 2012, junto a dos obras más de Fowler.

[7] J. Á. Ruiz Jiménez, *E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría,* Granada, Universidad de Granada, 2005. M. Kaldor –cofirmante del *Manifiesto para un desarme nuclear* en 1980–, escribía el 30 agosto de 1993 en *The Independent:* «Thompson has not yet received the public recognition he deserves for his part in ending the Cold War».

ha venido a ser más justamente valorado, ponderándose su capacidad para sensibilizar a colectivos sociales a un lado y otro del Atlántico, viajando sin cesar y hablando de la paz y el terror milenario a un ritmo frenético, que solo interrumpía de vez en cuando para dar unas cuantas clases que le ayudaran a vivir… Como apunta Scott Hamilton, en la persona y trayectoria de Thompson los fracasos políticos y los conflictos intelectuales conectaron estrechamente con sus éxitos, y sería esa imbricación la que daría a su figura la relevancia que alcanzó[8]. Naturalmente, desempeñaron un papel decisivo sus escritos, llenos de fuerza y tenacidad en mantener sus interpretaciones y puntos de vista.

Leída a fecha de hoy, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*[9], obra magna publicada por vez primera en 1963, sigue dando la razón a Fontana cuando en 1994 afirmó que Thompson consigue superar el «aburrimiento que suele producir la gris mediocridad de las lecturas cotidianas»[10]. Thompson volvió sobre los conceptos principales del libro una vez tras otra –no solo al preparar su segunda edición, sino en los muchos escritos en que habrá de responder a críticos y detractores, hasta *Costumbres en común,* publicado en 1992 y uno de los tres textos que se apresuró a concluir cuando ya se sabía gravemente enfermo. Escribió siempre historia en paralelo a la poesía, una vocación que heredó del padre, expresando en ambos géneros por igual su concepto de la vida y la historia y su natural temperamento de «oposición». Oposición al rearme, oposición a los gobiernos –tanto conservadores como laboristas, y a pesar de haberse afiliado al Labour Party en 1962–, y oposición a las líneas mayoritarias de actuación, en búsqueda perpetua de aplicaciones prácticas. Ninguna de sus obras alcanzó el impacto de *La formación…,* pero cualquiera de ellas conserva intactas la frescura y la energía con que Thompson las formuló.

Había firmado contrato para escribir aquel libro en 1959, cuando impartía clases en la universidad de Leeds y trabajaba activa-

---

[8] S. Hamilton, *The Crisis of Theory: E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics,* Mánchester, Manchester University Press, 2011.

[9] *The Making of the English Working Class,* 1963; segunda edición revisada en inglés, 1980. La primera traducción en castellano es de 1977. La segunda, en dos tomos, editada por E. Grau y prologada por J. Fontana (Barcelona, Crítica, 1989). Hay una nueva edición con prólogo de A. Domènech (Madrid, Capián Swing, 2012).

[10] J. Fontana, «E. P. Thompson, hoy y mañana», *Historia Social* 18, invierno de 1994, p. 3.

mente en la New Left, pero venía trabajando en la idea y acumulando notas desde diez años antes, cuando enseñaba a «grupos reducidos de alumnos», no universitarios, en el West Riding. La obertura del libro, uno de los pasajes más citados de la Historia social («Trato de rescatar de la enorme prepotencia [condescencencia, se tradujo también] de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al "obsoleto" tejedor de telar manual, al artesano "utópico" e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott […]»), expresa bien su idea de sujeto y objeto, pero hay que reconocer que no era aquella la manera esperable de comenzar una Historia social para un marxista de la primera parte de los años sesenta. Había que esclarecer el concepto de «clase» (aquí la «clase obrera», específicamente), y rescatar a unos seres anónimos del olvido oficial, y esa, por más que hoy gustemos del enfoque de Thompson, no era ciertamente la forma de operar. El autor afirmaba, además, que las aspiraciones de aquellos olvidados «eran válidas en términos de su propia experiencia», y que urgía rescatar esa experiencia y salvarla del olvido, porque «si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas»[11]. Estamos ante alguien, de este modo, que al realizar una elección política para el análisis social, le sobreimprime una elección moral, que obliga al historiador y le compromete. Resulta ser la «mirada desde abajo» que Thompson justifica como método en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*[12].

En el presente en que nos encontramos, esa mirada vuelve a ser de interés –si es que no ya de urgencia–, acaso por los mismos motivos, pero a la inversa, por los que se oscureció durante un par de décadas su valor como parte de la Historia social. La urgencia sí la escuchó en su vida el mismo Thompson, para elegir aquella perspectiva, de aplicación directa: «La mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía se podrían ganar, en Asia o en África, causas que se perdieron en Inglaterra»[13].

---

[11] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. I, p. XVII y t. II, p. 417.

[12] R. M. González, «Eric J. Hobsbawm, la Historia *desde abajo* y el análisis de los agentes históricos», *Rubrica contemporanea* 2/4, 2013.

[13] *La formación…, op. cit.,* t. I, p. XVII. Una observación similar en J. Fontana, «E. P. Thompson…», *op. cit.,* p. 5.

Así escribía en 1963, y aunque los problemas que hoy nos acucian son más bien las desactivaciones y trastornos de aquella otra época, no cabe duda de que vivimos una edición particular de conflicto social que sustituye el enfrentamiento ideológico por la expulsión de muchos desfavorecidos del sistema, con una involución democrática pasmosamente rápida e impúdica. Quizá el pensar y el hacer la historia «desde abajo» (desde la posición y las expectativas de los actores sociales que experimentan con mayor hondura las constricciones del poder), empleando herramientas de análisis que iluminen las expectativas de los desfavorecidos, sea para el historiador de nuestro tiempo una obligación política y moral, y no ya solo una elección de método. Thompson, si viviera hoy, habría cumplido ya los 90 años, pero casi seguro que no podría resistirse a «actuar». Pues, como tantas veces, recordaría a Blake: «El que se siente llamado a actuar, si no lo hace, genera pestilencia […]».

La formación… tuvo su origen en un encargo editorial, un contrato para estudiar la clase obrera entre 1832 y 1870 –como correspondía a un manual «clásico» de Historia social–, pero Thompson convenció al editor para empezar el estudio más atrás, en el periodo previo a los cambios de la industrialización. El estudio cubrió casi 1.000 páginas –sin llegar más que a donde hubiera debido comenzar– mostrando que, entre 1790 y 1832, con un pico de movilización en el otoño de 1831, una *marea de sentimiento revolucionario* se extendió entre la clase obrera inglesa, sucediéndose una oleada de creencias, extensamente compartidas, que impulsaban a los artesanos a la acción: «Si se hinca una pala en la cultura de la clase obrera del norte [de Inglaterra] en cualquier momento de la década de los treinta, parece que la pasión brota del suelo […]». Su concepto de «formación» de clase –que él cree un concepto «tosco»–, va articulando ese proceso vívido y fluido, aquel bullir de personajes populares en escena, en el que los condicionantes de tipo estructural se mezclan e interfieren con los sujetos de la acción colectiva, conservando no obstante particularidad, visibles y, en la medida de lo posible diferenciados, en el denso relato que nos ofrece Thompson. Y es que su escritura (ya sea histórica, poética o política) posee una gran capacidad, como destaca A. Giddens, para describir la acción humana y para desnudar el componente emocional y sentimental, la madeja de ideas y creencias que impulsan en hombres y mujeres sus actuaciones, y que tantas veces vienen a ser la parte más visible de los comportamientos colectivos, la que más nos vincula al

resto de la comunidad y del entorno[14]. Tal elección –no es posible ignorarlo– se compadece bien con esta otra «era de las emociones» en que, a ojos de muchos, estamos instalados ahora en el presente, y no solo en el seno de las ciencias sociales.

Thompson tuvo una gran capacidad para imaginar conceptos y aplicarlos, en relación con la teoría marxista y en discusión con la Sociología y la Antropología, tomándolos en préstamo[15]. Sus conceptos clave («experiencia» o «economía moral») contienen en sus definiciones sucesivas ese componente emocional que se hará más concreto según avance Thompson la clarificación que le piden sus críticos –una tarea que le aburría e impacientaba[16]–: «La experiencia comprende la respuesta mental y emocional, bien de un individuo o de un grupo social, a muchas situaciones interrelacionadas o a numerosas repeticiones del mismo tipo de situaciones». Concretando, «[…] lo que podemos afirmar con seguridad es que el artesano sentía que su posición social y su nivel de vida estaban amenazados, o se habían deteriorado, entre 1815 y 1840»[17]. Para afrontar los cambios, los artesanos ponían en juego eso que P. Bourdieu llamaría «capital cultural», pero también todo tipo de recursos emotivos.

Nuestro autor se revela imprescindible, desde esta perspectiva, porque de él procede un amplio porcentaje del esfuerzo historiográfico del último tercio del siglo XX por analizar las *ideas* no solo a través de quienes las encarnan en sus manifestaciones públicas y significativas (es decir, quienes son objeto de la Historia de las ideas, la Historia del pensamiento y la Historia intelectual), sino a través de todo tipo de seres o individuos de las capas populares, en tanto que llevan a la práctica cualquier forma de *acción social, política y cultural.* Thompson destacará el papel de la lectura y la escritura en la formación de la conciencia de clase, y procurará seguir –a través de las fuentes de archivo– la directa incidencia de circulación de ideas de libros y panfletos en las formas que toma la movilización, sin que le sea preciso contar con la organización ni el

---

[14] A. Giddens, «Fuera del mecanicismo: E. P. Thompson sobre conciencia e historia», *Historia Social* 18, 1994, pp. 153-170 (original en *Social Theory and Modern Sociology,* Stanford University Press, 1987).

[15] Combate las «teorías de la modernización» (a su decir, «ortodoxias positivistas») y «cierta ortodoxia marxista», que en especial le duele.

[16] *Miseria de la Teoría,* Barcelona, Crítica, 1981 [Merlin, 1978].

[17] *La formación…, op. cit.,* t. I, p. 283.

liderazgo para resaltar el valor proactivo de ese aprendizaje: «La conciencia articulada del autodidacta era, por encima de todo, una conciencia política […]. Las ciudades, e incluso los pueblos, bullían con la energía desplegada por los autodidactas»[18]. El seguimiento de ese flujo o proceso, una experiencia colectiva con deriva identitaria, exige una consideración relacional por parte del historiador –dice Thompson–, siendo que el propio hecho cultural y social que es la experiencia «incluye todo el conjunto de respuestas subjetivas que los trabajadores dan a su explotación no solo en los movimientos de lucha, sino en el ámbito de sus familias y comunidades, en sus actividades recreativas, en sus prácticas y creencias religiosas, en sus talleres y tejedurías…»[19]. Explícitamente considera que «las personas no solo viven su propia experiencia bajo forma de ideas, en el marco del pensamiento y sus procedimientos, o –según suponen algunos practicantes de la teoría– como instinto proletario, etc. También viven su propia experiencia como sentimiento, y los elaboran en las coordenadas de su cultura, en tanto que normas, obligaciones y reciprocidades familiares y de parentesco, valores o –mediante formas más elaboradas– como experiencias artísticas o creencias religiosas. Esta mitad de la cultura (que constituye una buena mitad del conjunto de lo cultural) puede denominarse conciencia afectiva y moral».

Thompson introduce pues, en su especial interpretación del marxismo, términos de inspiración sociológica o jurídica: «consenso popular», «prácticas legítimas o ilegítimas», «normas y obligaciones sociales», «comunidad»…, empapando de sentimientos y emociones las explicaciones que se ve obligado a dar a propósito del sorpresivo término «*economía moral de la multitud*». Pero también emplea, muy llamativamente (puesto que tiene lugar en un marco de interpretación marxista), términos de tipo psicológico y colectivo, como «agravio», «creencias, usos y formas», «emociones profundas»…, además de otros con un plus de fuerza política y reivindicativa: «exigencias de la multitud hacia las autoridades», «indignación», y –en la cúspide de todo– «obligación "moral" de

---

[18] *La formación…, op. cit.,* t. II, p. 313.

[19] W. H. Sewell Jr., «Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», *Historia Social* 18, invierno de 1994, p. 82 [en inglés, en H. J. Kaye y K. McClelland (eds.), *E. P. Thompson. Critical Perspectives,* Londres, Polity Press, 1990].

protestar»… Como escribe en 1991 en «La economía moral revisada», «[…] las emociones profundas que despierta la escasez, las exigencias que la multitud hacía a las autoridades en tales crisis, la indignación provocada por el agiotaje de las situaciones de emergencia que representaban una amenaza para la vida, comunicaban una obligación "moral" particular de protestar. Todo esto formando un conjunto es lo que yo entiendo por economía moral»[20].

Es muy posible que el lector de hoy día no necesite tantas aclaraciones sobre el concepto como se le pidieron a Thompson por entonces, pero sí hay que notar que lo que está ausente de su repertorio es el vocabulario propiamente económico que era de esperar en un autor marxista[21]. Thompson utiliza «economía» con el valor de «estructura subyacente a la acción de la multitud», tal como sucede en los años veinte y los treinta del siglo XX; tal como lo emplea Norbert Elias al hablar de «economía psíquica» de los individuos, o como se hace en Antropología («economía simbólica») o aparece en Foucault («economía del poder»), entendiendo por tal un conjunto estructurado de mecanismos para la regulación del uso de los recursos disponibles, ya de la psique o ya de los individuos, de los símbolos de una comunidad o del ejercicio del poder por un Estado o grupo social.

Eso le llevaría a discrepar de los demás jóvenes historiadores del Partido Comunista (PC) británico. Ahí radica el ácido conflicto, desde 1963, con los redactores principales de la *New Left Review,* Perry Anderson y Tom Nairn, en torno a la naturaleza del marxismo y a la estrategia socialista, y luego más radicalmente, con el francés Louis Althusser[22]. Su antiacademicismo y su antielitis-

---

[20] El origen frente-populista de esta visión en la época de entreguerras, lo destaca A. Estrella González: «Las ambigüedades de la "historia desde abajo" de E. P. Thompson: las herramientas del historiador entre la forma, el compromiso político y las disposiciones sociales», *Signos históricos* 11/22, julio-diciembre de 2009, pp. 76-109, también en [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-44202009000200003&script=sci_arttext].

[21] El lector habitual de microhistoria se sentirá cercano al Giovanni Levi de *La herencia inmaterial* al leer a Thompson hablando de cultura popular: «Otro rasgo de esta cultura, que reviste especial interés para mí, es la prioridad que en ciertos campos se le da a las sanciones, intercambios y motivaciones "no económicas", frente a las directas y monetarias».

[22] «The Peculiarities of the English», 1965 [*Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos,* Historia Social, Valencia, 2002, y antes en *Historia Social* 18, 1994, pp. 9-60]. Para la discusión sobre los modelos en historia, pp. 51 y ss.; para el significado de «The

mo, su rechazo del esquematismo teórico de tantos de sus colegas universitarios, alcanzaron cotas muy altas de dureza contra los estructuralistas, seducidos por las filosofías de este signo para dar forma a una teoría marxista del proceso histórico, enemigos de la historia por creerla incapaz de aportar algo al desarrollo del marxismo. Ni como política ni como ciencia, la historia desempeñaría un papel a ojos de los más jóvenes del grupo…[23]. Se empeñó entonces Thompson en un debate de gran complejidad (historia empírica frente a gran teoría) que, además de dibujar diversas formas de marxismo –antagónicas e inconciliables entre sí–, incidiría en el desvanecimiento temporal de la fuerza y potencia del marxismo occidental de la segunda mitad del siglo XX[24].

Historia, literatura, poética

Conviene, en este punto, detenerse un momento a recordar cómo era E. P. Thompson, cómo llegaría a ser. A lo largo de toda su vida, escribir y actuar serían para él los dos polos de una construcción de la persona vivida como emoción política (y por ello, construcción subjetiva y voluntaria). Pero, también, como una obligación moral de aliento radical e inspiración «humanista» –una tradición cultural que Thompson creía no solo compatible con el marxismo, sino arraigada en su propia tradición, la del socialismo marxista inglés del siglo XIX y principios del XX–. Insistiría en seguir a Marx, William Morris y William Blake, sus ideales de vida y actuación, para evitar «cometer el error de abstenerse en la batalla» (ya recordamos que Blake decía que «quien desea, pero no actúa, genera pestilencia»), y Thompson siguió esa máxima toda su vida. Comenzó como soldado voluntario en la Segunda Guerra Mundial tras afiliarse al PC, y no cesó en realidad hasta morir, agotado físicamente por la batalla en pro del pacifismo y el deshielo.

Poverty of the Theory», S. Hamilton, «The Eagle and the Bustard: E. P. Thompson and L. Althusser», *Readings the Maps,* 08/07/2006, disponible en [http://www.hartford-hwp.com/archives/10/072.html].

[23] Algunos de esos textos en G. Stedman Jones (ed.), *Western Marxism. A Critical Reader,* New Left Review, Verso Books, 1977.

[24] Sobre estas cuestiones y el importante papel de Thompson en la polémica sobre el capitalismo, G. Elliott, *Perry Anderson. El laboratorio implacable de la historia,* Valencia, Universitat de València, 2004.

La pasión de actuar no siempre priorizaría su escritura, pero siempre la inspiraría, buscando ceñirse a las orientaciones de futuro[25]. A lo largo de casi medio siglo usó con éxito el arma de la palabra, pero asimismo levantó enojos y celos frecuentes, con sus escritos y sus intervenciones públicas a la par[26]. El compromiso antifascista que le llevara a Italia a la edad de 20 años, la ilusión con que compartió allí convicciones solidarias y altruistas, la revivió después en sus escritos como punto de anclaje y su particular nudo de experiencia. De ahí nació su interés por analizar la oposición entre fuertes y débiles, entre ricos y pobres, entre lo «alto» y lo «bajo»; de entonces viene su idea del poder popular, de la capacidad relativa de los pobres para escapar al poder de los fuertes y hacer frente con éxito a los poderosos, una idea permanente en su obra histórica y su poesía.

«Finalmente alzo mi voz / ante las fauces de un viento hostil», reza en 1950 su poema *The Place Called Choice,* cuando acaba de renovar su compromiso con la militancia comunista y se inicia en la enseñanza de adultos y la propaganda pacifista en el Yorkshire, atento aún a las instrucciones de partido. No siempre obediente a estas, saldría ya del PC británico en 1956 tras oponerse a la invasión soviética de Budapest[27]. Para entonces, ya vivía como un

---

[25] En *Miseria de la Teoría…, op. cit.,* p. 72: «Solo nosotros, los que ahora vivimos, podemos dar un "sentido" al pasado. Ahora bien, este pasado siempre ha sido, entre otras cosas, resultado de un razonamiento de valores. Al recuperar ese proceso, al mostrar cómo aconteció realmente la secuencia causal, debemos, hasta donde la disciplina lo permita, mantener nuestros juicios de valor en suspenso. Pero una vez recuperada esta historia quedamos en libertad para expresar nuestros juicios sobre ella».

[26] Desempeña entonces un papel esencial en organizar la New Left británica, con los periódicos *Reasoner, New Reasoner* y *New Left Review.* Contribuyó a la redacción y difusión del *1968 May Day Manifesto,* que firmó junto con R. Williams, S. Hall y M. Barrat-Brown entre otros, desde la Universidad de Warwick, en desafío (socialista y marxista) al Labour Party. Prestó colaboración al socialismo indio en la independencia, se manifestó con la izquierda radical en Trafalgar Square con regularidad, y cada vez más frecuentes sus viajes al extranjero, por ejemplo, marchó en Madrid contra la entrada de España en la OTAN.

[27] En un extenso documento, «Trough the Smoke of Budapest» (*The Reasoner. A Journal of Discussion,* noviembre de 1956, periódico de izquierdas que funda junto con otro disidente, J. Saville), Thompson explicaba por qué dejaba el PC: quería un «socialismo de gente libre» (un «humanismo socialista», también reivindicado como «comunismo libertario»), y rechazaba cualquier idea o supuesto por encima de la acción y el interés de los individuos, como hacían el estalinismo y el partido (D. Widgery [ed.], *The Left in Britain 1956-1968,* Middlesex, Penguin, 1976, pp. 66-72).

deber el compromiso con la escritura histórica, vocación que fomentaría la historiadora comunista Dona Torr, quien le habría señalado que la historia, aquella actividad intelectual que sirve para mirar el pasado *desde* y *con* el presente, nos sirve para hallarle sentido a ese presente mirando al futuro; y por ello, como arma política, era mejor la historia que la literatura –si bien Thompson nunca iba a olvidarse de esta su primera elección–[28]. La proyección sentimental, la composición retórica y, en fin, la expresión apasionada que esa combinación de historia y literatura otorga a los relatos de E. P. Thompson le fueron muy discutidas en su momento, a veces por entenderse «anticuadas», y otras por adivinarse susceptibles de sufrir «contaminación ideológica». Por su factura romántica y utópica, es claro que para muchos de sus más cercanos camaradas y miembros del grupo, aquella era una escritura «burguesa»[29]. Pero la acusación más grave hecha a Thompson remitía, sin duda, a su fragilidad e indeterminación teóricas. Permaneció, con todo, siempre aferrado a esa elección. Y puesto que *acción* y *elección* se exigen mutuamente (algo aprendido en el hogar familiar y derivado, al parecer, de su moral metodista), Thompson mantuvo como obligación permanente su *oposición.* La mostró rescatando las voces de los artesanos en peligro, indagando por sus sentimientos ocultos bajo polvo de archivo. «Back to the archive!» fue entonces la llamada que compartió con Dorothy.

Reescribiendo *La formación…* para su reedición, años después, Thompson se ratificaba en su elección, al tiempo que reivindicaba la documentación de primera mano en la que se albergaba aquel depósito de sentimientos y emociones:

> Demasiado a menudo los Hammond respondieron a sus críticos, en su tiempo, con la frescura de un silencio cortés. Tras su muerte, y por más de veinte años, la escuela ideológica de historia se ha cebado en los «sentimentalistas» con toda impunidad, en

---

[28] *Witness against the Beast: William Blake and the Moral Law,* Cambridge / Nueva York, The Press Syndicate of the University of Cambridge, 1993 (ya póstumo). Hay que recordar que *The Poverty of the Theory and Other Essays* comienza con unas reflexiones sobre Auden y Orwell.

[29] M. Löwy y R. Sayre, «Romanticism in the English Social Sciences: E. P. Thompson & R. Williams», *Solidarity* 61, marzo-abril de 1996, disponible en [http://www.solidarity-us.org/site/].

artículos y seminarios. Enfrentados tan solo al silencio, esos historiadores han acabado siendo poco meticulosos: un cierto ademán de profesionalidad, el sortilegio de un rigor contrario a los sentimientos, han bastado para encubrir cualquier laguna en erudición.

Pero yo no soy cortés ni estoy muerto, por el momento. Si he respondido con aspereza ha sido en interés de la historia misma. Demos vía libre al debate por todos los medios, pero para que sea una polémica sobre datos históricos reales, y no en defensa de presupuestos ideológicos previos […]. En modo alguno pretendo haber descubierto siempre la verdad […]. No he hecho más que una cala en los cientos de miles de papeles del Archivo Nacional […]. Ningún historiador puede pretender abarcar, él solo, un terreno así en todo detalle.

En *Las peculiaridades de lo inglés* puede leerse que «la historia real solo saldrá a la luz después de mucha investigación seria; no aparecerá con un chasquido de dedos esquemáticos»[30].

No hay duda de que trabajar de este modo, con la documentación contenida en los depósitos públicos, era un modo tradicional y artesanal (es decir, más atento al detalle empírico y a las fuentes de carácter textual, incluyendo los textos literarios) de lo que el marxismo propugnaba en las décadas de los cincuenta y los sesenta, incluso antes de reforzar su querencia cientificista bajo el peso del estructuralismo; un «retroceso» que venía a comportar el riesgo de una interpretación más laxa e insegura, más dependiente de la fuente empleada y no solo del mandato teórico del materialismo histórico en evolución… A esa forma, más clásica, de hacer historia, Thompson le sumaría su peculiar estilo vehemente, un modo de hacer en el que –como le reprochaban– más de una vez la emoción supliría al análisis. El estilo de Thompson lo había acuñado ya al iniciarse su formación intelectual, allá por los años cuarenta, cuando fundamentó su cultura política en la idea del asociacionismo entre iguales que experimentó entre los comunistas voluntarios. En el frente aprendió que incluso ellos mismos, los jóvenes soldados (sujetos subordinados y dominados), contaban con una relativa capacidad de autonomía y adquirían cierta visibilidad. La

[30] *La formación…, op. cit.,* t. II, pp. 473-474. La cita de «The peculiarities…», p. 39, en J. Millán, «La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales», *Historia contemporánea* 13-14, 1996, p. 68.

evocación posterior de esa experiencia que Thompson y la joven que iba a ser su mujer, Dorothy Towers, vivieron en Cassino, de relativa libertad y capacidad de actuar incluso en una situación extrema como es la guerra, muestra cómo los dos valoraron entonces, por encima de todo, la libertad de obra y pensamiento. Contra el fascismo, fuera de Inglaterra, creció el tinte romántico de una vivencia vinculada al conflicto de clases, guardada y compartida por los dos como emoción política.

La utopía se alzó hasta el centro de su obra literaria, aflorando en muchos de sus poemas[31] y en la única novela que concluyó (había empezado otras dos), *The Sykaos Papers*[32] –un relato humorístico de ciencia ficción–, donde da rienda suelta a su nostalgia y admiración enfática por todo género de «resistentes» al poder. Quien se inicie en la lectura de Thompson notará con certeza, antes que nada, esta cualidad explícita, bastante por sí misma acaso para certificar la pertinencia de leer hoy a Thompson, cuando son pocos los que dejan de aceptar que la función política y el color ideológico de la escritura histórica son solo cuestión de grado. Dejar de lado a Thompson sería un error, y más aún porque hoy aplaudimos el tono popular y atractivo, muy accesible, del relato histórico. No en vano Thompson fue, antes que nada, un profesor de adultos[33], y sería con los trabajadores de Workers' Education Association (WEA) con quienes más pausada y reflexivamente ensayó sus ideas sobre el socialismo, los trabajadores, las clases populares y, en general, la acción humana y la conciencia.

---

[31] Para el valor político a la vez que autobiográfico de su poesía, mostrando los cambios y continuidades intelectuales y de filiación ideológica en paralelo con la obra histórica, «Between Zhdanov and Bloomsbury: the Poetry and Poetics of E. P. Thompson», en S. Hamilton, *The Crisis of Theory: E. P. Thompson, the New Left and Postwar British Politics,* Mánchester, Manchester University Press, 2011. Todo ello supone un dato más sobre la congruencia entre todos los géneros practicados y las actividades desplegadas por Thompson a lo largo de su vida.

[32] *The Sykaos Papers: Being an Account of the Voyages of the Poet Oi Paz to the System of Strim in the Seventeenth Galaxy,* Londres, Bloomsbury Publishing, 1988.

[33] Enseñó después en Warwick (1965), cuya universidad abandonó en 1971 en protesta por la reforma privatizadora y la reducción de becas. En el texto sobre ello que editó (*Warwick University Ltd. Industry, Management and the Universities,* Harmondsworth, 1971), explica sus razones en medio de una fuerte crítica al medio académico y el profesorado, engolado y soberbio a su modo de ver. Después fue visitante ocasional en algunas universidades norteamericanas y canadiense. A finales de la década de los ochenta lo acogerían por breves periodos las universidades de Mánchester y Rutgers.

Analizar la lucha de clases exigía definir la propia «clase», aclarar el concepto. La clase se forja en la lucha, diría Thompson; la clase no es un *a priori,* ni una categoría dada o una «cosa»…, sino un proceso, un proceso *histórico* (y por ello cambiante en el tiempo) y *relacional* (un enfoque que tomará de Caudwell en su versión filosófica y moral, y que él llevará a la historia). Pero le era difícil dar una definición abstracta: «La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición»[34]. Al historiador le cabe analizar esa «lógica histórica» –Thompson no reconoce «leyes»– a través de su mecánica relacional:

> La noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la deferencia o del amor.

Forzosamente, «la relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real»[35]. Las clases *acaecen* al vivir hombres y mujeres sus relaciones de producción, y al experimentar sus situaciones determinantes dentro del conjunto de las relaciones sociales, en un espacio concreto y un tiempo determinado, con una cultura y unas expectativas heredadas. Los individuos *van haciéndose* dentro de la clase, al modelar sus experiencias en formas culturales determinadas, por lo que no puede decirse que una clase esté o no esté formada históricamente hasta que, como resultado del conflicto con otras clases (conflicto *cultural* y no solo económico), modifica las relaciones heredadas[36].

---

[34] *La formación…, op. cit.,* t. I, pp. XV y XIII.

[35] J. Millán, «La formación de las clases…», *op. cit.,* pp. 63-85.

[36] Es quizá el «sentido común» inherente a esta concepción la nota que, posiblemente, más ha ayudado a que una obra tan densa como la de Thompson haya influido tan decisivamente en la historiografía social del mundo entero. El éxito de las traducciones de *La formación…* estuvo asegurado, pero sus otras dos obras de historia social estricta (*Whigs and Hunters,* 1975, y *Customs in Common,* 1991, o ensayos sueltos aparecidos en las dos décadas intermedias, como «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», 1971 y «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», 1967) no causarían el mismo impacto, con la excepción de

Para el historiador de las últimas décadas ha sido decisiva aquella vocación empírica de Thompson que tanto ha influido en los análisis concretos y en el cambio de escala generalizado, tan fructífero, que ha sido genéricamente etiquetada como *microhistoria.* La obra más relevante, *La formación…,* escrita por alguien a quien Perry Anderson consideró localista y provinciano (lo recuerdan tanto Dworkin como Palmer), se halla entre las obras de historia más citadas de la segunda mitad del siglo XX y ha influido más que otras obras de historia cuya excelencia se reconoce sin duda. Si su primera vocación no fue la de historiador, Thompson fue alguien que sostuvo con fuerza y decisión las reglas clásicas del método histórico. En aquellos textos largos –larguísimos a veces–, Thompson defiende con energía las señas de identidad del oficio, y muchos agradecerían vivamente esa defensa de lo que, sin más tentaciones filosóficas, era a su juicio la *lógica histórica:* a saber, «el diálogo entre concepto y dato empírico […] conducido por hipótesis sucesivas […], y a base de investigación empírica».

Según nuestro estilo cognitivo, según nuestras preferencias estilísticas e ideología, apreciaremos más o menos el modo de escribir de Thompson. William Sewell destaca la calidad literaria de sus escritos, esa narrativa «prolongada, laberíntica, picaresca y dickensiana» que refleja su formación literaria y remite a una tradición académica y cultural potente en Gran Bretaña[37]. De ahí tomará Thompson la poesía y el folclore popular como fuentes; de ahí importará textos de una *cultura popular* cuidada y preservada como patrimonio (por cierto, que Thompson no gustaba del término *popular culture…,* ¡aunque de ese depósito extraiga su peculiar habilidad para forjar una mirada antropológica hacia los modos y formas de la protesta!). Por lo demás, son conocidas las críticas de Joan Scott en cuanto a las carencias de género que hay en la obra de E. P. Thompson, o las de Chakrabarty, por ejemplo, desde la visión poscolonial, pero aquí no hemos de entrar en ello. En resumen, el sesgo culturalista que posee

---

los muchos seguidores específicos de la discusión que había abierto su obra. Sucede sin embargo que aquellos otros dos espléndidos libros refuerzan su idea del componente cultural que tienen los comportamientos de protesta contra los mecanismos de dominación.

[37] W. H. Sewell Jr., «Cómo se forman…», *op. cit.,* p. 78.

Thompson –sin ser exclusivo de él– viene a acrecerlo el plus moralizante de su férrea oposición al estalinismo, si bien su fuerte carácter antieconomicista constituiría durante un tiempo, para una parte importante de los críticos, su déficit principal.

Cierto es que su forma de hacer historia no constituye una teoría alternativa, original –ni mucho menos una teoría de la historia completa, cosa que Thompson eludió–[38], sino que es en esencia un intento de conciliar el *marxismo* –cuerpo de ideas para la transformación social– con la idea de *historicidad.* De ahí el reproche de Thompson a Anderson y Nairn por eludir la variedad de gentes y personas, por descuidar el cambio en las relaciones humanas (entre clases tanto como en el interior de la propia clase), y por acabar reduciendo el movimiento a estaticidad. Solo el comportamiento «de clase» que surgirá de aquellas relaciones y sus cambios (entre otros, los cambios de instituciones ligadas a la clase), nos permitirá ver –Thompson se empeña en ello– que las clases existen. Podremos compararlas a escalas diferentes (a escala transnacional también), mas siempre que permanezcamos atentos a las diferencias provenientes de contextos culturales diferentes, pero nunca podremos aislar una muestra de clase «pura», abstracta… Solo le es lícito al analista, así, hacer un seguimiento del proceso, ver cómo se desarrolla la relación, acompañar la «máquina» en su funcionamiento… Metáforas, a veces, difíciles de aceptar para muchos marxistas.

Esta es la encarnadura thompsoniana del marxismo. Thompson nunca negó la clase y sus determinantes, pero buscó ante todo reconstruir expresiones del proceso atendiendo a las voces del pasado

---

[38] «No es tanto que construyera una elevación sistemática de la acción humana –escribe B. D. Palmer en 1994–, un edificio teórico racional que recolocó lo subjetivo en relación con lo colectivo, situando el deseo y la necesidad en su conexión histórica compleja con la determinación. Thompson hizo esto, creo, y lo hizo de formas que enriquecieron y revitalizaron la tradición materialista. Pero lo más importante fue el modo como lo logró. Si buscamos en Thompson una declaración programática, una disposición teórica, no encontraremos lo que sería aceptable como "ley moral" o como imperativo metodológico, en gran parte porque rechazó intuitivamente un acto de conclusión intelectual y política por el estilo. Tales declaraciones pueden extraerse de su obra, especialmente en el caso del famoso prefacio a *La formación de la clase obrera en Inglaterra.* Pero detrás de cada afirmación se encuentra la creatividad más fundamental del compromiso inquebrantable de Thompson por *rechazar* las casillas analíticas en las que confinan a la humanidad gran parte de los escritos históricos y de la práctica política. Esta *fue* su teoría, y más: fue la política y la poética de su vida, B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* 2004, p. 14.

que yacían en silencio. Documentos de muy diverso origen que, desde los archivos, Thompson pondría a la vista del lector en cadenas argumentativas, con largos párrafos de citas directas, algo que no todos habrían de apreciar tanto como Sewell. Geoff Eley recuerda que fueron muchos los que «arquearon las cejas ante el método de la cita extensa», tejido armado con «un máximo de sentimiento y un mínimo de análisis…», pero existe un acuerdo casi general a propósito de que Thompson sabrá salir «del pozo de la investigación tradicional con oro en los bolsillos»[39]. Y es que en las citas, que incorporan matices y múltiples detalles, Thompson cuida en extremo el contexto de producción de los discursos, persiguiendo el sentido histórico de las palabras para fijar sus usos concretos en el tiempo de su circulación. Las interpretaciones de su correspondencia con las prácticas sociales respectivas que el historiador nos ofrece no son materialistas propiamente hablando, pero su método histórico y filológico enraíza en la prospección discursiva que otras corrientes han revitalizado después, como el contexto postestructuralista que aprecia el valor performativo del lenguaje.

Resulta significativa la posición de Thompson en torno al uso de unas u otras fuentes, su jerarquización en cuanto al valor relativo de unas u otras como información sobre las luchas de poder, desvelando su postura ante la cuestión de la *objetividad.* En el capítulo XIV de *La formación…* se encuentran consideraciones metodológicas, referidas más que nada a fuentes sobre organizaciones ilegales y clandestinas de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Para Thompson, es un hecho que «las pruebas que las autoridades presentaban, referentes a una clandestinidad conspiradora entre 1798 y 1820, son dudosas y algunas veces carecen de valor», y en consecuencia no deberían usarse. Pero, por el contrario, aunque sospechemos que las fuentes «de abajo» disten de proceder de un «*observador objetivo*» (pues en el transcurso del conflicto es «partidario» forzosamente), «tienen un valor incalculable». Si las fuentes clandestinas son «oscuras», fue por decisión voluntaria de los obreros, supone Thompson; pero si las fuentes oficiales son oscuras, fue en cambio por su naturaleza reaccionaria o «contrarrevolucionaria», por el deseo de esconder los verdaderos móviles de la acción popular. De ahí se deriva, para Thompson, la necesaria elección je-

[39] G. Eley, «Edward Thompson, Historia Social y Cultura Política: la Formación Histórica de la Clase Obrera, 1780-1850», *Historia Social* 18, 1994, pp. 63 y 71.

rarquizada de las fuentes en sentido contrario al usual, en aras de una reconstrucción más verdadera que traiga a primer plano la palabra de los «perdedores». Que su discurso sea «oscuro» o de inferior calidad expresiva no sería ya importante –frente a los supuestos de la historia tradicional–, toda vez que la calidad y el rango documental vienen marcados por la capacidad de los textos de expresar las cuestiones sociales de su tiempo, sus tensiones y sentimientos colectivos, los conflictos y las emociones de unas vidas concretas y *reales.* Unas vidas que, de otro modo, no recuperan su expresión. Thompson estaba convencido de que aquel tipo de discurso histórico era una herramienta mejor, y más eficaz, que los discursos abstractos de Anderson, de Nairn o de Althusser, y en su vehemencia, acabará acusándolos no solo de «idealismo», sino de activa complicidad activa con el estalinismo. Él mismo había militado en el PC hasta la invasión soviética en Hungría en 1956, pero hasta entonces había procurado ser obediente a tareas e instrucciones de partido. Su defección, con todo, no erosionó la conciencia de la necesidad de ajustar la enseñanza y la escritura de historia a las exigencias del presente, como un deber político y una marcada obligación moral.

Por eso, como también creía Dorothy y ambos le habían oído recomendar con insistencia a Dona Torr[40], era importante volver al archivo. Thompson estaba convencido de que proceder al análisis político y social bajo forma de escritura histórica, en relatos bien documentados, ejemplares, les era exigido por el presente y el mundo en que vivían, la Gran Bretaña en transformación de las décadas de los cincuenta y los sesenta. Así consideraba poder acti-

---

[40] La historiadora comunista D. Torr (1883-1957), formada en el pensamiento de la década de los veinte, muestra influencias de R. Luxemburgo, S. Freud, H. Ellis, W. Wordsworth o J. Conrad, y, como sucede con el propio Thompson, compatibilizó su devoción por Blake con el comunismo. Con gran libertad de elección en sus lecturas, antes de morir Torr donó al partido, entre otras cosas, un texto de Trotski *(My Flight from Siberia)* prohibido por la ortodoxia. Sus discípulos le reconocen esa relativa independencia como herencia. Influyó asimismo sobre Ch. Hill y otros componentes del Communist Party Historians Group (A. Howe, «Dona Torr», *Dictionary of Labour Biography,* Londres, Palgrave, 1972, y D. Thompson, *Outsiders: Class, Gender & Nation,* Londres / Nueva York, Verso, 1993). En su biografía de William Morris, E. P. Thompson hará explícito su agradecimiento a Dona por el generoso esfuerzo de dejar su propio trabajo para atender a sus compañeros y, en cierto modo, también discípulos, como se reconoce él mismo. En el libro-homenaje que le dedicaron en su jubilación, se aprecia su impacto emocional: «She made us feel history on our pulses. History was not words on a page, not the goings-on of kings and prime ministers, not mere events. History was the sweat, blood, tears and triumphs of the common people, our people».

var la reacción de la izquierda británica ante los cambios, a la vez que le facilitara situarse frente a la polémica internacional que guiaba la división de bloques, ante sus conflictos sociales específicos y los modos de lucha correspondientes a la universalización capitalista[41]. Desde el punto de vista metodológico, era una novedad relativa el incluir fuentes literarias con valor de evidencia histórica, lo mismo que documentos de tipo anónimo y circunstancial (la incorporación que hace *Annales,* por otro lado, no siempre es precursora), pero su uso tan excelente y extendido por Thompson iba a abrir a los historiadores posibilidades de búsqueda y utilización documental inesperadas: la «experiencia» de los sujetos históricos ignotos, a partir de ahí, podía recuperarse por caminos múltiples.

A lo largo de la década de los setenta, la preocupación esencial del matrimonio Thompson fue combatir la degeneración de la vida política en Gran Bretaña, indignados por la escasa importancia que la izquierda británica, tan alienada y desanimada como el resto de la población a su modo de ver, le otorgaba a la involución autoritaria y la pérdida de conquistas y valores democráticos que estaban cambiando el país a una velocidad vertiginosa. La pérdida de la «cultura de combate», entre un pueblo como el británico –que tanto la había defendido–, desorientaba al matrimonio Thompson pero no anulaba su optimismo: «Lo que podemos esperar», había escrito Edward en *Miseria de la teoría* en 1978, «es que los hombres y mujeres del futuro nos retomarán, afirmarán y renovarán nuestra voluntad».

En los años siguientes, política e historia llenarían su vida juntamente[42]. Pues ya antes de que se afianzara su popularidad como pacifista, una década atrás, cuando Thompson había decidido subordinar la historia en su quehacer diario para concentrar su energía en la política antinuclear, su obra y su figura formaban parte de la elite historiográfica marxista, inseparables para él en Gran Bretaña su publicística política y su ahínco polemizador en materia de historia, en especial al percibir cómo el marxismo inglés, tan poco receptivo hasta entonces a las corrientes continentales, se dejaba invadir por sorpresa, seducido por el estructuralismo althusseriano. Los más jóvenes estaban siendo los más dóciles y sensibles a esa

---

[41] G. McCann, *Theory & History: Political Thought of E. P. Thompson,* Aldershot, Ashgate, 1997.

[42] En *Agenda para una historia radical* puede verse el debate con Hobsbawm, Hill y Anderson, publicado en inglés en *Radical History Review,* 36 (1986) y luego en castellano por la editorial Crítica.

contagiosa influencia, recogiendo sus ecos la *New Left Review* y el *Center for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham, desde mediados de la década de los sesenta[43]. En esos medios fue donde Thompson se batió con más fuerza e insistencia en defensa de aquella tradición *historicista, romántica y humanista,* que a su juicio no solo era compatible con el materialismo histórico sino que, de manera directa y vinculante, Thompson quería creer que tenía en su seno una rama socialista autóctona, convencido de que el socialismo –aunque olvidado y preterido– vivía dentro de aquella tradición que, con la pérdida, habría errado su camino[44].

Pero el debate teórico resultaba para él inseparable del enfrentamiento ideológico y político: los oponentes de Thompson fueron descalificados con ira (elitismo intelectualista, ambición académica exclusivista, esquematismo, idealismo… y connivencia con el estalinismo), siendo este último para Thompson, desde su salida del partido, una perversión no solo política, sino, más aún, moral[45]. Diatriba virulenta (él mismo la calificaría de «violenta» y «amarga», que llevaría acaso a Eric Hobsbawm a echar de menos en Thompson su «brújula interior»[46].

Thompson reprochó a Althusser, como a sus seguidores estructuralistas, la idea de que la ciencia marxista podía construirse exclusivamente desde la filosofía, afinando conceptos y eliminando «contaminaciones» de la historia (la «experiencia vivida», tan cara a

---

[43] S. Woodhams, *History in the Making: Raymond Williams, Edward Thompson & Radical Intellectuals, 1936-1956,* Londres, Merlin Press, 2001; D. L. Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain: History, the New Left, and the Origins of Cultural Studies,* Durham / Londres, Duke University Press, 1997.

[44] D. Thompson editó en 1997, con textos de la década de los sesenta en adelante, el libro póstumo de E. P. Thompson *The Romantics. England in a Revolutionary Age* (Nueva York, New Press, 1990). Son en su mayor parte lecciones sobre la vida y la obra de poetas románticos ingleses, elaboradas para un público no especializado y buscando la relación entre texto literario y experiencia. Importa destacar la conexión, hoy de nuevo apreciada, entre literatura y sociedad, como de un modo u otro hacen las estrategias neohistoricistas y muchas aproximaciones de *Cultural Studies.*

[45] El propio Thompson contribuyó activamente a agitar las aguas en que fue recibida como desafiante *The Poverty of Theory [Miseria de la teoría].* Se publicó en 1973, muy cerca de otros dos textos fundamentales para seguir el hilo de la polémica, «Reply to John Lewis» y «Open Letter to Leszek Kolakowski», en *The Socialist Register,* pp. 1-100, disponible en [http://www.marxists.org/archive/thompson-ep/1973/kolakowski.htm].

[46] En el obituario que publicó *The Independent* el 30 agosto de 1993, reconocería sin embargo Hobsbawm a su viejo colega desaparecido como «el único de nosotros capaz de conseguir algo cualitativamente diferente».

Thompson, quedaba fuera). Les objetó que los conceptos no permanecen quietos en la vida real, sino que se hallan en permanente circulación, mediante procesos de «autoperpetuación» y «autoelaboración» que les permite reconocerse entre sí e interpelarse. Transmitiendo esa radical oposición de modo tan sarcástico, cruel y negador como lo hizo Thompson en *Miseria de la teoría* (tenía en mente *La sagrada familia* y aspiraba a revitalizar la antigua tradición de debate marxista), logró irritar incluso a quienes no simpatizaban ni con Althusser ni con el estructuralismo. Lo más grave de su acerba crítica no era la acusación de idealismo o de haber caído en la teología, sino la de compartir los crímenes del estalinismo. Al insistir en el valor central que tenía la fecha de 1956 también en la obra del propio Althusser, Thompson creía detectar el esfuerzo consciente del francés para blindar a los partidos comunistas intelectualmente frente a las críticas del comunismo libertario y del socialismo humanista. Expulsando de escena al sujeto humano y negándole su lugar en el proyecto de una ciencia marxista, al poner el acento exclusivamente en las estructuras, Althusser encabezaba, a su modo de ver, una operación política e ideológica dirigida a empotrar y legitimar el estalinismo en el plano teórico. Que la inteligencia de izquierdas, el mundillo académico de clase media inglés, lo aceptaran era, seguramente, lo que más dolía a Thompson: los jóvenes y engolados académicos ingleses se habrían dejado seducir por aquel extraño y perverso proyecto, arguye, por su innato y peculiar elitismo, por su sentido de superioridad y distancia frente a la clase obrera; al fin y al cabo, se sentirían casta, y ya no clase…, aunque provinieran de los sectores populares. En su cruda opinión, el estructuralismo marxista les permitía «a harmless revolutionary psycho-drama», sin renunciar a hacer una carrera convencional. Era esperable que se le contestara, como ocurrió, que quien así hablaba solo se había insertado en la universidad de manera episódica y, en parte, marginal.

De romántico a revolucionario

En este recorrido hemos ido ligando presente con pasado, contexto con opción personal, historia y política. Ello obliga, sin más dilaciones, a ir al plano biográfico para ofrecer la última razón para leer a Thompson, por la gran transparencia con que él nos ofrece algo que hoy interesa mucho en las ciencias sociales. Me refiero al

carácter reflejo de la obra intelectual y su autopercepción. La biografía de Thompson está significada de modo muy consciente por una estrecha imbricación entre la *historia como campo de estudio* y la historia como *experiencia vivida.* Es un autor en el que apenas se separan ambos planos, en una relación que él mismo va explorando y reformulando como experiencia fundamental de disidencia. Por ello persiguió con ahínco hacerse con los trayectos biográficos de otros disidentes (Wordsworth, Coleridge y Cobbett), en cuyas vidas veía similitud.

Pero en la voluntaria identificación con sus objetos de estudio, permanente, alcanza un lugar central la extensa biografía de *William Morris. De romántico a revolucionario,* que tanto apreciamos hoy y que en el momento de su primera edición (1955), en cambio, fue silenciada[47]. No es ello incomprensible porque, en plena Guerra Fría, aquel estudio de más de 900 páginas que Thompson recortó para la segunda edición en 1976, añadiéndole un apéndice crítico, presentaba a un Morris (1834-1896) de ortodoxia marxista exagerada. Y es que un Thompson que por poco superaba la treintena, y tan solo un año antes de tener que dejar el partido, se había identificado con aquel socialista tardío y atractivo, generoso y empeñado industrial y, sobre todo, gran innovador en las artes menores, fundador de Arts & Crafts… El suyo será un Morris que abrace entusiasta el socialismo, con un componente organizativo exagerado, en su deseo de acercarlo a Marx; un Morris que le ayuda a bregar con las lecturas naturalistas y antihistoricistas del materialismo histórico, aunque –como hará años después en *La formación…*–, la objeción la dirija Thompson mayoritariamente hacia lo que llamamos vulgarmente «positivismo científico-social»[48]. Por si a alguien le cupiera la duda, el propio Thompson lo subrayaría dos décadas más tarde, al cerrar la segunda edición en agosto de 1976:

> Cuando, en 1956, llegué a la articulación plena de mis desacuerdos con el marxismo ortodoxo, recaí en modos de percepción que había aprendido en esos años de compañía íntima con

---

[47] La edición española tardó mucho en aparecer (Valencia, Alfons el Magnànim, 1988).

[48] S. Hamilton, en *The Crisis of Theory…, op. cit.* (cit. en nota 6) destaca la sintonía y simultaneidad entre ambos esfuerzos, a la derecha y a la izquierda del espectro académico británico.

> Morris, y encontré, quizá, la voluntad para seguir arguyendo con la presión de este a mis espaldas. Decir que Morris me reclamó y que yo he tratado de reconocer esta pretensión, no me da derecho a reclamarle yo a él. No tengo licencia para actuar como intérprete suyo. Pero al menos ahora puedo decir que eso es lo que he estado intentando hacer durante 20 años[49].

Como subraya Palmer, en ese libro estaba ya desarrollado –aun poco armado teóricamente– su concepto de *experiencia.*

En la *Socialist Rewiew,* en febrero de 1979, Alex Callinicos publicó una reseña de *Miseria de la teoría* donde subrayaba la continuidad en el pensamiento de Thompson, para localizar en ese pensamiento un nacionalismo de izquierdas propio de la Inglaterra de la década de los cuarenta, una corriente en la que habría prosperado la alianza entre socialismo y un sentimiento nacional radical. Callinicos criticaba a Thompson por ello, discrepando lógicamente –desde su posición– de la enemiga feroz del inglés contra el marxismo continental. Sea como fuera, es indudable que la primera edición de *William Morris* había venido marcada por las exigencias de un comunismo británico que buscaba raíces en propio suelo, pero también es cierto que a finales de la década de los sesenta fue Thompson quien decidió libremente, por esa combinación casi automática que en él había entre marco sociopolítico y vivencias estructurantes, volver sobre aquel su primer texto de calado historiográfico y reforzar su impronta autobiográfica. Fue así como reelaboró la gruesa biografía de Morris, que bajo los auspicios del partido comunista británico publicara 20 años atrás. Sin que cumpliera con las expectativas del encargo, posiblemente.

Hay que tener en cuenta el contexto en el que se elaboró aquel relato extenso. A principios de la década de los cincuenta, como puede seguirse sin dificultad a través de la página web de los National Archives, se había acordado hacer de Morris un punto de anclaje sólido en la reconstrucción de una corriente socialista autóctona y potente, un eje de aquel marxismo *nacional* en el que trataron de encajarse figuras como la del propio Morris, incorporándola a la propaganda comunista. Varios historiadores del partido intervinieron en aquel giro institucionalizador, formando parte de una William Morris Society, destacadamente entre ellos el escocés

---

[49] E. P. Thompson, *William Morris…, op. cit.,* p. 745.

Robin Page Arnot (1880-1979), autor también de un par de libros sobre Morris[50]. El libro de Thompson se publicó por vez primera en esa coyuntura, a instancias del partido que quería recuperar identidad en el marco de la Guerra Fría, evitando –a través de la fijación de una tradición marxista inglesa–, la acusación de «extranjería» y seguidismo de Moscú. La mayoría de los estudiosos, en lo que yo sé, no toman en cuenta este dato, pero sí atribuyen a Dona Torr un protagonismo esencial en la idea de rescatar a Morris, librándolo del silencio de la crítica literaria y artística conservadoras. Si bien una de las aportaciones más sensibles de Thompson, al revisar la conexión integrada de vida y obra en Morris, consistiría en atender con mimo a su poesía romántica, conviene señalar la muy distinta recepción que de ello cabría en la edición de 1955 (cuando el público lector sería ante todo marxista, y se sorprendería, en consecuencia, por un aliento poético nada acorde con sus expectativas) y la segunda versión, en 1976, donde un Thompson ya muy valorado por un público más amplio exhibía su habilidad para hallar en los textos de naturaleza cultural, muchos de ellos documentos privados, su imprimatura política como –si no primera, sí principal– razón de ser[51]. En la edición de 1976, Thompson evocaría un Morris más audaz políticamente, alguien como él mismo, atento a «rellenar los silencios» que Marx no llegó a cubrir[52].

---

[50] Tomo estos datos de los *Papers of Robin Page Arnot,* Hull University Archives, en [http://www.archiveshub.ac.uk]. Arnot estuvo toda su vida en el partido. En su correspondencia con otros muchos camaradas, incluido Thompson, se menciona también la edición de los escritos de Morris que se presentó a la Exposición bibliográfica celebrada en Moscú en 1959.

[51] No tener todo esto en cuenta no me parece irrelevante, pues puede valorarse confusa o insuficientemente su profunda conexión con la necesidad sentida por Thompson de establecer continuidades en su propia percepción de la vida, marcada por la muerte de su hermano mayor en la guerra, en 1944. A. Estrella González sí distingue con claridad entre un Morris «ortodoxo», en la edición de 1955, y otro *correcta* y gozosamente «heterodoxo», en 1997: «Política, teoría e historia: el *William Morris* de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales», *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 13, enero-junio de 2007, pp. 59-80.

[52] «I have in no way altered my opinion that if we are to acknowledge William Morris as one of the greatest of Englishmen it is not because he was, by fits and starts, a good poet; nor because of his influence upon typography; nor because of his high craftsmanship in the decorative arts; nor because he was a practical socialist pioneer; nor, indeed, because he was all these; but because of a quality which permeates all these activities and which gives to them a certain unity. I have tried to describe this quality by saying that Morris was a great moralist, a great moral teacher […] But Mo-

«¿Quiénes más aptos para practicar la autobiografía que los historiadores?», se preguntaría Perry Anderson a propósito del Hobsbawm que se retrata en *Age of the Extremes*[53]: «Formados para examinar el pasado con mirada imparcial, alerta a las rarezas del contexto y a los artificios del relato, parecerían ser los candidatos ideales para la difícil tarea de la autodescripción de una vida»[54]. Thompson no va a escribir su autobiografía, o no lo hizo directamente, pero quiso dibujarse a sí mismo a través de personajes singulares, como *su* Morris. Hasta la descripción de estilo y carácter del biografiado parece a veces referirse a él: «Conocemos su impaciencia física, sus gestos vigorosos, sus paseos cuarto arriba y abajo, su irritación ante la trivialidad del trato "educado" […]. Bajo su apariencia brusca y autocríticamente humorística, había, según Sharp, "una curiosa timidez", residuo de sus años jóvenes»[55]. Como a él mismo, ciertamente, podemos aceptar que a Morris no le preocupaba la mecánica social, «sino las personas, sus relaciones, sus valores». Y así podremos compartir o deplorar con ambos su complacencia compartida por «los detalles de la vida», el gusto por los pequeños placeres, sin dejar de atender la política.

Con todo, la devoción que Thompson experimenta personalmente por la figura de Morris no era tan solo, o no principalmente, política, sino esencialmente moral, un patrón de conducta para la vida, asumido por un (¿siempre joven?) militante radical de izquierdas, romántico y profundamente inglés. Un «antiteórico» en definitiva, como se reconocía a sí mismo (algo que, como muchas otras ideas y creencias, compartió con su mujer: Dorothy, como dicen sus discípulos, les enseñaba a moverse «dialécticamente» entre la teoría y la evidencia, pero no sacralizaba aquella). En *Miseria de la teoría,* Thompson había arremetido contra el exceso de inte-

---

rris was one of our greatest men, *because* he was a great revolutionary, a profoundly cultured and humane revolutionary, but not the less a revolutionary for this reason. Moreover, he was a man working for *practical* revolution…» (A. Estrella González, «Política, teoría e historia…», *op. cit.,* p. 75; del mismo autor, véase *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson,* Cádiz / Cuajimalpa, Universidad de Cádiz / Universidad Autónoma Metropolitana, 2012).

[53] F. Erice, «Hobsbawm, testigo apasionado de la *Era de los extremos*», *Rubrica contemporanea* 2/4, 2013, en [http://revistes.uab.cat/rubrica/article/view/v2n4-erice].

[54] P. Anderson, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas,* Madrid, Akal, 2008, p. 239.

[55] B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 644.

lectualismo y, en otros lugares, se burla de la especie «henchida de autoestima» que bautizó *Academicus altanerus…,* aquel que «se congratula de sí mismo en cuanto a su alta vocación de profesor universitario, pero apenas sabe nada de cualquier otra vocación»[56]. Su «compromiso con el compromiso», lo que él creía ser su sentido del deber, agobió a E. P. Thompson más de una vez, como recuerda Sheila Rowbotham en su obituario. En sus últimos años, finalmente, Thompson se habría apercibido –sin que le disgustara la evidencia– de que cuando se enfrentaba a los antimarxistas él defendía vivamente el marxismo, pero cuando el choque se daba con un marxista ortodoxo, era capaz de enfurecerse[57].

[56] Cit. en B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 178.

[57] Poco antes de su muerte, en 1993, P. J. Corfield lo entrevistó: «E. P. Thompson – Interviewed by Penelope J. Corfield», *Nuffield Interviews with Historians,* en [www.history.ac.uk/bookshop/interviews-historians/ep-thompson-penelope-corfield].

II. E. P. THOMPSON ENTRE LA NECESIDAD Y EL DESEO (*CA.* 1955-*CA.* 1963)[1]

Ferran Archilés

Probablemente los dos últimos párrafos de *The Making of the English Working Class* (en adelante *MEWC*) se encuentran entre los más singulares que se hayan escrito nunca en el ámbito de la Historia social, y todavía lo eran más en 1963. Tras 831 páginas aunque de excelente pulso narrativo, y en el capítulo dedicado a la conciencia de clase, E. P. Thompson recapitulaba sus conclusiones, al filo de la *Reform Bill* y sus consecuencias. Una ley que los trabajadores enfocaban de manera crítica. Para Thompson: «Such men met Utilitarianism in their daily lives, and they sought to throw it back, not blindly, but with intelligence and moral passion. They fought, not the machine, but the exploitive and opressive relationship intrinsec to industrial capitalism». De esta manera Thompson vinculaba en pie de igualdad la lucha contra el capitalismo industrial, eje ya consolidado por la Historia social del periodo, con la «pasión moral» con la que la lucha había tenido lugar. Este doble énfasis no era sorprendente a esas alturas para el lector de la obra, pero sí lo era si tomamos en consideración la historiografía del momento en conjunto. Especialmente si añadimos que el párrafo continuaba señalando que: «In these same years, the great Romantic criticism of Utilitarianism was running its parallel but altogether separate course. After William Blake, no mind was at home in both cultures, nor had the genius to interpret the two traditions to each other. It was a muddled Mr. Owen who offered to disclose the "new moral world", while Wordsworth and Coleridge had withdrawn behind their own ramparts of disenchantement». ¿Por qué citar a Blake, a Wordsworth y Coleridge en un trabajo sobre la formación de la clase obrera? De hecho en el libro Thompson citaba más veces a William Blake que, por ejemplo, a

[1] El autor participa en el proyecto «De la dictadura nacionalista a la democracia de las autonomías: política, cultura, identidades colectivas» (HAR2014-53042-P), del Ministerio de Economía y Competitividad.

Karl Marx. El recurso a la tradición romántica no era, sin embargo, ninguna excentricidad. «Hence these years appear at times to display, not a revolutionary challenge but a resistence movement, in which both the Romantics and the Radical craftsmen opposed the annuntiation of Acquisitive Man. In the failure of the two traditions to come to a point of junction, something was lost.» A pesar de tratarse, como el propio Thompson señalaba, de dos tradiciones que habían transcurrido en paralelo y por caminos separados, y por tanto sin conexión causal, era en la existencia de ambas, y precisamente en el hecho de que no confluyeran donde Thompson situaba el punto de llegada de su libro y donde desvelaba plenamente su perspectiva (ya anunciada en las dos citas que abrían el libro, una de ellas de William Blake), su *imaginación* histórica. Una perspectiva que vinculaba el pasado con el presente, con el del historiador Edward Palmer Thompson, pues sobre el alcance de la oportunidad de encuentro perdida, concluía que no era posible saberlo, ya que nos hallamos entre los perdedores. ¿Hasta qué punto no se trataba de un lamento de horizonte *presentista,* sin embargo?[2]. Algo de ello había si tenemos en cuenta la delicada posi-

---

[2] En mi opinión, la voluntad anunciada en el prefacio de *MEWC* de rescatar de la «inmensa condescendencia de la posteridad» a los *perdedores* de la historia es lo que obliga y posibilita a la vez a Thompson a desplegar un proceso de empatía donde pasado y presente se conectan. Esta forma de *imaginación* histórica puede tener, probablemente, sus raíces en la imaginación literaria, un aspecto central de la biografía intelectual de Thompson. Pero responde también a otros retos específicamente históricos, planteados, por ejemplo, en el caso británico por R. G. Collingwood, cuando señaló la tarea de la historia como «re-enactment of the past experience». Véase R. G. Collingwood, *The idea of History,* Oxford, Oxford university press, 2005, especialmente pp. 282 y ss. No estoy sugiriendo influencia alguna pues la estima de Thompson por Collingwood debió de ser escasa. Sin embargo, el viaje entre el pasado y el presente así concebido podría responder a los retos planteados por Thompson y podría abrir una vía de interpretación de su obra más allá de la consabida etiqueta «empirista». Sin duda, Thompson lo fue, pero el «empirismo» no permite revivir empáticamente el pasado sin más (y desde luego no a partir del recurso a la cuantificación y serialización, como Thompson bien sabía). Es en este sentido que el desafío collingwoodiano (un autor nada sospechoso de empirismo, como es bien sabido) permitiría entender el trabajo de Thompson de una manera más compleja. Su «imaginación histórica» (reforzada a través de su formación marxista, y la consiguiente preocupación teorética) y su declarada voluntad de comprensión de las «experiencias vividas» apunta necesariamente en otra dirección. Tal vez debamos explorar plenamente el hecho de que la imaginación histórica de Thompson y su voluntad de recuperar la experiencia requería una poderosa forma *narrativa,* no una forma cuantitatitivista. Una *poética* thompsoniana debería partir de aquí.

ción de Thompson en la izquierda británica a la altura de 1963, como después veremos.

Sin embargo, Thompson culminaba el libro con un párrafo vibrante: «Yet the working people should not be seen only as the lost myriads of eternity. They had also nourished, for fifty years, and with incomparable fortitude, the Liberty Tree. We may thank them for these years of heroic culture»[3]. Un cierre heroico para una narración épica[4], que concluía remachando la vinculación (presente ya en la primera parte de la obra) de la clase obrera en formación y una vez desarrollada con la tradición del radicalismo inglés. Era esta vinculación –desplegada en la crítica moral al capitalismo industrial– lo que permitía a Thompson imaginar como dos caras de una moneda el doble frente del radicalismo obrero y del romanticismo[5]. Estaba lejos de ser una verdad histórica evidente, pero en ella se hallaba, en gran medida, el núcleo central del historiador marxista, radical y *romántico* (sin orden de prelación) que fue E. P. Thompson. No es, desde luego, ninguna casualidad que la totalidad de la obra de Thompson se enmarque entre sus libros dedicados a William Morris y el impresionante trabajo publicado ya póstumamente (y largamente meditado) dedicado a William Blake[6].

¿Fue Thompson algo así como un «moralista»? Esa fue una etiqueta –una acusación, en realidad– con la que Perry Anderson argumentó respecto del texto de 1965 «The Peculiarities of the English» que a su vez era una respuesta a su propio trabajo del año previo publicado en *New left Review*[7]. Si lo fue, debió de importarle solo hasta cierto punto pues, como señalaría en 1978, «Marx, in his wrath and compasion, was a moralist in every stroke of his pen»[8]. Sin em-

---

[3] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class,* Londres, Victor Gollancz, 1965 (ed. original de 1963), p. 832.

[4] Caracterización de Carolyn Steedman citada por G. Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad,* Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, p. 266.

[5] E. J. Hobsbawn, en su reseña de 1961 a la magna obra de E. Bloch, *El Principio esperanza,* apelaba también a la conjunción de Blake y Marx, pero no lo desarrolló posteriormente. E. J. Hobsbawm, *Revolutionaries,* Londres, Abacus, 2007, p. 197.

[6] Completado con la recopilación E. P. Thompson, *The Romantics. England in a Revolutionary Age,* Londres, Merlin Press, 1997.

[7] P. Anderson, «Socialism and Pseudo-empricism», *New Left review* 35, 1966, pp. 2-42.

[8] E. P. Thompson, *The poverty of Theory,* Londres, Merlin press, 1995, p. 231. Una explicación del significado de «moral» y «moralismo» en pp. 231 y ss.

bargo, más allá de la polémica puntual, algo clave está en juego para entender el alcance del trabajo de Thompson, y no solo historiográfico, sino ampliamente político (como el propio Perry Anderson reconoció más tarde)[9]. Para entender *MEWC* es absolutamente necesario capturar el significado que Thompson le otorgó a la dimensión «moral» (y por tanto, en otro nivel conceptual, «cultural») en la crítica al capitalismo como sistema y la formación de la clase obrera inglesa. Es aquí donde Thompson pudo formular la síntesis que antes señalábamos.

Es bien sabido que *MEWC* no fue la obra de un historiador profesional en sentido estricto. Cuando el libro apareció, Thompson era autor de una sola monografía dedicada a William Morris, publicada ocho años antes. Junto con un contexto político preciso, es a su trabajo sobre Morris (y su interés paralelo por William Blake) donde debemos dirigir la mirada para entender la *formación* de E. P. Thompson. Y sus *peculiaridades* en el seno del marxismo (inglés o no).

Peculiaridades que se forjaron antes, pero sobre todo después, de los acontecimientos de Hungría de 1956, cuya trascendencia y recurrencia Thompson llegó a reconocer como «obsesiva»[10]. A través de un proceso doloroso de reflexión y crítica, Thompson construyó su propio lugar y su propia perspectiva en el seno de la tradición marxista. Una «tradición marxista» que en octubre de 1963, apenas un mes antes de que viera la luz *MEWC,* describía a su amigo Ralph Milliband como resumen de un ensayo que finalmente nunca vio la luz planteado como «[…] an attempt to discriminate between Marxism as a dogma; Marxism as a self-sufficient theoretical corpus which contains within itself the means to self-correction and self-validation; and Marxism as a "tradition". I reject the first two»[11].

La *experiencia* de leer a William Morris

Aunque es ya un lugar común en la bibliografía señalar la profunda influencia de Morris en E. P. Thompson sigue siendo necesario, como señaló Brian D. Palmer, entender el porqué de esta

[9] P. Anderson, *Arguments within English Marxism,* Londres, Verso, 1980*,* p. 157.

[10] E. P. Thompson, *The poverty…, op. cit.,* p. 259.

[11] S. Hamilton, *The crisis of theory. E. P. Thompson, the New Left and postwar British Politics,* Mánchester, Manchester University Press, 2011, p. 107.

influencia. Aunque William Morris no era en absoluto una referencia ajena al mundo cultural del comunismo británico, fue el interés de Thompson derivado de su propia sensibilidad y afinidad personal y literaria (recordemos su dimensión como poeta, a la que otorgó a lo largo de su vida notable importancia y sin duda en los años cincuenta)[12] por la tradición romántica inglesa, y el hecho de que desde 1948 estuviera dedicado a la enseñanza de historia (pero también de literatura en el departamento extramural en la Universidad de Leeds)[13] lo que ayuda a explicarlo[14]. De hecho según Brian D. Palmer sería la comprensión de Morris (y la experiencia docente) lo que habría posibilitado a Thompson reflexionar sobre el significado de la acción (y no solo de la estructura) y la «educación del deseo», como vía para escapar a las constricciones de un marxismo en exceso osificado.

Scott Hamilton ha remarcado que Thompson se mantuvo siempre fiel a las ideas que había aprendido de la tradición familiar, de su padre y también su hermano. Y a partir de este último, del Partido Comunista (PC) británico. Al menos de cierto legado, cabría decir, de la década de los treinta y primera mitad de la de los cuarenta. En este sentido, la búsqueda de una continuidad entre la tradición liberal y romántica inglesa y el partido comunista británico cabe entenderlas en el contexto de la era del Frente Popular (que se extendió de manera decisiva a los años de la Segunda Guerra Mundial)[15]. O al menos así sería para el grupo de los historia-

---

[12] En 1976 Thompson explicaba como Morris le «capturó» y le hizo plantearse de manera más seria ser historiador: «me parece que es algo como hacerse poeta o pintor. El poeta ama las palabras, el pintor la plástica. Yo me encontré fascinado por la posibilidad de llegar al fondo de las cosas, en las fuentes mismas». Véase, E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1984, p. 305.

[13] Con un público conformado en gran medida por trabajadores adultos, en un tipo de enseñanza que era uno de los más importantes bastiones de la tradición pedagógica de la izquierda británica. T. Steele, *The emergence of Cultural Studies. adult education, Cultural Politics and the «English Question»,* Londres, Lawrence and Wishart, 1997, pp. 144-175.

[14] B. D. Palmer, *E. P. Thompson. Objections and Oppositions,* Londres, Verso, 1994, pp. 64 y ss. Sobre su actividad docente, P. Searby *et al.,* «Edward Thompson as a teacher: Yorkshire and Warwick», en J. Rule, R. Malcomson (eds.), *Protest and Survival. The historical Experience. Essays for E. P. Thompson,* Londres, Merlin Press, 1993, pp. 1-23.

[15] S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* pp. 39 y ss. En el mismo sentido, y especialmente interesante en el trazado del «árbol familiar» como «árbol de la libertad», B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* pp. 11-51, 57 y ss.

dores del PC[16]. La referencia continua al «pueblo» era compatible con la lucha anticapitalista. Como ha señalado Geoff Eley, los Frentes Populares reubicaron al socialismo como una suerte de culminación de las tradiciones progresistas, y con su afirmación de valores humanistas universales posibilitaron una concepción cultural renovada[17]. Ciertamente, en Gran Bretaña no se dio la experiencia concreta de una coalición de gobierno de Frente Popular (a pesar de haber sido impulsada incluso por sectores progresistas diversos) pues el Partido Laborista la rechazó[18]. El PC británico no era, simplemente, un siervo de Moscú, pero si un partido que no podía escapar a la influencia del estalinismo, y ello pesó sobre su popularidad y sobre la actitud laborista[19]. Resultado tanto del cambio de estrategia por parte de la Unión Soviética como, algo en lo que se ha insistido menos, debido a necesidades y experiencias propias (como fue el caso francés, aunque no del Partido Comunista francés específicamente) la estrategia del Frente Popular permitió plantear una enraizamiento del comunismo con las tradiciones nacionales propias (ya fuera en la Unión Soviética, en Estado Unidos, España o de manera duradera en Francia e Italia), reforzado por la resistencia en la guerra. Lo cual no implica que estos planteamientos estuvieron exentos de contradicciones[20].

El partido comunista británico pudo sentar (si bien con limitado éxito social)[21] las bases para la confluencia entre la tradición del «inglés nacido libre» y la lucha antifascista y anticapitalista o revo-

---

[16] B. Schwarz, «"The people" in History: the Communist Party Historians's group, 1946-1956», en Richard Johnson *et al.* (eds.), *Making Histories. Studies in history-writing and politics,* Londres, Hutchinson, 1982, pp. 44-95.

[17] G. Eley, *Forging democracy,* Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 265-266.

[18] D. Blaazer, *The Popular Front and the Progressive Tradition: Socialists, Liberals and the Quest for Unity, 1884-1939,* Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 174 y ss.

[19] A. Thorpe, «Stalinism and Bitish Politics», *History* 83, 1998, pp. 607-627.

[20] Para S. Pons se trataría de un antifascismo «esquizofrénico» entre una nueva vocación política e identidad, y el componente más instrumental. S. Pons, *La rivoluzione globale. Storia del Comunismo internazionale, 1917-1991,* Turín, Einaudi, 2012, p. 106.

[21] Aunque el autor señala la imposibilidad de establecer una explicación causal rígida entre la línea del partido y su afiliación, es claro que durante la estrategia del Frente Popular aquella se incrementó. A. Thorpe, «The Membership of the Communist Party of Great Britain, 1920-1945», *The Historical Journal* 43 (3), 2000, pp 777-800.

lucionaria[22]. En realidad, se trataba de una reflexión histórica sobre la identidad nacional –que obras como la de A. L. Morton, *A People's History of England* de 1938 representa– bastante más elaborada de lo que se ha tendido a pensar, y de la que tal vez solo Eric J. Hobsbawm estuvo ajeno[23]. Si la síntesis *whig* de la historia inglesa de E. H. Green –que sirvió de modelo– culminaba con la reforma de 1867, la de Morton lo hacía, significativamente, en 1918. Thompson llegaría a afirmar años más tarde (y sin duda en una afirmación con sabor gramsciano) que fue el «retorno» a la cultura nacional lo que permitió sentar las bases de un prematuro «revisionismo» para el comunismo británico[24].

En el fondo, esa *síntesis* es una descripción íntima del núcleo más duro de la configuración moral de E. P Thompson. Pero, en todo caso, Thompson no inició su militancia en el PC británico hasta 1942. Su experiencia como combatiente en la Segunda Guerra Mundial (y su presencia en Yugoslavia), como ha señalado Wade Mathews, debe tenerse presente para matizar la manera como Thompson reelaboró, tras su propia experiencia, la retórica frentepopulista heredada[25]. Aunque Thompson vivió las rigideces del partido hasta 1956, es significativo que su militancia sea posterior a los años más turbios de la preguerra, y que se alimentara de la experiencia de la guerra misma[26]. Pero incluso después de 1956 Thompson afirmaba que el comunismo británico: «For all its con-

---

[22] El sistema parlamentario inglés resistió los embates del periodo de entreguerras con solidez, en parte porque gran Bretaña no sufrió las consecuencias de la crisis de 1929 de la misma forma que algunos de sus vecinos. Con todo, la idea del colapso del capitalismo (lo que implicaba la receptividad hacia propuestas de planificación económica) se hallaba sorpendentemente extendida en Gran Bretaña. Véase, R. Overy, *The Morbid age. Britain and the Crisis of Civilization, 1919-1939,* Londres, Penguin, 2010, pp. 50-92.

[23] No por ello menos internacionalista. W. Mathews, *The New Left, National Identity, and The Break-up of Britain,* Leiden-Boston, Brill, 2012, pp. 36 y ss. Sobre Morton, H. J. Kaye, *The education of desire. Marxists and the Writing of History,* Londres, Routledge, 1992, pp. 116-124.

[24] E. P. Thompson, «Edgwell Rickword», en E. P. Thompson, *Persons and Polemics. Historical Essays,* Londres, Merlin Press, 1994, p. 240.

[25] W. Mathews, «Remaking E. P. Thompson», *Labour/Le Travail* 72, 2013, pp. 253-278, especialmente pp. 257-260.

[26] La popularidad del comunismo británico en la guerra, con todo, estuvo lejos de ser aproblemática en el movimiento obrero. Véase, S. O. Rose, *Which people's war? National Identity anc citizenship in wartime Britain, 1939-1945,* Oxford, Oxford University Press, 2003, pp. 44-56.

fusion, its mixed motives, its moral amnesia and doctrinal arrogance, it was the major carrier of humanist aspirations in Britain in the Thirties and early Forties; it brought professional and industrial workers into a kind of association unique in the labour movement at that time; and it stimulated forms of organisation and collective intellectual endeavour from which the younger generation of socialists may still be able to learn»[27].

En realidad, como ha señalado Dennis L. Dworkin, en lo que es un aspecto usualmente minusvalorado el interés (político tanto como erudito) por el romanticismo inglés, por Blake o por Morris, era un elemento ya presente antes de Thompson entre los historiadores comunistas británicos, como es el caso evidentemente de A. L. Morton, Victor Kiernan o incluso Cristopher Hill[28].

Sin embargo sería un error realizar una lectura teleológica de la obra historiográfica de E. P. Thompson de manera que su idiosincrasia y originalidad en el seno del marxismo, y singularmente en *MEWC,* pudiera trazarse sin más desde sus primeros trabajos. Precisamente, es su constante reflexión sobre William Morris la que nos va a permitir contextualizar su evolución y entender el verdadero alcance de su ruptura con las formas más esclerotizadas del marxismo.

Es probablemente cierto que Thompson fue siempre un comunista peculiar. Pero en 1955, cuando publicó *William Morris. Romantic to revolutionary* no había logrado escapar, en palabras de Brian D. Palmer de la «camisa de fuerza estalinista»[29]. Tal vez quepa recordar que a pesar de su vinculación directa con el proyecto socialista en Yugoslavia en la posguerra, no abandonó el PC tras la condena a Tito.

En su *postscriptum* de 1976 a la segunda edición de su obra, Thompson señaló que «Morris by 1955, had claimed me. My book, was then I suppose, already a work of muffled "revisionism". The

---

[27] E. P. Thompson, «A essay in Ephology», *The New Reasoner* 10, p. 8.

[28] D. L. Dworkin, *Cultural Marxism in Postwar Britain. History, the New Left and the Origins of Cultural Studies,* Durham, Duke University Press, 1997, pp. 41-44.

[29] B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 62. Menos convincente resulta el reciente intento de W. Mathews de enfatizar las líneas de «prematuro revisionismo» en Thompson hasta el punto de no citar la obra de 1955. Véase, W. Mathews, «Remaking E. P. Thompson», pp. 262-265. Sin duda, podía estar gestándose un marxismo mucho más creativo (una forma de sensibilidad, sobre todo), pero solo el impacto de 1956 permitió desarrollarlo.

Morris/Marx argument has worked inside me ever since». Pero al mismo tiempo era consciente de que, si bien lo hizo a través de «modos de percepción» aprendidos de Morris, no fue hasta después de 1956 cuando sus discrepancias con el marxismo ortodoxo quedaron plenamente articuladas[30]. Con desarmadora honestidad reconocía que en su libro de 1955 «I allowed some hectoring political moralisms, as few Stalinist pieties, to intrude upon the text. I had then somewhat reverent notion of Marxism as a received orthodoxy, and my pages include some passages of polemic whose vulgarity no doubt makes contemporary scholars wince»[31]. Según Thompson, las «vulgaridades» de algunos de sus pasajes polémicos hay que entenderlos en el contexto de la Guerra Fría y el auge del anticomunismo (de la era McCarthy y no solo en Estados Unidos), en simetría con las vulgaridades del discurso más crudamente anticomunista[32]. En mi opinión, hay una verdad profunda en esta afirmación que la aleja de cualquier acusación de autoindulgencia. Pero tampoco puede obviarse la propia rigidez teórica y práctica (y sus contradicciones) del PC británico[33]. En parte explicada por ese sentido de urgencia y ansiedad casi permanente que describió Raphael Samuel[34]. Creo que no debemos[35] olvidar que, en gran medida, las posiciones de Thompson y, en general, del modesto grupo que eran los comunistas británicos (cuya relevancia en la vida política era escasa, aunque no lo fuera en ciertos ámbitos sindicales) deben entenderse de manera defensiva. En el fondo, como señalaría años más tarde, «los miembros de mi generación fuimos espec-

---

[30] Menos convincentemente en E. P. Thompson, «Open Letter to Leszek Kolakowski», en E. P. Thompson, *The poverty of theory and other essays,* Londres, Merlin Press, 1978, p. 94.

[31] E. P. Thompson, «Postscript: 1976», en E. P. Thompson, *William Morris. Romantic to revolutionary,* Londres, Merlin Press, 1976, pp. 810 y 769.

[32] En el mismo sentido argumenta B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 62.

[33] En 1951, el Partido había adoptado el programa *The British Road to socialism,* que no era sino la respuesta al inicio de la Guerra Fría y una defensa de la Unión Soviética (entre otras cosas porque fue parcialmente redactado por el propio Stalin). Véase, J. Callaghan, *Cold War, Crisis and Conflict. THE CPGB 1951-1968,* Londres, Lawrence and Wishart, 2003 pp. 7-50.

[34] R. Samuel, *The lost world of Bitish Communism,* Londres, Verso, 2006, pp. 35 y 53-58.

[35] Un singular ejercicio para mantener vivo el antifascismo (y criticar a los laboristas) en E. P. Thompson, *Fascist threat to Britain,* Londres, British Communist Party, 1947.

tadores, y actores del tres al cuarto, en el momento efectivo de la cristalización de la Guerra Fría»[36]. No olvidemos que entre 1945 y 1946 la continuidad de la idea del Frente Popular fue todavía viable (en Francia o Italia y lo sería en la Europa del Este), pero quedó interrumpida a continuación. Como ha señalado David Priestland, el liberalismo de la Guerra Fría alcanzó su mayor éxito al destruir la posibilidad del Frente Popular y relanzar el anticomunismo, también en la socialdemocracia[37]. Sirva como ejemplo, en el ámbito de las ideas, el emblemático trabajo coordinado por el laborista británico Richard Crossman, *The God that failed.* En Gran Bretaña, cualesquiera que fueran las esperanzas abiertas por el clima de 1945 y el reformismo social del gobierno Attlee, el PC consolidó su aislamiento[38]. La victoria laborista de 1945, rememoraría muchos años más tarde E. P. Thompson, tuvo un gran significado simbólico y sus logros sociales fueron un hecho, pero hacia 1948 el gobierno laborista estaba hundiéndose en las aguas de la Guerra Fría[39].

Su obra de 1955 abrió las vías para su alejamiento de la ortodoxia marxista (y poco a poco para convertirlo en historiador) y sentó las bases de su futura originalidad, pero el libro estaba, inevitablemente, atrapado en su contexto tanto como apuntaba a trascenderlo. En mi opinión, reconocer plenamente esta realidad no es minimizar la obra de E. P. Thompson, sino mostrar la fuerza de su pensamiento y su capacidad de ir más allá de cualquier «ortodoxia recibida» y de cualquier reverencia.

William Morris. Romantic to revolutionary fue publicado en 1955 por Lawrence and Wishart, editores estrechamente vinculados al PC británico. Aunque el libro no se entiende fuera del contexto cultural del marxismo británico y, en concreto, del grupo de historiadores del PC, lo cierto es que la participación de Thompson en el grupo fue más bien reducida (a diferencia de la de su mujer Dorothy). Significativamente, Thompson participaba más en las actividades del grupo de escritores y artistas vinculadas al

---

[36] E. P. Thompson, *Opción cero,* Barcelona, Crítica, 1983, p. 111.

[37] D. Priestland, *The Red flag. A History of Comunism,* Nueva York, Grove Press, 2009, p. 231.

[38] Esperanzas de mayor éxito electoral para el PC, basadas en la radicalización del electorado, que E. P. Thompson confesó haber tenido al participar en la campaña de 1945 (entrevista de 01/12/1991, en [www.andrewwithehead.net]).

[39] E. P. Thompson, «Mr. Attlee and the Gadarene Swine», en E. P. Thompson, *The Heavy dancers,* Londres, Merlin Press, 1985, pp. 239-246.

partido. Es interesante destacar, con todo, que entre 1950 y 1953, Thompson se llegó a plantear y llegó a inscribir un proyecto de tesis doctoral en historia, en Leeds, pero lo abandonó precisamente cuando empezó a trabajar en el libro sobre Morris[40].

El objetivo del libro no era otro que anclar la figura de Morris en la tradición revolucionaria británica que los historiadores comunistas británicos trataban de hegemonizar[41]. En el fondo no es de extrañar que tuviera una acogida más bien tibia entre sectores académicos, pero también entre algunos sectores de la izquierda, y en concreto de los jóvenes de la posterior New Left que, como reconoció años más tarde Perry Anderson (en parte por el vocabulario más comunista y militante en juego) no acusaron el impacto del libro[42].

En ningún lugar es tan visible el cruce de este campo de fuerzas (y en el contexto señalado de Guerra Fría) que en la parte cuarta y final, titulada «Necesidad y deseo» (muy reformado para la segunda edición de 1976[43]). Si bien Thompson fue capaz de mostrar la riqueza y originalidad de la crítica de Morris a la sociedad capitalista (forjada en su propia evolución desde el romanticismo) insistiendo en la dimensión moral y alejándose de cualquier «economicismo», podríamos decir, tendió a encajarlo en un molde, el del marxismo (para lo cual salpimentaba el capítulo de referencias a Engels o Lenin), y una política, la del comunismo, marcadas por el presentismo. Es esto lo que explica las alusiones a Harry Pollit, secretario general del PC británico y, en fin, a Stalin. No son, en absoluto, ni lo esencial ni lo más abundante del texto, pero delimitan el «revisionismo» aludido. Leer hoy (o como Thompson en 1976) que, como plena culminación de las imágenes utópicas de la fábrica de Morris, «[…] to-day visitors return from the Societ

---

[40] Inicialmente Thompson se planteó una tesis sobre la educación de adultos en el West Riding entre 1840 y 1860, proyecto que modificó para proponer el estudio sobre la formación y desarrollo del Independent Labour Party en Yorkshire entre 1880 y 1900. Véase D. Goodway, *Anarchist seeds beneath the snow,* PM Press, Oakland, 2012 (1.ª ed. 2008), pp, 273-274.

[41] Ya señaló que el libro de Thompson en su primera edición (si bien lo consideraba una obra magnífica) no era tan heterodoxo como se juzgaría después, R. Samuel, *The lost world…, op. cit.,* p. 76.

[42] P. Anderson, *Arguments…,* pp. 157-158.

[43] Según Thompson, los párrafos eliminados lo eran «not because I apologise for them in 1955 but because they are not relevant to 1976», aunque eliminó más de los que indicaba. Véase, E. P. Thompson, «Postscript: 1976», *op. cit.,* p. 812.

Union with stories of the poet's dream already fulfilled» sin duda, resulta impactante[44].

Cuatro años después de la publicación del libro, Thompson volvió a ocuparse de Morris con motivo de una conferencia en la sociedad dedicada al escritor (fundada por A. L. Morton, entre otros). Thompson afirmó que no pensaba retractarse de lo que había escrito sobre la influencia de Marx en Morris. Pero apuntaba que a la luz de las «controversias políticas» de los años inmediatos, creía necesario señalar que la crítica moral de la sociedad que hacía Morris no era secundaria respecto de la dimensión de las relaciones de producción. «I see the two as inextricably bound together in the same context of social life. Economic relationship are at the same time moral relationships [...]. The history of the class struggle is at the same time the history of human morality»[45]. Thompson seguía insistiendo en que no había nada en Morris que contradijera el análisis de Marx, y que de hecho los descubrimientos del primero eran un complemento «necesario». Pero con todo ello, Thompson había cruzado una suerte de Rubicón, incluso si trataba de mantener la coherencia global de su trabajo. Lo verdaderamente interesante, es ver como de la crítica moral de Morris al capitalismo[46] en la que, evidentemente, ya había insistido en el libro, Thompson pasó a sentar las bases de una alternativa teórica (y política). Era el camino que le llevaría a *MEWC.* Pero también más allá. En el *postscriptum* a la edición de 1976, Thompson se reafirmaba y ampliaba (y a la vez aclaraba, por ejemplo, al señalar la importancia de la obra de Raymond Williams *Culture and Society,* aparecida en 1958) lo escrito en 1959. Pero, iba más allá de las polémicas teóricas concretas que habían tenido su sentido en 1956. Característicamente se mostraba convencido de que Marx (a diferencia de Engels) podría haber sido más cercano a Morris, ya que su «early revolt was germane to the Romantic tradition». Pero de-

---

[44] E. P. Thompson, *William Morris. From romantic to revolutionary,* Londres, Lawrence and Wishart, 1955, pp. 760-761. Thompson no era el único, Ch. Hill, a la muerte del líder soviético, escribió un artículo muy elogioso sobre «Stalin y la ciencia de la historia». Véase, D. L. Dworkin, *Cultural Marxism..., op. cit.,* p. 21.

[45] E. P. Thompson, *Persons and Polemics,* Londres, Merlin Press, 1994, pp. 66-76, cita de p. 75.

[46] Entre 1957 y 1958 Thompson había indagado también sobre Blake en el mismo sentido de crítica moral al capitalismo. Véase, B. D. Palmer, *E. P. Thompson..., op. cit.,* pp. 70-71.

finitivamente aceptaba que el carácter utópico y moralista de Morris no debía asimilarse sin más al marxismo[47].

¿Qué había pasado? Había pasado, en definitiva, 1956: las revelaciones del XX Congreso y la invasión de Hungría.

1956. Hacia la New Left

El impacto en la historia de los partidos comunistas de los acontecimientos de 1956 fue inmenso. El PC británico perdió entre una quinta parte de sus militantes y un tercio. Los efectos en los sectores intelectuales fueron enormes en toda Europa[48]. Incluso en Italia el PC tardó mucho tiempo en recuperar el terreno perdido y no lo consiguió del todo. El clima de fervor apasiando y acrítico, de activismo sin reservas y de «sacrificio casi místico» ya no era reproducible[49]. El grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, fundado en 1946 quedó seriamente afectado[50].

Da la impresión de que para Thompson (como parece deducirse de la correspondencia con John Saville) el punto crítico fue ya el de las revelaciones del XX Congreso así como el secretismo y la ceguera del PC británico[51]. La creación, autofinanciada por parte de Saville y E. P. y Dorothy Thompson, de *The Reasoner* respondió exactamente a esta situación[52]. Aunque se trataba de una publicación al margen de la ortodoxia del partido, era un alegato por su reforma[53].

---

[47] E. P. Thompson, «Postscript: 1976», *op. cit.,* pp. 786 y 807.

[48] Un balance de los efectos en el caso francés en B. Pudal, *Un monde défait. Les communistes français de 1956 a à nos jours,* Bellecombe-en-Bauges, Éditions du croquant, 2009.

[49] N. Ajello, *Intellectuali e PCI, 1944-1958,* Bari, Laterza, 1997, p. 449.

[50] La protesta incluso entre los que se quedaron, en E. J. Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX,* Barcelona, Crítica, pp. 195 y 386.

[51] R. Samuel sugirió, pensando en Thompson y el grupo de escritores y artistas agrupados entorno de *Our Time,* que tal vez parte de su indignación en 1956 tuvo que ver con la toma de conciencia de que el partido en el que militaban no había forma de hacer oír su voz. Cfr., R. Samuel, *The lost world…, op. cit.,* p. 99. Sobre un clima de «revisionismo prematuro» antes de 1956 en *Our Time,* E. P. Thompson, *Persons and polemics…, op. cit.,* pp. 236-243.

[52] J. Saville, *Memoirs from the Left,* Londres, Merlin Press, pp. 101-118.

[53] J. Saville, «Edward Thompson, the Communist Party and 1956», *Socialist Register* 30, 1994, pp. 20-31.

E. P. Thompson publicó en el último número de *The Reasoner,* en noviembre de 1956, un airado artículo, «Through the Smoke of Budapest». El texto era tanto una condena de los actos soviéticos como, sobre todo, una denuncia de la ceguera del PC británico, mientras Thompson seguía deseando un futuro para el comunismo en Hungría y temía que: «No chapter would be more tragic in international socialist history, if the Hungarian people […] were driven into the arms of the capitalist powers by the crimes of a Communist goverment and the uncomprenhending violence of Soviet armies». Pero era también (casi la mitad del texto) un articulado rechazo del estalinismo y su interpretación de la historia y la política. La primera que Thompson ponía abiertamente por escrito. Para Thompson «the mechanical theory of human consciousness is wrong», y su consecuencia era que «it was mechanical idealism such as this, mounted on Soviet tanks, which fired through the smoke and the workers and young people of Budapest»[54].

La revista fue clausurada por las presiones del PC. Thompson y Saville fueron expulsados temporalmente, pero lo abandonaron inmediatamente[55]. Ambos lanzaron en enero de 1957 *The New Reasoner,* donde Thompson publicó «Humanismo Socialista», un artículo que debe entenderse como un desarrollo de las críticas teóricas (por ejemplo, sobre el mecanicismo del modelo base frente a superestructura) apuntadas en el artículo sobre Budapest de los meses anteriores[56]. Aunque sus propuestas estuvieron lejos de despertar un acuerdo unánime[57].

Ese mismo año se inició por parte de un grupo de universitarios algo más jóvenes e ideológicamente más diversos la publicación de *Universities and Left Review*[58]. En ambas plataformas (que se fu-

---

[54] E. P. Thompson, «Through the smoke of Budapest», *The Reasoner* 3, 1956, pp. 1 y 6.

[55] El testimonio de Thompson en la entrevista con A. Whitehead (01/12/1991, en [www.andrewwithehead.net]). La carta en la Saville y Thompson pidieron la baja está reproducida en J. Saville, «Edward Thompson»…, *op. cit.,* p. 31.

[56] K. Soper, «Socialist Humanism», en H. J. Kaye, K. McClelland (eds.), *E. P. Thompson, Critical perspectives,* Londres, Polity Press, 1990, pp. 204-232. Una matizada relectura del alcance de esta tradición en M. Davis, «Reappraising British Socialist Humanism», *Journal of Political Ideologies* 18 (1), 2013, pp. 57-81.

[57] M. Kenny, *The first new Left. British Intellectuals after Stalin,* Londres, Lawrence and Wishart, 1995, pp. 73-81.

[58] M. Kenny, *The First New Left…, op. cit.,* pp. 18 y ss. También, D. L. Dworkin, *Cultural marxism…, op. cit.,* pp. 45-61. Sobre la distancia generacional, S.

sionarían dando paso a *New Left Review*) Thompson publicó casi una decena de trabajos que, en realidad, sentaron las bases para convertirlo en una figura clave de la New Left que estaba emergiendo. Una izquierda que seguía siendo revolucionaria, pero que ya no podía cifrar sus esperanzas en el PC británico. De hecho, en el primer escrito tras abandonar el partido, Thompson afirmaba que seguía creyendo en los dioses humanistas de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ya que «These stubbornly remain on the Communist side, That's why –altough I have resigned from the Communist Partry– I remain a Communist»[59]. Después las cosas serían más complicadas, pero lo que Thompson no fue nunca es un anticomunista de Guerra Fría, porque si un anticomunista es, como dijo Isaac Deutscher, un «estalinista vuelto del revés», Thompson no fue ninguna de ambas cosas[60].

Es interesante destacar que Thompson dedicó tres textos al compromiso del intelectual, hasta la fecha, algo minusvalorados[61]. Pero estos ensayos (y los publicados en *New Left Review*) deben leerse como trasfondo de las preocupaciones políticas y éticas que conducen a *MEWC*[62]. Sirva como ejemplo cuando Thompson afirmó en su artículo de 1957 que la causa común de intelectuales y trabajadores radicaba en que: «man is capable not only of changing its conditions but also of transforming himself. That there is a real sense in which it is true that men can master its own history»[63].

Hall, «Vida y momentos de la primera nueva izquierda», *New Left Review* 61, 2010, pp. 163-181.

[59] E. P. Thompson, «Socialism and the Intellectuals», *Universities and Left Review* 1, 1957, p. 31. En el mismo sentido quince años más tarde, en E. P. Thompson, «Open Letter», *op. cit.,* pp. 95-96.

[60] I. Deutscher, *Herejes y renegados,* Barcelona, Ariel, 1970, p. 22.

[61] Cabe destacar el texto de 1960 «Outside the Whale» donde significativamente Thompson volvía su mirada hacia los intelectuales de la década de los años treinta con una relectura de Auden y muy característicamente contra G. Orwell. Véase S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* pp. 63-89.

[62] De hecho Kenny señala que el énfasis en los sacrificios y luchas de los disidentes, marginales o «profetas» y su ejemplaridad ética que recorre *MEWC* sería una suerte de hilo conductor profundo de las experiencias personales y políticas posteriores a 1956. Véase, M. Kenny, «Edward Palmer (E. P.) Thompson», *Political Quarterly* 70 (3), 1999, pp. 319-328. La importancia de estos escritos para *MEWC* fue apuntada por primera vez por B. D. Palmer, *The making of E. P. Thompson,* New Hogtown Press, 1981 pp. 58-59.

[63] Y añadía al final del texto que incluso si en el presente estaba contra la esperanza «then we can still protest, refusing to be victims either of circumstances or of ourselves; for it is in this rebellion against fact that our humanity consists», E. P. Thomp-

De 1959 es la crucial conferencia sobre William Morris que antes hemos citado, y que, obviamente, debe entenderse en estrecha relación con el resto de la reflexión sobre el humanismo socialista y el marxismo[64]. Al reflexionar de manera retrospectiva, Thompson señaló que 1956 marcó la fecha en que el ya irreconciliable antagonismo entre dos tradiciones del marxismo se hizo patente, y que por consiguiente (y a diferencia de lo que había afirmado en la carta abierta Kolakowski y antes en 1963 como hemos citado en carta a John Saville[65]) ya no era posible hablar de una única tradición marxista. De hecho calificaba los acontecimientos de 1956 como «derrota total y abyecta» que «ponía en cuestión la racionalidad y buena fe del proyecto socialista mismo»[66]. Tal vez no sea cierto en un sentido literal como señaló Eric Hobsbawm que fue 1956 lo que convirtió a Thompson en «historiador»[67], pero como otros historiadores de su generación y en palabras del historiador francés Maurice Agulhon, fue el «dégagement, qui nous a faits lucides»[68].

Finalmente, en 1959 aparecía la *New Left Review,* con la voluntad de agrupar los esfuerzos y la acción (mediante la creación

---

son «Socialism and the Intellectuals», *Universities and Left Review* 1, 1957, pp. 31-36, cita de p. 35.

[64] Según Thompson: «En los años comprendidos entre 1956 y 1962 los marxistas disidentes nos veíamos asediados no solo por dudas radicales interiores y por la autocrítica, sino también por un clima total de escepticismo o de resistencia activa a cualquier forma de marxismo. Este clima impregnaba también a la nueva izquierda en su origen», E. P. Thompson, «La política de la teoría», en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica 1984, p. 304.

[65] E. P. Thompson, «Open Letter», *op. cit.,* pp. 116 y ss. Thompson presentó su «Carta abierta» como un balance de 1956. De hecho acaba mencionando 1956 como momento de común aspiración con el autor polaco (p. 187). En realidad esta comparación (y a pesar de los matices que Thompson trató de introducir) resulta poco convincente.

[66] E. P. Thompson, *The poverty…, op. cit.,* pp. 254 y 259.

[67] E. J. Hobsbawm, *Años interesantes…, op. cit.,* p. 201. En 1978 Hobsbawm había señalado que el efecto de 1956 en los historiadores del partido había sido sobre todo permitirles dedicarse más a la historia y menos al activismo, mientras insistía en el grado de libertad «comparativa» de que disponían ya antes. Véase H. Abelove *et al.* (eds.), *Visions of History,* Nueva York, Panteon Books, 1994, p. 33.

[68] Cita reproducida en C. Prochasson, *François Furet. Les chemins de la mélancolie,* París, Stock, 2013, p. 67. En pp. 38-69, Prochasson realiza un magnífico análisis de la militancia y la ruptura en 1956 de los historiadores franceses de la generación del Thompson y no solo de Furet, de quien demuestra, por cierto, que no abandonó la militancia en 1956, sino después.

de clubs y una sede polivalente en Londres) en un contexto político de apatía, marcado por la tercera derrota consecutiva de los laboristas. Thompson denunció que la campaña no se había basado en «principios morales o políticos», sino en las compañías de sondeos y mercado electoral[69]. Esta derrota laborista (de un partido en que habían acabado por predominar las opiniones revisionistas en la línea de Anthony Crosland y su trabajo de tres años antes *The future of socialism* que Hugh Gaitskell abrazó) abría las vías, sin embargo, a una alternativa, más allá de la apatía[70]. Además en 1958 se había iniciado la Campaña para el Desarme Nuclear (CND) que se convirtió en un catalizador para la New Left, especialmente tras la marcha a Aldermaston en marzo de ese mismo año. Pero lo cierto es que el periodo de gobierno de Macmillan empezó como una suerte de apoteosis de la Gran Bretaña *tory* (ya olvidado Suez).

En diciembre de 1959 se presentó la revista en un acto en el St. Pancrass Hall de Londres y E. P. Thompson se alzó como uno de los oradores más destacados. Según recordaría Raymond Williams (que participó también en el mismo acto) años más tarde, Thompson emplazó a los asistentes a la formación de un movimiento popular que desplazara por completo al Partido Laborista[71]. Se iniciaba así un periodo de intenso compromiso activista de Thompson con la idea de esta nueva izquierda, aunque había rechazado ser el editor de la revista[72]. Fueron años de optimismo y expectativas en que Thompson incidió en una crítica al conformismo y a los efectos de la «opulencia» sobre la sociedad británica. Madeleine Davis ha señalado la importancia y el alcance que tuvieron las reflexiones de la New Left al respecto (incluyendo las de E. P. Thompson) mucho más matizadas que las de gran parte de la izquierda laborista[73].

---

[69] En documento de trabajo inédito redactado por Thompson, cit. en M. Teodori, *Las nuevas izquierdas europeas (1956-1976),* vol. I, Barcelona, Blume, 1978, p. 147.

[70] E. P. Thompson, «A essay in ephology», *The New Reasoner* 10, 1959, pp. 1-8. Era el último número.

[71] Williams, algo escéptico sobre las posibilidades de alcanzar tal objetivo, señalaba las multiples conversaciones entre 1959 y 1961, con un Thompson muy ilusionado. R. Williams, *Politics and Letters. Interviews with New Left Review,* Londres, Verso, 1979, pp. 363-364.

[72] S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* pp. 95-97; D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* pp. 72-78.

[73] M. Davis, «Arguing affluence: New Left Contributions to the Socialist Debate, 1957-1963», *Twentieth Century British History* 23 (4), 2012, pp. 496-528.

Thompson publicó tres escritos y coordinó el volumen *Out of Apathy.* Con singular optimismo señalaba que Gran Bretaña estaba «*over*-ripe for socialism. *Over*-ripe, not ripe»[74]. Pero, por excesiva que esta formulación resulte, lo cierto es que su análisis de la dinámica del conflicto social era muy matizado. Thompson reflexionaba sobre la ausencia de una teoría sobre la «transición al socialismo». Para Thompson (quien combinaba su reflexión entre citas a William Morris y denuestos a Crosland y Gaistkell) la lección «revolucionaria» era que «from the Chartist camp meeting to the dockers picket line, it has expressed itself most naturally in the language of moral revolt. Its weakness, its careleness of theory, we know too well; its strenghts, its resilience and stady humanity, we too easily forget. It is a tradiction which could leaven the socialist world»[75]. La lección morrisiana había encontrado definitivamente su lugar.

En respuesta a diversas críticas a sus escritos previos, Thompson publicó también en 1960 «Revolution again!». Resulta verdaderamente interesante destacar que en este escrito anticipó por primera vez su definición de clase, la misma que defendería en *MEWC,* cuya redacción estaba ya acometiendo. Thompson criticaba las nociones estáticas de clase frente a una definición histórica y relacional y afirmaba que «What I am insisting upon is that the emergence of the factory system by itself does not explain working-class consciousness». De hecho, el objetivo último del texto era trazar un análisis sobre la conciencia de clase y la posibilidad de acción revolucionaria más allá de análisis como los de Richard Crosland y los efectos de la «opulencia» (así como el cambio de composición estructural de la clase obrera)[76]. Para Thompson más que desaparecer, lo que sucedía (y como ya había sucedido antes) era que la conciencia de clase estaba cambiando de forma. A partir de ahí, su propuesta iba en el mismo sentido, afirmaba, de lo que habían logrado los cartistas por un tiempo: aunar viejas y nuevas formas de clase y de conciencia de clase obrera. Para Thompson el concepto

---

[74] E. P. Thompson, «At the point of decay», en E. P. Thompson (ed.), *Out of Apathy,* Londres, Stevens and Son, 1960, pp. 9-10.

[75] E. P. Thompson, «Revolution», en E. P. Thompson (ed.), *Out of Apathy, op. cit.,* p. 308.

[76] En otro lugar Thompson había señalado que: «There is no iron law of history, discovered by Marx or Trotsky, which establishes the priority for "industrial struggles" over all other forms of political or intellectual conflict. Priorities change in different contexts», E. P. Thompson, «The Point of Production», *New Left Review* 1, 1960, p. 68.

de revolución no debía entenderse de otra forma que como un proceso histórico no simplemente cataclísmico o de cambio estructural. Además, remarcaba (como ya había escrito en «At the point of decay») que la historia de la clase obrera británica, contra todo determinismo económico, no había sido la de la lucha por el «pan y la mantequilla», sino por valores, por el «bien común». ¿Había cambiado todo ello hacia 1950? Para Thompson no, y de lo que se trataba era de forjar, sin nostalgias, las nuevas formas de expresión en oposición a la sociedad «adquisitiva»[77].

Para Thompson, si había cambiado el modelo posible de revolución, también lo había hecho el tipo de «potencial revolucionario». No hacía falta pensar en un desastre como «preludio». Ni siquiera, llegó a afirmar, debía basarse «upon the explosive negatives of class antagonism». En conclusión para Thompson la tarea, ya anunciada por William Morris, debía de ser «… the business of socialists to draw the line, not between a staunch but diminishing minority (esto es, proletariado industrial) and an unrdeemable majority, but between the monopolist and the people –to foster the "societal instincts" and inhibit the acquisitive»[78].

Como señaló Dennis L. Dworkin, en estos textos de 1960 si bien Thompson sobrestimó por completó las posibilidades revolucionarias (tras poner el énfasis en la «larga y tenaz tradición revolucionaria») de Gran Bretaña con su estrategia de crear una suerte de bloque nacional-popular, a la manera de Gramsci, «Thompson reverted to the impressionistic rethoric of the Popular Front, but he articulated a New Left Marxist politics base on a cultural struggle over values»[79]. Sin embargo, tampoco tiene sentido negar que Thompson estaba incurriendo en una suerte de «voluntarismo» más o menos consciente (lo que no significa que su postura fuera optimista sin más) con el socialismo como *elección* siempre abierta y posible[80].

---

[77] E. P. Thompson, «Revolution again! Or shut your ears and run», *New Left Review* 6, 1960, pp. 18-31, pp. 24-25.

[78] E. P. Thompson, «Revolution again!», *op. cit.,* pp. 304-305.

[79] D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* p. 72. Estos escritos fueron calificados como populistas (además de subjetivistas y retóricos) por P. Anderson, que, de hecho, los contrastaba, por su abstracción, con *MEWC.* P. Anderson, «Socialism and Pseudo-empiricism», *op. cit.,* p. 34.

[80] Un brillante análisis en W. Matthews, «The Poverty of Strategy: E. P. Thompson, P. Anderson and the Transition to Socialism», *Lavour/Le Travail* 50, 2002, pp. 217-241, especialmente pp. 232-233.

Su énfasis en la función de la acción humana para la próxima revolución, es inexplicable sin esta premisa (así como su corolario historiográfico en *MEWC*).

Una premisa abocada a un callejón sin salida, pues el optimismo de los años de activismo se quebró rápidamente. Entre otras cosas porque el impulso de la campaña por el desarme nuclear quedó amortiguada tras cierto viraje en su favor por parte del Partido Laborista (y en el contexto posterior a la crisis de los misiles en Cuba), que además supo retener al electorado de clase trabajadora. El propio Thompson era muy consciente de las dificultades para elaborar formas de disensión, mientras los medios de comunicación y la política se empeñaban en la fabricación de consensos cada vez más vacíos[81].

Pero ello tampoco debe llevarnos a olvidar que el análisis político que había formulado Thompson parecía haberse saldado en un fracaso (lo que a su vez abría la puerta a una severa crítica de sus propuestas teóricas de fondo). Por otra parte, *New Left Review* atravesó ciertas dificultades económicas y organizativas. A finales de 1962 Perry Anderson (a quien Thompson había ayudado a aupar) organizó un nuevo equipo con Tom Nairn y Robin Blackburn. De manera creciente Thompson se sintió marginado, tras desarrollar (como ya había hecho con el primer director de la revista Stuart Hall) una fuerte actividad de oposición[82]. Sin duda había importantes cuestiones teóricas de fondo que afectaban a aspectos de estrategia política y de postulados ideológicos[83], pero también pugnas por el poder[84], así como discrepancias a un nivel más personal casi inseparables de las discrepancias ideológicas[85]. Posiblemente, ello explicaría la magnificación de diferencias políticas que ha señalado Duncan Thompson hasta 1968 no alcanzarían su plenitud[86].

---

[81] Véase, «The segregation of dissent», en E. P. Thompson, *Writing by candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980, p. 9.

[82] D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* pp. 112 y ss.

[83] El importante y nunca publicado documento crítico de Thompson «Where are we now?» es analizado por S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* pp. 102-105.

[84] P. Anderson, «Arguments», *op. cit.,* pp. 135-137 y ss. Creo que la primera versión pública explícita de la ruptura en E. P. Thompson, «Open Letter», *op. cit.,* pp. 101-102.

[85] M. Kenny, *The First New Left…, op. cit.,* pp. 24 y ss.

[86] D. Thompson, *Pessimism of the Intellect? A History of New Left Review,* Londres, Merlin Press, 2007, pp. 39-42. De todas formas la colaboración entre muchos autores y plataformas (como *New Left Review* y *Socialist Register*) continuaron. Véase,

En todo caso, el resultado fue la frustración. En el primer número de *New Left Review,* Thompson calificó a la revista del intento más serio en la historia del socialismo británico en la producción y difusión de ideas[87]. Cuatro años más tarde (cuando ya había dimitido del comité de redacción), calificaría el proyecto de fracaso[88]. Como señala Scott Hamilton, Thompson inició la década de los sesenta como un líder fundamental de un movimiento político importante y que parecía estar creciendo, pero en poco tiempo las expectativas se habían visto frustradas y Thompson estaba convirtiéndose en una figura aislada (de una generación más joven como la de Perry Anderson, pero también de colegas como John Saville y Ralph Milliband que habían iniciado la publicación *Socialist Register*) y un tanto amargada[89].

A la postre los años cincuenta y sesenta pueden ser considerados los años en que, en cierta medida se paró la «imparable marcha de la clase obrera», por decirlo a la manera del célebre trabajo de Eric Hobsbawm[90]. Lo cierto es que cambios estructurales en la economía y, pese a todo, la eficaz difusión de un modelo consumista así como los cambios culturales, especialmente en la cultura juvenil, muestran este periodo de la historia británica como clave para entender (sin necesidad alguna de mitificar retrospectivamente en exceso el periodo 1945-1951 en contrapartida)[91] que algo profundo estaba cambiando en la clase obrera británica. Pero no en el sentido que proponía Thompson, y en parte tal vez era el fin de lo que el laborismo había representado hasta la fecha para el movimiento obrero[92].

W. Matthews, *The New Left, National Identity,* pp. 16-17. Mathews también situa la ruptura definitiva en 1967-1968.

[87] R. Aracil, M. García Bonafé (eds.), *Hacia una historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1983, p. 11.

[88] M. Teodori, *Las nuevas izquierdas europeas…, op. cit.,* p. 164.

[89] S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* p. 119.

[90] Véase, E. J. Hobsbawm, *Política para una izquierda racional,* Barcelona, Crítica, 1993, pp. 15-39.

[91] En la historiografía británica, en ocasiones y no solo en la izquierda, se detecta un inequívoco tono melancólico, respecto a la pérdida de un pasado de unidad forjado en la guerra. Véase, por ejemplo, R. Weight, *Patriots. National identity in Britain 1940-2000,* Basingstoke, Macmillan, 2003.

[92] Aunque problemático es verdaderamente agudo el análisis de «Por qué está en un lío el Partido Laborista». Véase, G. S. Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inlglesa,* Madrid, Siglo XXI de España, 1989, pp. 236-253 [existe una nueva edición de 2014].

Queda fuera de las posibilidades de este trabajo analizar en detalle el trabajo de 1965 «The peculiarities of the English» que Thompson escribió como reacción a un artículo de Perry Anderson. Este importante trabajo desarrollaba y sintetizaba la interpretación thompsoniana de la historia británica, de la trascendencia de la tradición revolucionaria y por último de sus planteamientos teóricos marxistas. Pero también era una agria polémica contra los planteamientos teóricos de la nueva izquierda, que estaba incorporando una parte del marxismo europeo y especialmente del pensamiento francés (y que Thompson volvería a rechazar en «Open Letter» y definitivamente en *The poverty of theory*). Thompson sintió que la tradición a la que pertenecía (la de la «primera» New Left) se había roto, y se sintió fuertemente aislado[93]. Se vio obligado a redimensionar su argumento de pocos años antes sobre el significado de la tradición revolucionaria, y específicamente sobre el peso del marxismo en la tradición obrera británica[94]. En cierta manera era una forma extraña de mantener sus posiciones. Es cierto que los argumentos históricos de Anderson eran esquemáticos y a la postre insostenibles. Pero tampoco la postura de Thompson parece demasiado solida[95]. Visto en perspectiva, Thompson intentaba en la segunda mitad de los años sesenta mantener vivos sus análisis como fundamento de sus propuestas políticas gestadas después de 1956. Pero poco a poco el pesimismo fue ganando terreno.

Por otra parte no debemos olvidar que, mientras la polémica con la nueva New Left arrancaba, y a pesar del tenor de textos

---

[93] S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* pp. 121 y ss. En 1976 sintetizaba la transición hacia una segunda nueva izquierda señalando que «se dio más importancia a la actividad de tipo expresivo que a otras clases de actividad política más racional y abierta, y al mismo tiempo se desarrollaron una serie de marxismos muy sofisticados, particularmente en Europa occidental que tomaron progresivamente, me parecía, un carácter teológico –por muy sofisticado que fuera– rompiendo así la tradición marxista a la que yo había estado asociado», E. P. Thompson, *Tradición, revuelta…, op. cit.,* p. 300.

[94] Discutido en E. P. Thompson, «The peculiarities of the English» en Edward P. Thompson, *The poverty of theory and other essays, op. cit.,* pp. 66 y ss.

[95] Véase la reflexión (sin referencias directas al debate aludido) de R. McKibbin, «Why was there no marxism in Great Britain», *English Historical Review* 99, 1984, pp. 297-331. Desarrollado en su *The ideologies of Class. Social Relations in Britain 1880-1950,* Oxford, Clarendon Press, 1996. De manera más insolente, J. Rose, *The intellectual life of the British working class,* New Haven, Yale, 2010 (2.ª ed.), pp. 298-320.

como los de *Out of Apathy* y otros, E. P. y Dorothy Thompson solicitaron en 1962, y fueron aceptados (tras algunas dificultades concernientes a su condición de marxistas), militar en el Partido Laborista en Halifax (en parte debido a su relación con Peter Shore, laborista local vinculado a la campaña antinuclear). Una militancia sin «entusiasmo»[96]. En el fondo una decisión sorprendente (pues Thompson difícilmente debió de engañarse a sí mismo sobre que el Partido Laborista fuera más allá del reformismo y menos tras el viraje revisionista de mediados de los años cincuenta) que se explica, sin embargo, en el contexto posterior a 1956 y no en menor grado por la decepción con la *New Left.* Aunque de todas formas Thompson no tenía porque modificar su convencimiento en la vía legalista y el papel de las instituciones como vía para las transformaciones que había defendido el PC británico desde la posguerra. E. P. Thompson era, definitivamente, un comunista sin partido. Y un laborista absolutamente inclasificable.

«The Peculiarities of the English» parecía confirmar el «giro» hacia la historia que el éxito de *MEWC* había planteado como posibilidad, y que le alejaba del activismo de los años precedentes. Pero se trató de un alejamiento relativo. Thompson participó en la redacción del *May Day Manifesto* de 1968, que había sido inspirado por Raymond Williams (pero que contó con una muy activa participación de Stuart Hall y del propio Thompson)[97] para articular una crítica al laborismo (en el gobierno con Wilson tras las elecciones de 1964) y que aspiraba a la formación de una coalición amplia para una nueva izquierda democrática[98]. Con todo, en el contexto de aquel año «revolucionario» de 1968 parecía un texto tímido.

Asimismo, su compromiso, comoquiera que intenso, en las luchas en su Universidad de Warwick en 1970, muestran lo que puede interpretarse como un cierto distanciamiento de la nueva sensibilidad de la izquierda, y en concreto de los más jóvenes del momento. A la vez que elogiaba a los estudiantes y su capacidad de respuesta y les apoyaba valientemente, les echó en cara su falta de disciplina (hasta el punto de lamentar que no hubiesen formado parte del

---

[96] B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* pp. 84-85.

[97] R. Williams, *Politics and Letters…, op. cit.,* p. 373.

[98] R. Williams (ed.), *May day Manifesto, 1968,* Londres, Penguin, 1968, especialmente pp. 184-190.

Officers' Training Corps… o del PC británico). En palabras inolvidables señaló que: «Youth, if left to its own devices tends to become very hairy, to lie in bed till lunch time, to miss seminars, to be more concerned with the style than with the consequences of actions, and to commit various sins of self-righteous political purism and intellectual arrogance»[99]. Aunque su denuncia del autoritarismo y la mercantilización de la universidad resultan aterradoramente actuales al leerlas 40 años después[100]. No deja de ser característico que en 1972 (dirigiéndose a Leszek Kolakowski, radicado en California por entonces), Thompson describiera el radicalismo (por valiosos que fuesen algunos de sus componentes, cosa que también reconocía) de la cultura juvenil de los años sesenta como atravesado por un «halo de histeria». En palabras que no hubiesen desentonado en el PC francés (pero tampoco en Pier Paolo Pasolini…) se refería al «kit de maquillaje» de unos «jóvenes burgueses» que combinaban «Posters of Che Guevara, juxtaposed against mini-skirts, "Mao tunics", and military leather jackets, decorated the most modish, swinging boutiques, in the King's Road…»[101]. Al margen de la valoración final que pueda hacerse del contradictorio y excesivo momento que fue el 68, en gran medida la posición de Thompson respondía a la de una generación de mayor edad que vio con escepticismo lo que estaba sucediendo[102]. Pero también, en definitiva, a que aquellas nuevas formas de insurgencia y resistencia cultural, se alejaban del núcleo duro de las esperanzas de transformación social que Thompson venía cifrando desde 1956 al menos en una alianza de la clase trabajadora y simpatizantes de clases medias[103].

Muy a su pesar, por tanto, la de Thompson parecía ser una posición marcada por la soledad[104], que no se rompería plenamente hasta los años ochenta, cuando Thompson reencontró el camino

---

[99] S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* p. 126. En sentido distinto, B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* pp. 81-86 y 111-114.

[100] E. P. Thompson, *Writing by candlelight…, op. cit.,* pp. 13-27.

[101] E. P. Thompson, «Open Letter», *op. cit.,* p. 99. A la vez reconocía en el 68 francés el desafío al gaullismo, a las instituciones académicas y al PC francés.

[102] Es el caso de E. J. Hobsbawm, *Revolutionaries,* pp. 279 y ss. El impacto de 68 en historiadores más jóvenes es un leitmotiv en G. Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000,* Barcelona, Crítica, 2003.

[103] D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* p. 216.

[104] Impresiona leer: «I belong to an emaciated political tradition, encapsulated within a hostile national culture which is itself both smug and resistant to intellectuality and failing in self-confidence», E. P. Thompson, «Open Letter», *op. cit.,* p. 109.

del activismo en la lucha por el desarme nuclear[105]. Una «soledad» que podemos detectar refractada en sus trabajos históricos también, y no solo en los más abiertamente políticos (suponiendo que *tal* distinción tuviera realmente sentido para Thompson[106].

Es tremendamente poderosa la imagen que trazó en su poema de 1973 «My study». Pero es también la imagen de la soledad. «King of my freedom here…» dice el poeta que se lamenta de su incapacidad para ayudar a sus camaradas que caen (Lumumba, Nagy, Allende):

> I rush out in this rattling harvester
> and trash you into type. But what I Write
> brings down no armoured bans, no Ministres
> of the Interior interrogate.
> No-one bothers to break in and seize
> my verses for subversion of the state:
> even the little dogmas do no bark.
> I leave my desk and peer into the world.
> Outside the owls are hunting. Dark
> has harvested the moon […]

Y finalmente, el poeta concluye:

> I go back to my desk. If it could fight
> or dream or mate, what other creature would
> sit making marks on paper through the night?[107].

De todas formas se ha minusvalorado su compromiso político de los años setenta. Un volumen entero de sus escritos *(Writing*

---

[105] Su reflexión sobre el «exterminismo» se publicó en 1980 tanto como artículo de *New Left Review* como en formato de libro por la misma editorial, como prueba de que la ruptura había terminado. Así lo señala P. Anderson, «Diario», *Historia Social* 18, 1994, pp. 171-178. En realidad, en 1976 Thompson había ya vuelto a publicar en *New Left Review* 99 un artículo sobre William Morris.

[106] Una lectura en este sentido de las conclusiones de la obra de 1975, *Whigs and Hunters,* en D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* p. 213. En un sentido muy similar al poema que citamos a continuación Thompson se plantea «I sit here in my study, at the age of fifty […]. Why have I spent these years trying to find out what could, in its essential structures, have been known without any investigation at all».

[107] E. P. Thompson, «My desk», en E. P. Thompson, *The heavy dancers…, op. cit.,* pp. 338-339.

by candlelight) pertenece a esta década y otros textos pueden y deben leerse en el mismo sentido (por ejemplo, el «Postscriptum» de 1976 a *William Morris* donde denunciaba la vía muerta alcanzada por el laborismo). A inicios de los años setenta, a propósito de un libro sobre la gestión de Harold Wilson, Thompson resumía lo que estaba insobornablemente en pie, su convencimiento de que «The art of the posible can only be restrained from engrossing the whole universe if the imposible can find ways of breacking back into politics, again and again»[108]. Estos años fueron, en todo caso, el puente hacia su intensa actividad en el movimiento pacifista, no una ruptura.

En cierta manera, podría decirse que Thompson quedó tan afectado por las derrotas con la New Left como por los desencantos de 1956. De hecho, salió ampliamente reforzado de las experiencias de 1956, mientras que las polémicas posteriores parecieron desarmarle un tanto y le sumieron en la soledad política. No parece fácil minimizar el peso de la ruptura *generacional* en lo sucedido entre 1959 y 1965 y después. ¿Parecía Thompson mirar inexorablemente más hacia los años «heroicos» del Frente Popular que hacia lo que la década de los sesenta apuntaba? En todo caso, iba a consolidar un giro, decididamente fuera de la apatía hacia la historiografía.

Deseo y necesidad: *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*

Cuando E. P. Thompson concibió y redactó *MEWC* solo intermitentemente se le podía definir como un historiador social. Aunque algunos capítulos de *William Morris* podrían entenderse en este sentido, antes de *MEWC* Thompson solo había publicado un trabajo de Historia social (y ya en 1960)[109]. Como vimos, Thompson había planteado, y abandonó, la realización de una tesis doctoral sobre historia del movimiento obrero cuando se dedicó de lleno a la redacción de su *William Morris.* Pero cabe recordar que, en lo que

---

[108] E. P. Thompson, *Writing by candlelight…, op. cit.,* p. 63. Véase al respecto, B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* 115 y S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* p. 134.

[109] E. P. Thompson, «Homage to Tom Maguire», en la obra coordinada por A. Briggs y J. Saville, *Essays in Labour History* (recopilada en E. P. Thompson, *Persons and polemics…, op. cit.,* pp. 23-65).

es un episodio menos conocido, en 1954, Thompson iba a participar (con C. Hill y A. L. Morton, y bajo la dirección de Dona Torr) en la elaboración de un trabajo (en parte vinculado a lo que debía ser su tesis) dedicado a la figura del socialista Tom Mann. Thompson redactó dos capítulos pero los editores (Lawrence and Wishart) retiraron en 1957 el encargo. La fecha es, obviamente, relevante[110].

Por otra parte, Thompson seguía sin ser un historiador académico ordinario, en la medida que estaba vinculado al departamento extramural de la universidad de Leeds[111]. De hecho, el encargo original (por mediación de Asa Briggs y R. W. Harris) era para un manual de texto de la historia del movimiento obrero británico, que le fue planteado a John Saville, quien recomendó a Thompson[112]. En principio para algo parecido al libro de 1956 de A. L. Morton y George Tate, *The British labour Movement, 1770-1920.* Hasta qué punto no se trató de un trabajo planificado por Thompson lo prueba el hecho no solo de que finalmente se modificara la cronología del encargo original, sino el hecho de que reconocía que aceptó asumirlo por hallarse ante cierta necesidad económica. De todas formas, Thompson había tenido en mente años antes la elaboración de un libro sobre los obreros del West Riding, que hubiese empezado también hacia 1790[113]. Sin embargo, enseguida se convirtió en algo completamente distinto (entre otras cosas porque superó ampliamente la extensión acordada de 60.000 palabras).

El libro fue escrito en menos de cuatro años, en medio de una intensa actividad política y difícilmente podría entenderse fuera de este contexto de construcción (y frustración) de expectativas. A diferencia de *The Peculiarities of the English,* sin embargo, el texto no es *a priori* una disputa abierta con la nueva New Left (ni tampoco a favor de su estrenada militancia laborista) y de hecho parece concebida –como muestra la similitud con alguno de los textos que hemos analizado anteriormente– en el contexto que va de 1956 a las expectativas abiertas por la primera New Left. Sus enemigos inmediatos («teóricos» si tal distinción es posible) eran el marxismo más economicista y determinista, esto es su enemigo desde 1956, cierta historia económica y social «cliométrica» que se había

---

110 D. Goodway, *Anarchist seeds…, op. cit.,* pp. 274-275.

111 B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* pp. 90 y ss.

112 J. Saville, *Memoirs…, op. cit.,* p. 119.

113 D. Goodway, *Anarchist seeds…, op. cit.,* p. 275.

desarrollado (como se podría apreciar en el capítulo VI sobre explotación y en el X sobre los niveles de vida) y por último una sociología funcionalista que abordaba de manera estática la estructura de clases (a la manera de Talcott Parsons, Neil Smelser o Ralph Dahrendorf, que son los únicos autores a los que se cita en el prefacio)[114]. Todo ello le llevó a una reconsideración de la noción de clase (y de lucha de clases), introduciendo la centralidad de la cultura y del mundo de valores. Y ello, como es sabido a través de la reconsideración del concepto de «experiencia», como clave para explicar la *agency,* entendida como una reevaluación de la posibilidad del cambio político y social, conectando con las preocupaciones «políticas» de los años inmediatos.

Tal vez porque el libro se concibió con un cierto *decalage* (respecto de la *experiencia* frustrada de E. P. Thompson en los años inmediatamente anteriores a que el libro viera la luz) *MEWC* no es un relato pesimista. Pero son los derrotados (de hecho, *sobre todo* los derrotados) los que van a ser rescatados y vindicados. Se vinculaba así, además, el fallido proceso revolucionario decimonónico con la izquierda contemporánea, recuperando el valor «moral» de las luchas y destacando la capacidad de la acción: de la lucha (contra toda apatía) y la validez del socialismo, como proyecto. En este sentido, Thompson estaba lanzando un mensaje obviamente político, algo ambivalente, a medio camino entre el deseo y la necesidad, y con el fantasma del voluntarismo recorriendo las páginas del libro. Inevitablemente ambivalente, creo que podríamos añadir tras las experiencias de 1956 a 1963, con Gran Bretaña bajo el gobierno de Harold Macmillan (periodo en el que se escribió en su totalidad *MEWC*), un Partido Laborista que parecía haber olvidado una parte importante de su legado anterior, y con una clase obrera a medio camino entre el retrato de Allan Sillitoe de 1960 *Sabado a la noche, domingo mañana* y el de Harold Pinter y Josep Losey en *El sirviente* de 1963. Era la clase obrera que Richard Hoggart había analizado en 1957 en *The Uses of Literacy.*

¿Cómo afirmar la pervivencia en 1963 del legado de la tradición radical y revolucionaria británica? Thompson lo hizo apuntando a un mundo de valores que podían ser compartidos y no solo por la clase obrera. De la mano de William Blake, además. Era, sin duda, una agenda para el futuro si no podía serlo para el

---

[114] E. P. Thompson, *The making…, op. cit.,* pp. 10-11.

presente, y en este sentido una alternativa a los derroteros que había tomado la New Left.

Paradójicamente, como señalara Dennis L. Dworkin, el libro fue recibido –debido a su celebración de las posibilidades de la insurgencia y la superación de los constreñimientos estructurales– como parte de la euforia política de finales de los años sesenta, mientras que Thompson estaba moviéndose en otra dirección[115].

En definitiva, y además de convertirse en una pieza capital para la cultura de la izquierda, fue *MEWC,* y la enorme repercusión que la obra alcanzó (previsiblemente ambivalente en ámbitos académicos), la que convirtió a Thompson en un historiador «profesional», hasta el punto que le fue ofrecida una plaza en la Universidad de Warwick. Ello le permitió reinventarse tras las decepciones más inmediatas, en el papel de historiador, un papel que de hecho asumió como su nueva armadura y la usó (en *Peculiarities…* y después en *The Poverty…*) como parte de sus estrategias retóricas basadas en la superioridad del método histórico[116]. Aunque, en fin, Thompson «Era exactamente lo opuesto a un gusano de archivo», en palabras de Geoff Eley[117].

Irónicamente, a pesar del inmenso impacto que su obra iba a tener, Thompson dedicó poco espacio a la definición precisa de los conceptos clave en *MEWC,* ya fuera el de clase o el de experiencia: un célebre párrafo del prefacio y otro en el interior del libro es (casi) todo[118]. Más que ante un desprecio por la «teoría» (pues la argumentación años más tarde en de *The Poverty of Theory* y el contexto en que se elaboró la obra son, en mi opinión, otra cosa) Thompson cifraba en el desarrollo de su propio trabajo específico, la validez de sus propuestas. Lo que sin duda, apuntala la interpretación empirista de su trabajo. Por ello, como señaló con agudeza William H. Sewell Jr., es menos en sus pronunciamientos teóricos, en definitiva, que en el grueso del resto de sus textos donde debemos buscar la precisión de sus conceptos. Las contradicciones, también.

En mi opinión, tras muchos años de disputas frecuentemente ásperas, pero no siempre por ello más productivas, tal vez quepa

---

[115] D. L. Dworkin, *Cultural Marxism…, op. cit.,* p. 216.

[116] Lo señaló P. Anderson y lo recoge S. Hamilton, *The crisis of theory…, op. cit.,* p. 119.

[117] G. Eley, *Una línea torcida…, op. cit.,* p. 98.

[118] E. P. Thompson, *The making…, op. cit.,* p. 194.

concluir que no es sino la ambivalente complejidad (la tensión que en ella subyace) lo que dota a la propuesta thompsoniana de tanta riqueza de matices.

Epílogo. La economía moral del romanticismo, revisitada

Puede que en estos momentos calificar a Thompson como «romántico» esté convirtiéndose, si no lo es ya, en un lugar común. Su intento de fusionar romanticismo (inglés) y socialismo, aunque encontró un limitado eco en su momento, puede que sea uno de sus legados más perdurables, aunque sin duda no exento de problemas[119].

Rescatar de la «infinita condescendencia de la posteridad» a los perdedores, marginados y subalternos emparenta a Thompson con autores como Gramsci, como es obvio. Pero también con Walter Benjamin y su crítica a la marcha de la historia. Si no estoy equivocado Thompson citó en una sola ocasión a Benjamin en sus trabajos, y lo hizo a propósito del error denunciado por el pensador alemán que había sido para el movimiento obrero pensarse siempre en el sentido del progreso[120]. Las afinidades son, en mi opinión mucho más profundas que las evidentes singularidades que los separan. Porque ambos compartieron lo que podemos definir como una suerte de «romanticismo anticapitalista». Como ha escrito Michael Löwy, el romanticismo no es solo una corriente estética del siglo XIX (y sus epígonos) sino una una estructura de la sensibilidad. Articulada como una crítica cultural contra la civilización moderna (el capitalismo) su mirada nostálgica hacia el pasado no lo vuelve reaccionario: reacción y revolución son visiones posibles y en ocasiones se yuxtaponen. Pero lo más interesante es la deriva de un romanticismo revolucionario, cuyo objetivo no es ya un retorno al pasado, sino un desvío hacia un porvenir utópico[121]. Una lectura del romanticismo ya abiertamente revolucionario, pero en crítica contra cierta idea de pro-

---

[119] M. Kenny, «Socialism and the romantic "self": the case of Edward Thompson», *Journal of Political ideologies* 5 (1), 2000, pp. 105-127; D. Eastwood, «History, politics and Reputation: E. P. Thompson reconsidered», *History* 85, 2000, p. 639.

[120] E. P. Thompson, *The poverty of theory…, op. cit.,* p. 97.

[121] M. Löwy y R. Sayre, *Révolte et melancolie. le romantisme à contre-courant de la Modernité,* París, Payot, 1992.

greso, que puede aplicarse a Benjamin[122]. ¿Tanto como a Thompson?[123]. En el fondo, esta fue una perspectiva que quedó abierta para algunos marxistas, tal vez entre los más lúcidos del siglo XX. También tras 1956. Creo que es algo más que una casualidad que otro de los pensadores marxistas más heterodoxos e innovadores Henri Lefbevre, publicara en 1957 (tras su ruptura con el PC francés) un vibrante ensayo titulado precisamente *Vers un romantisme revolutionnaire*[124].

El romanticismo de Thompson puede leerse, en definitiva, como una consistente y continuada impugnación de los aspectos degradantes del capitalismo. Con Morris, denunció la bajeza moral innata del sistema. En el prólogo a *Customs in Common,* en 1991, su última gran obra publicada en vida, insistía frente al «mercado» y su manera de entender la naturaleza humana, en la esperanza (frágil) de una alternativa[125].

En plenos efectos de la crisis de 2008 y tras una larga sucesión de derrotas para la izquierda, el pesimismo y la esperanza de Thompson nos acompañan, entre la necesidad y el deseo. Como ha recordado Stefan Collini, uno de los más agudos comentaristas culturales británicos, cuando Thompson calificó la historia practicada por Raymond Williams como la de un moralista con un sentido profundo del capitalismo, bien podría estar describiéndose a sí mismo[126]. A alguien a quien seguimos necesitando.

---

[122] M. Löwy, *Walter Benjamín: aviso de incendio. Una lectura de las tesis «Sobre el concepto de Historia»,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

[123] Aun sin desarrollar en profundidad este punto, M. Löwy y R. Sayre, «Romaticism in the Enlgish social sciences: E. P. Thompson & R. Williams», *Against the Current* 66, 1996, en [www.solidarity-us.org].

[124] H. Lefebvre, *Vers un romantisme revolutionnaire,* París, Nouvelles editions lignes, 2011.

[125] E. P. Thompson, «William Morris», p. 75; *Customs in Common,* Londres, Merlin Press, 1991, p. 15.

[126] S. Collini, *Common Reading,* Oxford University Press, 2008, p. 186.

III. *THE MAKING OF THE ENGLISH WORKING CLASS,* 50 AÑOS DESPUÉS. SU LEGADO PARA LA HISTORIA OBRERA

Ángeles Barrio Alonso

Una obra «canónica», no inmune a las críticas

«Este es, en mi opinión, el más importante y renovador libro de historia que se haya publicado en muchos años», escribía en diciembre de 1976 Josep Fontana en el «Prólogo» a la edición española de *The Making of the English working class. 1780-1832,* de Edward Palmer Thompson, publicada por Laia en febrero de 1977. El título original había sufrido una leve pero expresiva modificación en la versión española, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832,* que debió de parecer a los editores más preciso y apropiado que el de la traducción directa del original en inglés, que había sido publicado por primera vez por Victor Gollancz, en 1963 en Londres[1]. No era Fontana el primero en considerar *La formación…* como una de las obras maestras de la historiografía contemporánea, el reconocimiento hacia la obra por excelencia de E. P. Thompson, es uno de los mayores que se tiene constancia en los últimos 50 años en la historiografía social pero, en la España de los setenta, era una obra aún relativamente desconocida. Su impacto entre nosotros hay que situarlo, por tanto, un poco más tarde que en otros países, pero no por ello fue menor[2].

---

[1] E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832,* Barcelona, Laia, 1977. Prólogo de J. Fontana, p. 10. Hay una edición posterior, *La formación de clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1989.

[2] La obra de E. P. Thompson no había sido ignorada en España. En 1974, la *Revista de Occidente* (133, abril de 1974) había publicado el artículo «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», un texto que originalmente había sido publicado en la revista *Past and Present* 50, 1971, pp. 76-136 («The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century»). En 1979, la editorial Crítica, publicó el texto sobre la economía moral de la multitud, una vez más, en una compilación a la que puso prólogo Josep Fontana: véase E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Crítica, Barcelona, 1983, (2.ª ed.), pp. 63-134.

En un artículo publicado por *The Guardian* el 6 de marzo de 2013, la historiadora Emma Griffin describía el impacto alcanzado por *La formación…* como un proceso que arrancaba en 1963, cuando un desconocido profesor de provincias le había entregado a Victor Gollancz un original de 800 páginas para publicarlo, que, apenas diez años más tarde –tras haber sido adquiridos sus derechos por Pelican en 1968–, ya había sido reeditado al menos cinco veces, y que, 50 años después, y a pesar de las críticas que aún seguía recibiendo su autor, era considerada en todo el mundo una obra maestra: «It is still in print, widely revered as a canonical work of social history», concluía Griffin. Aunque toda aspiración a escribir algo inédito sobre E. P. Thompson y *La formación…* está condenada de antemano al fracaso, no se puede dejar de reconocer, con Griffin, que su lectura sigue siendo inspiradora. Quizá la vehemencia de su narrativa ya no nos sorprenda como en la primera lectura y, probablemente, nos será difícil separar el aliento ético que destilan sus páginas de las polémicas en las que Thompson, de forma directa o indirecta, participó sobre la «religión secular» del marxismo, y cuyas críticas, periódicamente, siguen animando la historiografía. Pero, a pesar de los años y de las controversias, y en contra de la opinión de Tony Judt, conviene seguir «tomándonos en serio» a E. P. Thompson, como propone Griffin[3].

La formación… es, pues, una obra canónica de Historia social, a la que muchos de los historiadores anglosajones que se iniciaron

---

[3] En 1973, E. P. Thompson había publicado en *The Socialist Register* su polémica «Carta abierta a Leszek Kolakowski», criticando la defección del marxismo del filósofo de origen polaco afincado entonces en Oxford. La respuesta de Kolakowski, «Por qué tengo razón en todo», una justificación basaba en su experiencia del comunismo en Polonia, muy diferente de la de los comunistas occidentales, le parecía a Tony Judt suficiente argumento como para que «nadie volviera a tomar en serio a E. P. Thompson» (véase el cap. VIII, «¿Adios a todo eso? Leszek Kolakowski y el legado marxista» en T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX,* Madrid, Taurus, 2008, pp. 133-147). Por ello, Emma Griffin resaltaba en su artículo el valor normativo del legado de E. P. Thompson como reacción a la desautorización de Tony Judt, al mismo tiempo que afirmaba que son muchos los historiadores que hoy siguen tomándose en serio a E. P. Thompson y, especialmente, *La formaci*ón… Sobre E. P. Thompson, su vida y su obra, véase B. D. Palmer, *E. P. Thompson. Objeciones y Oposiciones,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004. Más detalles sobre la investigación y la edición de *La formación…* en A. Estrella González, *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson,* Cádiz / Cuajimalpa, Universidad de Cádiz / Universidad Autónoma Metropolitana, 2012.

en la investigación en los años sesenta, han reconocido como un estímulo fundamental para su vocación en esa especialidad. Con su publicación, E. P. Thompson obtuvo, efectivamente, un reconocimiento extraordinario que queda patente en las reseñas hechas a su obra, especialmente, después de su muerte en agosto de 1993, y en las de su legado, en una biografía historiográfica marcada por la militancia, como se trata más ampliamente en otros capítulos de este libro. Pero, como señalaba el propio E. P. Thompson, *La formación…* no había sido hecha para satisfacer al gremio de los académicos, sino a un público más amplio, de formación e intereses diversos, lo que probablemente influyó en las críticas que recibió en los círculos universitarios británicos y, al mismo tiempo, en el éxito que alcanzó fuera de ellos[4].

Analizada, comentada y puntualizada en innumerables reseñas por especialistas de todo el mundo, la obra de E. P. Thompson, en su conjunto, no se entendería fuera del grupo de historiadores del pequeño Partido Comunista británico, un grupo formado, entre otros, por Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Raymond Williams, Eric Hobsbawm, Dorothy Thompson, esposa de E. P. Thompson, George Rudé, Victor Kiernan, Raphael Samuel, o Dona Torr –que, no estando entre los fundadores, participaba de las actividades del grupo y a quien E. P. Thompson le reconoce abiertamente, como a Christopher Hill, una influencia decisiva en su propia formación–, que se caracterizaba por la fusión de militancia e investigación[5].

La etapa de gestación de *La formación…* forma ya parte de la historia de la Historia social y sus detalles son bien conocidos: E. P. Thompson daba entonces clases para adultos en la Universidad de Leeds, una universidad de provincias, mientras preparaba lo que luego sería su libro *William Morris. From Romantic to Revolutionary* y *La formación…* Como el resto de los historiadores del grupo, publicaba con regularidad artículos sobre aspectos teóricos y prácticos del marxismo en revistas como *The Reasoner, The New Reasoner* y *The New Left Review,* dedicadas al debate y al inter-

---

[4] Véase la entrevista realizada en 1976 a E. P. Thompson por M. Merrill, en H. Abelove, B. Blackmar, P. Dimock y J. Schneer, *Visions of History,* Marho, The Radical Historians Organization, Mánchester, Manchester University Press, 1983, pp. 5-25.

[5] H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* edición y presentación de J. Casanova, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 11 y ss.

cambio de ideas. Las experiencias del estalinismo y la Guerra Fría y la coyuntura política británica a finales de los años cincuenta, con las victorias electorales de los *tories* frente a los laboristas, fueron decisivas para que algunos miembros del grupo se alejaran del comunismo oficial, e, incluso, abandonaran el partido, como fue el caso de E. P. Thompson, que lo hizo en 1956, tras la invasión de Hungría por los tanques soviéticos, aunque otros, como E. J. Hobsbawm, permanecieron en él. Las disensiones internas quedaron reflejadas en la trayectoria de la *New Left Review* y en la evolución de cada uno de sus miembros. La versión de Perry Anderson, colaborador habitual de la revista, de cuya dirección se hizo cargo a partir de 1962, sobre el distanciamiento ideológico de E. P. Thompson está llena de consideraciones personales críticas acerca de la actitud de este a lo largo del proceso de ruptura, que llegó hasta el umbral de los años ochenta, aunque no dejaba de reconocerle algunas virtudes, como la generosidad hacia el grupo y la revista, a pesar de la brecha abierta entre ellos[6].

De la personalidad de Thompson, explosiva, insubordinada y proclive a la polémica, hay numerosas muestras en su biografía. En 1957 en un texto publicado en *The New Reasoner,* bajo el irónico epígrafe bíblico de «Epístola a los filisteos», Thompson resaltaba la cualidad de agente activo del hombre sobre las determinaciones de la estructura económica concebidas *a priori* como un dogma autosuficiente, y hablaba de dos herejías contra el hombre, la de la ideología dominante en la burocracia comunista, y la de la miopía del pensamiento socialdemócrata para entender el significado del cambio en el siglo XX, tras la descolonización, el potencial del socialismo en el Tercer Mundo, o la precariedad de la civilización ante el peligro nuclear. Sobre esta cualidad «moral» de los individuos como actores de su propio destino histórico, insistía poco después, en un artículo publicado en 1958, tam-

---

[6] Véase «Eric Hobsbawm y el romance del comunismo», en T. Judt, *Sobre el olvidado siglo XX,* pp. 121-132; P. Anderson, «Diario», en P. Anderson, G. Eley, A. Giddens, B. D. Palmer, W. H. Sewell Jr., y E. M. Wood, *E. P. Thompson, diálogos y controversias,* Valencia, Biblioteca Historia Social, 2008, pp. 231-242; R. Miliband, «Thirty years of the Socialist Register», *Socialist Register,* 1994, pp. 1-19 (Socialist Register website); B. Schwarz, «The "people" in history: the Communist Party Historians' Group. 1946-1956», en *Making histories. Studies in historical-writing and politics,* Londres, Center for Contemporary Cultural Studies, University of Birmingham, Hutchinson & Co, 1982, pp. 44-95.

bién, en *The New Reasoner,* refiriéndose expresamente a «the creative agency of men, when considered not as political or economic units in a chain of determined circumstancies, but as moral and intellectual beings, in the making of their own history». Al escribir *La formación…,* parece que E. P. Thompson se había propuesto, efectivamente, romper con el dogmatismo del materialismo histórico ortodoxo que hacía de las condiciones económicas el elemento determinante para la formación y la lucha de clases, presentando a la clase obrera como la protagonista de un proceso en el que, como sujeto, tomaba las riendas de su propia historia, según había anunciado en epístola a los filisteos: «Men make their own history; they are part agents, part victims, it is precisely the element of agency which distinguishes them from the beasts […]»[7].

Colocar al hombre en el centro del proyecto transformador del socialismo, arrancando del monopolio de la burocracia comunista la legitimidad del proyecto, y tratando de casar la moral de clase del marxismo con la moral universal del humanismo, era el objetivo de *La formación…,* una fórmula de socialismo humanista que, en las coordenadas políticas de esos años, completamente diferentes a las de antes de la guerra, cuando se había formado el grupo, no solo era un desafío a la ortodoxia marxista, sino también a las reglas del discurso historiográfico en los mismos límites de la relación historia y política[8]. El propósito de recuperar, a partir de la exploración minuciosa de las fuentes, las expectativas y frustraciones de los individuos que componían la urdimbre del tejido social en la Inglaterra de finales del siglo XVIII y principios del XIX, plantear la historia de la clase obrera «desde abajo», no es una apreciación de la crítica historiográfica *a posteriori,* sino una afirmación del autor que está explícita en el «Prefacio» de *La formación…,* una frase que, si bien ha sido repetida hasta la saciedad en

---

[7] E. P. Thompson, «Socialist Humanism. An Epistle to the Philistines», *The New Reasoner* 1, 1957, pp. 105-143, y «Agency and Choice. I. A Reply to Criticism», *The New Reasoner* 5, 1958, pp. 88-106.

[8] E. P. Thompson, «Socialist Humanism. An Epistle to the Philistines», *op. cit.,* Sobre la utilización por parte de E. P. Thompson del término «filisteo», además de las connotaciones propiamente marxistas de «filisteo» como sinónimo de enemigo, habría que considerar las de antiintelectual, extendidas en Gran Bretaña, véase C. Altamirano, «Intelectuales: nacimiento y peripecia de un nombre», *Nueva Sociedad* 245, 2013, disponible en [www.nuso.org]. Véase también B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.*

las reseñas *thompsonianas,* no ha perdido un ápice de su expresividad declarativa inicial:

> Me propongo rescatar –escribe E. P. Thompson– al humilde tejedor de medias y calcetines, al jornalero ludita, al obrero de los más anticuados telares, al artesano utopista y hasta al frustrado seguidor de Joanna Southcott, rescatarlos de una posteridad excesivamente condescendiente […][9].

De que E. P. Thompson era un historiador provocador e irreverente no hay duda, pero los motivos por los que una obra densa y compleja como *La formación…* sobre la sociedad inglesa de finales del XVIII y principios del XIX, llena de referencias textuales a fuentes poco convencionales, se convirtiera en una obra de extraordinaria difusión fuera de los círculos de la historiografía marxista, siguen siendo sorprendentes. Thompson explica en el «Prefacio» que dedica la primera parte a las tradiciones populares hasta 1790, a las experiencias de los grupos obreros durante la Revolución industrial, a la disciplina industrial y al metodismo, en la segunda, al radicalismo plebeyo, desde el ludismo hasta el final de las guerras napoleónicas, en la tercera, mientras que en la última trata de algunos aspectos de teoría política y conciencia de clase en las décadas de los veinte y los treinta del siglo XIX, pero lo cierto es que la trama de la obra no es fácil de resumir ya que su estructura no es continua, sino que está organizada por temas relacionados entre sí[10]. Además, al contrario de lo que sugiere su título, sus protagonistas no son los obreros industriales, como esperaría un lector aficionado a la literatura del movimiento obrero, sino un sujeto colectivo morfológicamente variopinto, cuya acción se proyecta sobre el telón de fondo del metodismo y el utilitarismo como ideología de la Revolución industrial. De ese modo, en sucesivos capítulos, Thompson desvela cómo la disciplina industrial generó la disidencia, el inconformismo, la protesta y la reacción contra el puritanismo, que estaba en los orígenes del capitalismo industrial inglés, y que culminaba en la masacre de Peterloo, en agosto de 1819.

Para William H. Sewell Jr., un historiador social captado por la vía «culturalista», y formado en el ambiente historiográfico efer-

---

[9] *La formación…, op. cit.,* t. I, p. 12.

[10] *Ibid.,* p. 11.

vescente del *sesentayochismo* americano, *La formación…* es un libro desconcertante que no se puede leer como una novela, que no sirve para buscar información pero que, por otro lado, está lleno de teoría. Thompson habla en *La formación…* de Revolución industrial, de cartismo y de movilizaciones, pero también, y sobre todo, de experiencias vividas por sus protagonistas y es su genialidad narrativa la que le permite, en palabras de Sewell, hacer sentir en piel ajena a sus lectores «el sufrimiento, el tedio, la rabia, el sentido de pérdida y el descubrimiento que constituyeron la formación de clase»[11]. *La formación…* no era, pues, un libro al uso de *labour history* sobre las relaciones de clase en la Revolución industrial, los trabajadores o las *trade unions,* sino una obra insólita que planteaba una alternativa a la interpretación tradicional en términos económicos del proceso de formación de clase, estableciéndolo a través de condicionantes culturales, lenguajes, valores o tradiciones ideológicas, en un proceso en el cual la experiencia compartida era la que generaba el sentimiento identitario, y, en consecuencia, el comportamiento «clasista».

La doble insubordinación de Thompson ante la rigidez teórica del materialismo histórico en lo relativo a los determinantes del cambio social, por un lado, y ante la visión autocomplaciente de la revolución industrial de la historiografía *whig,* por otro, le supuso, por contradictorio que parezca, una descalificación por abuso de empirismo y subjetividad. Sin embargo, la posibilidad de refutación no le había intimidado en su propósito de reformular el proceso de formación de clase. Thompson no solo se desinteresó por la clase obrera victoriana y por el sindicalismo del siglo XX inicial, sino que retrocedió en el tiempo para buscar las raíces del proceso, yendo desde la «clase» hacia la «plebe» en la Inglaterra del siglo XVIII, para cuestionar el uso que se había hecho del término hasta entonces. En su objetivo de descifrar la naturaleza «cultural» de las experiencias de clase como formas de conciencia, al situar la conciencia de clase en los trabajadores de oficios tradicionales y artesanos, antes que en los obreros de las fábricas, Thompson «revolucionó» la interpretación clásica

[11] Para el significado simbólico de la masacre de Peterloo, véase *La formación…, op. cit.,* t. III, pp. 307-349. La cita en W. H. Sewell Jr., «Como se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», *Historia Social* 18, 1994, pp. 77-101.

acerca de la aparición del proletariado como un fenómeno «universal» vinculado a la industrialización.

En *La formación…,* la experiencia de clase de los trabajadores de oficio tiene lugar en escenarios diversos, asociaciones, clubes, mercados, tabernas, iglesias…, además de en la propia vida familiar y comunitaria, donde políticos locales, clérigos, profetas…, de moralidad, sentimientos religiosos, tradiciones e ideas muy diferentes, entrecruzaban sus mutuas influencias a través de las redes de sociabilidad en las que se relacionaban las clases bajas y las clases medias bajas. La prensa, la literatura o el púlpito fueron los medios de transmisión de las ideas y valores que circulaban en estas redes y que contribuyeron a formar opinión entre los trabajadores, en la misma medida que la demagogia que, a menudo, acompañaba a la desobediencia, la protesta, los disturbios e, incluso, el delito, como manifestaciones de un proceso de autoconciencia colectiva al que E. P. Thompson consideraba la «gran conquista espiritual de la Revolución industrial»[12].

Thompson no ofrecía solamente una historia de la formación de la clase obrera inglesa, sino una interpretación de cómo esa clase se había hecho a sí misma. Darle a la experiencia de los trabajadores el estatus de categoría intermedia para descifrar la forma en que los actores sociales creaban su propia conciencia de clase, voluntaria o involuntariamente, significaba admitir que estos interpretaban su vida en términos «culturales», de valores, sentimientos, expectativas o frustraciones, y que ese proceso era el que constituía «materia» historiable. Situándose deliberadamente al margen de un marco teórico rígido, Thompson planteaba la relación entre el ser individual y la conciencia del ser social a partir de las evidencias que, eventualmente, pudieran desprenderse de las fuentes de naturaleza «cultural», aunque, al mismo tiempo, reconocía las dificultades que implicaba llevar a cabo con éxito ese ejercicio intelectual. Sus reservas ante las limitaciones probatorias con las que, a menudo, choca el historiador al interpretar la relación clase y conciencia de clase, están explícitas en el «Prefacio», y son similares a las que se planteaba acerca de la supuesta «universalidad» de la categoría clase, hasta el punto de justificar que si dedicaba su atención a la clase obrera inglesa, no era por *chovinismo,* sino porque las situaciones y los procesos de formación de clase en Gales, Escocia o

[12] *La formación…, op. cit.,* t. III, p. 527.

Irlanda, eran específicos y exigían un tratamiento aparte e individualizado[13].

Thompson planteaba la experiencia del sujeto como el elemento esencial de las identidades de clase reduciendo a mínimos la determinación económica en el nivel de la conciencia, lo que modificaba el discurso canónico del materialismo histórico sobre la clase y los comportamientos de clase. En lugar de remitir la cuestión de la conciencia de clase al problema de la «falsa conciencia», Thompson había optado en *La formación…* por un procedimiento hermenéutico diferente a los empleados para discriminar la «verdadera» y la «falsa conciencia», planteándola, como la ideología, fuera de los modelos platónicos preconcebidos, y habitualmente utilizados, hasta entonces, para el análisis de los procesos de transformación de «clase en sí» en «clase para sí». En «Epístola a los filisteos» ya había expresado su renuencia a interpretar la experiencia del cambio social en términos de meros reflejos *pavlovianos:*

> If an economic crisis comes the people will salivate good «marxist-leninist» belief. But Rounhead, Leveller and Cavalier, Chartist and Anti-Corn Law Leaguer were not dogs; they did not salivate their creeds in response to economic stimuli; they loved and hated, argued, thought, and made moral choices. Economic changes impel change in social relationships, in relations between real men and women and these are apprehended, felt, reveal themselves in feelings of injustice, frustration, aspirations for social change; all is fought out in the human consciousness including the moral consciousness[14].

Por eso, en *La formación…* la metafísica del debate teórico sobre el ser social y la conciencia, la necesidad y la libertad, o las supuestas falacias mecanicistas del materialismo histórico, desaparecía en el tratamiento esencialmente «historicista» que E. P. Thompson ofrecía del proceso de formación de clase, un proceso

---

[13] *La formación…, op. cit.,* t. I, pp. 29-30. A Thompson se le critica por haber hecho escasa mención en *La formación…* a las cuestiones de identidad ajenas a la clase, como la identidad nacional, o de género: veáse G. McLennan, «E. P. Thompson and the discipline of historical context», *Making histories. Studies in historical-writing and politics,* pp. 96-130.

[14] E. P. Thompson, «Socialist Humanism. An Epistle to the Philistines», *op. cit.*

liderado por un sujeto colectivo compuesto por hombres y mujeres reales, cuyas aspiraciones y frustraciones acerca del cambio social no podían ser interpretadas como reflejos condicionados, sino en la experiencia de su lucha en el terreno de la conciencia moral.

Las reacciones a la obra de Thompson, con su énfasis en los elementos «culturales» del proceso de formación social, fueron muy críticas y todavía hoy generan polémica. Años después de haber publicado *La formación…,* reconocería haber sido consciente de que, al escribir sobre un tema y un periodo cuya literatura estaba dominada por una larga tradición –desde Adam Smith a la historia económica reciente–, que había asumido la ideología del capitalismo, se había expuesto directamente a las críticas de los historiadores académicos liberales; pero que haber ido contra las simplificaciones economicistas del materialismo histórico, tampoco le había librado de la ira de sus colegas ideológicamente afines. A Perry Anderson, por ejemplo, que Thompson hubiera convertido a Joanna Southcott, en la principal profetisa de la clase obrera británica, le parecía un «exceso culturalista» que había hecho a Thompson caer en el tópico[15]. Claro que afirmar, como hacía Thompson, que su principal inspiración para haber hecho ese tipo de historia había sido su experiencia con los alumnos del programa de adultos, con los militantes de las asociaciones en las que había colaborado, con la «gente corriente», de quien aseguraba haber aprendido todo, era una manera de poner distancia con el gremio de historiadores académicos dominado, según sus propias palabras, por el conservadurismo, pero también de hacer expresa su autonomía ideológica respecto de una tradición historiográfica

[15] J. Southcott, de oficio criada, era la hija de un granjero de Devon, que en 1801 publicó su primer libro de profecías lunáticas, convirtiéndose en muy poco tiempo en una especie de nueva Juana de Arco. Thompson sugiere que en el movimiento de los «joannas» o «southcottianos», sus seguidores que se contaron a miles, en sus fervores apocalípticos propios de una imaginación supersticiosa muy arraigada en Inglaterra y en medio de los estragos del metodismo, habían visto un atractivo indudable, debido al igualitarismo que suponía que la revelación pudiera servirse tanto de la hija de un pobre campesino, como de la de un rey. Véase *La formación…, op. cit.,* t. II, pp. 282-290. Perry Anderson lleva la crítica al abuso en las necrológicas de E. P. Thompson de su propósito de rescatar al engañado seguidor de Joanna Southcott de la enorme condescendencia de la posteridad, y advierte del riesgo de caer con ello en el tópico, que una personalidad iconoclasta como la de E. P. Thompson, no se merece. Véase P. Anderson, «Diario», *op. cit.,* pp. 238-239.

«radical» con cuya orientación política discrepaba. Su preocupación porque *La formación…* fuera un trabajo afinado y preciso había sido una forma de protegerse ante las críticas de una comunidad que él tenía por poco indulgente con los que no seguían las normas[16].

Más allá de la conciencia de clase. El impacto de *La formación…* en Estados Unidos

Desde su publicación en 1963, la influencia de *La formación…* fue notable en Estados Unidos. El impulso democrático de los años sesenta había tomado allí la forma de una búsqueda de las líneas de consenso y de conflicto en la historia académica con la incorporación de los nuevos sujetos de «color» y de «género» al de los trabajadores y los inmigrantes, que apuntaba a una «nueva» *labor history.* Herbert G. Gutman, uno de los historiadores sociales más influyentes de su generación, junto a David Montgomery y David Brody, había sido uno de los primeros en ensayar, aunque con una agenda no del todo definida, esa «nueva» historia, y la apertura hacia nuevos métodos y enfoques interdisciplinares le condujo a la historia de otros países y a la historia comparada. Dos obras, publicadas en Estados Unidos en 1964, le reafirmaron en su cometido renovador: la de Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth Century City,* le ofrecía los recursos metodológicos necesarios para hacer de una exploración de la vida social a escala local, un estudio más amplio del impacto de la idea de movilidad social en la vida real americana; pero, sobre todo, *La formación…,* cuya densidad teórica era muy superior. Gutman, a pesar de las críticas que le precedían, reconoció el genio de Thompson en la conexión con sus propios trabajos, en los que la acción humana tenía también un papel fundamental, aunque sin el rigor conceptual de los de Thompson. Gutman inició entonces el contacto con E. P.

[16] Thompson, aunque les dio un sentido más «político» que puramente metodológico, no solo no se inhibió en las polémicas que había generado *La formación…* entre historiadores marxistas, dentro y fuera del grupo, sino que volvió sobre algunas de las cuestiones más debatidas en sus obras posteriores. Su versión acerca de su posición respecto de las críticas y también sobre la acogida que tuvo *La formación…,* en muchos medios académicos de fuera de Inglaterra, en *Visions of History, op. cit.,* p. 7.

Thompson por correspondencia, y dos años más tarde, tras una visita de este como conferenciante invitado a la Universidad del Estado de Nueva York en Buffalo, gracias a la cual pudieron conocerse personalmente, iniciaron una sólida amistad. Después, David Montgomery y Melvyn Dubofsky, otro de los «grandes» de la *labor history* americana junto a Gutman, Brody y Montgomery, fueron a Warwick como profesores visitantes invitados por E. P. Thompson, dentro de un programa real de «intercambio» y colaboración que, sin embargo, se frustró con la intempestiva salida de Thompson de Warwick[17].

El socialismo humanista de E. P. Thompson trascendió a la obra de Gutman inspirándole a replantear las fases del proceso de formación de clase en Estados Unidos y sus influencias ideológicas. Si el objetivo inicial de Gutman había sido hacer una historia general de los trabajadores americanos, en la que los conceptos de «poder» y «cultura» eran esenciales, *La formación…* le llevó a plantearse hacer una historia de cómo los obreros americanos habían hecho su propia historia, una tarea nada fácil, dadas las características multirraciales y multiculturales de la clase obrera americana. Al incorporar la experiencia como elemento decisivo para la conciencia de clase, Gutman comprobó cómo la explotación en Estados Unidos se manifestaba en términos de Norte y Sur, de factorías y plantaciones, de descendientes de europeos y descendientes de africanos y que, por tanto, se hacía extensiva a todos los tipos de explotación; pero su cambio de perspectiva se hizo particularmente evidente en la historia de los *Afro-Americans*[18].

---

[17] M. Dubofsky, *Hard Work: the making of labor history (working class in American History),* University of Illinois Press, 2000. E. P. Thompson, estuvo solo unos años en la Universidad de Warwick, fundada en 1965, como *Reader* de *History of Labour,* puesto al que renunció en 1970, por estar en contra de la «mercantilización» que, a su juicio, había adoptado la universidad en perjuicio de los valores intelectuales y científicos, tal como puso de manifiesto en *Warwick University Ltd., Industry, Management and the Universities,* publicado en 1971.

[18] La figura de H. G. Gutman fue muy influyente en la *labor history* americana, hasta su muerte en 1985. Véase, entre su extensa obra, *Work, culture and society in industrializing American. Essays in American working-class and social history,* Nueva York, Vintage Books, 1977, una síntesis de la que se habían publicado previamente algunas versiones parciales en forma de artículos y contribuciones a congresos; y *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925,* Nueva York, Pantheon Books, 1976.

Estimulado por la atmósfera caliente del conflicto racial de esos años que demandaba más conocimiento sobre los orígenes sociales del abolicionismo y la cultura de la esclavitud para actuar sobre la crisis y sus posibles soluciones políticas, Gutman no fue el único en plantearse reestudiar la naturaleza de la cultura afroamericana. Eugene D. Genovese, que había hecho una lectura más profunda de Marx que Gutman y, sobre todo, de Antonio Gramsci, también había empezado a estudiar la esclavitud en el Sur casi al mismo tiempo que Gutman lo había hecho con el Norte industrial. Pero, a diferencia de él, fascinado por la teoría de la hegemonía de la clase dirigente, Genovese incorporaba el elemento cultural a la lucha de clases, no desde abajo, como pretendía Gutman, sino desde arriba[19]. Dominada por una visión al estilo de la dialéctica del amo y el esclavo, en la que las tipologías en las actitudes de los esclavos y sus transformaciones se hacían derivar de la evolución en las de sus dueños, la historia del Sur «antebellum» que Genovese ofrecía en *The World the Slaveholders Made: Two essays in interpretation,* publicado en 1969, era la de una sociedad paternalista, de relaciones sociales precapitalistas, preburguesas, de naturaleza señorial, en las que la familia desempeñaba una función decisiva en la recepción y transmisión de «valores» y comportamientos, y en la que se reconocían los intereses de clase de los dueños de plantaciones casi con más entusiasmo que la conciencia de clase de los esclavos. La reacción desde la ortodoxia marxista por ser excesivamente *thompsoniano* no se hizo esperar[20]. En los estudios de los trabajadores de Gutman, ya se tratase de trabajadores libres o de esclavos, la familia también era una institución esencial que funcionaba como una fuente de continuidad cultural, tanto para los afroamericanos, como para los europeos, al transmitir de generación en generación valores y actitudes. Pero, a diferencia de Genovese, la construcción cultural a través de la herencia de las propias tradiciones de la *black family,* que Gutman había estudiado de forma exhaustiva a

---

[19] La obra de E. D. Genovese, tanto en su etapa marxista, como en las posteriores, tiene un enorme interés desde el punto de vista historiográfico y nunca ha estado libre de polémica: véanse *The World the Slaveholders made: Two essays in Interpretation,* Nueva York, Pantheon Books, 1969, y, muy especialmente, *Roll, Jordan, Roll. The World that the Slaves Made,* Nueva York, Vintage Books, 1976.

[20] La crítica al «culturalismo» de E. P. Thompson y E. D. Genovese, en R. Johnson, «Edward Thompson, Eugene Genovese, and the Socialist-Humanist History», *History Workshop* 6, 1976, pp. 79-100.

partir de largas series de registros matrimoniales, no se había hecho «a imitación», sino «en contra» de la de los amos blancos. Como arma de afirmación identitaria resultaba, en consecuencia, tan poderosa para la población esclava, como la de la religión en el republicanismo de los asalariados evangélicos, de los mineros eslavos o de las costureras irlandesas.

Los acontecimientos de los finales años sesenta llevaron a Genovese a publicar en 1974 *Roll Jordan, Roll: the World the Slaves Made,* contraparte de su anterior trabajo, que suponía una «reconstrucción» de los universos mentales y las costumbres de naturaleza ética, religiosa, sexual o de trabajo, de los esclavos. Genovese planteaba de este modo la existencia en las comunidades negras de una cultura propia de tipo prepolítico que, sin embargo, restringía su oposición potencial y que comprometía, en ese sentido, sus expectativas de una *black nation* separada de la de sus amos. Contra esta visión subordinada de la experiencia «cultural» de los afroamericanos, Gutman que, acusándole de funcionalista, no encontraba en el trabajo de Genovese suficientes evidencias de que el paternalismo inspirara las costumbres y las creencias de los esclavos, afirmaba que la conciencia de clase de estos era independiente de los valores de sus amos, se generaba en su experiencia en las relaciones con ellos y con otros blancos, y que esa era el motor real de su *agency.*

El enfrentamiento entre Gutman y Genovese, que se había iniciado por una cuestión administrativa, pronto alcanzó el tono de una batalla dialéctica violenta, muy personalizada, y políticamente no desinteresada, acerca de sus diferentes interpretaciones de la *black family,* un contencioso que Gutman extendería a Robert Fogel y Stanley Engerman, a causa de su no menos polémica y célebre *Time on the Cross*[21]. En el clima políticamente crispado de los primeros setenta, realizado con ingentes dotaciones de fondos federales, una gran dosis de teoría económica neoliberal, y alardes de alta tecnología estadística, como correspondía a dos caracterizados «cliómetras», el trabajo de Fogel y Engerman sobre la economía de la esclavitud venía a tranquilizar la conciencia atormentada del americano medio sobre una época histórica crucial para la identi-

[21] La versión española se publicó en 1981: R. W. Fogel y S. L. Engerman, *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos,* Madrid, Siglo XXI de España, 1981.

dad nacional como la de la Guerra Civil, cuyas repercusiones en una opinión pública sensibilizada sobre la cuestión de la *black nation* eran inevitables. A Gutman, ofendido por la forma en que Fogel y Engerman habían planteado la contribución del esclavismo a la economía americana en su libro, en términos de racionalidad y eficiencia, a través de sofisticadas fórmulas matemáticas que ocultaban la inhumana experiencia del trabajo esclavo, le parecía que *Time on the Cross* era la expresión de una historia antidemocrática y sesgada hacia los intereses políticos de la Administración Nixon, en la que, desde el punto de vista metodológico, poco importaban las preguntas ya que estas se habían hecho en función de las respuestas que se querían obtener.

Fogel y Engerman no respondieron a Gutman, pero Genovese arremetió contra él y, aunque reconocía su mérito en el tratamiento de unas fuentes muy reveladoras para el análisis de las tradiciones «culturales» de la *black family,* cuestionó el planteamiento «igualitarista» que Gutman aplicaba a las relaciones sociales y que, a su juicio, le llevaba a ignorar la dinámica de las mismas con lo que, por extensión, descalificaba a la «nueva» Historia social, en la que él rehusaba incluirse. Gutman mantuvo, sin embargo, invariable su agenda de estudio de la clase trabajadora y no solo no redujo su influencia entre los historiadores sociales más jóvenes, sino que se convirtió en una especie de referente internacional de la Historia social americana, hasta que falleció de forma repentina en 1985[22]. Poco antes de su muerte, al reconocer en una entrevista que *La formación…* le había inspirado para colocar la experiencia del sujeto en primer plano, Gutman confirmaba el legado *thompsoniano* en su propia obra, que le había llevado a indagar no tanto en qué sucede, sino en cómo sucede[23].

La contribución de los historiadores marxistas británicos al florecimiento de la Historia social en todo el mundo como un territorio autónomo e independiente de la economía e, incluso, de la sociología histórica, era, por tanto, un hecho ya en los años setenta,

---

[22] Sobre la contribución de H. G. Gutman a la *labor history* americana: I. Berlin, «Introduction. Herbet G. Gutman and the American Working Class», en I. Berlin (ed.), *Herbet G. Gutman. Power & Culture. Essays on the American Working Class,* Nueva York, New Press, 1987, pp. 3-69. También M. Dubofsky, *Hard Work: the making of labor history…, op. cit.*

[23] Véase la entrevista realizada en 1982 a H. Gutman por M. Merrill, en *Visions of History, op. cit.,* pp. 187-216.

que no fue ignorado por sus protagonistas. El propio E. J. Hobsbawm, en su polémico y divulgado ensayo «From Social History to the History of Society», reclamaba su plena institucionalización, tras haberse confirmado la fuerza con que había irrumpido unos cuantos años antes en el terreno de la historia general el debate acerca de las formas de conocimiento de lo social, un debate al que, entre otros, él también había contribuido. Y ello, a pesar de que ni Thompson, ni Hobsbawm habían incorporado la variable de género en sus respectivos trabajos, lo que no ha dejado de reportarles innumerables críticas[24].

A los efectos del medio y largo plazo de ese debate sobre la naturaleza de lo social en la historiografía, se refiere William H. Sewell Jr., que a mediados de los años setenta había colaborado con Gutman en el City College de Nueva York, cuando explica que sus motivaciones para elegir la Historia social y no otra especialidad en su iniciación como doctorando, así como los métodos empleados, las preguntas y respuestas hechas desde entonces y a lo largo de su vida profesional, se encontraban en una historiografía crítica, de la que E. P. Thompson formaba parte y que, a su juicio, conservaba intacta su fuerza original. Siguiendo a Gutman, tres obras habían sido fundamentales para Sewell Jr. en su iniciación: *The Making of English Working Class,* de Edward P. Thompson, publicada en 1963; *The Vendée,* de Charles Tilly, y *Poverty and Progress,* de Stephan Thernstrom, publicadas ambas en 1964[25]. Escritas las tres por una generación de historiadores influidos por el populismo del activismo político de los sesenta, habían significado algo parecido a un nuevo paradigma. El singular estudio de la formación de la clase obrera inglesa de E. P. Thompson, el de la contrarrevolución en la Francia revoluciona-

---

[24] El texto escrito en 1970 para una conferencia en Roma organizada por la Academia Americana de Artes y Ciencias, apareció publicado en la revista *Daedalus.* Véase E. J. Hobsbawm, «From Social History to the History of Society», *Daedulus* 100, 1972, pp. 20-45; y F. Gilbert y S. R. Graubard (eds.), *Historical Studies Today,* Nueva York, Norton & Company, 1972, pp. 1-26. En una reedición posterior, el propio Hobsbawm lo presenta como un ensayo que suscitó en su día cierta polémica, y en el que, con asombro y con vergüenza, reconoce que no incluyó ninguna referencia a la Historia de las mujeres, porque en aquellos años, como la mayoría de sus colegas varones, no se dio cuenta de esta laguna. Véase la versión española *On History* de E. J. Hobsbawm, *Sobre la historia,* Barcelona, Crítica, 2002, pp. 84-104.

[25] W. H. Sewell Jr., *Logics of History. Social Theory and Social Transformation,* Chicago, University of Chicago Press, 2005, pp. 26-27.

ria de Tilly, y el de movilidad social en las ciudades en Estados Unidos en el siglo XIX de Thernstrom, aportaban una ampliación más que notable de las categorías empleadas hasta entonces para el estudio, tanto de las estructuras como del cambio social; incorporaban al análisis histórico a la *ordinary people* –trabajadores, mujeres, criminales, esclavos, niños, jornaleros, tenderos…–, una historia «desde abajo», en definitiva, que explotaba fuentes inéditas o hacía una relectura de las ya conocidas –series fiscales, protocolos notariales, canciones populares, cartillas de ahorros, registros parroquiales, censos manuscritos…–, y que demostraron ser una mina de información. Su mérito era haber ofrecido nuevos enfoques a los problemas clásicos y haber dado un nuevo tratamiento a las fuentes tradicionales.

Que el británico Geoff Eley, en su biohistoriográfica *Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*[26], dedique a la escuela de los marxistas británicos en general, y a Edward P. Thompson, en particular, una buena parte del capítulo «Optimismo», en el que narra su particular experiencia juvenil de viaje hacia el marxismo, y que, además, titule «Desilusión» el capítulo dedicado a su experiencia posdoctoral como historiador de lo social en Alemania, es un buen exponente de hasta qué punto había calado en esa generación de historiadores sociales, que en mayo del 68 aún estaban en fase de formación, la conciencia de una suerte de código ético respecto de la historia, del que no se han desprendido desde entonces. Para Eley, haber elegido para hacer el doctorado el Balliol College de Oxford, un foco de izquierda dirigido entonces por Christopher Hill, se debió al descubrimiento de las claves de un debate que, más que en la historia, estaba en la filosofía, y en un ambiente que era todo menos provinciano, y que él mismo describe como una mezcla entre la alta cultura intelectual francesa y la baja cultura popular americana que representaba el cine de Hollywood.

Como ya lo habían hecho antes los propios miembros del grupo de historiadores «radicales», Eley reconoce que sus aportaciones fundamentales a la *labour history* no hubieran sido posibles sin las de una generación de pioneros, los Webb, los Hammond, G. D. H.

---

[26] Véase la versión española G. Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 59-70 y 90-104, respectivamente.

Cole, o R. H. Tawney, pero sus conclusiones respecto de la influencia ejercida por E. P. Thompson entre los jóvenes aprendices de historiadores de finales de los años sesenta y de la oportunidad que supuso para sí mismo, como historiador en ciernes, haber podido respirar entonces aquella atmósfera especial, no dejan lugar a la duda:

> A pesar de su grandilocuencia incorregible y de su esporádico mal comportamiento, Edward Thompson fue un modelo de fortaleza intelectual. Fue un historiador brillante. Creó un espacio para un cierto tipo de elocuente, alborotadora, desobediente y creativa falta de respeto hacia las reglas y decoros con las que las jerarquías de poder y de prestigio nos piden que actuemos. Como generación de jóvenes historiadores que defendíamos una nueva forma de practicar nuestra disciplina, fuimos excepcionalmente afortunados de haberlo tenido[27].

La clase, una categoría polémica. Antes y después de *La formación*...

La clase era una categoría polémica tanto por el énfasis de los filósofos en el concepto, ignorando deliberadamente el problema de su realidad o irrealidad, como por el tratamiento *objetivista* que le había aplicado la sociología americana, al plantear la existencia de las clases sociales en términos de medición empírica individual, ya cuantitativa, de acuerdo a criterios de ingresos, renta, etc., ya cualitativa, en términos de *estatus,* mentalidades o sentimientos subjetivos de pertenencia a una clase determinada, que indicaban el lugar que ocupa el individuo en el conjunto de las relaciones de producción. Mientras que la clase era una abstracción para filósofos, cuya existencia, según los sociólogos, podía ser deducida de las condiciones económicas concretas que determinaban las relaciones de producción, para los historiadores, que se encontraban constantemente con problemas de diacronía y sincronía a la hora de analizar los procesos de movilidad y cambio social, la cuestión era mucho más compleja y problemática. Además, ese estatus polémico afectaba no solo a la categoría clase, sino a todas sus asocia-

[27] *Ibid.,* p. 105.

das, como conciencia de clase, lucha de clases, formación de clase, etc., con lo que inevitablemente llevaba aparejado el debate sobre la conciencia de clase y la ideología, que tenía ocupados a filósofos, sociólogos e historiadores marxistas[28].

La reflexión de E. P. Thompson acerca de la percepción del historiador que, cuando la historia se detiene en un punto dado, la clase desaparece, y se encuentra solo con una multitud, revela su interés por reformular el concepto clase en términos «historicistas», en diferentes contextos espacio-temporales[29]. El cometido del historiador, desde ese punto de vista, era «descifrar» las claves «culturales» del proceso en el que la experiencia de los trabajadores daba lugar a su *agency,* unas actitudes y comportamientos que, en muchas ocasiones, se desarrollaban de acuerdo a pautas insólitas, a normas no previstas o ni siquiera imaginadas:

> Al examinar formas de comportamiento del siglo XVIII, nos encontramos formas invisibles de acción, diferentes a las que el historiador de «movimientos obreros» espera encontrar[30].

Que Thompson recomendara, antes y después de *La formación…,* que la aproximación a las fuentes por parte del historiador estuviera libre de prejuicios y prenociones, y que la deducción de conductas clasistas o no clasistas, de los grados diferentes de conciencia o, incluso, de los estadios no del todo precisos de ideologización, se hicieran solo a partir de las evidencias empíricas, no era más que la consecuencia lógica de su planteamiento inicial de «descubrir» las claves reales, y no las imaginadas en la teoría, del

---

[28] E. P. Thompson, «Algunas observaciones sobre clase y "falsa conciencia"», *Historia Social* 10, 1991, pp. 27-32.

[29] La contribución de George Rudé al conocimiento de la acción colectiva, como la de E. P. Thompson en *La formación…,* fue reconocida ampliamente por la historiografía social. Véase el célebre estudio sobre la «multitud» de G. Rudé, *The crowd in history: a study of popular disturbances in France and England, 1730-1848,* Nueva York, John Wiley & Son, 1964, en el que Rudé planteaba una historia «from inside and below», a través de un estudio en el que incluía identidades y acción colectiva.

[30] E. P. Thompson, «La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1979, p. 46. El artículo, originalmente publicado en *Social History,* fue traducido con este título y editado por Crítica en esta recopilación de ensayos, pp. 13-61.

proceso real de la formación de clase y de conciencia. En su análisis de la *agency* de la clase obrera inglesa, Thompson hablaba de influencias intelectuales, recursos a tradiciones anteriores, normas no formalizadas pero admitidas por la comunidad, emociones, expectativas, redes de relaciones… en su proceso de formación. En su búsqueda de las «reglas invisibles de la acción», Thompson sugería formas de control social, pero también de equilibrio de fuerzas, diferenciando las formas de dominación plena, las de deferencia –según el concepto de hegemonía de Gramsci[31]– y las de conflicto abierto y distinguía, además, la experiencia vivida y la simplemente percibida, para reflejar el choque entre la cultura aristocrática y la cultura plebeya.

La hegemonía cultural de la *gentry,* para Thompson, llegaba hasta 1790, pero la ruptura ideológica con el paternalismo no se había producido espontáneamente entre el artesanado urbano, sino en la disidencia de las clases medias, desde donde se había extendido hasta ellos, de tal modo que las ideas jacobinas e igualitaristas del «revolucionario» Thomas Paine se traspasaron a una cultura plebeya que iba más allá de los artesanos hasta los trabajadores, donde echaron raíces y se difundieron hasta la época de las movilizaciones populares al término de las guerras con Francia.

En el capítulo que dedica en *La formación…* a la conciencia de clase, Thompson ofrece numerosas pruebas de construcción cultural en el proceso de expansión de la cultura radical entre los trabajadores en el periodo entre 1820 y 1830, en el que, por contraste con la etapa inmediatamente precedente, y con la del *cartismo* que le siguió, no se produjeron grandes conmociones e, incluso, hablaba de paz social. Su conclusión a este respecto es clara, no hay clase sin conciencia de clase:

> Así fue como los trabajadores fueron haciéndose una idea de la organización de la sociedad a partir de su propia experiencia y con la ayuda de su instrucción personal, desigual y duramente conseguida, sin duda, una idea que sería, principalmente, política. Aprendieron al fin que sus vidas formaban parte de una historia general de conflictos entre las llamadas (desenfadadamente) «clases laboriosas» por una parte, y la no reformada Cámara de los Comunes,

[31] J. V. Femia, *Gramsci's political thought. Hegemony, consciousness and the revolutionary process,* Oxford, Clarendon Press, 1987.

> por otra. Desde 1830 en adelante, maduró una conciencia de clase más claramente definida en el sentido marxista corriente, conciencia en la cual la gente trabajadora percibía claramente la persistencia de viejas y nuevas batallas propias[32].

El problema era que, si bien E. P. Thompson deslumbraba con su abrumadora capacidad expresiva, como lo demuestran sus reflexiones inscritas en la narrativa «historicista» que adopta *La formación…,* sus planteamientos teóricos sobre la relación clase y conciencia de clase solo aparecen en el «Prefacio». La mayoría de las cuestiones polémicas a que daba lugar *La formación…* en lo relativo al uso de categorías y abstracciones sobre la clase y su *agency,* quedaron pendientes y Thompson no las aclararía hasta después de que las críticas –tanto las que le achacaban un «culturalismo» que, supuestamente descubría en él una «mala» influencia de los tipos ideales *weberianos,* como las de un empirismo latente, en otros casos, que le acusaban de utilizar la categoría de la experiencia como si de una *popperiana* hipótesis susceptible de verificación se tratara–, le obligaran a volver sobre ellas.

El desafío de Thompson en *La formación…* no estaba tanto en negar la determinación económica en las relaciones sociales, cuanto en afirmar que, tras la observación minuciosa del proceso de formación de clase, los elementos «culturales» incidían directamente en ellas. Para él, la rebeldía y la resistencia como recursos de las clases populares contra la *gentry* no eran independientes de unas prácticas arraigadas en la tradición anterior, en el momento en que una economía basada en la posesión estaba en descomposición. La clase y la plebe, a las que Thompson aludía de forma no siempre diferenciada en *La formación…,* aparecían como un bloque social heterogéneo, variable y poco cohesionado. La oposición que manifestaron las clases bajas y medias bajas al paternalismo de la *gentry* y la reivindicación de una democracia radical, el rechazo a la holganza y a los parásitos, o las alianzas de clase, favorecidas por el individualismo económico del liberalismo, eran exponentes, en ese sentido, de la complejidad de un proceso en el que también la clase dominante había tenido que hacer concesiones a la plebe, lo que implicaba, a su vez, una revisión de la interpretación tradicional del proceso político que acompaña al proceso de formación de cla-

[32] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. III, p. 367.

se en Inglaterra. No obstante, a Thompson se le criticaba tanto por haber reducido la formación social de la clase a simples relaciones entre grupos de gente y no haber desarrollado el análisis de esas relaciones para conocer la naturaleza de los lazos que se establecían a lo largo del proceso, como por haberle dado a la conciencia de clase una adscripción casi exclusivamente «moral», que más allá de la estructura de clase no servía para explicar las formas de conflicto, ni qué pasaba con la clase cuando no hay protesta, movilización o rebeldía.

Las precisiones teóricas de E. P. Thompson sobre la clase, los procesos de formación de clase y la conciencia de clase, aparecieron en obras posteriores a *La formación…,* como en *Poverty of theory,* una crítica radical al estructuralismo marxista de Althusser publicada en 1978, o en otro ensayo no menos polémico, «Eighteenth-century English Society: class struggle without class?»[33], publicado en la revista *Social History,* también, en 1978, en el que se desvelaban muchas de las claves del debate entre estructuralistas y marxistas ortodoxos, y ponía en entredicho tanto la «inocencia» teórica del materialismo canónico, como el estatismo con que estructuralistas y sociólogos analizaban los procesos de formación de clase y de conciencia de clase. En su crítica a los marxistas estructuralistas por distanciarse de la realidad en nombre de la teoría, Thompson partía de que la noción de clase como categoría histórica derivaba de la observación del proceso social que le daba al concepto clase estatus de realidad objetiva al ser empíricamente comprobable. Consideraba que utilizar la clase como categoría heurística o como categoría empírica eran opciones legítimas para el historiador, pero advertía que ir de una a la otra creaba, a menudo, problemas de validación para el discurso histórico. Frente a quienes le acusaban de «culturalista» o empirista, de dar prioridad a los «valores» en lugar de la ideología, o de hacer en *La formación…* una simple historia «de caso», Thompson insistía en la experiencia de explotación como factor determinante para la conciencia de clase, como una manifestación específicamente histórica, en el sentido marxista, y no como un fenómeno cultural o una simple hipótesis:

---

[33] E. P. Thompson, *The poverty of theory and other essays,* Londres, Merlin Press, 1978. En español *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981. Veáse, además, el ya citado «La sociedad inglesa del siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clases?».

> Espero que nadie pueda pensar […] que apoyo la idea de que la formación de la clase sea independiente de determinaciones objetivas, ni mantenga que la clase pueda definirse como simple fenómeno cultural o cosas parecidas. Pienso que esto quedaría desmentido por la misma práctica de historiador, tanto mía como de otros. Queda el hecho, que estas determinaciones objetivas requieren un examen muy escrupuloso. En cualquier caso y, como primera cosa, ningún examen de determinaciones objetivas, y mucho menos ningún modelo, que haga teoría de las mismas, puede llevar a la simple ecuación de una clase con una conciencia de clase. La clase queda dibujada según la manera como los hombres y las mujeres *viven* sus relaciones de producción y según la *experiencia* de sus situaciones determinadas, dentro del «conjunto de sus relaciones sociales», con la cultura y las esperanzas, que se les han transmitido, y según como estos ponen en práctica esas experiencias a nivel cultural. Así que, en definitiva, ningún modelo puede darnos lo que debería ser la «verdadera» formación de clase en un determinado «estadio» del proceso: el modelo solo tiene valor heurístico, en un análisis comparativo, que, a menudo, puede resultar peligroso por su tendencia a una concepción estática. En la historia, ninguna formación específica de clase es más auténtica o más real que otra: las clases se definen de acuerdo con la manera como, de hecho, tiene lugar esa formación[34].

Su reacción desaforada contra el estructuralismo *althusseriano* en *Miseria de la teoría* revela no solo su inclinación a la polémica, sino hasta qué punto eran firmes sus convicciones con respecto a la cientificidad del materialismo histórico. El episodio con los antropólogos de Cambridge es solo una muestra:

> No hace mucho, estando en Cambridge como invitado en un seminario de distinguidos antropólogos, cuando se me pidió que justificara una cierta afirmación, respondí que estaba validada por la «lógica histórica». Mis atentos anfitriones estallaron en franca hilaridad. Yo participé en la risa, por supuesto, pero también me vi empujado a reflexionar sobre el significado «antropo-

[34] E. P. Thompson, «Algunas observaciones sobre clase y "falsa conciencia"», *op. cit.,* p. 30. El texto, con las diferencias propias de la traducción, está en «La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?», *op. cit.,* p. 38.

> lógico» del intercambio. Pues es habitual, entre los rituales académicos para los especialistas de disciplinas diversas, profesar respeto no tanto por los hallazgos de la disciplina de los demás, cuanto por las auténticas credenciales de la disciplina misma. Y si un seminario de historiadores se echara a reír por las credenciales mismas de un filósofo o de un antropólogo (esto es, de la lógica o disciplina central de su trabajo intelectual), se tomaría como una ofensa. El significado del intercambio aludido consiste en que se da por sentado en muy amplios sectores que la «historia» es una excepción a esta regla, que la disciplina central de su práctica es una ocasión de regocijo; y que, lejos de tomarlo como una ofensa, yo mismo, como especialista en esta materia, iba a participar en el regocijo[35].

La recuperación del sujeto y la experiencia colectiva como elemento esencial del proceso de construcción de las identidades de clase, apartaba a Thompson tanto de los marxistas estructuralistas de *Annales,* como de la antropología cultural de Geertz. Afirmar la experiencia, como hacía Thompson, dentro de un marco de relaciones sociales en las que había condicionantes «culturales», significaba una negación de lo estructural aunque no prescindiera de las estructuras sociales, y en eso consistía su alternativa interpretativa a la formación de clase. En *Miseria de la teoría* y, probablemente, cansado de las críticas del gremio y los reproches de filósofos, sociólogos, politólogos, lingüistas y antropólogos a la supuesta inconsistencia del discurso histórico, Thompson apelaba la relación entre concepto y dato empírico como núcleo esencial de la demostración de la disciplina histórica. Una relación de diálogo entre los elementos abstractos de los que se desprenden las hipótesis con las que trabaja el historiador, y los datos empíricos que resultan de las fuentes, un diálogo que Thompson define como un viaje de ida y vuelta de la teoría al dato y del dato a la teoría, presidido por la lógica, en el que mutuamente se justifican:

> El discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica, por otro. El interrogador es la lógica histórica; el instrumento inte-

[35] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 65.

> rrogativo una hipótesis (por ejemplo, la manera en que diversos fenómenos hayan podido actuar unos sobre otros), el que contesta el dato empírico, con sus propiedades concretas. Llamar a esto lógica no equivale a pretender que siempre que aparece la evidencia en la práctica de todos los historiadores o que aparezca en todos los pasos de la actividad de un historiador [...], pero supone decir que esta lógica no se despliega involuntariamente; que la disciplina requiere una preparación ardua, y que 3.000 años de ejercicio nos han enseñado alguna cosa [...][36].

En *La formación...,* Thompson había ofrecido numerosas evidencias de que clase y conciencia de clase eran dos categorías inseparables, que exigían un tratamiento cuidadoso por parte del historiador. Él mismo negaba todo sentido histórico a atribuir a un grupo social el estatus de clase cuando no manifestaba síntomas de conciencia, de cultura de clase alguna, o no se movía en dirección clasista. Clase y conciencia de clase eran categorías que, al ser aplicadas a realidades históricas concretas, demostraban que la experiencia era el factor determinante de la conciencia en la lucha de clases. La historia de la clase era inseparable del análisis de sus luchas; pero la lucha de clases no se producía porque las clases se decidieran a luchar a partir de un grado predeterminado de conciencia, sino porque en la experiencia de la explotación se descubrían y se reconocían como tal clase:

> La formación de la clase obrera es un fenómeno de historia política y cultural tanto como de historia económica. No nació por generación espontánea, producto del sistema fabril. Sería lamentable suponer una fuerza exterior –la Revolución industrial– que habría operado sobre una materia prima humana indiferenciada y fantástica convirtiéndola por arte de mecanismos mágicos en una «nueva raza de hombres». Las relaciones de producción en proceso de cambio y las condiciones de trabajo existentes en la Revolución industrial obraron, no sobre una materia prima de ninguna clase, sino sobre el «inglés libre de nacimiento», tal como lo había dejado Paine o lo había moldeado el metodismo. El operario de fábrica o mediero era también el heredero de Bunyan, de los antiguos derechos de la villanía, de las concepciones de una «igualdad

[36] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 67.

> ante la ley», y de las tradiciones artesanales. Esta mano de obra fue objeto de adoctrinamiento religioso masivo, pero también creo sus propias tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto, al menos, como fue hecha[37].

La concepción unitaria que tenía E. P. Thompson de la clase ha sido uno de los aspectos más criticados de sus tesis acerca de la experiencia compartida, como base del sentimiento identitario, la conciencia de clase y la *agency.* Geoff Eley considera que, con independencia de las aportaciones sustanciales de Thompson en lo referente a los procesos de formación de clase, en *La formación…* no había una reformulación clara de las categorías de clase, conciencia y lucha de clase, sino un análisis de la descomposición final de la sociedad paternalista, a través de las tradiciones, usos y costumbres populares que conducían al pueblo a la acción directa. Thompson describe al pueblo conquistando el «espacio público», hace énfasis en lo político ya que trata de la autoridad y el Estado en el siglo XVIII, de la dominación, del «equilibrio» entre cultura patricia y cultura plebeya, por lo que incorpora una revisión radical del proceso político, pero no un ejemplo de «historia desde abajo». De ahí que desconfíe de sus conclusiones acerca del liderazgo «cultural» que, sobre el resto de la clase obrera, ejercía esa sección de clase de artesanos, los protagonistas de *La formación…,* o de las generalizaciones abstractas que emplea cuando se enfrenta a la cuestión de la conciencia en una clase fragmentada, llena de antagonismos internos y de contradicciones[38].

También Sewell Jr., aunque celebre el interés metodológico de una obra como *La formación…,* libre de abstracciones sobre las relaciones de producción, es crítico con algunos aspectos concretos del énfasis *thompsoniano* en la experiencia como mediación entre las condiciones económicas y la conciencia de clase planteada en términos «culturales». La importancia que Thompson concede a la experiencia en relación a la *agency* hace el proceso de toma de conciencia aleatorio y rompe, en ese sentido, con la fun-

---

[37] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. II, pp. 16-17.

[38] G. Eley, «Edward Thompson, historia social y cultura política: la formación de un espacio público de la clase obrera, 1780-1850», en *E. P. Thompson diálogos y controversias, op. cit.,* pp. 19-71.

ción de la experiencia como mediación entre las condiciones económicas y la conciencia, por lo que Sewell se pregunta, desde su propia experiencia al haber estudiado la clase obrera en Francia, si el planteamiento no resulta contradictorio, especialmente, cuando las relaciones de producción no generan conciencia alguna[39].

Los historiadores «postestructuralistas» y los «posmodernos» fueron, quizá, los más críticos con ella, cuestionándola y apelando a factores como los lenguajes o los imaginarios, en el proceso de formación de la clase y la conciencia. Si la identidad de clase se equiparaba a los otros procesos de identidad, como los de género, etnia, nación o religión, la clase perdía la centralidad que le había reservado el materialismo histórico y, lejos de la polémica sobre la relación que Thompson había planteado entre la experiencia y la conciencia, la existencia de la clase obrera no podría situarse antes del siglo XX[40]. Frente a Althusser que planteaba un proceso de formación social sin sujeto, frente a los «postestructuralistas» y los «postmodernos», que analizaban lenguajes y discursos, que centraban su interés en la experiencia subjetiva, o en la vida cotidiana, frente al auge de los nuevos sujetos, como la Historia de género, o frente a una Historia cultural atraída por la interdisciplinaridad y las metodologías específicas e interesada en las manifestaciones del poder y la resistencia a través de las formas de dominio «cultural» y no de la ideología, la propuesta de Thompson de comprobar, desde el ejercicio de la «lógica histórica», la relación

---

[39] W. H. Sewell Jr., «¿Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», en *E. P. Thompson, diálogos y controversias, op. cit.,* pp. 73-113.

[40] Los estudios sobre lenguajes de clase modificaron algunos aspectos del *cartismo:* véase G. Stedman Jones, *Lenguajes de clase: estudios sobre historia de la clase obrera inglesa (1832-1982),* Siglo XXI de España, Madrid, 1989 (la edición original inglesa en Cambridge University Press, 1983; existe una reedición en castellano en Siglo XXI de España de 2014). J. Wallach Scott que se había iniciado en la historia obrera de orientación marxista en su trabajo de tesis doctoral sobre el sindicalismo francés, *Les verriers de Carmaux. La naissance d'un syndicalisme,* Flamarion, París, 1982, se dedicó después en exclusiva al género, instaurándolo como categoría histórica: J. W. Scott, *Gender and the politics of history,* Columbia University Press, Nueva York, 1988. P. Joyce también derivó hacia una historia «culturalista» de los discursos, después de *The historical meanings of work,* Cambridge University Press, 1987, publicó *Visions of the people: industrial England and the question of class. 1848-1914,* Cambridge University Press, 1993, en donde se manifiesta crítico con algunas de las propuestas de E. P. Thompson sobre la relación conciencia de clase y lucha de clases (véase «Introduction. Beyond Class?», cap. I, pp. 1-23).

entre lo económico, lo jurídico y lo político e ideológico que el historiador encuentra en el proceso de formación de clase, una cuestión que había agitado entre los historiadores marxistas el debate base y superestructura, y, sobre todo, el debate sobre el ser y la conciencia, perdió progresivamente fuerza[41]. La sectorialización y la fragmentación de la disciplina, la crisis del relativismo y la incertidumbre por la pérdida del sujeto y la recusación por parte de la llamada historia «postsocial» de la experiencia, en el sentido *thompsoniano,* como determinante de la identidad, resultaron factores decisivos para el declive de la historia obrera en la historiografía de los últimos años del siglo XX. Aunque nadie negaba el valor de *La formación…,* esta había dejado de ser un referente normativo para un tipo de Historia social, y se había convertido, como legado, en un objeto más de estudio dentro de la historia de la historiografía.

Movimiento obrero y acción colectiva. ¿Lucha de clases sin clase?

Aunque *La formación…* no era un trabajo convencional de *labour history,* la apertura de la vía «culturalista» al estudio de la formación de clase por parte de E. P. Thompson no dejó de inspirar, a partir de su publicación, algunos cambios en los enfoques aplicados a la historia del movimiento obrero, como hemos visto. Instaurados los elementos «culturales» como claves útiles para descifrar las experiencias de explotación, los historiadores sociales dejaron de interesarse por las estructuras y los procesos, y se centraron en los agentes sociales, la historia del movimiento obrero giró progresivamente hacia las identidades, las costumbres, los lenguajes, la vida cotidiana… de los trabajadores, y el lugar de las organizaciones, las huelgas y las protestas fue ocupado por la literatura popular, las redes de sociabilidad –ya formales o informales–, los ritos, los mitos y las celebraciones obreras. Los trabajadores no perdían protagonismo en esa historia renovada, ya como clase, en

[41] S. Hall, «Significado, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas», en J. Curran, D. Morley, V. Walkedine (comps.), *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo,* Barcelona, Paidós, 1998, pp. 27-61.

el sentido de *El manifiesto comunista* o *El 18 Brumario* –con independencia del debate de los *althusserianos* sobre la «juventud» o la «madurez» en el pensamiento marxista–, ya como protagonistas del mundo del trabajo en la sociedad industrial, una historia «desde abajo», frente al dominio hasta entonces de una historia «desde arriba», de líderes, organizaciones, sindicatos, luchas y reivindicaciones, que aspiraba a ser más «social» que «institucional» e, incluso, dispuesta a hacer la historia del movimiento menos «aburrida», si añadía cierta tensión «dramática» a su narrativa.

No es fácil hacer una estimación sobre el impacto real de *La formación…* en la historia obrera posterior a su publicación y, en ese caso, habría que hacerla extensiva a toda su obra, incluida su última etapa de activista en pro del desarme nuclear, y al grupo de los marxistas británicos, especialmente a Hobsbawm o a Rudé, que también fueron contra las reglas no escritas del gremio, siendo pioneros en incorporar la acción colectiva y la «multitud» a sus respectivos trabajos[42]. Lo que sí parece claro, sin embargo, es que, después de unos años de revitalización a través de una nueva «narrativa» de clase, en la que Thompson, Hobsbawm, Rudé, etc., marcaron época y lograron tener muchos seguidores en todo el mundo, el «postestructuralismo» y el «posmodernismo» la habían debilitado ya a partir de los años ochenta. Las identidades habían incorporado la dimensión de género a la historia obrera, se había ampliado hasta extremos insólitos el conocimiento en terrenos poco explorados hasta entonces, como el trabajo de las mujeres y los niños, la educación, las formas de familia, la sexualidad, etc., se habían abierto nuevas vías para el estudio de la sociabilidad, las interrelaciones de clase, las experiencias subjetivas, pero la sectorialización y los «ismos» aunque no acabaron con la clase obrera, la diluyeron; y, una vez «deconstruída» la clase, el antiguo paisaje industrial en el que se había localizado la historia obrera se perdió casi por completo de vista.

La cuestión no era banal porque, si bien la historiografía social había crecido considerablemente después de los años setenta en el

---

[42] Véase además de la referencia en la nota 29, el célebre estudio sobre la «multitud», la disciplina y las costumbres en común de las revueltas populares del Capitán Swing de los granjeros ingleses de 1830 *(English Captain Swing Riots),* en E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Revolución industrial y revuelta agraria, el capitán Swing,* Madrid, Siglo XXI de España, 1978 (el original inglés, 1969).

conocimiento del proletariado como sujeto social de la formación y la lucha de clases, tanto en su dimensión colectiva y formal como en la subjetiva e individual, no lo hizo en la misma medida en la de la lucha de clases, al haberse perdido de vista el rastro de su *agency* en las batallas metodológicas del «posmodernismo» y el «giro lingüístico». El interés que habían dedicado a las cuestiones económicas, a la estructura social o a la disciplina de trabajo, los renovadores del marxismo que, como E. P. Thompson, ahora habían devenido en «clásicos», había dado paso, en una segunda y tercera generación, al interés casi en exclusiva por las emociones, los pleitos o las festividades de los obreros, en unos términos, casi siempre, reducidos a sus comunidades y en relación no a la identidad de clase, sino a las otras identidades, de género, etnia, religión… Las organizaciones obreras, los sindicatos, los poderes públicos, el papel del Estado, la legislación… quedaron fuera del foco de interés de los historiadores de la clase obrera; o, lo que es lo mismo, el debate clase frente a superestructura que ilustraba la *agency* y el cambio social, quedaron relegados ante el empuje de las identidades, los lenguajes y los elementos culturales de los símbolos o la representación –el caso de los estudios subalternos, que surgieron en los años setenta como un «laboratorio» para una historia «desde abajo», y su radical desdén hacia el mundo obrero y el trabajo, es un buen exponente de ese proceso de «degradación» que produjo la sectorialización extrema de un objeto de conocimiento que antes había sido «universal» y que ahora se había dividido y «parcelado» en múltiples realidades concretas–, y la posibilidad de una integración de lo social y lo político, además de lo «cultural», en la historia del movimiento obrero, quedó en suspenso.

La historia obrera, como apunta John Womack Jr., muy gráficamente, había estado dominada por una generación de gigantes –entre ellos, probablemente, el más destacado, E. P. Thompson– que, obsesionados por la *agency* de los trabajadores, habían deducido que su poder para conseguir victorias era producto de méritos morales o de uniones «multitudinarias», y que sus fracasos o derrotas justificaban un relato de agravios y de injusticias[43]. La acción colectiva, con su correspondiente ración de identidades y conciencia de clase, en la línea marcado por Thompson, Hobsbawm, Rudé y sus

[43] J. Womack Jr., *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros,* Fondo de Cultura Económica, México DF, 2007, pp. 29-48.

seguidores en Europa y en América –la lista es inmensa, pero, entre ellos, además de Gutman, Montgomery y Brody, habría que citar, al menos, a Jürgen Kocka, John Foster, Royden Harrison, Charles Tilly, Sydney Tarrow…–, permitió que la clase siguiera siendo protagonista de una historia obrera renovada a través de los enfoques de la sociología histórica, de la antropología o la linguística. La clase aparecía ahora «movilizada», poco cohesionada e, incluso, dividida, no solo por diferencias ideológicas, políticas o de intereses, sino por elementos de raza, religión o género. La práctica política de los sindicatos, tanto en Europa como en América, cada vez más contradictoria con los ideales de una izquierda historiográfica, por otro lado, progresivamente escéptica, había precipitado no solo el final del compromiso ideológico de los historiadores sociales con el sujeto del materialismo histórico, la clase, sino también el declive de una historia del movimiento obrero que no tenía, prácticamente, ya ningún impacto en la opinión pública. Pero, si su *agency* había perdido el sentido de la experiencia de explotación como clase, fragmentada ahora en otras tantas experiencias identitarias, ¿qué quedaba de la experiencia como umbral de la conciencia de clase *thompsoniana,* motor de la lucha de clases? Si la clase permanecía en la agenda de los historiadores sociales a través de las identidades, los imaginarios, los discursos, los lenguajes y las metanarrativas, ¿dónde había quedado el movimiento obrero como expresión de la lucha de clases?

Cuando Thompson trataba de buscar las raíces de la intolerancia en Inglaterra, se había dirigido hacia el pasado para encontrarlas en el tránsito del siglo XVIII al XIX, en el terreno donde los efectos de la experiencia en la conciencia producían acciones reales de «economía moral» en las clases bajas contra el ejercicio de poder de una oligarquía legitimada en un derecho penal disuasorio. Ciertamente que, como señala Sewell Jr., a la hora de interpretar la relación entre estructuras y diacronía, atribuir a las relaciones de producción un único valor causal mientras que los demás factores se asimilan a la categoría de la experiencia, como hacía Thompson, no aclara, sino más bien, al contrario, confunde, y tampoco ilustra acerca de las motivaciones para las alianzas de clase o para las rupturas, ni de los efectos de los discursos en competencia y cómo se imponen unos sobre otros. Pero no menos evidente resulta que, fuera de las abstracciones y los modelos, los discursos de clase reflejan la forma en que los trabajadores percibían su lugar en la so-

ciedad, ante el Estado y ante las leyes, y que esa experiencia no era autónoma ni aleatoria respecto de la formación social, ni se producía de forma independiente a ella.

La impugnación radical, por parte de la historia «postsocial», de la existencia de una realidad social objetiva que determine la *agency,* aunque esta venga «mediada» por elementos «culturales», como proponía Thompson, desmontaba todo el andamiaje sobre el que se había sostenido la categoría de la «experiencia» en la obra *thompsoniana.* Más aún, desde las identidades, la historia «postsocial» afirmaba que para que la identidad de clase se produjera tenía que existir previamente una categoría definida de clase, que no era el simple resultado de la existencia material de las clases, sino una articulación conceptual, por así decirlo, en la que la experiencia adquiría «significado»[44]. Nada que ver, por lo tanto, con el sentido «esencialista» que Thompson le había dado a la clase como categoría heurística, e inseparable de la noción lucha de clases, desde la afirmación de la lucha de clases como un concepto previo a la clase, y de carácter mucho más «universal»:

> Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en sociedades estructuradas de modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción) experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico[45].

Thompson había situado el *cartismo* en la esfera de las manifestaciones culturales del radicalismo político, un radicalismo que no era homogéneo, como tampoco lo era la clase, pero que había ofre-

---

[44] M. Á. Cabrera, «La historia postsocial: más allá del imaginario moderno», en T. M.ª Ortega López (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos,* Granada, Universidad de Granada/Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 41-72.

[45] E. P. Thompson, «La sociedad inglesa del siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clase?», *op. cit.,* p. 37.

cido a los trabajadores un espacio público en el que floreció una cultura identitaria de clase, dentro de la cual se produjo la ruptura con la clase media a raíz de la Ley de Reforma de 1832. Así, la rebeldía popular en el siglo XVIII se había ido transfiriendo a una actitud opositora entre los trabajadores que llegó a ser tanto o más fuerte en las provincias que en el propio Londres como epicentro del radicalismo. En un contexto de cambios, el *cartismo* había fundido el espíritu de las reivindicaciones corporativas y las políticas, y la prensa, la propaganda, las actividades de los clubes y asociaciones fueron decisivas para agitar las conciencias del inconformismo. De ahí que, a pesar de haber sido un fracaso político, la importancia del *cartismo* estribaba en que, siendo el artesanado su protagonista principal, había logrado atraer a todos los trabajadores. Sin embargo, como señala Eley, sin analizar cómo la clase obrera gestionó los antagonismos internos a lo largo del periodo 1790-1850, sin contar con el papel del Estado y el orden público, sin la «negociación» para la contención, la reforma de las *Poor Laws,* la inclinación de la aristocracia obrera a la reforma, la traición de la clase media, o el alcance del liberalismo popular, no se puede entender cómo un fracaso político como el *cartismo,* logró construir una esfera propia para el proletariado. La forma en que se produjo la interacción entre la cultura radical de una minoría de la clase obrera, los artesanos, y el conjunto de los trabajadores, no quedaba claro en *La formación…,* o cómo pudo influir esta en el movimiento obrero ofreciendo el discurso de la solidaridad desde la falta de unidad en el plano de la conciencia de clase. La «economía moral», en definitiva, no reflejaba la variedad de identidades que encerraba la «clase»[46]. Quizá el legado de E. P. Thompson se perciba mejor en *Customs in Common,* una obra posterior, en la que el avance de la Historia social en la dirección de la «cultura» le había llevado a matizar algunas cuestiones polémicas en relación a la *agency,* a desarrollar el tema de las costumbres comunitarias así como el del tiempo y la disciplina de trabajo en el capitalismo industrial, aunque sin llegar a desdecirse del carácter objetivo de la existencia de la lucha de clases[47].

---

[46] K. Navickas, «What happened to class? New histories of labour and collective action in Britain», *Social History* 36, 2011, pp. 192-204.

[47] E. P. Thompson, *Costumbres en común,* Crítica, Barcelona, 1995 (1991 en inglés).

Pasados 50 años de que E. P. Thompson publicara su «seminal» trabajo sobre la formación de la clase obrera, la recuperación para la agenda de una historia obrera, capaz de responder a los interrogantes que sobre la clase obrera y su *agency* se plantea la sociedad del siglo XXI, resulta un desafío igual o mayor que el que asumió al escribir *La formación…* Desde entonces hasta hoy, los historiadores sociales atraídos por los efectos del poder y los estudios de las clases subalternas, se han inclinado por la historia colonial y poscolonial, mientras que otros se volcaban en Latinoamérica, donde encontraban aquella «materia prima» perdida desde la época en que los sindicatos, tanto en Europa como en Estados Unidos, habían venido colaborando con las políticas conservadoras de sus respectivos gobiernos. El relato de una sucesión histórica de episodios de injusticia no varió, sin embargo, y tampoco se llegó más allá de las identidades comunitarias, o de las descripciones, más antropológicas que historicistas, de costumbres y otras manifestaciones, más o menos exóticas, de universos «culturales» muy diversos entre sí.

Thompson y Gutman nos habían dejado en los años ochenta, Charles Tilly, David Montgomery, Eric Hobsbawm, Eugene Genovese, Stuart Hall… nos han ido dejado en estos últimos años. Su legado tiene que seguir siendo inspiración para la ampliación de espacios en la investigación acerca de la rebeldía, el inconformismo y la oposición de la clase obrera. Volver la vista hacia una historia del trabajo industrial, recuperando aspectos esenciales hoy olvidados, como las relaciones en el marco de la producción, el poder estratégico de los trabajadores, la percepción de la idea de trabajo y no solo sus efectos por parte de los trabajadores, sus actitudes ante la experiencia laboral, una suerte de «cultura» del mundo productivo, en definitiva, como propone Womack Jr., se ofrece como una alternativa a la desorientación de la historia del movimiento obrero, en permanente orfandad desde los años ochenta[48]. Para ello será necesario no olvidar el legado de nuestros «mayores» y trabajar con un concepto de clase más amplio y plural que cuando dejó de usarse allá por los ochenta. Habrá que seguir atentos a la acción colectiva y analizar los nuevos comporta-

[48] Womack Jr., *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros.* Véase también la entrevista de J. Evans a Womack Jr., en *Visions of History,* pp. 147-262.

mientos sociales ante el Estado, la legislación y las instituciones, en los términos de nuevas formas de «lucha de clase» no previstas y explorar la forma en que la «historia desde abajo» interactúa con la «historia desde arriba»; habrá que desarrollar la historia comparada de los movimientos obreros e integrar todas las dimensiones inscritas en la historia del trabajo, y no únicamente la de una narrativa –ya épica, ya escéptica– sobre su movilización. Quizá de ese modo, sin abjurar del pasado, volvamos a reencontrarnos con la clase y la conciencia de clase, como las últimas fases del proceso histórico de su lucha[49].

[49] Navickas, «What happened to class?», *op. cit.*

IV. LA CONDESCENDENCIA DE LA POSTERIDAD. LUCHA DE CLASES, CLASES Y CONCIENCIA DE CLASE

Xavier Domènech Sampere

En el principio fue la palabra y Dios era la palabra.

La Biblia, Evangelio según San Juan, versículo 1,1

En el principio fue la Acción.

Goethe, *Fausto*

E. P. Thompson y nosotros

Cuando Edward Palmer Thompson murió en 1993, fue reconocido como el historiador más citado del siglo XX[1] y de hecho eran pocos los historiadores e historiadoras dedicados a la Historia social, y en menor medida a la historia *tout court,* que no se habían reconocido intensamente en él en algún momento de sus trayectorias. Pero su muerte vino a coincidir con un cierto extrañamiento de los desarrollos dominantes en el campo historiográfico hacia él. Para muchos era ya una figura del pasado, no del presente. La publicación de su monumental *Costumbres en Común* en 1991, seguida por su pronta muerte «cuando aún no se habían sedimentado las reacciones ante *Costumbres en Común,* sin dar tiempo al inicio de la campaña que se intuía que iba a desencadenarse contra el libro», provocó «el generoso alivio del mundo académico, que se apresuró a convertirle en un gran historiador que había brillado en los años sesenta y en los primeros setenta, como representante de unas tendencias historiográficas […] que habrían caducado por completo»[2]. Y es que Thompson mismo había estado apartado durante casi más de dos décadas del debate entre historiadores, concentrando todas

[1] B. Palmer, *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones,* València, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 20.

[2] J. Fontana, «Edward P. Thompson y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*», *Sociología histórica* 3, 2013, pp. 5-8.

sus energías en el activismo contra la Guerra Fría y la carrera armamentística. Tiempo en el que el panorama en las prácticas históricas, y sobre todo en los debates interpretativos, había dado un giro radical, como también lo dio en los campos de la vida política, social y cultural. De hecho, a pesar de que Thompson siguió siendo indudablemente un referente actual para muchos de los que se dedican a la historia, la tendencia apuntada por Fontana sobre el contexto de los años noventa, historiográfico pero también cultural y político, no hizo sino agudizarse. Solo en este sentido es comprensible que la afirmación de Tony Judt en 2006 pasara prácticamente desapercibida: «Nadie que lo lea, podrá considerar seriamente a E. P. Thompson». Reeditando también en este contexto la vieja acusación sobre el provincianismo de Thompson[3].

La construcción de la memoria sobre Thompson en este sentido está cruzada por muchas tensiones. No son menores, entre ellas, la de encajar su trascendencia con la propia evolución de muchos que lo tomaron en su momento como referente o la de intentar acabar con la paradoja de su persistente presencia a pesar de pertenecer a una tradición, la del materialismo histórico, que se da por condenada ya. Su obra, en este sentido, es inseparable de la que probablemente fue una de las nóminas de historiadores más extraordinarias del siglo XX: los historiadores marxistas británicos. Puede generar pocas dudas, como apuntaba Hobsbawm en su obituario, que Thompson «tenía la capacidad de producir algo que era cualitativamente diferente de lo que escribíamos los otros y que es imposible medir en la misma escala. Llamémoslo simplemente genio»[4]. Pero tampoco las debería generar que la intensidad de su brillo se dio en y por medio también de los Dobb, Hill, Rudé, Hilton, Kiernan, Saville, Samuel o el mismo Hobsbawm. Un círculo al que perfectamente podemos añadir en su periferia nombres como el de Gordon Childe o Geoffrey de Sainte Croix y que transformó la visión del pasado de la humanidad[5]. Tuvieron

---

[3] T. Judt, «Goodbye to all that?», *The New York Review of Books,* 21 de septiembre de 2006; E. Countryman, «The Case of E. P. Thompson», *The New York Review of Books,* 15 de febrero de 2007.

[4] E. J. Hobsbawm, «Obituario: E. P. Thompson», *Taller d'història* 2, 1993, pp. 55-56.

[5] Para una valoración de conjunto de los historiadores marxistas británicos, véase H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.

éxito en gran parte de su proyecto. Esa idea de que esta fue una generación fracasada en términos políticos y, por tanto, también en términos historiográficos casa realmente poco con la influencia real que tuvieron en el campo de las interpretaciones históricas, tanto en términos académicos como sociales. De hecho, articularon la principal tradición historiográfica del siglo XX. El otro foco que hubiera podido rivalizar con esta generación, el de los *Annales,* quedó como escuela demasiado pronto ligada a dinámicas de poder académico e institucional. Fue precisamente esta acumulación de poder lo que acabó por definir su unidad más que un proyecto historiográfico coherente, más allá de su incesante renovación metodológica y temática[6]. Pero si la tradición de los historiadores marxistas británicos fue fecunda e influyente en sus realizaciones historiográficas, no se puede decir lo mismo en términos de poder académico y menos todavía en los nuevos marcos culturales e ideológicos inaugurados en la década de los ochenta con la revolución conservadora. Thompson seguía siendo una de sus estrellas más brillantes, pero en el proceso su obra devino *demodé.* Un momento «superado» de nuestra historiografía. Su legado fue encapsulado así en lecturas de lecturas de su trabajo y en mil pequeños comentarios que lo fijaban en un sentido muy determinado.

En este marco, la recepción de Thompson en el caso español presenta una serie de peculiaridades. Su presencia fue en general tardía, pero cuando llegó también devino en especialmente intensa. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (en adelante *La formación…*) no fue traducida precariamente hasta 1977, catorce años después de su publicación original, en la edición de la editorial Laia[7]. Se debió esperar hasta 1989 para que encontrara una magnífica traducción en la edición de Crítica[8]. Fue de hecho esta editorial, bajo el impulso de Josep Fontana, la que inició una política amplia de publicación de sus trabajos que, si bien fue tardía,

---

[6] Para la evolución de los *Annales* a lo largo del siglo XX, véase P. Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989,* Barcelona, Gedisa, 1994.

[7] E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera,* Barcelona, Laia, 1977.

[8] E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* 2 vols., Barcelona, Crítica, 1989. Un año antes de esta edición de *La formación…,* también se había publicado en castellano el primer libro de Thompson como historiador: E. P. Thompson, *William Morris,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988.

pronto tomó la delantera a las traducciones en otras lenguas. Así en 1979 se publicaron gran parte de los trabajos, enormemente influyentes en el desarrollo de la Historia social, que como historiador Thompson elaboró posteriormente a la publicación de *La formación…,* bajo el título de *Tradición, revuelta y conciencia de clase*[9]. Edición que probablemente permitió el primer acercamiento amplio de toda una generación de historiadores a la obra thompsoniana y que fue seguida casi inmediatamente por la edición en 1981 de una parte de los textos polémicos y teóricos, publicados en inglés en 1978 bajo el título de *The Poverty of Theory and other essays*[10], en *Miseria de la teoría*[11]. Finalmente, uno de los últimos trabajos de Thompson, que pasó toda la década de los ochenta implicado en el activismo contra la Guerra Fría, *Costumbres en Común,* publicado en 1991, fue rápidamente traducido al castellano en 1995. A esto siguió la publicación de una parte de los textos editados en 1994 en *Making History*[12] en el año 2000, agrupados bajo el título de *Agenda para una historia radical*[13]. Textos que pareciendo menores devienen claves para entender la obra de Thompson. No se puede decir en este sentido que el historiador de la clase obrera no contase con una amplia difusión editorial en España[14]. De hecho, fue precisamente en el periodo que cubre desde la segunda mitad de la década de los ochenta hasta la primera de los noventa cuando podemos constatar la máxima influencia de Thompson en los debates historiográficos españoles, incluyendo recopilaciones de los textos

---

[9] E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* Barcelona, Crítica, 1979.

[10] E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and other essays,* Londres, Merlin Press, 1978.

[11] E. P. Thomspon, *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981.

[12] E. P. Thompson, *Making History. Writings on history and culture,* Nueva York, New Press, 1994.

[13] E. P. Thompson, *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000.

[14] De hecho en este listado no exhaustivo de traducciones de la obra de Thompson debemos incluir, más recientemente, las reflexiones en torno de la muerte de su hermano Frank como comandante partisano en la Bulgaria de 1944, editadas por El Viejo Topo, así como en otro campo de la vida de Thompson todas las obras traducidas alrededor de la Guerra Fría y el pacifismo. Todo lo cual no significa que no haya algunas ausencias significativas. En este sentido una obra fundamental como *Whigs and Hunters* publicada en 1975 solo fue traducida para el ámbito latinoamericano y su último trabajo publicado póstumamente en 1993 *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law* aún no ha podido ser editado para el público hispano.

de sus polémicas teóricas de finales de los setenta[15], monográficos y artículos en revistas[16] e incluso tesis doctorales dedicadas a él[17]. Todo lo cual no significa que esta recepción no se hiciese sobre un mar de fondo que la medió en varios sentidos.

La historiografía española, en su aspecto de asimilación teórica –otra cosa es su concreción en las propias prácticas investigadoras–, ha sufrido por las propias condiciones peculiares de su desarrollo bajo la dictadura y la Transición fases extremadamente rápidas de integración y cambio de nuevas perspectivas. Así la recepción de la obra de Thompson se hizo sobre una serie de sedimentos previos que la determinaron en un sentido concreto y a la vez sobre una acelerada transformación de los marcos interpretativos, vivida también a nivel mundial, durante la década de los ochenta y noventa. En el primer sentido, el predominio de aquellos que se inscribían dentro de la corriente del materialismo histórico en la renovación historiográfica producida durante los años setenta, había encontrado sus principales influencias en el campo del marxismo francés y latinoamericano y, en menor medida, del italiano. Ciertamente su aportación fue fundamental en la articulación de la Historia social, pero parte del medio en el que se desarrolló estaba impregnado de un poso donde el marxismo estructuralista, e incluso la misma lectura de Gramsci mediada por Althusser, había sedimentado con cierta fuerza. Marco en el que Thompson era reivindicado por los defensores más acérrimos del materialismo histórico, como muestra de la vitalidad del marxismo en el campo de la historia frente a cualquier otra perspectiva, pero era integrado usual-

---

[15] Por ejemplo, R. Aracil y M. García Bonafé (ed.), *Hacia una historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1983; R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984.

[16] Sin ser exhaustivos destacaríamos el monográfico publicado en *Historia Social* 18 (1994), así como los varios textos de Thompson publicados en esta misma revista. Se pueden encontrar las recopilaciones en E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos,* Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2002; VVAA, *E. P. Thompson diálogos y controversias,* Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008.

[17] J. A. Ruiz, *E. P. Thompson: la conciencia crítica de la Guerra Fría,* Tesis Doctoral, Granada, Universidad de Granada, 2005; A. Estrella, *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson,* Cádiz / Cuajimalpa, Universidad de Cádiz / Universidad Autónoma Metropolitana, 2011. También, sin ser tesis doctoral, pero sí un estudio monográfico sobre él: P. Benítez Martín, *E. P. Thompson y la historia,* Madrid, Talasa, 1996.

mente en menor medida en lo que se refería a su propuesta teórica. En el segundo sentido, a veces Thompson se convirtió en un una vía de escape de ese marxismo dominante, para dar credenciales a todo tipo de interpretaciones diversas. Así había un Thompson weberiano, un Thompson culturalista, un Thompson que en realidad había abandonado ya el marxismo consciente o inconscientemente[18]. Cabe decir que, en medio de esta tensión, se produjo a lo largo de las tres décadas posteriores al fin de la dictadura una verdadera explosión de la Historia social que marca las bases para nuestro propio presente historiográfico. Hay de todas formas algo profundamente injusto en la lectura culturalista de la obra de Thompson, como punto de fuga del marxismo. Si esta interpretación de sus trabajos proviene directamente del estructuralismo marxista, en este caso de Richard Johnson y de sus compañeros del Center for Contemporany Cultural Studies de la Universidad de Birmingham[19], fue adoptada posteriormente precisamente por aquellos que renegaban el marxismo *in toto.* Todo ello pasando por encima del hecho que el mismo Thompson criticó específicamente la caracterización sus trabajos como culturalistas[20]. Pero, fuere como fuere, lo cierto es que el éxito de Thompson en términos de referencialidad para los debates historiográficos devino finalmente en algo vacío. A partir de un cierto momento ya no se trataba tanto de su obra, como del lugar que ocupaba la misma dentro de los cambios operados en los nuevos debates historiográficos. Formaba parte del pasado, no del presente y futuro del desarrollo de la Historia so-

---

[18] Para esta problemática, véanse las presentaciones de J. A. Piqueras en E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* pp. 9-18; VVAA, *E. P. Thompson diálogos y controversias, op. cit.,* pp. 7-18. Recientemente la interpretación sobre un último E. P. Thompson que habría abandonado el campo del materialismo histórico ha sida retomada por César Rendueles. No puedo estar de acuerdo con la opinión de este autor que la inscribe en el callejón teórico sin salida donde sitúa la obra de Thompson y en la propuesta de su propia solución con la redefinición del carácter de las ciencias sociales. Me he ocupado de la relación entre Thompson y el marxismo y su «alejamiento» de esta tradición en otro lugar. Véase C. Rendueles, «Teoría social y experiencia histórica. La polémica entre E. P. Thompson y Louis Althusser», *Sociología Histórica* 3, pp. 177-197; X. Domènech Sampere, «Lucha de clases sin clases. Pasado y presente del legado de E. P. Thompson», en X. Domènech Sampere, *Hegemonías,* Madrid, Akal, 2014, pp. 181-225.

[19] Se puede reseguir este tema en R. Aracil y M. García Bonafé, (ed.), *Hacia una historia socialista, op. cit.*

[20] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 260.

cial. Más cuando esta misma, en cuanto disciplina, se ha considerado globalmente superada.

Los últimos debates teóricos referidos a la Historia social que han parecido dominar este campo de la reflexión antes de la crisis social, política y cultural que vinimos viviendo desde 2008 –será curioso comprobar en este sentido cómo muchos de estos debates metabolizarán la nueva época que estamos viviendo–, profundizaban la tendencia ya anterior de tratar el legado de Thompson como un momento superado de la historia de la historiografía. Este legado era tratado respetuosamente en el sentido de señalar «la empresa pionera de renovación tórica y metodológica acometida por E. P. Thompson ya a comienzos de la década de los sesenta». Una renovación que, de todas formas, habría de verse como precursora de la nueva Historia cultural, pero que no supera el marco «de la relación de determinación causal entre la estructura social y la esfera cultural, ideológica o política» ya que «las identidades están implícitas en la esfera social (y son por tanto objetivas), pero se constituyen históricamente como tales en la esfera subjetiva»[21]. De hecho, el debate sobre la superación de la Historia social –como también de la historia globalmente, ya que ambas eran «inseparables del proyecto la modernidad»[22] en crisis– se situaba en una de las disyuntivas en las que ha quedado encapsulado el legado de Thompson, y en cierto sentido toda la tradición de la Historia social. Disyuntiva marcada por la relevancia dada a la causalidad social o a la cultural para explicar el proceso histórico que se intentaba superar con la propuesta de una tercer eje interpretativo, que en realidad se impone sobre los otros dos, en el marco del giro lingüístico. Entendido este último, en su forma de marcos conceptuales, lenguaje o discurso, como el definidor –ahí es poco– de la misma realidad, ya fuera material o cultural. Pero en esto a veces se establece una confusión que afecta claramente a la obra de Thompson. La reedición del viejo debate del dualismo cartesiano en la forma de entender la realidad material o cultural

---

[21] M. A. Cabrera, «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», pp. 202-203, *Ayer* 51, 2003, pp. 201-224. Me referiré centralmente a este texto y a este autor para el tema de las nuevas corrientes interpretativas, ya que probablemente es él quien ha cometido de una forma más coherente e integral la elaboración y defensa de las nuevas tendencias en España.

[22] P. Joyce, «¿El final de la historia social?», *Historia Social* 50, 2004, pp. 25-46 (cita de p. 27).

como factores primordiales o secundarios, según los gustos, no es en este sentido exactamente lo mismo que el debate entre la necesidad y la libertad, es decir, del sujeto como determinado y determinante a la vez. En el primero el sujeto desaparece en estructuras de análisis, ya sean culturales o sociales, que lo hacen irrelevante, en el segundo el sujeto es el centro. En este sentido la propuesta de un tercer eje, en este caso los marcos conceptuales con una historia y lógica propia, no es sino una desaparición del sujeto, ya que «la noción de sujeto racional ya no era admisible como concepto analítico […] dicha noción (al igual que la sociedad) era una construcción histórica propia de la modernidad occidental»[23]. En este sentido, a pesar de presentarse esta nueva concepción como una ruptura clara con lo anterior, se puede inscribir en una persistente línea de continuidad en el campo de las ciencias sociales, ante la necesidad de eliminar un problema analítico, el del sujeto, extremadamente complejo. Si desde el estructuralismo de Lévi-Strauss «el fin último de las ciencias humanas no es constituir el hombre, sino disolverlo»[24], para el marxismo estructuralista althusseriano «la historia es un proceso sin sujeto»[25] que en el campo del postestructuralismo llevó al «hombre ha muerto» foucaltiano. Era precisamente esta tendencia la que irritaba profundamente a Thompson:

> La relación intelectual entre el ser social y la conciencia social –o entre «cultura» y «*no* cultura»– está en el centro de cualquier comprensión del proceso histórico […]. De todos modos estamos atascados. Quizá eso se deba a que hemos estado luchando con un falso problema. La tradición ha heredado una dialéctica que es cierta, pero la metáfora mecánica concreta por medio de la cual aquella se ha expresado no es acertada. […] esas metáforas excluyen todavía la dimensión *humana* […] la dialéctica del cambio social no se puede fijar en ninguna metáfora que excluya los atributos humanos[26].

---

[23] M. A. Cabrera, «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», *op. cit.,* p. 203.

[24] C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje,* México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 357.

[25] Para esto, véase L. Althusser, *Para una crítica a la practica teórica,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.

[26] E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* p. 92.

Claro está que si se considera el problema del sujeto como un problema inexistente, dada las múltiples determinaciones que lo constriñen y lo hacen actuar en un sentido determinado, como es en el caso del estructuralismo, o como una ilusión creada por las estructuras, como es en el caso del postestructuralismo, estos «atributos humanos» devienen irrelevantes y nos encontramos de nuevo, después de darle muchas vueltas, en el mismo punto inicial del problema: ¿qué determinaciones o estructuras son las relevantes? Eso se puede intentar solucionar con la introducción de nuevas perspectivas, como la «sobredeterminación» freudiana, es decir, un modelo donde interactúan varios factores de los diversos rangos de la realidad, o con nuevos elementos, en realidad nuevas estructuras, como los marcos conceptuales que eliminan la misma relevancia de la «realidad» más allá de su construcción significativa en el marco teórico para explicar el decurso histórico. Siendo esta última propuesta, sea dicho de paso, una curiosa forma de imperialismo teórico y metodológico legitimado a partir de un pretendido relativismo, donde lo múltiple deviene en unívoco: solo existe el lenguaje y todo lo demás en los límites de lo que podemos conocer es solo una producción de ese mismo lenguaje, luego nuestra tarea se circunscribe a su estudio sin más.

Para Thompson, en otro contexto de debate,

> el error del reduccionismo no es establecer esas conexiones, sino sugerir que las ideas o los acontecimientos son, en esencia, *la misma cosa* que el contexto que las origina […] la mediación entre «interés» y «creencia» no se daba a través del «complejo de superestructuras» de Nairn, sino a *través de las mismas gentes* […]. Si queremos entender esta mediación, necesitamos, no una metáfora increíblemente incómoda e inapropiada, sino una psicología social sutil y sensible[27].

En este sentido, el de la «psicología social sutil», no deja de sorprender hasta qué punto los referentes del giro lingüístico en el campo de la historia proceden usualmente sin una mínima referencia de la relación entre pensamiento y lenguaje humanos, más allá de afirmaciones axiomáticas del tipo «las categorías de lo material y lo social se han revelado como "fundamentos" idea-

[27] *Ibid.,* p. 94.

lizados»[28], sin que quede muy claro cómo se ha producido esta revelación. Se produce así una confusión sin más entre pensamiento y lenguaje, o bien haciéndolos miméticos o convirtiendo el primero en un mero epifenómeno del segundo, ya que «tanto la objetividad social como la racionalidad subjetiva pasan a ser consideradas como entidades derivadas, resultantes ambas de una operación de construcción lingüística de la realidad»[29]. Proceso en el que parecen dejarse de lado cosas no menores. Entre ellas: ¿cómo se distingue en esa conversión del pensamiento del sujeto en un epifenómeno del lenguaje entre habla externa (propia de la comunicación y articulación de significados sociales) y habla interna (propia del pensamiento)?, más si esta última es central para comprender los pensamientos, pero también es singularmente poco «discursiva» en relación al habla externa que, en realidad, es la única que podemos analizar históricamente; los formas de construcción de este pensamiento lingüístico según grupos sociales que, como se ha analizado en otras disciplinas sociales, no es ni mucho menos equiparable; la distinción entre el significado lingüístico del sentido que se le da a ese significado en formas extremadamente multilaterales a partir de contextos no lingüísticos; la propia evolución de los significados a partir de los diferentes sentidos; o, finalmente, la relación entre un nivel de pensamiento no lingüístico y el propiamente verbal[30]. Como también parece que debería tomarse en cuenta, como lo hizo Wittgenstein (a menudo tomado como referente del inicio del giro lingüístico en su versión posmoderna), después de abandonar su concepción del lenguaje figurativo, que «las confusiones filosóficas que resultan de considerar el lenguaje aisladamente del papel que desempeña en el "flujo de la vida"»[31]. Podríamos seguir aquí con la prevención de Saussure de que el paso al estructuralismo en lingüística operaba sobre la lingüística misma, sobre su forma estructural y no sobre la substancia con la que era utilizada por los parlantes, y que no podía derivarse de ello una nueva ciencia social[32], en esa

---

[28] P. Joyce, «¿El final de la historia social?», *op. cit.,* p. 27.

[29] M. A. Cabrera, «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», *op. cit.,* p. 221.

[30] Para estas cuestiones concretas, véase L. Vigotsky, *Pensamiento y lenguaje,* Barcelona, Paidós, 2012.

[31] R. Monk, *Ludwig Wittgenstein,* Barcelona, Anagrama, 1994, p. 308.

[32] F. Saussure, *Curso de lingüística general,* Barcelona, Planeta, 1992, p. 171. De todas formas este paso fue dado por Lévi-Strauss. Para una reflexión crítica sobre la

curiosa apropiación que se ha dado en la posmodernidad de autores que conformarían la base teórica para unos giros que estos mismos autores contradicen. La importancia del análisis del discurso y los marcos conceptuales para comprender la acción humana no es nueva en la historiografía, a pesar de que ahora ha llegado a un mayor refinamiento, tiene una historia muy anterior al nacimiento de la posmodernidad[33], como tampoco lo es el pensamiento de que la palabra crea el mundo, pero es difícil creer que en ello, más allá de poner énfasis en esta problemática, se vaya a encontrar la vía de salida a los problemas propios del análisis social.

Ciertamente, parece aportar una solución al problema de la relación entre sujeto y objeto de una forma radicalmente diferente a como lo hicieron las corrientes estructuralistas. Si para ellos en su ruptura epistemológica el sujeto era irrelevante, una construcción del humanismo burgués, buscando en las estructuras (económicas, ideológicas, de dominación, de género, etc.) el verdadero objeto de la ciencia y principio de determinación de la realidad, esto también llegaba finalmente a la disolución del mismo objeto. En un comentario que ha pasado desapercibido del propio Althusser, este ya afirmaba que «la categoría "proceso sin sujeto ni fin(es)" puede también tomar la forma: "proceso sin sujeto ni objeto"»[34]. De hecho, en el paso del estructuralismo al postestructuralismo hay una profunda lógica, ya que al eliminar a los sujetos, finalmente, las estructuras pierden cualquier anclaje con la realidad hasta llegar a su negación más allá de la esfera de las mismas estructuras. Lo que antes se pretendía una representación fidedigna de lo real en la forma de estructuras, se invirtió convirtiendo lo real significativo en una representación fidedigna de las estructuras. Se había disuelto el nexo entre lo uno y lo otro, el propio sujeto, y en el proceso se perdió también el sentido de la relación entre el conocimiento de la realidad producido por los sujetos, que no «representa» la realidad sino que la explica, y la misma realidad. En este sentido, la disolución del sujeto no habría llevado a la consumación del carácter científico de las ciencias sociales, sino a su disolución final en una

---

poca utilidad de esta trasplantación teórica hecha desde el campo de la propia lingüística, véase N. Chomsky, *El lenguaje y el entendimiento,* Barcelona, Planeta, 1992, pp. 128-130.

[33] Véase, por ejemplo, L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais,* Madrid, Akal, 1993.

[34] L. Althusser, *Para una crítica a la practica teórica, op. cit.,* p. 77.

narrativa. Ahora la nueva ruptura epistemológica partiría también de la negación del sujeto, en este caso ya no visto como una construcción del humanismo burgués, sino como una construcción de la modernidad occidental, y de una única estructura superviviente. Esta última estructura no sería ya otra que la lingüística, que opera como «una variable histórica independiente de las dos instancias que pone en relación, la realidad social y la conciencia subjetiva» donde «lo que los individuos hacen no es reconocer al mundo, sino convertirlo en una entidad significativa mediante los protocolos lingüísticos»[35]. Se parte de todas formas del mismo problema y se acaba en el mismo problema, en medio de una gran precariedad e inestabilidad que afecta a toda la perspectiva. La negaciones de la posmodernidad, y dentro de ella específicamente las del giro lingüístico en el campo de la historia, son demasiado grandes como para desarrollar a partir de ellas una metodología estable, que parte, por lo demás, de un análisis extremadamente reducido a las dimensiones discursivas del pasado, lo que demanda de una necesidad constante de negación de otras perspectivas y de una sobreproducción teórica en cada paso que da.

No sabemos si Thompson puede formar parte de la salida de los callejones donde se ha situado el debate historiográfico. De momento parece ser un autor central a impugnar, ya que precisamente él fue el principal referente de la Historia social anterior. La crítica a la noción thompsoniana de «experiencia» ha sido en este sentido la piedra de toque desde la que se ha pretendido levantar el edificio de la nueva propuesta[36]. Y más en general se ha considerado que todo y siendo «una pena que el propio Thompson no pueda ser absuelto del espíritu sectario [… ya que] a pesar del evidente énfasis cultural de este trabajo, Thompson siempre se consideró a sí mismo como un materialista histórico, y esta posición lo hacía volver siempre a un cierto sentido de "determinación social"»[37]. En todo caso, fuera del dualismo materia o cultura, Thompson no puede ser reducido a un punto de fuga del materialismo histórico hacia su superación en un culturalismo que se concibe a

---

[35] M. A. Cabrera, «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», *op. cit.,* pp. 209 y 213.

[36] J. W. Scott, «The Evidence of Experience», *Critical Inquiry* 17/4, 1991, pp. 773-797.

[37] P. Joyce, «¿El final de la historia social?», *op. cit.,* p. 31.

su vez como insuficiente. Para él lo central no era la cultura, ni el viraje cultural ahora transmutado en lingüístico, sino la problemática del sujeto en su devenir en el proceso de vida. Un espacio donde la interacción entre factores y, sobre todo entre el sujeto y el objeto, superaba cualquier lógica binaria, o trinitaria según las últimas corrientes, para devenir algo completamente diferente irreductible a sus componentes. Si separamos las moléculas del agua, esenciales para la vida, en dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno y buscamos en ellas las propiedades del líquido, nos encontraremos que el hidrógeno es un gas altamente combustible y que el oxígeno alimenta el fuego, mientras que en su unión lo apagan. El cambio producido en este caso no se puede describir como una mera suma de propiedades, ni tan siquiera como una interacción, va más allá. En el mismo sentido para Thompson:

> […] las dualidades materia/inteligencia y ser/conocimiento no se pueden contemplar en términos de relaciones «primarias» y «secundarias» («derivadas»); el materialismo dialéctico reconoce las «relaciones mutuamente determinantes entre el conocimiento y el ser» […]. No es estrictamente exacto decir que, por lo tanto, el objeto es anterior al sujeto, como tampoco es correcto decir lo opuesto. Objeto y sujeto […] alcanzan simultáneamente al ser[38].

Y bajando de la abstracción a la historia esto nos lleva en el caso de Thompson a la que es su principal formulación en este campo, su concepción sobre la experiencia humana. Para él la experiencia no es solo el espacio sensorial donde el yo individual o colectivo se encuentra con lo otro o los otros, pero tampoco un espacio solo de significación de lo «real» a partir de los materiales culturales recibidos por la tradición o los coetáneos. En sus trabajos, esta se formula como el espacio donde el ser humano vive su realidad material, percibida y significada a partir de los acervos culturales que a su vez son transformados y resignificados por la vivencia de lo real[39]. Momento en el que, según sus propias palabras, la realidad social desde una perspectiva es un modo de producción, desde

---

[38] E. P. Thompson, «Christopher Caudwell», pp. 146-147, en E. P. Thompson, *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 125-193.

[39] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 253-269.

otra perspectiva es ya un modo de vida[40]. En este sentido no hay un momento «cultural» y un momento «social» en la experiencia, no hay, esta vez en palabras de Marx, un ser social y una conciencia social, sino un ser consciente que se constituye constantemente en su proceso de vida real[41]. Así

> la sociedad capitalista se fundamentaba en formas de explotación que eran *simultáneamente* económicas, morales y culturales. Tomemos la relación de producción que define su esencia –la de la sociedad capitalista– (propiedad privada de los medios de producción, y producción para obtener beneficio) y pongámosla del revés, se revela ahora en un aspecto (trabajo asalariado), ahora en otro (un carácter codicioso) y ahora en otro (la alienación de las facultades intelectuales que el obrero no necesita para desempeñar su papel productivo). […] los fenómenos sociales y culturales no van a la zaga de los económicos cuando se acciona algún control a distancia; están en su origen inmersos en el mismo nexo de relaciones[42].

Es a partir de esta perspectiva que Thompson trató la formación de la propia clase obrera en *La formación…,* no como un enunciado teórico, sino como una investigación histórica desde la que articuló su propia teoría. Ciertamente si consideramos que «los sujetos son constituidos discursivamente, la experiencia es un evento lingüístico»[43], podemos echar inmediatamente todo lo dicho antes por la borda. Se niega de esta manera la experiencia del sujeto como ámbito donde lo cultural, y en este caso lo discursivo o lingüístico toma sentidos determinados, y no solo transfiere significados dados, y se transforma. Proceso en el cual todo el análisis thompsoniano, y por ende de una parte central de la tradición de la Historia social, deviene irrelevante. Dejemos ahora de lado en este camino que, como hemos señalado con anterioridad, esta pretensión debería presentarse con un desarrollo argumentativo sobre cómo funciona el pensamiento en relación a la construcción lin-

---

[40] E. P. Thompson, *Agenda para una historia radical, op. cit.* p. 11.

[41] K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana,* Barcelona, Eina, 1988, p. 18.

[42] E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* pp. 99-100.

[43] J. W. Scott. «The Evidence of Experience», *Critical Inquiry* 17/4, 1991, pp. 773-797.

güística y la propia realidad, solo para indicar que a veces parece entrar en el solipsismo tautológico, cuando intenta dar cuenta de realidades más concretas. Así,

> la identidad no es más que el efecto de la articulación, mediante los principios clasificatorios de un determinado imaginario social, de los referentes reales […]. Para que un determinado referente (clase, raza, sexo, etnia, religión o lugar de nacimiento) devenga base de una diferencia identitaria, es preciso que previamente haya adquirido la condición de criterio definidor de la identidad […] lo que hace el lenguaje hace no es simplemente nombrar a los sujetos, sino traerlos a la vida. […] fue la aparición de categorías como las de individuo racional, clase o nación lo que hizo posible que, a partir de cierto momento, la personas comenzaran a sentirse, experimentarse, comportarse y formular exigencias como tales[44].

Luego, para que exista la identidad debe existir previamente, no en construcción con una experiencia, la definición lingüística de identidad, es decir, la propia identidad ya que ella solo es una definición que la trae a la vida. El referente base de la diferencia identitaria, por ejemplo, el referente «sexo» (allí donde según otra perspectiva alejada de todo esto la biología y la cultura se confunden), no se puede describir en este sentido más allá del criterio definidor previo que le da vida, hecho natural si se niega que la experiencia sea algo que opera más allá de su construcción lingüística. De la misma forma el sujeto, la sociedad, la clase y la nación han sido privadas por la posmodernidad «de su condición de representaciones de la realidad social»[45]. Es difícil saber si la clase es una «representación de la realidad social» u opera en la «realidad social» y por tanto forma parte de «esta realidad social». Este no es un ejemplo menor para el caso que nos ocupa, ya que la multilateral obra de E. P. Thompson tiene un eje central precisamente en la reflexión sobre la clase y gran parte de la producción del giro lingüístico en historia, a pesar de sus afirmaciones totalizantes, se ha centrado precisamente en disolver la conexión de la «realidad»

---

[44] M. A. Cabrera, «La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial», *op. cit.,* p. 216.

[45] *Ibid.,* p. 207.

con esta noción en concreto[46]. Y es precisamente de las reflexiones thompsonianas sobre la clase, la conciencia de clase y la lucha de clases de lo que nos ocuparemos en los siguientes apartados de este trabajo, como traslación concreta de sus reflexiones sobre la relación entre sujeto y objeto y su devenir en algo más en el espacio de la experiencia social. En este sentido, solo apuntaríamos una consideración final más sobre la construcción del legado de Thompson en nuestro presente. Si el acercamiento directo a los textos de Thompson libera a este del mero momento evolutivo donde se le ha querido fijar a veces en el marco de la historia de la historiografía, lo cierto es que este acercamiento corre peligro de ser cada vez más escaso. El éxito editorial de la reedición en castellano de *La formación…* en el marco de la conmemoración de su publicación en 1963[47], no ha sido seguida por la celebración de debates académicos en España para revitalizar y actualizar el legado de Thompson (hasta donde sabemos el que ha dado lugar a este libro que el lector tiene entre manos ha sido el único) y cuando los ha habido, en formatos más reducidos, estos han provenido más de la iniciativa de estudiantes de historia que de la propia profesión. Ya hemos apuntado que su memoria puede ser incómoda, pero a veces es más sencillamente que ha caído en olvido en un presente que no se reconoce en él, sino en otros debates. También a veces al acercarse a este presente, se denota cierta condescendencia inconsciente ante la propia obra de Thompson. Él mismo afirmaba, en la introducción de su trabajo más conocido, que la intención que le guiaba era la de rescatar a los sujetos considerados obsoletos, utópicos e, incluso, ilusos, del pasado, de la prepotencia de la posteridad. Aquí no se trata de rescatar a nadie, ya que el rescatado no lo nece-

---

[46] Para el caso español contamos recientemente con la primera monografía de esta tendencia aplicada a la investigación concreta de la historia del movimiento obrero, lo cual es de agradecer ya que se podrán contrastar las aplicaciones prácticas de las nuevas propuestas en nuestro caso. Véase J. de Felipe, *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero,* Oviedo, Genueve, 2012. De todas formas esta investigación parece concluir que el nacimiento del nuevo movimiento obrero poco tiene que ver con la transformación de las condiciones laborales, que para el autor no habrían sufrido prácticamente ningún cambio entre los siglos XVIII y XIX, y sí mucho que ver con la difusión del discurso liberal, lo que nos deja con la duda de saber por qué motivo el sindicalismo surgió en el caso español precisamente allí donde se estaba produciendo procesos de industrialización.

[47] E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012.

sita y el rescatador no tiene ni la categoría ni la intención para serlo, pero en todo caso sí de respetar y presentar, en la medida de lo posible, a E. P. Thompson en sus propios términos, más allá de lo que pueda pensar el que esto escribe sobre algunos de sus extremos. A veces se tiene la sensación de que se ha acentuado más la parte explicativa de sus posibles insuficiencias, para poder afirmar nuevos desarrollos, que no intentado abordar directamente sus aportaciones. Es algo legítimo, y seguramente también necesario en el desarrollo del debate historiográfico, pero que en términos generales puede llevar a encubrir más que a invitar a descubrir su obra. Es posible que sus ideales fuesen fantasías, es posible que sus polémicas fuesen temerarias, pero –¿quién sabe?– también es posible que en algunas de sus causas perdidas podamos descubrir percepciones y vías de salida de males que todavía nos ocupan.

Clases, experiencias e identidades[48]

Nada hay de extraño en que el debate en torno a la Historia social hasta nuestro presente se haya ocupado centralmente del marco de las interpretaciones concretas en la noción de clase social. Desaparecida como noción central en el resto de las disciplinas sociales en las últimas décadas, la Historia social, por su propia tradición y por sus objetos de estudio, ha quedado prácticamente como uno de los últimos reductos de los estudios sobre la clase, aunque ella misma también ha sufrido una profunda transformación, en algunos casos fecunda y entrecruzada con el propio análisis de clase, en sus objetos-sujetos de estudio. De todas formas, esto que puede parecer un «atraso» respecto a otras disciplinas, en nuestros nuevos presentes puede establecer también interesantes conexiones con unas agendas investigadoras que están intentando una actualización a marchas forzadas. En efecto, la crisis de 2008, en la que estamos plenamente inmersos, vuelve a poner en primer plano tanto el problema de la desigualdad social, como el de la existencia de clases con intereses diferenciados y confrontados y de la lucha de clases como factor que tiñe múltiples realidades en diversos sentidos. La

[48] Las páginas que siguen son una versión reformulada y ampliada de una parte de un texto anterior publicado en X. Domènech Sampere, *Hegemonías,* Madrid, Akal, 2014, pp. 181-225.

relevancia de estos problemas no ha sido señalada de todas formas en primer término por las disciplinas sociales, sino por sujetos sociales y políticos, ante un mundo académico que a veces ha asistido atónito a lo que estaba sucediendo.

Cuando ya era evidente que la crisis había venido para quedarse, la reina Isabel II de Inglaterra en una visita a la London School of Economics, después de que la agasajaran ampliamente, saltándose el protocolo previsto, no pudo resistir la tentación de preguntar a los miembros de ese centro de producción mundial de saberes sociales y económicos cómo era que no habían previsto el momento que estamos viviendo. Seis meses después llegó la respuesta (la cosa no era solucionable en un momento). Fue escueta: ellos no contemplaban en su análisis los riesgos sistémicos, ni evaluaban el sistema en su conjunto, lo aceptaban como un dato de hecho. Dos años después el cardenal de Múnich, quien poco después sería nombrado presidente de los obispos alemanes, apellidado Marx, publicaba una obra titulada *Das Kapital.* A río revuelto todo son ganancias ya que, en esos primeros instantes de la crisis, Marx era revalorizado por un tiburón financiero como Soros, mientras sus obras se agotaban en las librerías. Pero quizá la frase que más espectacularmente señaló el retorno de ciertas cosas que se habían echado al olvido fue la escrita por otro tiburón financiero, Warren Buffet, en 2006: «Existe la lucha de clases, por descontado, pero es mi clase la que la dirige y la está ganando». Todo ello en un momento donde el discurso de la economía política y la realidad de los intereses de clase más brutales se hacían omnipresentes tan solo con ver el telediario.

Es evidente que esta nueva «realidad» no tiene por qué afectar automáticamente a las agendas investigadoras académicas, a pesar de que es difícil pensar que no lo haga de alguna forma y más aún que no afecte a las afinidades electivas de los nuevos investigadores, pero sí está afectando ya a las demandas editoriales y del público. Tampoco es probable que esto signifique un retorno a la Historia social de los setenta sin más. Nuestro mundo ya no es aquel mundo, sus sujetos no son nuestros sujetos tal cual, y la acumulación de saberes historiográficos producida durante las décadas que nos separan del origen de la gran bifurcación, iniciada precisamente en los setenta, tampoco lo permitirían. Pero en la plausible, aunque no segura, mutación de las agendas historiográficas Thompson aún puede mostrarnos algunas cosas en el campo específico del

estudio del fenómeno de clase. Su obra central en este sentido, *La formación…,* tuvo un fuerte impacto en varios campos. Probablemente el más duradero fue en la propia Historia social, aunque no es nada desdeñable tampoco su impacto en la antropología, la sociología o en algunos campos tan aparentemente apartados como la criminología. Paradójicamente en un momento donde la historia toma cada vez más prestamos conceptuales de otras disciplinas, es probablemente un historiador especialmente precavido ante estas traslaciones el que más ha influido en el resto de disciplinas sociales. Pero si estos fueron sus impactos más duraderos, lo cierto es que su irrupción espectacular en el debate teórico se dio dentro de los diversos marxismos de los años sesenta y setenta y esto es así básicamente por dos motivos. El problema de la formación de las clases sociales era central dentro de los diversos marxismos y en gran parte el conjunto de problemáticas y la forma de afrontarlas dentro de la Historia social de esa época estaban singularmente impregnadas, aunque fuera por negación, por el proyecto del materialismo histórico.

La tradición de la Historia social durante el primer tercio del siglo XX estaba profundamente marcada por lo que se ha llamado historia económica y social. Una serie de proyectos extremadamente fecundos, y también diversos entre sí, con una fuerte inclinación por el análisis de las relaciones económicas como fundamento para la comprensión del pasado[49]. La superación (aunque, a veces, cuando nos enfrentamos a trabajos historiográficos del pasado, se hace difícil hablar de «superación», teniendo en cuenta los de nuestro presente) de este tipo de perspectivas analíticas se dio en el marco de la traumática experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Conflicto que para lo que atañe a las obras de los hijos de Clío fue leído también como un fracaso de la historia, incapaz de producir un conocimiento del pasado que preparase a las sociedades para ese presente o, más directamente, responsable de participar en una ilusión cultural, la del progreso, que hacía de la victoria del fascismo algo inconcebible. Esta no había sido capaz de prever la *extraña derrota*[50] que describía Marc Bloch, el mismo autor de un libro fundamental para comprender la autorreflexión histórica

[49] Sobre la historia económica y social, véase J. Fontana, *La història dels homes,* Barcelona, Crítica, pp. 189-222.

[50] M. Bloch, *La extraña derrota,* Barcelona, Crítica, 2003.

mientras luchaba en la resistencia contra la ocupación nazi, como fue *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*[51]. En este sentido, la revolución historiográfica que se pretendía ya fue señalada en Francia con la transformación de la revista *Annales* de una revista de estudios económicos y sociales a una revista de estudios de las economías, sociedades y civilizaciones, como rezaban los respectivos subtítulos de cada periodo. Pero fue en Gran Bretaña donde surgió una nueva generación de historiadores, la que se llamó los historiadores marxistas británicos, que revolucionó las bases de la Historia social. Y si bien probablemente ellos no son explicables sin atender a los sedimentos que había dejado la tradición historiográfica de estudios sociales y económicos anterior (los Webb, los Hammond o historiadores como G. D. H. Cole), su característica común más evidente era su adscripción al marxismo. Era en este sentido la primera generación de historiadores explícitamente marxistas. Pero era un marxismo peculiar. Su adscripción a esta corriente provenía de la lucha antifascista de los años treinta y de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, donde muchos de ellos habían combatido directamente. Una huella vital que había conformado su marxismo básicamente como una teoría para la acción de los sujetos con improntas populistas[52]. Formación iniciática que, cabe decir, se mostraría tan reacia a una lectura puramente determinista económica de la acción social del marxismo ortodoxo, como al desarrollo de una teoría social posterior, marcada esta a su vez por el inicio de la Guerra Fría, donde los sujetos parecían desvanecerse ante la imposición de las grandes estructuras políticas, sociales y económicas, basada en el estructuralismo o en las teorías de la modernización. En este contexto, si su marca común generacional era su adscripción al proyecto del materialismo histórico, sus primeros trabajos historiográficos parecían apuntar a una problemática común. Según Kaye:

> Esencialmente, la tesis central que ha guiado la obra de los historiadores marxistas británicos es la proposición que ofrece Marx en *El manifiesto comunista* de que «la historia de todas las

[51] La mejor versión en castellano, M. Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador,* México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

[52] Para la importancia de esta experiencia formativa en el propio Thompson, véase E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 121-122.

> sociedades que han existido hasta hoy es la historia de la lucha de clases». Por tanto, el acercamiento al análisis histórico […] puede definirse mejor como análisis de la lucha de clases, y en este sentido han desarrollado el marxismo como una teoría de la determinación de clase[53].

Pero este desarrollo, donde Thompson brilló con luz propia, se inscribía en un debate donde la clase y la conciencia de clase no era, ni es, tan solo un debate histórico o analítico, sino también, y algunas veces predominantemente, político. Recorre en este sentido todas las problemáticas y decisiones políticas de aquellas organizaciones que se pretendían de clase a lo largo de buena parte del siglo XIX y el XX y, en cierto sentido, hasta nuestros días. El marxismo ortodoxo, y en esto no había muchas diferencias entre su variante socialdemócrata y su variante revolucionaria (si acaso esto afectaba más a la mayor ansiedad con la que se confrontaba este debate, debido a la necesidad de una acción política singularmente más intensa, en el caso de aquellos que propugnaban un cambio radical) partía de los siguientes presupuestos: a) la clase era una entidad dada a partir del lugar que los seres humanos ocupaban en el marco de las relaciones de producción; b) esa entidad devenía en una identidad, es decir, en una conciencia de clase, a menudo entendida y confundida con una conciencia socialista o comunista, a partir del reconocimiento de la propia condición de clase; c) en la medida en que la realidad objetiva, la clase, creaba una realidad subjetiva, la conciencia de clase, se entraba en el campo de la lucha de clases, es decir, en el campo de la lucha social y política en un sindicato o partido dado. Pero a menudo el modelo no funcionaba. La forma política que tomaba la clase no era de «clase», o bien se presentaba de una forma «deformada», siguiendo caminos que poco tenían que ver con el socialismo tal como era formulado dentro de la tradición socialdemócrata o comunista. Esto conllevó ya unos primeros debates fuertes en torno a esta problemática a principios de siglo XX. Cabe destacar entre ellos el polarizado entre las distintas posturas de Lenin y de Rosa Luxemburgo con el cambio de siglo. Para Lenin, siguiendo en este caso la ortodoxia establecida por el principal teórico de la socialdemocracia alemana, Kautsky,

---

[53] H. Kaye, *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia,* Madrid, Talasa, 2007, p. 37.

la clase por sí misma solo podía llegar a una conciencia corporativa o económica y su maduración plena correspondía a la acción del partido en ella. Marco donde el concepto de «falsa conciencia» se reveló central si la clase no seguía los caminos políticos del marxismo o se adentraba en el camino del patriotismo como sucedió durante el inicio de la Primera Guerra Mundial. Caso este último en el que también se recurrió al caro concepto para la tradición de las izquierdas de la «traición de los líderes», es decir, a que en algunos casos la clase no actuaba como debía dada la insuficiencia de aquellos que la deberían guiar. Todo ello aderezado con la extensión del concepto de «aristocracia» obrera para dar cuenta de segmentos de clase «integrados» económicamente al conjunto de intereses capitalistas. Contrariamente, en el caso de Rosa Luxemburgo, la conciencia de clase devenía de las propias contradicciones vividas en forma de conflictos de clase por los trabajadores en el marco del capitalismo. Punto de partida que hacía de la acción política de clase desde sus organizaciones un elemento más complejo. Esta debía incidir, metabolizar e intentar trabajar en un medio, el de la conciencia de clase, conformada a partir del conflicto con desarrollos múltiples no guiados solamente por la existencia de las organizaciones marxistas o la falsa conciencia[54].

El debate sobre esta problemática se reemprendió con fuerza después de la oleada revolucionaria con la que se cerró la Primera Guerra Mundial. Contexto en el que la «solución» leninista no dio los resultados esperados. La creación de los nuevos partidos comunistas, como expresión de una depuración política para poder guiar a una clase revolucionaría, no fue el prólogo en este sentido de revoluciones triunfantes, en la medida en que la clase obrera no mostraba una correspondencia directa entre su posición objetiva y su supuesta posición subjetiva; y en la medida en que las mediaciones culturales mostraban una enorme complejidad para comprender la dinámica social y política. De este fracaso surgió una de las vetas de reflexión más fecundas de lo que posteriormente se conoció como «marxismo occidental». En palabras de uno de sus más ilustres representantes, Lukács, «en los años veinte, Korsch, Gramsci y yo tratamos, cada uno de nosotros a su manera, de enfrentarnos con el problema de la necesidad social y con la interpretación me-

[54] Para esto véase V. Lenin, *¿Qué hacer?,* Moscú, Progreso, 1981; R. Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos,* Madrid, Siglo XXI de España, 2015.

canicista, herencia de Segunda Internacional. Heredamos el problema, pero ninguno de nosotros –ni Gramsci, que quizá era el mejor de los tres– supo resolverlo»[55]. Pero a pesar de que esta reflexión apunte hacia el fracaso, lo cierto fue que tanto la veta lukacsiana sobre la clase en sí, como realidad objetiva, y la clase para sí, como conciencia de clase, y sus mediaciones, amplió de forma fecunda la problemática; de la misma manera que la amplísima y profunda reflexión de Gramsci sobre el sentido común, como interacción y resignificación de diversas concepciones del mundo fragmentadas o sistematizadas, o la hegemonía, como espacio de construcción del consenso y el conflicto, entre otras muchas articulaciones gramscianas, abrieron ampliamente el campo del análisis marxista sobre las clases, la conciencia de clase y la lucha de clases. Finalmente el mismo Lukács, ya en sus últimos días, afrontaba de nuevo esta problemática en su *Ontología del ser social*[56] que pretendía centrarse en «las relaciones entre necesidad y libertad o, para emplear otra expresión, teleología y causalidad. Tradicionalmente los filósofos han construido sus sistemas sobre uno a otro de estos dos polos: o han negado la necesidad o han negado la libertad humana. Mi objetivo es mostrar su interrelación ontológica»[57].

En la corriente de esta problemática mal resuelta, a pesar de las pretensiones más ortodoxas que pretendían que no había nada que solucionar, debemos entender el impacto de *La formación…* Este trabajo centrado en la emergencia de un nuevo sujeto social en el marco de articulación y desarrollo de un nuevo modo de producción, el capitalismo, entre 1780 y 1830, llevó a su autor a plantearse el problema de la clase obrera en sus propios orígenes. En el proceso salió de una visión, si es que alguna vez la tuvo, en la que la clase sería un producto automático de una realidad económica, es decir, del lugar que ocupan un conjunto de seres humanos dentro de las relaciones de producción. Entre otras cosas porque esas mismas relaciones de producción, y sobre todo las fuerzas productivas que le dan una configuración específica (la que se conoció con la Revolución industrial), se articulan al mismo tiempo, y no previamente, a la propia conformación de la clase. Es decir, según su

---

[55] Entrevista de P. Anderson, «Lukács on his Life and Work», *New Left Review* 68, 1971 [ed. cast.: *El viejo Topo* 25, 1978].

[56] G. Lukács, *Ontología del ser social,* Madrid, Akal, 2007.

[57] Entrevista de P. Anderson, «Lukács on his Life and Work», *op. cit.*

conocida afirmación, «la clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros»[58]. Esta consideración llevó a Perry Anderson, en su lectura codificadora y crítica de Thompson, a hablar de un modelo de «codeterminación» entre realidad objetiva y realidad subjetiva, o bien entre determinación económica y determinación cultural, pero eso equipara dos realidades que no son homologables[59]. Una es concreta, la otra es múltiple. No hay dos campos de determinaciones en el modelo de Thompson, sino, como ya hemos dicho, la realidad de un sujeto, en este caso colectivo, que vive su realidad material y en ese vivirlo lo percibe e interpreta en un sentido u otro, incluso en varios sentidos a la vez, a partir de sus legados, tradiciones, materiales a su alrededor, resignificados y transformados en su vivir. O dicho en otras palabras, en el debate sobre qué es primero, el ser social o la conciencia social, presentado de nuevo como una dualidad, se olvida demasiado fácilmente que «la conciencia *(das Bewusstsein)* jamás puede ser otra cosa que el ser consciente *(das bewusste Sein),* y el ser de los hombres es su proceso de vida real»[60]. El ser consciente se establece así no como una conciencia separada de un ser social, sino como una entidad en sí misma que forma parte de esa misma vida social. Marco en el que deviene central, para entender cómo se conforma la clase, el campo de su *experiencia,* como espacio de percepción e interiorización de lo vivido y espacio de reacción ante lo vivido. Es decir, en el caso que nos ocupa, como un espacio desde donde se forma y se comprende la clase obrera.

La centralidad de la *experiencia* otorgada por Thompson para comprender la formación, las formas de acción y la autorrepresentación de la clase, abrió en este sentido el campo de la Historia social, atrapada a veces entre el binomio del estudio de las condiciones de vida y de las realidades organizativas de clase. *La formación…* muestra así la importancia tanto de la percepción e interiorización de las condiciones de vida y de las nuevas relaciones de producción, saliendo del debate circular cuantitativo sobre si la industrialización mejoró o no las condiciones de vida populares, como de las tradiciones políticas y no políticas previas, de las tra-

---

[58] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. I, p. 204.

[59] P. Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson,* Madrid, Siglo XXI de España, 2012, p. 34.

[60] K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana, op. cit.,* p. 18.

mas relacionales opacas a una mirada meramente organizativa, de las tradiciones conspirativas o de la introducción de nuevas formas de articular lo político. Si antes solo cabía un análisis sobre las relaciones, las fuerzas y las correlaciones en el espacio económico y de aquí se derivaba la existencia de una clase y unas organizaciones de clase que eran interpretadas como correlato de lo primero, el recurso a la falsa conciencia, a las ideas de «integración» o a la consideración de una clase en camino hacia una mayor madurez, eran inevitables. Ahora, siguiendo estas nuevas perspectivas en la Historia social, que Thompson mostró como nadie, el campo de análisis apelaba a realidades extraordinariamente variadas, para comprender la formación de la clase y sus características en el devenir histórico[61]. Pero, a su vez, este nuevo marco de interpretación de los mecanismos que explican la formación de una clase fue fuertemente polémico con los marxismos coetáneos, tanto en sus versiones más vulgares como en aquellos que partían de una mayor sofisticación.

Aunque su obra no pretendía ser solo una aportación en el campo del marxismo, sino en el campo de la Historia social, sí que supuso la apertura de un debate dentro de los diversos marxismos, en dos sentidos como mínimo. El primero de ellos fue señalar el campo de la *experiencia* como espacio central de la relación entra clase y conciencia de clase. En el segundo superaba esta misma dualidad entre el espacio «objetivo» y «subjetivo», invirtiendo con ello el modelo «clásico». Para él la secuencia, si es que se puede hablar realmente de secuencia en su caso, no era clase, conciencia de clase y lucha de clases, una entidad objetiva que devenía en identidad y luego operaba en el campo del conflicto, sino en todo caso lucha de clases, conciencia de clase y clase. Dicho con sus propias palabras:

> […] no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni deferencia sin *squi-*

---

[61] Un caso particular de este tipo de perspectivas para entender la formación de la clase y cercano a nosotros, donde Thompson deviene absolutamente actual de nuevo, se ha dado con las diversas aportaciones y debates sobre la formación de una «nueva» clase obrera bajo el franquismo. Se puede ver una síntesis del debate en X. Domènech Sampere, «La formación de la clase obrera bajo el franquismo: nuevos debates», *Ayer* 79, 2010, pp. 283-296. Mi propia aportación en X. Domènech Sampere, *Lucha de clases, dictadura y democracia,* Barcelona, Icaria, 2011, pp. 17-58.

res ni braceros. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos[62].

Esta posición lo llevó, como ya hemos visto, a ser acusado en su momento de *culturalismo* y subjetivismo, hecho que él negó, pero lo hizo afirmando de nuevo la clase como una construcción, ya que:

> Por decirlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran a su alrededor, encuentran a un enemigo de clase y se disponen a la batalla. Al contrario: en mi opinión, la gente se encuentra a sí misma en una sociedad estructurada de una manera determinada (fundamentalmente en forma de relaciones de producción), soporta la explotación (o trata de mantener el poder sobre aquellos que explota), identifica los lazos de los intereses antagónicos, se pone a luchar en torno a esos lazos y en el curso de ese proceso de lucha se descubre a sí misma como clase, llegando a descubrir su conciencia de clase. Clase y conciencia de clase son siempre el último y no el primer eslabón del proceso histórico real. Ahora bien si aceptamos una concepción estática de la categoría de clase o si deducimos nuestro concepto de un modelo teórico preliminar de totalidad estructural, no procedemos así: suponemos que una clase está presente, desde el comienzo, como resultado de relaciones de producción y que de ahí deriva la lucha de clases[63].

Irónicamente décadas después fue esta misma posición lo que llevó a una crítica contraria: la de ser demasiado determinista al no ver la construcción cultural de la clase como algo que opera fuera del flujo de las relaciones económicas. Crítica que parte de nuevo de la diferenciación de esferas de la realidad, cuando Thompson lo que venía a señalar es que esta diferenciación estaba precisamente en la base del problema para comprender el proceso histórico: lo económico estaba impregnado de lo cultural, en la misma medida

---

[62] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* pp. XIII-XIV.

[63] E. P. Thompson, «Algunas consideraciones sobre clase y falsa conciencia», *Historia Social* 10, primavera-verano de 1991.

que lo cultural lo estaba de lo económico y eran indiferenciables en la esfera de la experiencia. Para Thompson la formación de la clase no venía dada como epifenómeno de una realidad económica «objetiva», como tampoco era «aquello a lo que la gente cree pertenecer en respuesta a un formulario»[64] en el extremo del subjetivismo, ya que la clase en su construcción también se impone finalmente a la misma voluntad de los individuos. En su propuesta «la clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición»[65]. Esta era una perspectiva según la cual la clase solo podía aprehenderse en el tiempo como espacio de desarrollo de un proceso contradictorio de constante formación y transformación, en el que:

> No se trata de este o aquel interés, sino de la fricción de intereses, del movimiento como tal, del calor y el ruido atronador. La clase es una conformación social y cultural […] que no puede ser definida de modo abstracto tomada aisladamente, sino tan solo a partir de sus relaciones con otras clases. Y, en último término, la definición solo es posible en el medio del tiempo[66].

En este último sentido de su definición en el medio del tiempo y en el marco del desarrollo dentro de la Historia social, y centralmente en la nueva Historia cultural, hemos asimilado y mimetizado demasiado rápidamente la conformación de la clase como conformación de una identidad obrera. Es evidente que ambos procesos están relacionados, pero no son exactamente lo mismo o al menos no lo son si entendemos la identidad como un complejo de valores, hábitos, tradiciones, señas de pertenencia consolidados, por mucho que a su vez siempre las veamos en proceso de transformación. Para Thompson:

> La clase es una formación social y cultural (que a menudo encuentra expresión institucional) que no se puede definir de forma abstracta, o aislada, sino solo en términos de relación con otras clases; y, por último, solo se puede definir en el medio *temporal,* a saber, acción y reacción, cambio y conflicto. […] la *clase-como-*

---

[64] E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase, op. cit.,* p. 35.
[65] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* p. XV.
[66] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* pp. 479-480.

> *identidad* es una metáfora, provechosa a veces al describir un flujo de relación […]. En general, es fácil establecer polos sociales opuestos alrededor de los cuales se congregan las alianzas de clase: aquí el *rentista,* allí el obrero industrial. Pero en tamaño y fuerzas estos grupos siempre están en ascendencia o en declive, su conciencia de identidad de clase es incandescente o apenas visible, sus instituciones son agresivas o simplemente se mantienen por costumbre; mientras en medio están esos grupos sociales amorfos y siempre cambiantes entre los cuales la línea se traza y retraza con respecto a su polarización de esa forma o de otra, y que de manera espasmódica llegan a ser conscientes de sus propios intereses y su identidad. La política es a menudo eso: ¿cómo acontecerá la clase?, ¿dónde se trazará la línea? Y su trazado no es una cuestión de voluntad (como parece empujarnos a pensar el pronombre) consciente –o incluso inconsciente– de «ella» (la clase), sino el resultado de mecanismos políticos y culturales. Reducir una clase a una identidad es olvidar dónde reside exactamente la *facultad de actuar,* no en la clase, sino en los hombres[67].

No deja de ser curioso observar este Thompson hijo de la modernidad tan «líquido» ante sus críticos posmodernos a veces tan «categóricos». He traído aquí esta larga cita porque forma parte de un texto que, en su carácter polémico, en este caso con Perry Anderson y Tom Nairn[68], se produce en un momento especialmente importante de la evolución de los trabajos sobre la clase obrera, y el mismo concepto de clase en términos más generales, de E. P. Thompson. Publicado en 1965, apenas dos años después de haber terminado *La formación…,* es probablemente uno de sus textos más autorreflexivos tanto al abordar su propia aportación a la noción de clase en *La formación…* como, finalmente, al mostrar las claves que iban a marcar la dirección que iban a tomar sus estudios posteriores.

---

[67] E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* p. 103.

[68] Esta polémica se desató a partir de la respuesta a Thompson al intento de Anderson y Nairn de reinterpretar la historia de la clase obrera inglesa precisamente como una clase supeditada a la burguesía y con poca conciencia de clase, lo que ahora vendría a ser la idea de una clase producida por el discurso liberal. Véase P. Anderson, «Origins of the present crisis», *New Left Review* 23; T. Nairn, «The Britsh Political elite», *New Left Review* 23; T. Nain, «The English Working class», *New Left Review* 26; y T. Nairn, «The Anatomy of the Labour Party», *New Left Review* 28.

Pero, para lo que nos ocupa aquí, es interesante constatar cómo muchas veces se señala la insuficiencia o, de forma más radical, el fracaso de la propuesta thompsoniana en relación al problema de la identidad obrera, a partir de un malentendido. Se trata a veces esta propuesta como si fuera básicamente la explicación de la emergencia de una identidad densa que luego no encontramos en la evidencia histórica. En este sentido, su análisis es mucho más complejo, fluido y relacional de lo que a menudo pretendemos. Lo que parece que no existe en un momento dado, ya que se mantiene en estado latente, y de allí, por ejemplo, sus análisis en *La formación…* sobre las sublimaciones religiosas, aparece así con toda su fuerza en otras circunstancias. Lo evanescente, hasta lo irrelevante a una mirada centrada en lo evidentemente presente, de golpe se condensa en una nueva constelación de tensiones de una forma determinada donde se pueden apreciar tanto continuidades como rupturas en relación a situaciones pasadas. Algo que dado el cambio de época histórica que estamos viviendo en nuestro propio presente no nos debería extrañar. En este sentido, la clase para Thompson no es el sujeto colectivo, sino una forma determinada que toma el mismo, en que se condensa ese sujeto, y que se muestra o se deshace en situaciones de conflicto y polaridades cambiantes; los sujetos no son otra cosa que los propios seres humanos en su proceso de vida real donde determinan tanto como son determinados.

Ciertamente la propuesta thompsoniana implicaba radicales novedades en el debate sobre lucha, conciencia y clase. Estas hacían referencia a la centralidad de la experiencia como espacio nucleador de la conformación de la clase, como también al impresionante trabajo histórico para explicar cómo se consumaba su realización, o al acento puesto en la importancia de la clase como relación, y por tanto a la primacía de la lucha de clases. Pero, a pesar de todas las invectivas recibidas, su argumentación no significaba ni una ruptura con el marxismo originario, ni tampoco con las primeras interpretaciones sobre las clases y sus luchas, previas a Marx y de las cuales este bebió mucho más de lo que la ortodoxia está dispuesta a reconocer. También en Marx encontramos la explicación de la clase como una relación no solo económica, sino que se construye en el conflicto con otras clases, ya que:

> Los diferentes individuos solo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues

> de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos con los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente a los individuos que la forman, de tal modo que estos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas […] se ven absorbidos por ella […][69].

De hecho este es el análisis originario sobre la formación de clases. Marx mismo no fue el primero en hacerlo, aunque sí el primero que exploró este análisis en un marco teórico amplio. Pero sus fuentes para ello, de una forma muy poco reconocida por el marxismo posterior, no fueron otras que las de los historiadores liberales moderados de la Revolución francesa de los años veinte del siglo XIX. Estos, en un momento donde todavía debían luchar por la imposición del tipo de sociedad que proyectaban, analizaron la Revolución, y toda la historia moderna anterior, como un producto de la lucha de clases, una lucha que según uno de ellos, Guizot, «llena las páginas de la historia moderna». Ciertamente su preocupación no se dirigía al proletariado, sino a la formación de la burguesía como clase, pero su modelo explicativo no difería del que posteriormente se aplicaría a la clase obrera:

> Los hombres que se hallaban en la misma situación en distintas partes del país, que compartían los mismo intereses y el mismo estilo de vida, no podían dejar de engendrar vínculos mutuos, una cierta unidad, de donde iba a nacer la burguesía. La formación de una gran clase social, la burguesía fue la consecuencia necesaria[70].

En este sentido Thompson, acusado de hereje, no estaba sino bebiendo de fuentes primigenias, beber en la que les dio un alcance y profundidad para el que probablemente las lecturas de las relecturas de las relecturas no estaban preparadas. Pero hay una segunda e interesante veta en la reflexión thompsoniana sobre las clases sociales y sus dinámicas, menos leída y probablemente tan fecunda con la primera. Thompson no se enfrentó solo al mundo de la formación de la clase obrera en la Inglaterra a caballo de fina-

---

[69] K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana, op. cit.,* p. 64. Para un mayor desarrollo, K. Marx, *Miseria de la filosofía,* Madrid, Aguilar, 1969, pp. 229-241.

[70] F. Guizot, *Histoire de la civilisation en Europe,* Pluriel, París, 1985, p. 181. Cit. en E. J. Hobsbawm, *Los ecos de la Marsellesa,* Barcelona, Crítica, 1992, p. 29.

les del siglo XVIII y el primer tercio del XIX. En su andar posterior a la publicación de *La formación…* retrocedió de ese momento hacia al pasado. Hacia un pasado donde no habían clases perfiladas y, aún así, había lucha de clases.

En el principio fue la acción. ¿Lucha de clases sin clases?

La fuerza que tomó la obra de *La formación…* a veces oculta la importancia de sus textos tanto anteriores como inmediatamente posteriores. En el primer sentido, sigue siendo clave para entender las motivaciones y el tramado de fondo de la obra de Thompson la biografía que le dedicó a William Morris[71]. En el segundo, entre la misma publicación de *La formación…* en 1963 y el que sería su siguiente libro, *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act* en 1975, Thompson publicó una serie de textos fundamentales para el desarrollo de la Historia social que, como «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial» (1967) o «La economía moral de la multitud» (1971), significarían entre muchas otras cosas un desarrollo del estudio y el concepto de clase que acabó por formularse finalmente en «La sociedad inglesa del siglo XVIII. ¿Lucha de clases sin clases?» (1978)[72]. En ellos Thompson mira también hacia atrás de la propia época que había tratado en *La formación…,* lo que lo convierte en un historiador de frontera entre dos mundos, el del naciente capitalismo y el de la Revolución industrial, y le permite una mirada especialmente lúcida sobre la propia génesis de la clase y, más allá, sobre los diversos significados y sentidos que puede tomar la lucha de clases.

Ese nuevo mundo que exploró Thompson no es otro que el de la Gran Bretaña del siglo XVII y XVIII, la del capitalismo sin industrialización. En él la clase obrera no existía tal como fue conocida posteriormente, pero sí que existían trabajadores y burgueses o *gentry,* es decir, un sector social que debía su poder e influencia a la propiedad privada de los medios de producción en una forma de

---

[71] E. P. Thompson, *William Morris, op. cit.*

[72] Estos trabajos conjuntamente con otros se pueden encontrar recogidos en E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase, op. cit.* Gran parte de los mismos fueron ampliados al final de su vida con la publicación de *Costumbres en Común,* Barcelona, Crítica, 1995.

capitalismo agrario y comercial, pero también a la especulación, al poder financiero y a la peculiar relación económica que establecían con el Estado. Institución esta última que no se debe entender en ese momento como un órgano político «directo de clase o intereses determinados, sino como una formación política secundaria, un lugar de compra donde se obtenían o se incrementaban otros tipos de poder económico y social […]»[73]. Este marco producía para Thompson la realidad de un capitalismo extremadamente depredador que habría llevado a la descomposición social, si no tuviera a su vez limitaciones claras. Estas eran impuestas, entre otros factores, por las alianzas establecidas entre trabajadores pobres, profesionales y la pequeña *gentry* que conformaron un tipo específico de acción colectiva, la que se conoció como acción de la multitud. Todo ello en el contexto de una floreciente cultura plebeya que hacía del contrateatro, que buscaba en la ridiculización de la autoridad, que actuaba tanto en el anonimato como en la acción social y política directa, la forma de imponer sus propios intereses y limitar los de la clase dominante.

En este contexto los conflictos entre capital y trabajo no se dirimían centralmente en el espacio laboral, sino en el del consumo. En él las clases populares intentaban resistir a las presiones económicas de las elites e imponer sus propios intereses. Pero ello no era una «derivación», por insuficiencia de fuerzas o por inmadurez de la clase, del núcleo de la tensión entre capital y trabajo hacia un espacio «secundario», ya que ese espacio era también donde se producía centralmente la acumulación capitalista. Confrontación que era a veces latente, pero no por ello ausente, y en otras tomaba formas disruptivas más directas a partir del motín. Un motín que, como analiza Thompson en un texto capital para la Historia social como es «La economía moral de la multitud», no era el resultado espasmódico e irracional a la subida de precios del grano. Esta forma de acción colectiva se inscribía en un repertorio amplio, que iba de la amenaza anónima hasta la movilización masiva que permitía el bloqueo de vías de comunicación o la imposición de huelgas en el ámbito laboral en una acción que se había iniciado en el del consumo, con un papel central de mujeres con «cuchillos escondidos en sus corpiños para forzar la venta del grano según su propia evaluación». Mujeres que «parecen haber pertenecido a

[73] E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase, op. cit.,* p. 26.

una prehistoria de su sexo anterior a la caída, y no haber tenido conciencia de que debían haber esperado unos 200 años para su liberación»[74]. Un tipo de acción que buscaba no hacerse con grano y pan como mera reacción ante el hambre, sino fijar un precio justo y unos sofisticados métodos de distribución que tuvieran en cuenta las necesidades de las clases populares. Todo ello en medio de un fuerte consenso popular articulado al entorno de una economía moral sobre lo que era justo e injusto y el modo en que debía funcionar lo «económico».

Este era el marco de un conflicto de clases, de lucha de clases, que nada o poco tiene que ver con nuestra visión «clásica» de ella. El conflicto subyacente se articulaba desde los intereses materiales que se vivían como una confrontación material y moral a su vez. A partir de esta experiencia se generaba una economía moral. Esta tomaba de la economía paternalista anterior tanto la posible conexión con un espacio de consenso dentro de la hegemonía dominante hasta entonces, como sus propias justificaciones, pero que a la vez en ciertos momentos se expresaba abiertamente como un conflicto de clases. Frente a todo ello se erigía una nueva concepción del mundo, que a veces se olvida que se generó por y para precisamente el capitalismo agrario ligado a la producción y comercialización del grano, y no en el contexto de la industrialización. Esta nueva concepción no era otra que la que se conoció como economía política, en los albores del liberalismo de los Smith, Hume, Gibbon o Ricardo, entendida no solo como una aportación a la ciencia económica, sino como una nueva interpretación del pasado, presente y futuro de la humanidad y de la misma naturaleza del ser humano.

Los comentarios de Thompson sobre los orígenes de la economía política, que podemos encontrar salpicados en diversos textos de sus obras, iluminan en este sentido de una forma diferente tanto sus trabajos como historiador como sus posiciones teóricas e interpretativas. La multitud que en 1776 recorría el valle del Támesis para imponer su economía moral se llamaba a sí misma «los Reguladores»[75] y, en este sentido, Thompson nos muestra cómo actuaban contra una nueva forma de economía política que pretendía precisamente la desregularización de las relaciones económicas, es de-

---

[74] *Ibid.,* p. 109.
[75] *Ibid.,* p. 105.

cir, su libre fluctuación movidas tan solo por el criterio del beneficio privado. Para ello esta nueva concepción separaba las relaciones políticas y morales de las económicas, subordinando de hecho las primeras al interés de las segundas. Operación que descansaba no tan solo en una teorización de cómo unas relaciones económicas «libres» de regulaciones conllevarían el aumento de la riqueza particular y global, sino en una nueva concepción de la naturaleza humana que se definía por sus intereses económicos. El *homo sapiens* devenía así en un *homo economicus* en sus pulsiones básicas, sobre las que se construía todo lo demás, y el capitalismo, en una suerte de fin de la historia, en el sistema que expresaba de forma más congruente esta naturaleza humana basada en el interés económico. En esa formulación la economía política no era solo un conocimiento específico sobre las relaciones económicas, sino la ciencia social por excelencia, y en el proceso se escindía lo moral de lo económico, lo cultural de lo material, construyendo la ficción de que eran dos áreas separadas de la esfera humana. Evidentemente, la construcción de lo que para Thompson era una pieza básica de la articulación de la hegemonía del nuevo capitalismo no se dio sin resistencias persistentes en el tiempo:

> Hasta finales del siglo XVIII, el pueblo llano en Francia y en Inglaterra observaba una «economía moral» profundamente sentida, en la que la misma idea de «precio económico» para el grano (es decir, la disociación entre los valores económicos, por una parte, y las obligaciones sociales y morales, por otra) era una ofensa cultural; y algo parecido a esa misma economía moral todavía resiste en partes de Asia y África. O, nuevamente, en Gran Bretaña hicieron falta 200 años de conflicto para someter a la población trabajadora a la disciplina de los estímulos económicos directos, y ese sometimiento nunca ha sido más que parcial[76].

De hecho desvelar esta escisión entre lo material y lo cultural, entre las relaciones económicas y morales, como una operación ideológica es lo que pretendió el mismo Thompson en sus posicionamientos teóricos. Veía en este sentido, esta misma bifurcación tanto en la forma determinada de implementación material y cultural de la lógica capitalista, como en aquellas perspectivas analíticas

[76] E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* p. 97.

que la habían asumido como la naturaleza propia del ser humano. Asimismo, a pesar de que en su estudio concreto sobre la economía moral limita su campo de actuación fuerte en el siglo XVIII y su desaparición ya en el XIX, con el desplazamiento de la lucha de clases al espacio de la producción y la aceptación de que el conflicto se librase dentro del terreno señalado por la economía política, tampoco dejó de señalar que

> aunque una forma de oposición al capitalismo es el antagonismo económico directo –la resistencia a la explotación, ya sea como productor o como consumidor– otra forma de oposición es, precisamente, la resistencia contra la innata tendencia del capitalismo a reducir todas las relaciones humanas a definiciones económicas. Desde luego, las dos están interrelacionadas [...]. He señalado que una forma de interpretar el movimiento obrero durante la Revolución industrial es considerarlo como un movimiento de resistencia a la anunciación del hombre económico. La crítica romántica es otro tipo de resistencia, con implicaciones revolucionarias. La larga lucha, en tiempos más recientes, para conseguir servicios para el bienestar de la población es una parte del mismo impulso profundamente anticapitalista, a pesar de que los capitalismos avanzados hayan mostrado una gran flexibilidad para asimilar sus presiones[77].

Comparar estas reflexiones con comentarios que provienen de las nuevas tendencias historiográficas en el sentido de que «Los marxistas proclaman orgullosamente su radicalismo al emplear una identificación arbitraria de lo económico como material [...]. La afirmación de que la economía es exclusivamente "material" fue siempre arbitraria, confusa y tendenciosa», no deja de sorprender[78]. Pero en todo caso, más allá de este apunte y de las reflexiones de nuestro historiador en torno de la economía moral y la economía política, cuando Thompson abordó el mundo anterior al capitalismo industrial y a la misma imposición de la economía política, pudo analizar de una forma más depurada su propia concepción sobre la relación entre lucha de clases, clase y conciencia de clases.

---

[77] *Ibid.,* p. 100.

[78] W. H. Sewell, «Towards a post-materialist rhetoric for labour history», en L. R. Berlanstein (ed.), *Rethinking Labor History: Essays on Discourse and Clas Analysis,* Urbana, 1993, pp. 21-23. Cit. en P. Joyce, «¿El final de la historia social?», *op. cit.,* p. 29.

No había en ese mundo una clase y una conciencia de clase propia del siglo XIX, pero sí que existía una tensión que para él era inseparable de la noción de lucha de clases. En el marco de esa tensión, en el marco de ese tipo específico de lucha de clases, se generaban grupos sociales confrontados, con formas de acción y culturas propias y conflictivas entre sí, aunque difícilmente una mirada desde al siglo XIX o el XX describiría ese proceso como el de formación de una clase «madura». En este sentido Thompson nos habla, frente a la idea de la existencia de una clase, entendida como sujeto muy definido, de cómo «en realidad, lucha de clases es un concepto previo así como mucho más universal»[79]. Pero la reflexión incluso da un paso más en este camino.

Dentro del marxismo, en un proceso que a mi parecer afecta más a sus corrientes que al propio Marx, y que afectó también a la propia Historia social, la imagen sobre lo que es una sociedad de clases se construyó en gran parte sobre el proceso de la Segunda Revolución industrial y en algunos casos aún más reduccionistas sobre el fordismo posterior. Esto conllevó una visión de esta realidad como realidad «madura» de la conformación de las clases sociales con profundos efectos sobre la interpretación del pasado, pero también sobre las esperanzas en el futuro. En aquello que se refería al pasado, la visión de los periodos anteriores a esta época histórica quedó atrapada en las fronteras fijadas por esta imagen, como etapas en las que se daban «protoconflictos de clase» o bien acciones «protopolíticas», un problema que no se daba solo en el campo del marxismo, sino en otras corrientes de análisis social de la conflictividad. Pero esa proyección también se realizaba, y a menudo todavía se realiza, hacia delante, buscando y esperando un tipo de acción y conflictos de clase que en realidad ya no forman parte del presente en el mismo sentido que lo hicieron en el pasado. En este contexto para Thompson en realidad no se podía hablar de un modelo de clase arquetípico, ya que:

> […] Ningún modelo puede proporcionarnos lo que debe ser la «verdadera» formación de clase en una determinada «etapa» del proceso. Ninguna formación de clase propiamente dicha de la historia es más verdadera o más real que otra, y la clase se define a sí misma en su efectivo acontecer [… y] en su acontecer dentro de

[79] E. P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, op. cit.,* p. 37.

> las sociedades industriales capitalistas del siglo XIX, y al dejar su huella en la categoría heurística de clase, no pueden de hecho reclamar universalidad. Las clases, en este sentido, no son más que casos especiales de las formaciones históricas que surgen de la lucha de clases[80].

Postura que rompe en muchos sentidos los corsés de un determinado desarrollo del materialismo histórico dentro de la Historia social y así se comprende mejor cómo un historiador que fue calificado de profundamente localista en sus análisis, que no iban más allá del caso inglés (en la misma *La formación…* se abstuvo de analizar los casos de Gales o Escocia por respeto a lo que consideraba una historia propia y diferenciada), es el que más ha influido en el desarrollo actual de diversas historiografías más allá de Europa y Estados Unidos. Pero postura que también rompe con muchas de las problemáticas derivadas del análisis marxista y de la misma Historia social de su época. Marx mismo fue un pensador en gran parte anterior a la Segunda Revolución industrial, y muy anterior al desarrollo del fordismo. Ciertamente, parte de sus reflexiones no se pueden entender sin el proceso de industrialización británica, pero no solo desde ella articuló su análisis sobre las clases y las luchas de clases.

Thompson se movió entre dos mundos, el de la formación de la clase obrera y el anterior a esa misma formación. Momento anterior no entendido como un mundo «pre» o «proto», sino como un espacio donde la lucha de clases tomaba formas históricas determinadas y específicas. En esa doble mirada de frontera nos permitió, y nos permite, pensar y aceptar de una forma más abierta las posibles formas que puede tomar el conflicto de clases y su análisis histórico desde perspectivas plurales. Quizá E. P. Thompson fue un localista, como se le señaló en su momento al circunscribir sus estudios en el espacio reducido de Inglaterra y al mantener una actitud huraña ante los desarrollos más sofisticados de una teoría social, o como ha indicado más recientemente Tony Judt. Quizá, siguiendo a este mismo último autor, Thompson ya no merece ser tomado demasiado en serio. Algunos de todas formas intuimos que aún merece ser leído directamente. ¿Quién sabe? Quizá en alguna de sus batallas perdidas encontremos materiales que todavía nos puedan ser útiles para nuestro propio presente historiográfico.

---

[80] *Ibid.,* p. 39.

V. E. P. THOMPSON, *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA,* EL FEMINISMO Y LA HISTORIA DE GÉNERO[1]

Miren Llona

Introducción

A lo largo de estas páginas voy a ofrecer una reflexión sobre la obra de Edward Thompson desde una perspectiva de género. En un primer momento, me centraré en la relación de la obra de este autor con la Historia de las mujeres, reconociendo el papel que sus nuevos planteamientos dentro de la Historia social desempeñaron en la gestación de los estudios históricos feministas. También me acercaré con espíritu polémico a uno de sus trabajos, «La venta de esposas», en el que las mujeres son las protagonistas de su análisis. A continuación, recogeré algunas de las principales críticas que se han realizado a su concepto de *clase* y de *experiencia* desde una perspectiva de género. Los fundamentos de esa crítica han coincidido con un desplazamiento de la Historia social hacia la Historia cultural en cuyo proceso considero que ha desempeñado un papel de primer orden la historia feminista. Finalmente, recogeré las aportaciones realizadas a los estudios sobre la formación de la clase obrera por Sonya O. Rose y por Anna Clark. El interés de la obra de estas autoras reside en que, si bien sus trabajos están inspirados en E. P. Thompson, consiguen revisar su legado, concibiendo la clase y el género como dos realidades inseparables.

En primera instancia sería sencillo decir que aunque el conjunto de la obra de Thompson, y en particular *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* no es una obra opaca al sujeto histórico mujeres, puesto que Thompson presenta y analiza el activismo político de diferentes mujeres comprometidas en los sindicatos y en las so-

[1] Este trabajo ha sido realizado dentro del grupo de investigación *La experiencia de la sociedad moderna en España (1870-1970),* Código GIU08/15, dentro de la Unidad de Formación e Investigación de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea UFI11/27. Agradezco a Mercedes Arbaiza, a Nerea Aresti y a José Javier Díaz Freire su atenta lectura del borrador de este texto y sus comentarios, sugerencias y aportaciones que han contribuido a enriquecer el resultado final.

ciedades reformistas, la obra sí ofrece lo que podríamos llamar una versión masculina de la formación de la clase, y la dimensión de género está ausente. Thompson no atiende a los antagonismos entre hombres y mujeres dentro de la clase trabajadora y, en esa medida, la construcción de la identidad de clase aparece como un proceso neutro en el que el universal masculino termina ocultando la realidad sexuada de las identidades obreras. Esta argumentación, sin embargo, resultaría demasiado reduccionista ante un trabajo de historia que, como planteó Hobsbawm en el obituario al autor en 1993, fue reconocido de inmediato como un clásico, y se volvió el libro más influyente de las décadas de los años sesenta, setenta y ochenta, convirtiendo a su autor en uno de los historiadores e historiadoras más citados de todos los tiempos[2]. La importancia de este libro no pasó desapercibida para las historiadoras de género. Como reconoce Catherine Hall, la insistencia de Thompson en «rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al "obsoleto" tejedor en telar manual, al artesano utópico e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott de la enorme condescendencia de la posteridad y su triunfante demostración de la posibilidad de tal rescate se dejó notar en el compromiso feminista por recuperar al sexo olvidado»[3]. En efecto, la publicación del libro de Thompson fue también relevante para el desarrollo de la nueva Historia de las mujeres. Lo cierto es que el resurgimiento del movimiento feminista, la denominada segunda ola, fue un hecho que se produjo, como sabemos, en la segunda mitad de los años sesenta. El año de edición de *La formación…,* 1963, resultaba todavía una fecha temprana para hablar de avances feministas. De hecho, desde la doctrina oficial de la izquierda que se reclamaba del marxismo, la clase obrera era incuestionablemente la fuerza motriz de la revolución. Así, las mujeres que formaban parte de las diferentes clases sociales, no eran consideradas como un sujeto político diferenciado y su destino quedaba yuxtapuesto al de la revolución obrera. Ese mismo año de 1963, Simone de Beauvoir publicó *La fuerza de las cosas,* la segunda entrega de su autobiografía. En ella

---

[2] E. J. Hobsbawm, «Obituario para E. P. Thompson» en la edición E. P., Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 21.

[3] C. Hall, «The Tale of Samuel and Jemina: Gender and Working-class Culture in Nineteeenth-century England», en H. J. Kaye y K. McClelland, *E. P. Thompson Critical Perspectives,* Philadelphia, Temple University Press, 1990, p. 81.

hacía un balance de la recepción por parte de la izquierda y del marxismo militante de su obra *El Segundo Sexo.* Simone de Beauvoir escribe:

> La derecha no podía sino detestar mi libro, que por otra parte Roma puso en el «Index». Yo esperaba que fuera bien recibido por la izquierda […] mi ensayo debía tanto al marxismo y lo destacaba tanto que yo esperaba de parte de ellos alguna imparcialidad. […] *Action* me dedicó un artículo anónimo e ininteligible adornado con una foto que representaba los abrazos de una mujer y de un mono.
>
> Los marxistas no estalinistas, apenas fueron más reconfortantes […] se me respondió que una vez efectuada la revolución, el problema de la mujer ya no se plantearía. Di una conferencia en *L'école emancipée* y se me respondió que una vez efectuada la revolución, el problema de la mujer ya no se plantearía. «Bueno –dije–, ¿pero mientras tanto?» No parecían interesarse por el tiempo presente[4].

Es posible percibir en este testimonio dos cosas: en primer lugar, que las cuestiones referentes a las mujeres en la lucha revolucionaria de la izquierda estaban, todavía a la altura de 1963, en un segundo plano de interés o incluso fuera de la agenda política de la izquierda. En segundo lugar, que la legitimidad extraordinaria del marxismo entre las fuerzas políticas de la izquierda, se extendía también a la intelectualidad de la época y a muchas mujeres que poco después se declararían feministas. De hecho, como reconoce en el testimonio citado la propia Simone de Beauvoir, la confianza para una transformación cualitativa de la condición femenina estaba puesta en el cambio estructural y no en la lucha feminista.

Los años cincuenta y el principio de los sesenta parecen haber sido una época difícil para el desarrollo de un pensamiento feminista que planteara la necesidad de sustentar un movimiento feminista autónomo. A propósito de ello, la historiadora Natalie Zemon Davis, pionera después de la nueva Historia de las mujeres, recordaba a finales de los noventa cómo en sus años de estudiante no había logrado desarrollar ni siquiera una conciencia de la especificidad de ser mujer:

---

[4] S. de Beauvoir, *La fuerza de las cosas,* Barcelona, Edhasa, 1982, pp. 230 y 232.

> Cualquiera que sea el discurso sobre el «hombre» del Renacimiento, que salió de los labios de una mujer, fue escuchado por los oídos de las mujeres, y se discutió en un aula de mujeres. Evidentemente, las mujeres podían decidir lo que era cierto. Y supongo que tomamos, y en algún nivel era la intención de la señorita Gabel que tomáramos, los símbolos de la potencialidad «del hombre» y que los aplicáramos a nosotras mismas. De alguna manera, vimos nuestros cuerpos femeninos inscritos dentro del famoso círculo de Leonardo da Vinci (aunque esa pose era inmodesta para una mujer) y nos percibimos a nosotras mismas como agentes libres[5].

A partir de la segunda mitad de los años sesenta y el principio de los setenta el panorama cambió radicalmente. Aquella tendencia a subsumir la experiencia de las mujeres en el universal masculino, tal como describió Davis, se transformó primero en el descubrimiento de la particularidad representada por las mujeres y, más tarde, en la necesidad de hacerla visible. Con el florecimiento del movimiento feminista la especificidad de la experiencia femenina y la opresión de género pasaron a ocupar un lugar central de las preocupaciones de muchas mujeres, y también de la izquierda. Juliet Mitchell puso en evidencia el plano subsidiario que ocupaban las mujeres en la agenda política marxista: «Si el socialismo ha de ganar nuevamente su posición como *la* política revolucionaria –planteaba Mitchell– […], tendrá que enmendar los pecados cometidos contra la mujer y su enorme pecado de omisión: la ausencia de un lugar apropiado para la mujer dentro de su teoría»[6]. Esta actitud, que condujo primero a un cuestionamiento de la teoría clásica marxista del sujeto revolucionario, permitió asimismo la adhesión de muchas activistas de la izquierda al movimiento feminista. Así, en la segunda mitad de los años sesenta, asistimos al surgimiento del

---

[5] «Whatever the discourse was about Renaissance "man", it came from the lips of a woman, was heard by women's ears, and discussed in a classroom of women. Women could evidently decide what was true. And I suspect we took, and at some level were intended by Miss Gabel to take, the symbols of "man's" potentiality and applied them to ourselves. Somehow we saw our female bodies inscribed inside Leonardo da Vinci's famous circle (immodest though that pose was for a woman) and sensed ourselves as free agents» (traducción propia), N. Zemon Davis «A Life of Learning. Charles Homer Haskins Lecture for 1997», *ACLS Occasional Paper* 39, 1997, p. 10.

[6] J. Mitchell, *La condición de la mujer,* Barcelona, Anagrama, 1977, p. 94.

feminismo de la segunda ola, impulsado también por activistas de la izquierda revolucionaria[7].

Es necesario reconocer que el surgimiento de la Historia de las mujeres, cuyo nuevo planteamiento historiográfico buscaba recuperar la acción de estas en el proceso histórico, no se habría producido sin el surgimiento previo, en el plano político, social y cultural, del movimiento feminista de la segunda mitad de los años sesenta y la década de los setenta[8]. Como reconoció Sheila Rowbotham en su obra pionera *La mujer ignorada por la historia* en 1973: «Este libro procede directamente de un movimiento político. La decisión de examinar parte del territorio por el que yo había pasado y descubrir más cosas nació de las discusiones sobre la liberación de la mujer»[9]. Esta declaración pone de relieve la trascendencia del movimiento feminista en el desarrollo de los nuevos planteamientos historiográficos y, en cierto modo, es una confirmación de la trascendencia de las preocupaciones del presente en la investigación sobre el pasado.

Así, la aparición en la segunda mitad de los años sesenta de un interés creciente por las mujeres y la importancia que adquirió la lucha contra el sexismo abrieron nuevas perspectivas de indagación en el ámbito de la historia. El compromiso feminista implicó

---

[7] Según J. Mitchell «Los primeros susurros del movimiento de liberación de la mujer en Inglaterra se dejaron escuchar en 1967; para 1968 el movimiento se encontraba organizado con nombre propio. […] En marzo de 1970 se celebró la primera conferencia nacional». En Francia, dice esta autora: «La liberación de la mujer comenzó como un pequeño grupo de mujeres marxistas en París, a finales de 1968», en J. Mitchell, *La condición…, op. cit.,* pp. 45 y 51. En Estados Unidos, la Primera y Segunda Conferencias de Berkshire sobre historia de la mujer, que podemos considerar el inicio de la nueva historia de la mujer, se celebraron en 1973 y 1974, en M. Nash, «Nuevas dimensiones en la historia de la mujer», M. Nash (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer,* Barcelona, Serbal, 1984, p. 21.

[8] D. Ramos establece el vínculo entre el feminismo y el surgimiento de la historia y de los estudios de las mujeres, en D. Ramos, «Arquitectura del conocimiento, Historia de las mujeres, historia contemporánea. Una mirada española. 1990-2005», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 28, 2006, p. 19. También E. Hernández Sandoica corrobora la importancia del feminismo de la segunda ola en el desarrollo de «la Historia de las mujeres y de las relaciones de género», en E. Hernández Sandoica, «Historia, Historia de las mujeres e Historia de las relaciones de género», en M.ª I. del Val Valdivieso, M. S. Tomás Pérez, M.ª J. Dueñas Cepeda y C. de la Rosa Cubo, *La Historia de las mujeres: una revisión historiográfica,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, p. 30.

[9] S. Rowbotham, *La mujer ignorada por la historia,* Madrid, Debate, 1980, p. 7.

entender el nuevo sujeto «mujeres», no solo como un motor de cambio desde el punto de vista político, sino desde una perspectiva social y cultural, como un sujeto sometido a una discriminación específica por razón de sexo. Todo ello permitió a una nueva generación de investigadoras con nuevas inquietudes introducir otros interrogantes en la exploración del pasado, averiguar dónde estaban las mujeres y evaluar la trascendencia de su intervención social. Además, los nuevos planteamientos exigieron nuevos retos en el plano teórico y metodológico, que desembocaron primero en la nueva Historia de las mujeres y, posteriormente, en el desarrollo de la Historia de género.

En ese contexto de grandes transformaciones, la historiadora Catherine Hall ha señalado, y yo comparto su opinión, que la obra de E. P. Thompson y la influencia de sus nuevos planteamientos dentro de la Historia social contribuyeron al desarrollo de los nuevos estudios históricos feministas[10]. Por ello, y haciéndome eco de sus palabras, creo que podemos considerar *La formación de la clase obrera* de Thompson como un elemento significativo que favoreció la gestación de la nueva Historia de las mujeres[11]. El carácter disidente y heterodoxo de su obra, así como el énfasis puesto en la cultura y en la acción humana abrieron nuevos canales para la comprensión del pasado, que confluirían en el desarrollo de la nueva Historia de las mujeres.

La lucha contra la ortodoxia, el legado de E. P. Thompson

El cincuenta aniversario de la publicación de la obra de E. P. Thompson *La formación…* nos da la oportunidad de regresar a los años sesenta, a un contexto de ruptura con el pasado, de nuevas percepciones de la realidad y de nuevos planteamientos de futuro. Así, en 1963 Bob Dylan cantaba *The times they are a-changing* y proclamaba: «La línea está trazada, la maldición esta echada. Lo lento hoy será rápido mañana, […] el orden se desvanece rápida-

[10] C. Hall, «The Tale of Samuel and Jemina», *op. cit.,* p. 81.

[11] J. Scott también sostiene que el libro de Thompson constituyó una condición para la aparición del discurso feminista socialista, en J. W. Scott, *Gender and The Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press, 1999, p. 71.

mente. […] Porque los tiempos están cambiando»[12]. Creo que este mismo espíritu de ruptura y de renovación que manifiesta el poema de Dylan inspiraba también a Thompson cuando reconocía en el prefacio a *La formación…:* «He sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes»[13]. Ciertamente, el ansia de libertad y el optimismo democrático que alimentó la lucha contra el fascismo terminaron siendo canalizados, en el ambiente opresivo de la Guerra Fría, en torno a formulaciones restrictivas, excluyentes y autoritarias del comunismo, concepto que terminó irremisiblemente alejado de las ideas de revolución y de internacionalismo que lo habían alumbrado. El camino de la disidencia contra la ortodoxia estalinista estalló en 1956. La entrada de los tanques en Budapest destruyó las expectativas de muchos sobre la posibilidad de renovación de los partidos comunistas. Thompson se desvincularía entonces del partido comunista británico y empezaría una tarea de compromiso militante a favor de lo que él denominó «humanismo socialista»[14].

Pero el enfrentamiento a lo que Thompson consideró ortodoxias predominantes también se extendió a la altura de 1963 hacia

---

[12] «The line it is drawn / The curse it is cast / The slow one now / Will later be fast / As the present now / Will later be past / The order is rapidly fadin' / And the first one now will later be last / For the times they are a-changin» (traducción propia), en [http://www.bobdylan.com/us/songs/times.html#ixzz2MH7bjqV2] (consultada 10-12-2013) © Warner Bros Inc., 1963, 1964.

[13] E. P. Thompson, *La formación…,* cit. por B. D. Palmer, *E. P. Thompson. Objeciones y Oposiciones,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004, p. 15. A propósito de esto B. D. Palmer ha escrito: «Detrás de cada declaración de intenciones thompsoniana –rescatar a los pobres de la "condescendencia de la posteridad" o la validez experiencial de la aspiración– se encuentra una política fundamental de ir a contrapelo de las sabidurías convencionales: de la izquierda, la derecha o el centro», *ibid.*

[14] Thompson hizo especial hincapié, en palabras de B. D. Palmer, en «la necesidad de crear una moralidad socialista nueva, humana, que resistiera el maquiavelismo depravado y el bonapartismo degenerado de los estados estalinistas», en B. D. Palmer, *ibid.,* pp. 90 y 92. H. J. Kaye señala que otros historiadores marxistas británicos también abandonaron el Partido Comunista en ese momento, por ejemplo, R. Hilton y Ch. Hill, y otros que no lo hicieron como E. J. Hobsbawm «participaron en el periodo 1966-1967 en los intentos por convencer a la dirección del partido y efectuar cambios "democráticos" en la práctica y en la política del partido», H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989, p. 17. J. Millán corrobora la idea de que durante las décadas de los cincuenta y los sesenta la obra de Thompson fue «un desafío a la estabilización ahistórica de las estructuras que se impuso con la Guerra Fría», en J. Millán, «La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales», *Historia Contemporánea* 13 y 14*,* 1996, p. 79.

la New Left que él mismo había contribuido a crear después de 1956. Thompson llegaría a afirmar: «Se desarrollaron una serie de marxismos muy sofisticados, particularmente en Europa occidental, que tomaron progresivamente un carácter teleológico […], rompiendo así la tradición marxista a la que yo había estado asociado»[15]. Así, en 1963, el año de publicación de *La formación…,* Thompson se había quedado aislado políticamente, pero posiblemente reafirmado en su actitud de rebelión y de disentimiento. Es probable que ese talante opositor y su experiencia de enfrentamiento a lo establecido formaran parte del espíritu que Thompson logró transmitir en su libro sobre la formación de la clase obrera. De hecho, en la primera parte del libro «El árbol de la libertad», el autor se concentra en recoger la tradición de la disidencia: la de carácter religioso, la popular, representada por los motines de subsistencia, así como la presente en el individualismo político radical. Thompson afirma en su libro:

> La historia intelectual de la disidencia se compone de colisiones, cismas, mutaciones; y a menudo se tiene la sensación de que las semillas, en estado latente, del radicalismo político se encuentran en su seno dispuestas a germinar siempre que se siembren en un contexto social benéfico y esperanzador[16].

La formación… estaba concebido no solo como un libro de historia sobre la clase obrera, era también una contestación a la vulgarización del marxismo estalinista y a la retórica especulativa y ahistórica, desde el punto de vista de Thompson, de la New Left[17].

A la vez, ese carácter rebelde e insumiso inscrito en el libro de *La formación…* fue considerado por muchos lectores una gran fuente de inspiración y percibido como una de sus mayores virtudes: Geoff Eley declaraba sobre el libro de Thompson que «sopló

---

[15] Cit. por B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 99.

[16] E. P., Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012, p. 58.

[17] A. Domènech, «Prólogo», en E. P., Thompson, *La formación…, op. cit.,* p. 12. Este autor señala, además, que Thompson terminó considerando la New Left heredera, culturalmente hablando, del estalinismo. H. J. Kaye también considera que Thompson escribió «contra una determinada práctica intelectual de la izquierda, específicamente el elitismo, una característica, [en su opinión], tanto de la "antigua" como de la "nueva" izquierda», en H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas…, op. cit.,* p. 163.

entre las calmas de la comunidad académica de ambos lados del Atlántico como una brisa liberadora»; William H. Sewell Jr. manifestaba: «Mi primera lectura de esta obra, en 1964 […], supuso para mí una especie de revelación»; Josep Fontana relata: «Le eché una ojeada [al libro], lo compré y desde entonces no he dejado de tenerlo al lado de mi mesa de trabajo […], para recobrar fuerzas y rehacerme del desánimo […]»[18]. La historiadora Catherine Hall confiesa que lo devoró siendo una estudiante de grado y que veinte años después cuando lo enseña todavía se entusiasma por «su historia, su rico material y el poder de su visión política»[19]. Joan Scott también reconoció que *La formación…* proporcionó a historiadoras como ella un modelo para escribir historia que fuera relevante desde el punto de vista social[20].

Pero el libro de Thompson, además de constituir un símbolo de desobediencia, revolucionó el pensamiento marxista de la época, lo que a su manera contribuyó al desarrollo de la Historia de las mujeres y de género. La mayor parte de los historiadores y críticos están de acuerdo en señalar que *La formación…* es un trabajo de historia y teoría que desafió el determinismo económico y que afirmó la acción humana. Su contribución más importante en ese sentido, como afirma Sewell Jr., «fue mostrar que los trabajadores podían tener voz y voluntad, que podían constituir el agente colectivo de una narración histórica»[21]. El término cultura recobró un nuevo impulso, la experiencia de los sujetos o, lo que es lo mismo, la atención a las prácticas y hábitos de la clase se constituyeron en elementos indispensables del análisis. Fueron, precisamente, el espíritu democratizador que recorría su obra y el énfasis concedido a las circunstancias cotidianas de los sujetos históricos, los que favore-

---

[18] Los tres autores participan en el número monográfico que la revista *Historia Social* dedicó a E. P. Thompson en 1994. G. Elley, «Edward Thompson, historia social y cultura política: la formación histórica de la clase obrera, 1780-1850», *Historia Social* 18, 1994, p. 63; W. H. Sewell Jr., «Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», *Historia Social* 18, 1994, p. 77; J. Fontana, «E. P. Thompson, hoy y mañana», *Historia Social* 18, 1994, p. 3. B. D. Palmer también confiesa: «Me cautivó ese gran libro, me estimuló su manera de repensar la clase, me dio energía su tono, que desafiaba tan decididamente la postura ideológica de la supuesta imparcialidad académica», B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 11.

[19] C. Hall, «The Tale of Samuel and Jemina», *op. cit.,* p. 81.

[20] J. W. Scott, *Gender an The Politics…, op. cit.,* p. 69.

[21] W. H. Sewell Jr., «Cómo se forman las clases», *op. cit.,* p. 81.

cieron la expansión de intereses y de nuevas preguntas, el desarrollo de nuevos enfoques que, posteriormente, serían los que contribuirían decisivamente a la recuperación de la experiencia femenina del pasado. Así, preguntarse por el significado de los comportamientos, considerar a los sujetos como seres inmersos en una red de relaciones simbólicas cuyo sentido es necesario explicar, e intentar comprender los mecanismos de legitimación de las prácticas cotidianas han sido pautas de exploración del pasado que Thompson ha inspirado y que han ayudado a tomar en consideración otros agentes sociales, entre ellos las mujeres.

El legado de Thompson, además del espíritu de disidencia y la contestación a las visiones de la ortodoxia marxista, nos ha dejado el convencimiento de que es también en el ámbito de las manifestaciones culturales y de las formas simbólicas donde el sujeto histórico puede ser explorado[22]. Sin embargo, su identificación central de la clase trabajadora con el obrero masculino supuso el inicio de una reflexión sobre las mujeres y el cambio histórico que ha resultado trascendental para el desarrollo de los estudios históricos de género. Desde el punto de vista de Joan Scott, el libro de Thompson puso de relieve «las dificultades y las frustraciones experimentadas por las feministas socialistas contemporáneas, en la medida en que trataban de convencerse a sí mismas y a sus colegas de que debería haber sitio para las mujeres en la narrativa de la formación de la clase»[23]. Toda esa insatisfacción fue canalizada hacia el desarrollo de un nuevo territorio de exploración e investigación que incluía el sujeto histórico: las mujeres.

En un artículo inusual de E. P. Thompson en el que las mujeres son las auténticas protagonistas del análisis, me refiero al que lleva por título «La venta de esposas»[24], es posible confirmar la empatía

---

[22] Como sabemos esta perspectiva produjo un desplazamiento progresivo de la Historia social a la Historia cultural en L. Hunt, «History, Culture and Text», en *The New Cultural History,* Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1989, p. 17. En este impulso por trascender el ámbito demográfico y socioeconómico de análisis, además del trabajo de E. P. Thompson hay que destacar el realizado por la historiadora norteamericana N. Z. Davies, cuyas aportaciones también resultaron definitivas en la incorporación de la cultura a la historia social en S. Dezan, «Crowds, Community, and Ritual in the Work of E. P. Thompson and Natalie Davies», en L. Hunt, *The New Cultural…, op. cit.,* p. 47.

[23] J. W, Scott, *Gender and The Politics…, op. cit.,* p. 71.

[24] E. P. Thomson, *Costumbres en común,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 453-519.

de Thompson hacia la cultura popular más que hacia los conflictos derivados de las relaciones de género. En ese estudio, Thompson analiza una práctica de la sociedad preindustrial en la que en los mercados populares se realizaban traspasos o compra-venta de esposas. Su actitud heterodoxa le conduce a cuestionar la forma, desde su punto de vista estereotipada, en que esa práctica se está interpretando, bien –y utilizo sus propias palabras– como «un triste ejemplo de la opresión abyecta de la mujer o bien como ilustración de la ligereza con que los pobres de sexo masculino contemplaban el matrimonio»[25]. Thompson decodifica minuciosamente el ritual e interpreta, en el contexto de la cultura plebeya, que tal ceremonia es la forma en que los hombres y mujeres de las clases populares en el siglo XVIII tenían de resolver sus separaciones matrimoniales y sus conflictos amorosos. Así, aunque la mujer era conducida al mercado con un ronzal, un simbolismo que alimentaba la simulación de que la mujer era un animal[26], el hecho de que el consentimiento de la mujer fuera una condición necesaria para la venta y que en buena parte de los casos haya podido consignarse la relación de la mujer con el hombre que pujaba por ella, le permite a Thompson interpretar la ceremonia como una manera pública de sancionar la ruptura matrimonial y unas segundas nupcias en el universo de la cultura plebeya, una práctica que entra en crisis hacia 1830 y que prácticamente desaparece para 1850[27]. Thompson argumenta que, contra todo pronóstico, es posible encontrar en esa práctica «un pequeño espacio para la afirmación personal de la mujer»[28]. Desde la perspectiva de Thompson, la cultura plebeya reconocía la valía de las mujeres, las respetaba y les concedía un campo de autoridad y de independencia. De hecho, afirma «las mujeres que hemos visto en los motines de subsistencia difícilmente caben en la categoría de víctimas humilladas»[29].

En este caso, también Thompson estaría realizando un ejercicio de rescate del sujeto, esta vez de las mujeres, no considerándolas

---

[25] *Ibid.*, p. 455.

[26] «De las otras cosas que se hacían, la más frecuente era atar a la esposa a las rejas del mercado, atarla en un corral para ovejas, hacerla cruzar una barrera de portazgo y, lo más frecuente de todo, pagar a los funcionarios del mercado el tributo correspondiente a la venta de un animal», *ibid.,* p. 471.

[27] *Ibid.,* p. 496.

[28] *Ibid.,* p. 512.

[29] *Ibid.,* p. 513.

seres pasivos del devenir histórico o de la cultura patriarcal, sino tratando de encontrar los resquicios por los que las mujeres ejercieron su voluntad, por pequeño que fuera su espacio de agencia. En ese sentido, la perspectiva de Thompson podría ser útil para la Historia de género ya que su planteamiento resultaría una vacuna contra cierto victimismo en el que la historia feminista ha caído a veces. Asimismo, Thompson estaría tratando de prevenir contra el análisis del pasado realizado desde la sensibilidad contemporánea. Desde su perspectiva, esta puede llegar a desfigurar la interpretación de un fenómeno, calificándolo de opresivo y degradante, cuando en realidad, como ocurriría desde su óptica en este caso, solo se trataría de una forma comunal de divorcio popular que habría que analizar dentro de su contexto.

Desde mi punto de vista, la perspectiva de Thompson lo que pone de manifiesto, sobre todo, es su falta de sensibilidad hacia las cuestiones de género. Quizá el malentendido surge de pensar que introducir la perspectiva de género supone necesariamente ofrecer una visión presentista del pasado. Muy al contrario, lo que significa introducir la categoría analítica de género es, tal como hacemos con otras contradicciones y conflictos sociales, historizar, esta vez, las relaciones entre hombres y mujeres; tratar de averiguar los significados de lo que es ser un hombre y una mujer en un contexto y tiempo determinados. Así, para el análisis de un ritual como el de la «venta de esposas» no incorporar la mirada de género conduce tanto a infravalorar la misoginia que transmite el ritual, como a no interrogarse por el peso de la misma en el mantenimiento de la subordinación femenina dentro de la cultura popular y de las sociedades preindustriales. Al minimizar la contradicción de género, tal como hace Thompson, el escenario de la vida cotidiana de las clases subalternas queda parcialmente embellecido, lo que nos impide comprender, por ejemplo, el significado de la diferencia existente entre protagonizar la venta o situarse en el papel de mercancía vendida. ¿Acaso resulta indiferente tener una u otra posición en el ritual? O, por el contrario, ¿ese posicionamiento es significativo de una determinada relación de dependencia o de dominio? ¿No es imprescindible, entonces, preguntarse hasta qué punto el ritual en el plano simbólico transmite alguna resonancia en términos de sometimiento o de superioridad en las relaciones entre hombres y mujeres? Reconocer que los sujetos hacen uso de su agencia y observar cómo toman sus propias decisiones no nos exi-

me de la obligación de dar cuenta del conjunto de condicionamientos que están en juego en el escenario en el que esos sujetos se desenvuelven. Obviar la perspectiva de género no equivale a quedar inmunizado contra la «conciencia igualitarista» del presente. Significa, sin embargo, dejar incompleto el análisis del pasado y no llegar a comprender lo que pudo significar vivir en una sociedad atravesada por relaciones de poder en la que las mujeres llevaron la peor parte. Fue esa falta de sensibilidad hacia las contradicciones de género, no solo de E. P. Thompson, sino de la disciplina histórica en general, la que favoreció la determinación de muchas historiadoras, tanto de descubrir el pasado de las mujeres, como de comprender la complejidad y la variabilidad de las relaciones de poder que se establecen entre los sexos a lo largo del tiempo.

La Historia de las mujeres, el género y la formación de la clase obrera

Como hemos señalado al principio, durante la segunda mitad de los años sesenta, poco después de la publicación de *La formación…,* la aparición del movimiento feminista favoreció un cambio decisivo en el ámbito de la historia. Nos referimos al nacimiento de la nueva Historia de las mujeres. Historiadoras pioneras como Gerda Lerner, Natalie Zemon Davies, Renate Bridenthal o Carrol Smith Rosenberg contribuyeron decisivamente a su desarrollo creando un nuevo marco conceptual desde la teoría feminista. Como hace años puso de relieve Mary Nash, el desarrollo de la historia de la mujer obligó a que la Historia social ampliara sus perspectivas y elaborara una metodología más apropiada. Las investigaciones de Louise Tilly, Joan Scott o Theresa McBride mostraron las aportaciones hechas por las mujeres en la sociedad contemporánea siguiendo el caudal metodológico de la Historia social. Estos trabajos supusieron el reconocimiento del protagonismo femenino en la historia y significaron un considerable avance en la historiografía social[30].

[30] M. Nash, «Nuevas dimensiones en la historia», *op. cit.,* pp. 26-27. El libro constituye una buena muestra de estos primeros trabajos realizados desde la Historia de las mujeres en los años setenta. Una revisión actualizada del tránsito de la Historia de las mujeres a la Historia de género en L. Lee Downs, *Writing Gender History,* Nueva York, Bloomsbury, 2010.

Mary Nash ha destacado especialmente tres aportaciones a la Historia social auspiciados por la teoría feminista: la primera de ellas es la realización de un análisis integrado de la producción y de la reproducción en la historia. El principal objetivo de estos estudios habría sido el de mostrar la repercusión de las transformaciones económicas en las interrelaciones personales y familiares. La segunda gran aportación habría sido el desarrollo de los estudios sobre el papel de las mujeres en los movimientos sociales. Todo ello suponía tanto rescatar la historia de movimientos específicos de mujeres, como analizar la función y el estatus que las mujeres han tenido en los movimientos nacionalistas, en los de resistencia o dentro del movimiento obrero organizado. En tercer lugar, la Historia de las mujeres habría hecho avanzar a la Historia social en el estudio del control de la natalidad, la sexualidad y la salud, lo que habría supuesto una gran innovación historiográfica que ha llevado al estudio de las concepciones médicas de la naturaleza femenina y masculina, su relación con las distintas culturas políticas y con una ideología patriarcal que ha determinado el papel social de las mujeres[31].

En cierta medida, todos estos avances sobre la participación política de las mujeres, sobre su contribución a la formación de las clases trabajadoras y sobre su intervención en las transformaciones económicas del proceso industrializador podían encontrar soporte teórico en Thompson. Sin embargo, como reconoce Mónica de Martino, en un momento determinado, el reto que el pensamiento feminista asumió dentro de la Historia social fue ir más allá de Thompson, lo que significó no solo construir la Historia de las mujeres, sino profundizar en el carácter históricamente construido de las identidades masculinas y femeninas[32]. Desde mediados de los años setenta, y coincidiendo con el desplazamiento de la Historia social hacia la Historia cultural, se fue introduciendo el *género* como una categoría fundamental de percepción y análisis de la rea-

---

[31] *Ibid.,* pp. 27-31. D. Ramos también hace un compendio de las contribuciones que la Historia de las mujeres ha realizado a la historiografía general en D. Ramos, «Arquitectura del conocimiento», *op. cit.,* pp. 19-20.

[32] M. de Martino Bermúdez, «Género y clases sociales. Debates feministas en torno a E. P. Thompson», *Herramienta* 23, 2003, p. 10, [http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-23/genero-y-clases-sociales-debates-feministas-en-torno-e-p-thompson] (consulta 10/12/2013).

lidad[33]. Si algo ponía en evidencia la nueva categoría *género* era que las características atribuidas a cada sexo, así como las formas de relación entre ambos no son obra de la naturaleza, sino que están social y culturalmente construidas.

Pero el hecho de que los significados relativos a la condición sexual y al género estén profundamente interiorizados y sean concebidos como propios del orden natural de las cosas, ha hecho particularmente difícil la tarea de mostrar el carácter cultural y construido de la biología. A propósito de esa complejidad, Gisela Bock ha destacado que:

> el carácter sociocultural de la noción «biología» [...] comporta un claro principio de género, puesto que normalmente se utiliza cuando se habla de sexo femenino, pero no de masculino [...]. La biología es una metáfora moderna de una vieja creencia: que los hombres carecen de género y las mujeres son seres con género, que los hombres son el «sexo principal» y las mujeres el «otro sexo» o incluso, como en el siglo XIX, el «sexo»[34].

Así, al poner de relieve el carácter construido de la biología, Gisela Bock advertía de dos riesgos que podían producirse: el primero de ellos, que el género pareciera que venía a describir el conjunto de atributos culturales asociados exclusivamente a la naturaleza femenina; el segundo, que se pretendiera averiguar cuáles eran las «auténticas» características del sexo, como si de una esencia natural se tratara. En una mirada retrospectiva y casi 25 años después de que Bock advirtiera de esos peligros, hay que reconocer que la historiografía, tanto como las ciencias sociales e incluso el propio feminismo, han incurrido repetidamente en ambos errores, lo que no hace sino ratificar la complejidad que encarna el proceso de deconstrucción de categorías profundamente naturalizadas como las de sexo o género.

A propósito de todo ello, durante los años ochenta, la historiadora Joan W. Scott planteó dos cuestiones de enorme trascenden-

---

[33] Para una revisión crítica del extenso debate que provocó la incorporación de la categoría de género en el marco de la Historia de las mujeres, véase G. Bock, «La Historia de las mujeres y la Historia de género: aspectos de un debate internacional», *Historia Social* 9, 1991, pp. 55-77.

[34] *Ibid.,* p. 63.

cia teórica y práctica: la primera, que la categoría *género* abarca tanto las relaciones que atañen al sexo, lo considerado natural, como lo que concierne al género, o a los aspectos comúnmente asociados con la construcción cultural. Desde el punto de vista de Scott, es necesario historizar ambos conjuntos de relaciones y mostrar que tanto el sexo, como el género vinculado a él, cambian de sentido y de significado en función del espacio y del tiempo. En segundo lugar, Scott planteó que la diferencia sexual era un elemento constitutivo de otras relaciones de poder y que el *género* tenía capacidad para dotar de significado relaciones jerárquicas tales como las clases sociales, las etnias, la religión o cualquier relación constituida en términos desiguales de poder[35]. Estos planteamientos renovaron la Historia de género y, como ha destacado Nerea Aresti, a partir de Scott la cuestión se centró tanto en ver cómo el género construye las relaciones sociales, como en reconocer que la categoría misma de género es una construcción y debe ser objeto de análisis. De forma que el género resulta una categoría analítica que a su vez es muy inestable dado que sus significados también están sometidos a las variables de tiempo y de espacio[36]. De hecho, es en esa propia inestabilidad donde radica el valor subversivo de la categoría de género. En la medida en que establecemos funciones fijas asignadas a hombres y a mujeres como si de un telón de fondo pasivo y estandarizado se tratara, paradójicamente, como sostiene la misma Joan Scott, estaremos manteniendo a los hombres y a las mujeres reales fuera de la historia, es decir, fuera de su tiempo y de su contexto[37]. Las visiones universales y homogeneizadoras de la opresión patriarcal no solo ocultan la diversidad de formas que adoptan las relaciones de género entre hombres y mujeres, sino que también impiden percibir

---

[35] J. W. Scott, «El género una categoría útil para el análisis histórico», en J. S. Amelang y M. Nash, *Historia y Género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 42, 44 y 47.

[36] N. Aresti insiste en que la categoría de género es útil para la historia, pero que solo el análisis histórico permite comprender cómo el género ha operado en el pasado: «Pareciera como si Scott nos estuviera ofreciendo un concepto con una mano y arrebatándonoslo con la otra. Y, en cierto modo, es así». En N. Aresti, «La categoría de género en la obra de Scott» en Cristina Borderías, *Joan Scott y las políticas de la Historia,* Barcelona, Icaria, 2006, p. 227.

[37] J. W. Scott, «Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?», *La manzana de la discordia* 6, 2011, p. 98.

el significado singular y genuino de la propia agencia de los sujetos históricos.

Mientras Scott desarrollaba sus reflexiones relativas al poder desestabilizador de la categoría de género, esta historiadora fue sometiendo a crítica el libro de Thompson *La formación…* En sus artículos «Women and the Making of the English Working Class» y «Experience»[38], Scott analizó específicamente el significado de género de su concepto *clase,* poniendo de relieve la manera en que el propio trabajo de Thompson había contribuido a que la clase obrera quedara definitivamente identificada con la identidad masculina. El primero de sus argumentos se centra en las dificultades de Thompson para incorporar la diversidad dentro del concepto de clase, como consecuencia de la identificación colectiva del movimiento obrero con la categoría universal *hombre.* Desde su punto de vista, la diferencia es percibida por Thompson como desunión, e incluso, como un desafío a la coherencia del concepto[39]. Scott puso de relieve que *La formación…* desarrollaba una narrativa en la que las funciones reproductivas y domésticas quedaban asociadas exclusivamente al universo femenino y, además, eran las responsables de que las mujeres, tanto si trabajaban en la esfera productiva como si no, fueran incapaces de desarrollar conciencia de clase o de sumarse a la construcción de la identidad colectiva obrera[40]. De esa manera, para Scott *La formación…* contribuyó a la construcción de unos determinados significados de clase que terminaron siendo asimilados por el conjunto del movimiento obrero, a saber: por un lado, que es el trabajo el que marca la experiencia que, a su vez, determina la conciencia de clase y el desarrollo de una política racional; por otro lado, que la domesticidad compromete esa toma de conciencia y que, a menudo, lo hace en alianza con lo religioso o con lo irracional[41].

---

[38] J. W. Scott, «Women and The Making of The English Working Class», en J. W. Scott, *Gender and The Politics,* pp. 68-92. «Experience», en J. Butler y J. W. Scott, *Feminists Theorize The Political,* Nueva York, Routledge, 1992, pp. 22-40. B. D. Palmer contestó a los argumentos de Scott en *Descent into Discourse: The Reification of Language an The Writing of Social History,* Philadelphia, Temple University Press, 1990, pp. 78-86. Este mismo autor reconoce que el propio Thompson hubiera contestado a Scott si su mala salud y los compromisos de sus últimos años de vida no se lo hubieran impedido, B. D. Palmer, *E. P. Thompson…, op. cit.,* p. 108.

[39] J. W. Scott, «Women and The Making», *op. cit.,* p. 72.

[40] *Ibid.,* p. 74.

[41] *Ibid.,* p. 79.

Scott logró poner de relieve, entonces, que la obra de Thompson no era solamente una representación de la «realidad social», sino que había contribuido también activamente a construirla. Por ello, su crítica a Thompson nos ha ayudado a comprender tanto el papel de la historia escrita en la creación de las identidades colectivas, como a ver el pasado no solo como un conflicto de clases, sino también de sexos[42].

La segunda de las críticas de Scott se refiere al concepto de *experiencia.* Como sabemos, sobre ella Thompson planteó que se trataba de una instancia de mediación entre la estructura social y la conciencia social. Este puente entre lo estructural y lo subjetivo era el que, según Thompson, permitía dar cuenta de la agencia del ser humano y ofrecía la oportunidad al sujeto de escapar del determinismo de la estructura económica. A la hora de enfrentar esos problemas epistemológicos, Scott planteó primero que la separación entre la experiencia y el lenguaje es falsa y, segundo, insistió en la idea de que los discursos tienen capacidad para producir realidad. Desde su punto de vista, reconocer la existencia de una mediación lingüística de la realidad no significa privar a los sujetos de su agencia, sino considerar que la experiencia de los sujetos tiene lugar en condiciones definidas de existencia y en medio de significados establecidos que son los que, desde su punto de vista, es necesario explicar[43]. Scott impugna la creencia en la relación no mediada entre las palabras y las cosas y propone considerar todas las categorías, clase, género, biología, relaciones de producción, etc., como contextuales y contingentes. Scott insiste, por ello, en que la *experiencia* no es una esencia, sino que es una interpretación que requiere a su vez ser interpretada[44]. Por otro lado, Scott sostiene, también, que en el planteamiento de Thompson la experiencia significativa continúa siendo la que proporciona el ámbito de las relaciones de producción. La experiencia de clase funciona, entonces, como un fenómeno unificador que da coherencia a la construcción de una identidad, la de clase, que se sitúa por encima de otras formas de identidad. Así, otras posiciones de sujeto, las que tienen que ver con el género, con la sexualidad, con la raza, y la diversidad que todas ellas representan, se mantienen en los márgenes,

---

[42] *Ibid.,* pp. 83 y 85.

[43] J. W. Scott, «Experience», *op. cit.,* p. 34.

[44] *Ibid.,* p. 37.

incapaces de impugnar la centralidad de la experiencia de clase. En cierto modo, lo que Scott reprocha a Thompson es que su concepto de *experiencia* funciona como una evidencia/esencia que proporciona el principio y la conclusión a la explicación histórica sobre la formación de la conciencia de clase[45].

A partir de todo su aparato crítico, Scott manifestó que existía una incompatibilidad entre la Historia social y el desarrollo de las potencialidades de la categoría analítica de género. Como sabemos, ese tipo de planteamientos y la búsqueda de una epistemología más radical, que Scott identificó con el posestructuralismo, dieron lugar a una extensa polémica que no vamos a reproducir[46]. Sin embargo, bajo la influencia de ese giro cultural, durante los años noventa se desarrollaron investigaciones en las que las identidades han sido consideradas fenómenos que se forman a partir de un sistema de representaciones que hay que interpretar. Distintos autores como Gareth S. Jones, Patrick Joyce o W. R. Sewell, entre otros, sistematizaron en sucesivas publicaciones la cuestión de la formación de la conciencia de clase desde posiciones posmaterialistas, concluyendo que son los imaginarios sociales los que delimitan el espacio de emergencia de los sujetos y los que establecen los modos posibles de subjetivación[47].

---

[45] *Ibid.,* pp. 29-30. E. Hernández Sandoica señala que se trata de no confundir «experiencia» con «evidencia» histórica, en E. Hernández Sandoica, «Joan Scott y la historiografía actual», en C. Borderías, *Joan Scott y las políticas…, op. cit.,* p. 277.

[46] El debate sostenido por B. D. Palmer y Ch. Stansell con J. W. Scott se puede consultar en *Historia Social* 4, 1989, pp. 81-137. Además, es interesante la polémica sostenida entre L. Gordon y J. Scott en «Review of Joan Scott, *Gender and The Politics of History*» y «Response», *Signs* 15 (1), 1990, pp. 848-860. Asimismo, distintos autores han realizado comentarios críticos a la obra de Scott: L. Lee Downs, «If "Woman" is Just an Empty Category, then Why am I Afraid to Walk Alone at Night? Identity Politics Meets the Postmodern Subject», *Comparative Studies in Society and History* 35, 1990, pp. 414-437; L. Tilly, «Gender, Women's History, and Social History», *Social Science History* 13, (4), 1989, pp. 439-462; E. Varikas, «Gender, Experience and Subjectivity: The Tilly-Scott Disagreement», *New Left Review* 211, 1995, pp. 89-101. Las objeciones de L. Lee Downs al planteamiento de J. Scott en, L. Lee Downs, *Writing Gender…, op. cit.,* pp. 99-101. Una interesante aportación sobre la obra de E. P. Thompson y la cuestión del lenguaje en I. Burdiel y M.ª Cruz Romeo, «La formació de la clase obrera anglesa: D'E. P. Thompson al *Gir Lingüístic*», en M. Martí, *D'Història contemporània: debats i estudis,* Castelló, Societat Castellonenca de Cultura, 1996, pp. 33-57.

[47] El fundamento de la propuesta explicativa de estos autores es que el movimiento obrero no fue fruto de las transformaciones socioeconómicas, sino de la aprehensión significativa de esas condiciones y, en general, de las relaciones sociales y políticas,

Desde la perspectiva actual, cuando términos como cultura, práctica, relativismo, verdad, discurso, narrativa, microhistoria y otros se han hecho comunes en la investigación de muchas ciencias sociales, la disyuntiva entre Historia social e Historia cultural parece haber perdido radicalismo[48]. Coincido con Mónica Burguera cuando afirma que la nueva Historia cultural emergió de los compromisos más importantes que habían caracterizado a la Historia social, particularmente de su ideal democratizador[49]. Así, si la crisis de la Historia social ha representado la necesidad de encarar una historia de las diferencias más que de la totalidad del género humano, la historia feminista ocuparía un lugar central en ese proceso, ya que, al emprender la labor de descentramiento del sujeto masculino, logró la apertura de un espacio para la formulación y la constitución de otros sujetos situados en los márgenes, y también de las mujeres[50]. En ese sentido, si algo ha supuesto el desplazamiento de la Historia social hacia la Historia cultural ha sido convertir en imprescindible la categoría género para comprender el cambio social.

Sobre el estudio de la formación de la clase obrera desde un punto de vista de género, me gustaría destacar dos trabajos que permi-

---

mediante un determinado patrón discursivo, también llamado narrativa. Las consecuencias para las teorías de la acción social son que las condiciones discursivas preceden a la aparición de las identidades y no a la inversa. G. S. Jones, *Lenguajes de Clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa,* Madrid, Siglo XXI de España, 1989 [2014]; M. R. Sommers, «Narrativity, Narrative, and Social Action: rethinking English Working-Class Formation», *Social Science History* 16 (4), 1992, pp. 591-630; P. Joyce, *Visions of the People, Industrial England and The Question of Class, 1840-1914,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991 y P. Joyce, *Democratic Subjects, The Self and the Social in Nineteenth-Century in England,* Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Para los debates registrados en torno a los límites de la historia social véase el número especial «Ficción, verdad, historia» de la revista *Historia Social* 50, 2004. También imprescindible el volumen coordinado por Miguel Ángel Cabrera, «Más allá de lo social» para la revista *Ayer* 62, 2006.

[48] V. E. Bonnell y L. Hunt, *Beyond the Cultural Turn, New Directions in the Study of Society and Culture,* Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 1999, p. 25.

[49] M. Burguera, «La influencia de Joan Scott en la historia contemporánea de España: historia social, género y "giro lingüístico"», en C. Borderías, *Joan Scott y las políticas…, op. cit.,* p. 185.

[50] Para un balance del peso de la historia feminista en el desarrollo del paradigma discursivo de análisis, véase K. Canning, «Feminist History after The Linguistic Turn. Historicizing Discourse and Experience», en C. Gilmartin, S. Hesse-Biber y R. Lydenberg (eds.), *Feminist Approaches to Theory and Methodology: An Interdisciplinary Reader,* Nueva York, Oxford University Press, 1999, pp. 45-77.

ten reconocer la inspiración aportada por el trabajo de Thompson. Me refiero a *Limited Livelihoods* de Sonya O. Rose y *The Struggle for the Breeches* de Anna Clark[51], dos autoras que durante los años noventa revolucionaron nuestra visión del pasado y concretamente del proceso de construcción de la identidad de clase obrera. La elección de estos dos trabajos no ha sido casual. Como he tratado de mostrar, ambos suponen una crítica a Thompson, especialmente a su visión universalista del sujeto obrero pero, a la vez, los dos son un claro exponente de investigaciones cuyo punto de partida es la obra y, sobre todo, la actitud intelectual de Thompson. La novedad que representan ambas autoras es su concepción de la clase y del género como dos realidades inseparables contribuyendo, de esa manera, a ampliar la comprensión sobre el proceso de formación de la clase[52].

Dos de los elementos que distinguen el trabajo de Rose son, por un lado, considerar la familia trabajadora como un núcleo principal de estudio y, por otro, tratar el género como una categoría que incorpora el análisis de la subjetividad y que ayuda a interrogarse sobre el significado de ser un hombre o una mujer en una sociedad dada. El análisis de estos dos nuevos territorios, le permite a Rose percibir la resistencia a la ruptura de las relaciones familiares impuestas por el capitalismo industrial como un hecho crucial. Desde su perspectiva, esa oposición es un dato imprescindible para comprender el proceso de unificación de la clase trabajadora, algo que exige analizar la vida familiar y el activismo político de forma conjunta. En segundo lugar, Rose destaca la importancia de la noción de respetabilidad en la autopercepción subjetiva de los y las trabajadoras. Así, el centro de la masculinidad considerada socialmente respetable en el siglo XIX lo constituía la capacidad de los varones para mantener a su familia; las expectativas respecto a la feminidad quedaban asociadas a imágenes de dependencia, que incorpora-

---

[51] En concreto nos referimos a S. O. Rose, *Limited Livelihoods. Gender and Class in NIneteenth- Century England,* Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1992. A. Clark, *The Struggle for the Breeches. Gender and the Making of the British Working Class,* Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 1997.

[52] En nuestro contexto, Ana Aguado también plantea la interactuación entre clase y género. Desde su perspectiva, el sexo y la clase actúan siempre juntos y la conciencia de clase adopta, asimismo, una forma sexuada, en A. Aguado, «La Historia de las mujeres como historia social», en M.ª Isabel Valdivieso *et al., La Historia de las mujeres,* pp. 65-66.

ban los valores de la domesticidad y de la maternidad a la subjetividad femenina. Estos ideales y la dignidad asociada a ellos, sin embargo, entraban en contradicción con una realidad que exigía la colaboración de todos los miembros de la familia para la supervivencia. Las necesidades de esa existencia ponían en cuestión la pretendida independencia de los hombres como cabezas de familia, tanto como la supuesta naturaleza doméstica de las mujeres de las clases trabajadoras. El análisis de todas esas contradicciones le permite afirmar a Rose que la figura de la mujer/madre trabajadora fue una contradicción en términos que dio lugar a una noción del trabajo asalariado totalmente masculina. Rose sostiene que la formación de la identidad de clase obrera y la creación de las primeras organizaciones de trabajadores estuvieron atravesadas por estas imágenes legitimadoras del trabajador cabeza de familia y de su contrapartida, la mujer ama de casa[53]. En definitiva, su estudio muestra cómo los significados de clase y de género se construyeron simultáneamente y que los ideales del trabajador cabeza de familia y de la domesticidad de la mujer trabajadora emergieron en el mismo territorio de lucha anticapitalista que favoreció la creación de las primeras organizaciones políticas de la clase obrera[54].

Respecto al trabajo de Anna Clark, la importancia de su investigación radica en que se sumerge en el estudio de la historia de la formación de la clase obrera y el movimiento obrero uniendo lo personal y lo político, es decir, incorporando la familia y las relaciones de género. Gracias a ello, Clark mantiene en constante conexión la familia y la vida política, lo que le permite afirmar que, además del escenario abierto por las nuevas condiciones de existencia impuestas por la expansión del capitalismo y el liberalismo, existe otro territorio de conflicto, lo que ella llama *la lucha por los pantalones,* en que las relaciones de poder entre hombres y mujeres de las clases trabajadoras estaban viéndose trastocados y adquiriendo nuevos significados. Desde su punto de vista, en el tránsito del XVIII al XIX, la cultura de la misoginia tradicional, que interpretaba las diferencias de género en términos de jerarquía, estaba siendo sustituida por una nueva ideología de género que consideraba a los hombres como iguales en la tarea de construir la esfera pública, mientras mantenía a las mujeres como responsa-

---

[53] S. O. Rose, *Limited Livelihoods…, op. cit.,* pp. 2 y 15-17.

[54] *Ibid.,* p. 193.

bles exclusivas del hogar. Como sabemos, los hombres y las mujeres de las clases trabajadoras quedaron excluidos, tanto del derecho a la ciudadanía como de la realización plena de la domesticidad. En ese contexto de cambios, Clark demuestra que la formación de la clase obrera constituyó no solo un combate por la consecución de los derechos políticos, sino también una lucha por universalizar entre las clases trabajadoras esa nueva noción de género centrada en la diferencia sexual[55]. Desde su punto de vista, dos procesos de gran calado se produjeron simultáneamente: por un lado, con la Revolución industrial se exacerbó el conflicto entre los hombres y las mujeres trabajadoras, tanto en el terreno de la competencia sexual en la fuerza de trabajo, como dentro de la familia, donde las protestas de las mujeres ante el incremento del absentismo marital y la falta de responsabilidad paternal aumentaron, exigiendo más compromiso masculino sobre la supervivencia familiar. Por otro lado, la doctrina de las esferas separadas tuvo profundas implicaciones políticas también entre las clases trabajadoras, en la medida en que las clases medias la utilizaron como un elemento estigmatizador de las clases trabajadoras. Desde el punto de vista de Clark, cuando los radicales de la clase trabajadora tuvieron que construir una definición de clase positiva y construir una identidad digna para la clase trabajadora, trataron de tener en cuenta todos esos factores y de resolver todos los dilemas asociados a ellos. Gracias al trabajo de Clark, sabemos la importancia que cobró la retórica a favor del salario familiar ganado por el cabeza de familia entre las organizaciones de la clase trabajadora. La dignificación de la clase partía de la incorporación de la ideología de la domesticidad y de la reconstrucción de la familia obrera en torno a un cabeza de familia. Como contrapartida se ofrecía una imagen del trabajador como un hombre sobrio, respetable y responsable de su familia[56]. Las consecuencias de este tipo de política fueron enormes: por un lado, el movimiento obrero se hizo más respetable, pero también más conservador y susceptible de ser controlado por el paternalismo empresarial. La conclusión de Clark, entonces, es que la historia contada por Thompson en términos de melodrama heroico cambia sustancialmente si introducimos la perspectiva de género. A través del prisma ofrecido por Clark, el anta-

---

[55] A. Clark, *The Struggle for the Breeches…, op. cit.,* p. 2.

[56] *Ibid.,* pp. 264-266.

gonismo sexual atraviesa la formación de la clase obrera ofreciendo un resultado final más problemático.

Para concluir, me gustaría insistir en la idea de que tanto el espíritu heterodoxo de Thompson, como su preocupación por la acción humana constituyen el legado que la Historia de género ha rescatado de este historiador. El talante democratizador que recorre su obra y el énfasis concedido a las circunstancias cotidianas de los sujetos históricos han favorecido el desarrollo de nuevos enfoques y preguntas que impulsaron el surgimiento de la Historia de las mujeres. Al mismo tiempo, considero que la Historia de género ha realizado una crítica radical de su obra, especialmente de la identificación del movimiento obrero con la categoría universal *hombre.* Pienso que todo ello ha permitido avanzar en el estudio de la formación de la clase obrera e incorporar la diversidad que la constituye.

VI. E. P. THOMPSON Y LA ANTROPOLOGÍA

Ubaldo Martínez Veiga

Edward Thompson publicó una conferencia que había dado en el Congreso de Historia India en Calicut, Kerala el 30 de diciembre de 1976. El trabajo presentado en Kerala era considerado lo suficiente relevante como para enviarlo para su publicación quince días antes de su muerte en agosto de 1993[1]. No se trata en el trabajo que se presenta (mitad análisis, mitad homenaje), de analizar las diferencias generales entre la Antropología y la Historia. Planteado de un modo abstracto, este problema no puede importar más que a los burócratas interesados por lo que en las universidades españolas se ha llamado áreas de conocimiento y que nadie en su sano juicio puede tomar en serio. Únicamente me voy a referir a una observación que hace Thompson al comienzo de su trabajo. Se refiere a una crítica de Hildred Geertz a Keith Thomas en *The Journal of Interdisciplinary History* en 1975, a propósito del libro de Thomas[2]. La primera esposa de Geertz dice que el planteamiento de Thomas es ilegítimo en cuanto que se toman observaciones que parten de diversas escuelas dentro de la antropología. Dado que estas escuelas parten de presupuestos distintos no es legítimo, desde un punto de vista metodológico, este acto de tomar elementos de aquí y de allá sin contextualizarlos dentro de la escuela o punto de vista dentro del que se presentan. Es evidente que no hay una contradicción entre lo que hace Thomas y lo que propone Hildred Geertz. Thompson plantea, que el impulso que la Antropología puede representar con respecto a la Historia «no es tanto la creación de nuevos modelos, sino localizar nuevos problemas, con-

---

[1] Se citará el trabajo basándose en la edición E. P. Thompson, «History and Anthropology», en *Making History. Writings on History and Culture,* Nueva York, New Press, 1994 (en Gran Bretaña se publicó como *Persons and Polemics,* Londres, Merlin Press, 1994). Existen versiones en castellano, incluidas en *Historia social y antropología,* México, Instituto Mora, 1994; y en «Historia y antropología», *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 15-43.

[2] K. Thomas, *Religion and the Decline of Magic,* Harmondsworth, Penguin, 1971.

siderar los problemas desde puntos de vista distintos, dar relevancia a las normas, los sistemas de valores y a los rituales, prestar atención a las formas expresivas de las revueltas y disturbios y a las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía»[3].

El impulso que la Antropología puede traer a la Historia no hay que buscarlo tanto en la aplicación de sus modelos a los de esta última, sino en llamar la atención sobre los problemas que en este tipo de investigación aparecen. Muchos de los problemas que Thompson plantea aquí podrían integrarse en lo que se designa como cultura popular. Según los puntos de vista de Gramsci, la alta cultura representa un idealismo vulgar mientras que «la concepción materialista está cerca del pueblo, del sentido común; va unida a muchas creencias y prejuicios, a casi todas las supersticiones populares, (brujería, espiritismo, etc.). Políticamente el materialismo está cercano al pueblo y también a las supersticiones de la gente»[4]. Si esto es exacto el estudio de la cultura popular parece un campo enorme abierto al análisis histórico dentro de la tradición marxista. Thompson (1994), interpreta todo esto como algo con lo que se encontró cuando acabó el trabajo que da lugar a la obra *The Making of the English Working Class* en 1963, y empezó a llevar sus estudios de la conciencia plebeya y las formas de protesta, (como la revuelta por los alimentos), hacia atrás en el tiempo, hacia el siglo XVIII. Esto, dicho de otra manera, significa el estudio de la cultura popular que, como decía Gramsci, y Thompson sabía muy bien, hay que entenderla a partir de una concepción materialista de la realidad. Como vamos a ver enseguida, es muy significativo, y aparece inmediatamente en este trabajo de Thompson, el influjo determinante de la obra de Gramsci. Esta cultura popular está gobernada por la costumbre, la costumbre con respecto a las prácticas agrícolas, las costumbres sobre la iniciación en los oficios, las expectativas de los roles domésticos y las costumbres sobre los sistemas de trabajo.

En esta enumeración que se ofrece se desglosa de alguna manera lo que constituye la cultura popular que se constituye como un objeto de estudio de la Historia social y también de la Antropología y, desde este punto de vista, un objeto concreto de estudio puede servir de puente para las dos disciplinas.

---

[3] *Ibid.,* p. 201.

[4] A. Gramsci, *Quaderni del Carcere,* Turín, Einaudi, 1975, vol. I, pp. 422-425, y vol. III, pp. 1858-1860.

Pero, siguiendo con el planteamiento que se viene proponiendo, se puede preguntar por cuáles serían concretamente los puentes que unen la Antropología y la Historia cuando esta se dedica al estudio de las normas consuetudinarias que se han venido transmitiendo de unas generaciones a otras. Por supuesto, esto no puede ser llevado a cabo dentro de la disciplina de la Historia económica. La razón para esta imposibilidad está en que los historiadores económicos trabajan frecuentemente con un aparato conceptual y plantean los problemas a un nivel que es imposible ponerlo en relación con el comportamiento de los seres humanos, aunque se trate de un comportamiento que puede pensarse que tiene algo que ver con lo que se llama la economía. Tampoco es posible considerarlas costumbres que se han trasmitido oralmente como algo que se puede analizar desde el punto de vista de la Historia de las ideas. Entre otras cosas estas ideas no parecen tener nada que ver con la cultura popular dado que son fruto de los llamados intelectuales, son lo que constituye lo que Gramsci llama la alta cultura. Por esto, la historia de las ideas sería el análisis de la cultura alta y por lo tanto incapaz de analizar lo que es la cultura popular o, como dice Thompson, plebeya. Para analizar esta cultura, Thompson, en algún momento, pensó recurrir a las compilaciones de los folcloristas. Sin embargo los análisis del folclore, y las compilaciones, algunas de los cuales, y las más famosas, vienen desde el último cuarto de siglo XVIII como las *Observations on Popular Antiquities* de John Brand, aunque ofrecen elementos interesantes no tienen en cuenta el componente de clase de donde parten ni tampoco se plantean el problema del uso y función que esas costumbres tienen en las sociedades en las que se encuentran y son interpretadas como reliquias del pasado que se han perdido y perviven, como diría Edward Burnet Tylor, sin duda alguna el padre de la antropología británica, como supervivencias *(survivals).* Si esta crítica es aplicable a una obra tan contenida, austera y que pretendía ser científica como la *Primitive Culture* que fue publicada en Londres en 1873, cuál podía ser la crítica adecuada al *opus magnum* de sir James G. Frazer, *The Golden Bough,* publicado en 1890 y que ha tenido una enorme difusión aunque su influencia entre los científicos sociales sea más dudosa. En la década anterior a 1922, se vendieron 3.000 copias de la edición del *Golden Bough* en doce tomos, y algo parecido ocurrió con la edición en dos tomos. Lionel Trilling es ci-

tado en un artículo de Byatt, cuando dice que «quizá no haya ningún libro que haya tenido un influjo tan decisivo en la literatura moderna como el de Frazer»[5].

Sin embargo, hay que subrayar que el libro de Robert Ackerman sobre Frazer, empieza con una frase bastante brutal: «Frazer es una vergüenza»[6]. Criticando a los folcloristas, Thompson dice que tienen «un interés clasificatorio con respecto a la costumbre y el mito parecido al interés clasificatorio en las otras ciencias del siglo XIX»; las costumbres y las creencias fueron examinadas de acuerdo con sus atributos formales y posteriormente estas propiedades formales se fueron comparando en una variedad inmensa de culturas y tiempos, nos movemos en pocas páginas desde los antiguos hindúes a Groenlandia, a Java y Polinesia, a Mongolia y a los indios americanos. El final de este camino fue alcanzado al fin en la obra de sir James Frazer *The Golden Bough.* Todo esto trae consigo una total pérdida de prestigio de los estudios sobre el folclore en cuanto que los métodos de análisis llegaban a resultados puramente conjeturales que eran comparados de un modo totalmente arbitrario.

A esto hay que añadir dos datos importantes. A partir de 1930 la ascensión del fascismo llevó a una identificación de los estudios de folclore con una ideología reaccionaria y racista. Incluso antes se podría decir que en el Reino Unido los estudios sobre el comportamiento consuetudinario son patrimonio de los historiadores más conservadores. Thompson es consciente de que este fenómeno es aplicable únicamente al Reino Unido, en Francia el influjo de Van Gennep, que además de un investigador políticamente de izquierdas que fue expulsado de su catedra de Neuchatel en Suiza por criticar la neutralidad suiza en la Gran Guerra, fue muy importante para los estudios del folclore. Van Gennep publica en 1909 un libro básico titulado *Les Rites de Passage* en donde lleva a cabo un análisis estructural de ritual como algo que tiene tres estadios, el primero de separación, el segundo es el liminal y el tercero de agregación. Este esquema que Van Gennep analiza

---

[5] J. Frazer, *The Golden Bough,* Londres, Macmillan, (1890); A. Byatt, «The Omnipotence of Thought, Frazer, Friend and Postmodernist Theory», en R. Frazer (ed.), *Sir James Frazer and the Literary Imagination: Essays in Affinity and Influence,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 1991.

[6] R. Ackerman, *J. G. Frazer His Life and Work,* Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

muy detenidamente se repite muy frecuentemente en el desarrollo de las rituales[7].

De todas maneras, Thompson propone algunos ejemplos de cómo se puede llevar a cabo el proceso de mutua fecundación entre la Antropología y la Historia. Voy a tomar tres, el primero es una delicia para los antropólogos porque es un análisis etnográfico de una finura extraordinaria que muchos trabajadores de la Antropología estarían encantados de ser capaces de llevar a cabo.

Se trata de un ritual que se designa con el nombre de «la venta de las mujeres» en la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX. Thompson había recogido un gran número de casos (300) y ha sido una pena que no se hayan publicado porque parecen muy interesantes. Este ritual era llevado a cabo entre los trabajadores, jornaleros o pequeños agricultores y Thompson insiste muy sabiamente en que no puede tomarse como algo típico de nada. Parece claro que esta práctica era entendida entre las clases menos poderosos dentro de la sociedad y que los trabajadores lo entendían como una especie de transferencia legitima de miembros en la institución del matrimonio.

Pero una sencilla descripción del ritual puede ofrecer una idea de lo que es. El acto ha de ser llevado a cabo en una plaza pública, frecuentemente en el lugar en donde el mercado tenía lugar. La mujer viene atada por el cuello a una especie de ronzal como si de un animal se tratase. El que la lleva atada es normalmente el marido que sirve de subastador que establece una especie de subasta que gana teóricamente el mejor postor. Al final de la subasta la mujer se transfiere desde el marido al que paga. Cuando se analiza de cerca lo que ocurre se descubre que, prácticamente siempre la «venta» tiene lugar con el consentimiento de la propia mujer. El matrimonio ya estaba roto antes. La subasta era algo ficticio, el comprador estaba apalabrado de antemano y casi siempre ya era el amante de la mujer. El marido se comportaba con una actitud frecuentemente más generosa que la que tiene lugar hoy día en los procesos de divorcio, porque parece evidente que esta «venta» es una forma de divorcio, en una situación en la que esto no existe formalmente. El ritual se llevaba a cabo en público y el marido ocultaba su vergüenza por haber perdido su mujer con la ficción

---

[7] A. Van Gennep, *Les Rites de Passage,* París, Presses Universitaires de France, 1990 (1909).

de que era él, el que vendía la mujer. También era curioso que el marido manifestaba cierta generosidad y por ello, frecuentemente, daba gran parte del dinero que se le daba para que se gastase en la taberna a la salud de la «nueva pareja». Otras veces, el marido celebraba la separación pagando el toque de las campanas, o celebraba el alquiler de un coche para llevar a la nueva pareja. Este ritual se crea, o ha sido adaptado, para significar la regulación de un intercambio de pareja según un acuerdo mutuo. Aquí se da un planteamiento totalmente distinto del que llevarían a cabo los primeros folclorista o incluso Tylor o Frazer. Estos dedicarían gran parte de su esfuerzo a descubrir cuál podría ser la función primigenia de este ritual para después demostrar que en el siglo XVIII y XIX era una reliquia o supervivencia de lo que significaba *in illo tempore.* Es posible que el ritual hubiera aparecido en el siglo XVIII y entonces no hubiera *illo tempore.*

Sin embargo, no puede ser interpretado este ritual como una evidencia palmaria y clara de igualdad genérica. Es claro que significa la subordinación de la mujer. No se dan muchos casos de mujeres que vendan a sus maridos, mientras que estos rituales de «venta» de la mujer eran relativamente frecuentes. Esto indica que, aunque aparecen algunos aspectos «igualitarios» en el ritual, la subordinación genérica está presente.

Los diversos aspectos que han aparecido aquí se descubren cuando los diversos elementos se colocan dentro del contexto social, lo cual es el principio básico de la interpretación de los antropólogos, al menos desde el funcionalismo y también de los historiadores. De hecho como ya hemos dicho antes, lo que lleva a cabo aquí Thompson es una maravilla de análisis etnográfico.

Cuando se lee el trabajo que se está comentando quizá se puede preguntar por el hilo conductor que lo dirige.

Sin duda alguna este elemento son las relaciones entre Historia y Antropología y si se trata de buscar una mediación entre estas disciplinas que, como se desprende del texto, son consideradas o pueden ser consideradas como que pueden presentar una afinidad considerable. Pero esto, afirmado en abstracto no parece representar mucho si no se encuentra una mediación entre las dos disciplinas e incluso una fertilización entre ellas. La mediación pienso que viene del recurso a la obra de Gramsci que está siempre presente y, desde este punto de vista parece que Thompson piensa que la obra de Gramsci puede servir de puente entre las disciplinas, y de hecho

en un momento determinado hace alusión a ello en su trabajo y merece la pena analizar un poco lo que dice.

> Los historiadores que se mueven dentro de la tradición marxista que han sido influidos por el concepto gramsciano de hegemonía, también han considerado de una manera nueva las formas de dominación y control de la clase dominante. Muy raramente en la historia –y en este caso por periodos muy cortos– la clase dominante ejerce la autoridad por la fuerza militar e incluso económica de una manera directa e inmediata. La gente nace en una sociedad cuyas formas y relaciones parecen tan fijas e inmutables como la bóveda celeste. El sentido común del tiempo está lleno de la propaganda ensordecedora del *statu quo,* pero el elemento más fuerte de esta propaganda es simplemente el hecho de que lo que existe, existe[8].

Es muy interesante la interpretación del sentido común que ofrece Thompson, basado en Gramsci, cuando afirma que el sentido común está lleno de propaganda «del *statu quo*» de que lo que existe, existe. Tanto esto como la idea de la hegemonía con lo que está relacionado constituye una base fundamental del trabajo de Thompson y por ello conviene detenerse un poco en ello. Si partimos de lo que Gramsci dice tanto sobre el «sentido común» como sobre la hegemonía se puede descubrir cosas interesantes. Sobre el sentido común ya hemos traído a colación la idea gramsciana de que la cultura popular está cerca del pueblo, del «sentido común». En otros lugares de los *Quaderni,* Gramsci elabora un poco esta observación sobre el sentido común cuando dice que en este predominan los elementos «realistas materialistas, es decir, el producto inmediato de la cruda sensación»[9]. En esta observación de Gramsci parece ser que se basa Thompson para hablar de que el contenido del sentido común es que «lo que existe, existe». Además de esto, Gramsci explica perfectamente la estructura del sentido común cuando dice que «el sentido común es la filosofía de los no filósofos, es decir, la concepción del mundo absorbido acríticamente de los varios ambiente sociales y culturales en los que se desarrolla la individualidad moral del hombre medio». El sentido

---

[8] E. P. Thompson, «History and Anthropology», *op. cit.,* p. 208.

[9] A. Gramsci, *Quaderni del Carcere…, op. cit.,* vol. II, p. 1397.

común no es una concepción única. Idéntica en el tiempo y el espacio, es el folclore de la filosofía y como el folclore se presenta de muchas maneras: «su característica fundamental consiste en ser una concepción (aún en los cerebros individuales), desagregada, incoherente, inconsecuente de acuerdo con la posición social y cultural de las multitudes cuya filosofía representa»[10].

Gramsci repite muchas veces la idea de que el sentido común es el folclore de la filosofía. En otros momentos de los *Quaderni,* volverá a afirmar que el sentido común es el folclore de la filosofía y que tiene un lugar intermedio entre el folclore propiamente dicho y la filosofía, la ciencia y la economía de los científicos[11]. Quizá lo que no queda tan claro es lo que significa exactamente el folclore, que podemos decir que es en gran medida un reflejo de las condiciones de vida del pueblo, aunque a veces perviva cuando las condiciones cambian. Si se admite esta idea que está presente de un modo difuso en la obra de Gramsci, se puede decir que, aunque el folclore no es algo sistemático ni unitario, es claro que presenta una formación hasta cierto punto nítida (no es algo completamente fluido o maleable) de los conocimientos populares de una cierto momento y periodo.

Otra idea gramsciana que tiene mucha importancia en el planteamiento del trabajo de Thompson es el de hegemonía que él pone en relación con las formas de dominación y control de la clase dominante, y posteriormente pone algún ejemplo que estudiaremos brevemente.

Como muy bien dice Raymond Williams, Gramsci había establecido una distinción entre lo que él llamaba el dominio que se expresa en formas que tienen un carácter político directo y en tiempos de crisis en la coerción efectiva[12]. Thompson afirma que muy raramente en la historia un grupo dominante ejerce la autoridad por la intervención inmediata de carácter militar o por la fuerza económica. Según Gramsci, la «hegemonía presupone que se tengan en cuenta los intereses de los grupos sobre los que se ejerce, que se cree un cierto equilibrio, es decir, que el grupo hegemónico haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero estos sacrificios no pueden estar dirigidos a lo esencial, porque la hegemonía

---

[10] *Ibid.,* vol. II, p. 1396.

[11] Por ejemplo, en *ibid.,* vol. III, p. 2271.

[12] R. Williams, *Marxism and Literature,* Oxford, Oxford University Press, 1977, p. 108.

es política, pero también esencialmente económica, su base material está en la función decisiva que el grupo hegemónico ejercita sobre el núcleo decisivo de la actividad económica».

El concepto de hegemonía se distingue claramente de los que son dos realidades fundamentales con las que se podía relacionar. En primer lugar se distingue de la cultura entendida no como hacen algunos antropólogos y otros científicos sociales como un conjunto de ideas, símbolos, signos o artefactos, sino como un proceso social total en el que los hombres definen y dan forma a sus propias vidas. En segundo lugar, la hegemonía se distingue de la ideología en cuanto que esta se suele considerar como un sistema de significados que tiene un carácter formal y articulado que puede ser considerado como una visión del mundo.

Habría que decir que son las formas completamente articuladas y sistemáticas las que son reconocibles como ideología.

> La clase dominante tiene su ideología en forma relativamente pura. La clase subordinada, desde este punto de vista, no tiene más conciencia que la ideología (dado que la producción de todas las ideas está, por definición axiomática, en las manos de los que controlan los medios de producción) o, desde otro punto de vista, esta ideología se ha impuesto sobre una conciencia que es diferente de ella, y que tiene que luchar para sostenerse o desarrollarse en contra de la ideología dominante.

Es el segundo punto de vista el que responde más claramente a lo que es la hegemonía. También hay que decir que la hegemonía es un sistema vivido de significados y valores –constitutivos y constituyentes– y por ello, como dice Williams, es en su sentido más fuerte la cultura, pero una cultura que tiene que ser vista como la «dominación y subordinación de clases particulares»[13].

En última instancia la hegemonía es diferente de la ideología en cuanto que depende no solo de los intereses de la clase dominante, sino también de su aceptación como realidad normal o sentido común, por aquellos que en la práctica están subordinados a ella.

La hegemonía vivida siempre es un proceso. Nunca es, excepto analíticamente, un sistema o una estructura. Es un complejo de experiencias, relaciones y actividades, por ello nunca es un fenómeno

---

[13] *Ibid.,* pp. 109-110.

singular, sino algo plural. El concepto de hegemonía tiene que ir unido al de contrahegemonía y hegemonía alternativa. Como dice Williams, «la realidad del proceso cultural tiene que incluir siempre los esfuerzos y contribuciones de aquellos que están, de una manera o de otra, fuera o en el borde de la hegemonía concreta»[14].

Esto trae consigo que el análisis de la hegemonía, dentro del trabajo y actividad cultural, nunca pueda ser considerado como una superestructura, dado que la tradición y práctica cultural son mucho más que expresiones de una estructura social y económica ya formada. Con ello se quiere decir que la actividad cultural no es nunca un reflejo, una mediación o tipificación de un proceso más profundo.

Esto nos vuelve a llevar a Thompson, cuando critica la idea de base y superestructura en cuanto que considera errónea la metáfora que está por debajo de ello y también la concepción estrecha de aquello que es lo económico. Según él,

> la analogía de base y superestructura es radicalmente defectuosa, tiene una tendencia esencial a dirigir la mente hacia el reduccionismo o el determinismo económico vulgar […]. El cambio histórico se produce no porque una base determinada origine una superestructura correspondiente sino porque los cambios en las relaciones productivas son experimentados en la vida social y cultural, refractados en las ideas y valores de los hombres y discutidos en sus acciones, elecciones y creencias[15].

Esto es lo que el énfasis en la noción de hegemonía trae consigo.

Pero Thompson afirma que, además de otros aspectos, la noción de hegemonía y su importancia llaman la atención sobre los procesos de control y dominación en la sociedad. En un artículo ya clásico dice que «definir el control en términos de hegemonía no consiste en intentar olvidarse del análisis, sino prepararse para ello en los imágenes del poder y la autoridad, las mentalidades populares y la subordinación»[16]. Thompson utilizaba la noción de teatro para describir las formas del control. Es una buena metáfora pero

---

[14] *Ibid.,* p. 113.

[15] E. P. Thompson, «History and Anthropology», *op. cit.,* pp. 220 y 222.

[16] E. P. Thompson, «Patrician Society, Plebian Culture», en *Journal of Social History* 7, 1974, pp. 382-405.

tiene poco de original en cuanto que es algo que viene usado desde hace tiempo en la consideración de los rituales. Pero es interesante la observación de que cuando se estudian los teatros del control como, por ejemplo, Tyburn el lugar de las ejecuciones de Londres del siglo XVIII, los análisis puramente cuantitativos no sirven del todo en cuanto que la pura cantidad, sin tener en cuenta el contexto, difícilmente puede desvelar el significado de los diferentes signos de violencia. Sin embargo, hay muchos casos de violencia de gran magnitud como los genocidios en los que la cantidad, enorme, es significativa por sí misma. Thompson analiza muy bien las ejecuciones en el siglo XVIII que lo que pretendían manifestar era el terror como un ejemplo. A veces algunas violaciones de la ley eran castigadas con la mutilación del cadáver después de la muerte. Frecuentemente los cuerpos de estas personas se colgaban en un sitio cercano a donde se había producido la violación de la ley. Otras veces se daba la mutilación del cadáver. Realmente no enterrar a alguien cristianamente era algo que producía terror. Sin duda, algo parecido puede decirse de los cadáveres de los «rojos» tirados en las cunetas de España por los fascistas después de la Guerra Civil. Linebaugh lleva a cabo un análisis de lo que dicen los folcloristas sobre los casos ingleses y los coloca en su contexto en donde los fenómenos cobran nueva vida.

Además de los dos casos, la venta de la mujer y el de la mutilación de los cadáveres *post mortem,* Thompson lleva a cabo un análisis estructural de la donación caritativa. Para ello se basa en el libro de Stedman Jones[17], en donde se plantea un estudio del «obstáculo que representa Londres para la realización de la utopía liberal desde 1860 hasta 1914», como se dice en el prólogo a la obra de 1989. En esta obra, el capítulo XIII se titula «La deformación del don: El problema de los 1860». Parte de este capítulo es el que Thompson analiza. Stedman Jones estudió en este capítulo la «desmoralización» de la clase trabajadora en 1860. Distingue entre «los pobres listos o listillos» *(clever)* y los pobres «honestos». La ley básica que rige o debería regir el comportamiento de los pobres sería: «deberás ganar el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas al polvo». Lo que constituye esta desmoralización consiste en que los «pobres listos se aprovechan de la falta de coordinación

[17] G. Stedman Jones, *Outcast London. Study in the Relationship between Classes in Victorian Society,* Harmondsworth, Penguin, 1971.

entre las diversas instituciones de caridad y la Ley de Pobres, moviéndose suave e inteligentemente de una institución de caridad a otra, capaces de conseguir más por "los salarios de la mendicidad" que los "salarios del trabajo"; y cuando estos métodos fallan están la protesta, el motín y el pillaje que eran otros actos que fuerzan la ayuda. Los pobres honestos se dan cuenta del éxito de los pobres listos y empiezan a seguir su ejemplo»[18].

Para entender esto, Stedman Jones recurre al análisis de lo que significa el don caritativo. Subraya con razón que en todas las sociedades tradicionales el don tiene una función de mantenimiento del estatus. El historiador inglés se basa en Weber y sobre todo en Marcel Mauss[19]. En primer lugar, el don implica una idea de sacrificio o donación a Dios, y Stedman Jones cita la idea de Weber, según la cual el individuo en cuyo favor se da algo es visto como algo sin importancia. En segundo lugar, en casi todas las sociedades, los dones, aunque desinteresados, son generalmente símbolos de prestigio, dar es mostrar superioridad. En tercer lugar, el don sirve como método de control social, sirve para imponer una obligación en el que lo recibe aunque solo sea de expresar gratitud y humildad.

Stedman Jones afirma que

> obviamente se da una tensión entre el primer aspecto del don y el tercero. Pero estos dos aspectos son perfectamente compatibles en la sociedad rural en la cual los pobres son conocidos y la cuestión de dar a los extranjeros no supone mayor problema. Sin embargo, en Londres en donde la división entre pobres y ricos se expresa en una separación geográfica (espacial) enorme, esta tensión o contradicción latente aparece de una manera muy clara. El don del sacrificio no implica ya que puede llevar a los pobres por el camino de la virtud. La separación de clases ha traído consigo la deformación del don. La integridad original de la relación del don ha sido remplazada por un conjunto promiscuo de actos caritativos indiscriminados y la Ley de Ayuda a los Pobres. En todo caso, la relación entre las personas ha desaparecido y, con ello, los elementos de prestigio, subordinación y obligación[20].

---

[18] *Ibid.,* p. 251.

[19] M. Mauss, «Essai sur le don. Forme et raison de l'échangedans les societésarchaïques», en M. Mauss, *Oeuvres,* vol. III, París, Editions du Minuit Paris 1969 (1923), p. 24.

[20] G. Stedman Jones, *Outcast London…, op. cit.,* p. 252.

La deformación o corrupción del don que consiste en que «la mano que da y la mano que recibe nunca sienten la caliente electricidad del tocarse uno a otro. Al pasar por manos oficiales […] el don pierde la influencia redentora y el que lo recibe no lo mira como un acto de caridad sino como una generosidad a la que [el pobre] tiene derecho»[21]. Tenemos que decir que el análisis que lleva a cabo Stedman Jones es de una finura enorme. Sin embargo Thompson se opone a las observaciones de Stedman Jones en cuanto que lleva a cabo un análisis de los tres elementos que constituyen el don y afirmará que el primero, el aspecto de sacrificio o donación a Dios en el cual como decía Max Weber, y Stedman Jones subraya muy bien, el individuo, al que se le da algo, no tiene mucha importancia, en cuanto que lo que más importante es que el don tiene un destinatario último que es la divinidad. Si tuviéramos que designar simplemente esto lo podríamos llamar caridad cristiana.

Pues bien, Thompson afirma que esta primera dimensión

> no es de ninguna manera una característica estructural en cuanto que la noción de caridad y gracia y de la santidad del mendigo (que hace irrelevante su individualidad) no en sí mismo, sino en cuanto que sus necesidades traen gracia al donante, toman expresiones muy diferentes dentro de diferentes contextos religiosos e ideológicos aún en las sociedades tradicionales. Sobrevive en las sociedades modernas de formas muy variadas.

Ante esta objeción de Thompson hay que decir, en primer lugar que, lo interesante en el análisis de Stedman Jones es precisamente en el Este de Londres se produce una difuminación de la individualidad de los pobres a los que se le dan diversos tipos de ayudas y esto se debe fundamentalmente a la separación (incluso espacial) de los ricos y pobres y al hecho de que la integridad e individualización se ha cambiado dentro de un conjunto de ayudas promiscuas e indiscriminadas, con lo cual el receptor de las mismas (el pobre) pierde la individualidad, lo cual es un efecto no solo de esta separación entre ricos y pobres sino también de lo que es la caridad. Esto es lo que los grupos más ricos llaman la «deformación» del don o la «desmoralización» del pobre.

---

[21] *Ibid.,* p. 253.

Desde este punto de vista no se entiende muy bien lo que Thompson quiere decir cuando afirma que la primera característica no es algo estructural, a no ser que quisiera decir que los aspectos estructurales son algo abstracto. Si esto fuera así, Thompson estaría contradiciéndose a sí mismo porque en el mismo artículo afirma con toda razón que no hay algo así como un «acto de dar» constante con aspectos constantes, que puede ser aislado de contextos sociales particulares; de hecho la estructura se encuentra en «la particularidad del conjunto de las relaciones sociales y no en un ritual o forma aislada de ellas»[22].

Al final, en la página siguiente, Thompson parece contradecirse a sí mismo, o al menos arrepentirse de la crítica a Stedman Jones y afirma:

> Mi crítica es inadecuada –si no se puede trasladar los hallazgos sincrónicos de esta manera– como tipos ideales, funciones constantes, estructuras profundas de carácter universal, es muy difícil describir el interior de un contexto particular sin tener en cuenta una tipología para aplicar y para discutir con ella[23].

Se descubre aquí un aspecto fundamental del pensamiento de Edward Thompson, la flexibilidad, ductilidad y creatividad de su pensamiento lo cual no quiere decir que no tuviera firmes convicciones científicas y políticas.

De todas maneras estas observaciones de Thompson son un reconocimiento no solo del libro de Stedman Jones sino también del *Essai sur le Don* de Mauss que es un libro seminal, pero a veces confuso porque se mueve a dos niveles, al nivel más concreto y en otros momentos al nivel más abstracto. De hecho, él afirma que todo el fenómeno del don tiene una estructura que se basa en tres obligaciones: obligación de dar, obligación de recibir y obligación de devolver. Hay investigadores que piensan que aquí se encuentra toda la estructura de la actividad económica y otros lo critican muy agriamente. Pero esto lo dejamos para otro seminario sobre E. P. Thompson.

---

[22] E. P. Thompson, «History and Anthropology», p. 214.

[23] *Ibid.,* p. 215.

VII. EL SIGLO XIX EN ESPAÑA A LA LUZ DE *LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA* (1963)[1]

Rafael Ruzafa Ortega

I

Pocos autores más citados que Edward Palmer Thompson (1924-1993) y pocos libros más prestigiosos que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963)[2]. Según Thompson, entre 1790 y 1830 se había formado la clase sobre bagajes en torno a las tradiciones medievales del inglés nacido libre reelaborados por el radicalismo político. Se apoyaba por una parte en la experiencia compartida de resistencia a agresiones políticas y laborales, que en ese periodo habían fraguado una conciencia de clase entre grupos diversos de población trabajadora. Por otra, en el desarrollo de formas de organización. «Hacia 1832 había instituciones obreras (sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas) sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad», apuntó.

Tuvo bien presente una consideración preliminar, sin la cual resulta difícil ubicarse en un tiempo ya lejano. La población inglesa se duplicó, pasó de 10.000.000 a 20.000.000 de personas, en la primera mitad del siglo XIX. Los procesos que acompañaron la industrialización en Inglaterra, y singularmente en su zona septentrional, transformaron el país. Las fábricas centralizaron distintas fases de la producción. Se asentaron con unos ritmos y unas exigencias descomunales para su mano de obra, singularmente en la hilatura y el tejido. Thompson partió de los aspectos económicos

[1] Versión ampliada del artículo «Cincuenta años de recepción en España de *La formación de la clase obrera en Inglaterra:* el empuje de la historia cultural», *Historia, Trabajo y Sociedad* 4, 2013. Se han priorizado las referencias bibliográficas generales, relevantes, recientes.

[2] Ediciones españolas en Laia (1977), Crítica (1989) y Capitán Swing (2012).

asumidos por los fabricantes en cuanto a baratura, carrera tecnológica y competitividad. Sin embargo él y después otros autores salieron al paso de la famosa ecuación según la cual energía de vapor más fábrica de algodón dieron como resultado la clase obrera. Otros sectores de población, otras formas despreciadas de producción (a domicilio, en pequeños talleres, con técnicas manuales) convivieron a largo plazo con la fábrica y las máquinas. Las mujeres cumplieron un papel fundamental, «rellenaron los intersticios de todos estos centros de actividad», en palabras de Maxine Berg.

La explicación de la formación de la clase obrera inglesa aportó otros elementos más novedosos, a los cuales debe su gran éxito, no se olvide que en el seno de un colectivo de historiadores más o menos homogéneo. Thompson denunció la teleología inaceptable de la noción de clase como categoría estática capaz de alumbrar relaciones sociales dicotómicas desde el mundo antiguo hasta la gran liberación obrera por venir. Por el contrario explicó aquella clase como fruto de un proceso histórico concreto, en el cual las experiencias colectivas, frente al individualismo de la clase media, trenzaron un sentimiento de solidaridad. Los aspectos culturales e ideológicos, y sus plasmaciones (educativas, periodísticas, religiosas), resultaron tan importantes como los económicos. En obras posteriores a *La formación…,* pero que llegaron a España[3] simultáneamente desde finales de la década de 1970, agudizó su crítica al determinismo económico bebiendo directamente de los originales de Marx[4]. Asimismo, inició un viraje que aún no se ha detenido en la historiografía española, el de la recuperación del sujeto, y por ende el de la ebullición de las identidades como objeto principal de investigación.

A otros planteamientos thompsonianos muy valorados les ocurrió lo mismo, que llegaron tarde y según sus comentaristas más

---

[3] La recopilación *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* Barcelona, Crítica, 1979; el ensayo antiestructuralista *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981; varios artículos en las revistas *Debats* e *Historia Social;* por último, la nueva recopilación revisada *Costumbres en Común,* Barcelona, Crítica, 1995, entre otras obras. Una bibliografía completa en *Historia Social* 18, 1994, y en el apartado de Adrià Llacuna en este mismo volumen.

[4] Sobre la heterodoxia marxista de Thompson, A. Estrella González, *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson,* Cádiz/Cuajimalpa, Universidad de Cádiz/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2012. También F. Díez Rodríguez, «*La formación de la clase obrera en Inglaterra:* E. P. Thompson y la crisis del marxismo», *Sociología histórica* 3, 2013.

cualificados (Josep Fontana, Manuel Pérez Ledesma, M.ª Cruz Romeo, Jesús Millán…)[5] fueron aceptados irreflexivamente. Por ejemplo, cuando abogó por un aprovechamiento de metodologías de otras ciencias sociales, singularmente la Antropología, para abordar las persistencias del charivari o el disciplinamiento de la fuerza de trabajo en el capitalismo industrial. En sentido semejante, cuando retrasó su investigación hacia las formas plebeyas preindustriales de protesta y resistencia ante la privatización del campo. A la postre desembocaron en el proceso de formación de la clase. Descolla el planteamiento de la economía moral de la multitud, con condiciones de vida y trabajo que debían ser repuestas si se había vulnerado ilegítimamente la costumbre. Thompson había destacado en *La formación…* la racionalidad de los luditas, portadores de «una economía política y una moral alternativas a las del *laissez-faire*». Después cargó contra el *homo economicus* como único modelo para la vida social de la época contemporánea, incidiendo en la importancia de las elecciones morales en cada momento.

II

Thompson tuvo seguidores tempranos en España, antes de su traducción. Jaume Torras lo citaba repetidamente en los estudios recopilados en *Liberalismo y rebeldía campesina*[6]. En su artículo de 1982 requiriendo una segunda ruptura para los estudios históricos sobre el movimiento obrero en España, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma lo tomaban como modelo. Proponían sacar a la historiografía de la historia militante antifranquista. Ambos reclamaban huir de la crónica, someter a crítica a las fuentes, evitar la colocación de un proletariado arquetípico como principal agente del cambio social, insertar la vida obrera en relaciones sociales

---

[5] J. Fontana, «E. P. Thompson, hoy y mañana», *Historia Social* 18, 1994. I. Burdiel y M.ª Cruz Romeo, «La formació de la classe obrera inglesa: d'E. P. Thompson al gir lingüistic», en M. Martí (coord.), *D'Història Contemporània: debats i estudis. Un homenatge casolà a E. P. Thompson,* Castelló de la Plana, Societat Castellonenca de Cultura, 1996, pp. 33-55. J. Millán, «La formación de las clases después de Thompson: algunos debates actuales», *Historia Contemporánea* 12-13, 1996. J. Á. Ruiz Jiménez, «Los hijos de E. P. Thompson y la Historia Social», comunicación en *Usos públicos de la Historia,* VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, 2002, vol. 1, pp. 595-612.

[6] J. Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina (1820-1823),* Barcelona, Ariel, 1976.

más amplias. En definitiva, dar el salto de una historia de las organizaciones (incorporando a las que no encajaban en el molde de lo obrero-militante-revolucionario) a una historia de la compleja clase obrera, prefiriendo la base a los líderes, la experiencia general a los programas. La búsqueda de precursores cercenaba otros procesos, otros actores, otros sujetos. Álvarez Junco y Pérez Ledesma insistían en abrir la investigación a sectores sociales abrumadoramente más numerosos que los obreros fabriles, sin que el requisito del trabajo por cuenta ajena se convirtiera en dique. Merecían atención los pequeños propietarios, las clases medias, los artesanos, el campesinado. La conciencia, al no estar determinada, no tenía que acercarse obligatoriamente a la clase, ni mucho menos aspirar a la revolución. Su gran apuesta era integrar el estudio del movimiento obrero en el más ancho de los movimientos sociales[7].

Ellos mismos se pusieron a la tarea buscando motivaciones políticas, deteniéndose en la formación de identidades (incluida la de clase) como procesos culturales y aplicando teorías como la de movilización de recursos (materiales y psíquicos). Inevitablemente la influencia genérica de Thompson se ha combinado con otros planteamientos y métodos. Destacaremos dos. Primero, la preocupación de Michel Foucault por los resortes con que los poderes inciden en las sociedades, relacionando el lenguaje con las prácticas. En segundo lugar, los procedentes de la sociología histórica de los Charles Tilly y Sidney Tarrow, con la distinción entre movilización reactiva (para reponer situaciones previas) y proactiva (para cambiar situaciones).

Más de 30 años después buena parte de aquellas reclamaciones se han atendido. La historiografía del siglo XIX español se ha sacudido la rigidez mecánica con que el antagonismo de clases explicaba el cambio social. Se han complejizado las formaciones sociales, y ya resulta insuficiente la apelación a una burguesía y un proletariado, salvo como expresiones de un tratamiento de otra época. Sin escatimar en conflictividad, preocupa lo que mantiene unida una sociedad, empezando por sus sectores intermedios y acabando por los campesinados mayoritarios. La movilidad, con sus problemáti-

---

[7] J. Á. Junco y M. Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente* 12, 1982. También en P. Sánchez León y J. Izquierdo (comps.), *Clásicos de historia social de España. Una selección crítica,* Valencia, Biblioteca Historia Social, 2000.

cas, se ha incorporado a las explicaciones. Deben reseñarse los esfuerzos de contrastación empírica y de extensión por el conjunto del territorio. La diversidad de situaciones, en un tiempo en que la inmensa mayoría de la población vivía inmersa en circuitos comarcales, ha acentuado el tratamiento de la localidad y la región como unidades espaciales de análisis. La arquitectura autonómica no ha sido ajena a esas preferencias, por supuesto[8].

Han surgido nuevas preocupaciones que, muchas veces, parten de los postulados renovadores de Thompson, cuya referencia sin embargo se pierde conforme nos adentramos en el siglo XXI. Las expresiones de rebeldía primitiva, por mantener el término hobsbawmiano, de ninguna manera se consideran prepolíticas ni espontáneas. Otra cosa son los rituales de deslegitimación de las autoridades o los poderosos, y otra más la dirección y la intencionalidad. Se ha aplicado la racionalidad a los motines antiseñoriales, los de la Guerra de la Independencia, las demostraciones luditas, las matanzas de frailes de 1834-1836, las bullangas barcelonesas. También a los motines de subsistencias, consumos o contra las quintas del tercio central del siglo. Quien escribe estas líneas viene investigando sobre las manifestaciones apenas violentas de los trabajadores de la primera construcción ferroviaria. En general, no tuvieron un contrapeso en forma de cuerpos armados represivos consistentes, carencia que se lamentó en los momentos de tensión[9]. Bastante diferente de las campañas político-sindicales, en las que Thompson vinculó jacobinismo y *trades unions* clandestinas o toleradas,

---

[8] Balance crítico y estado de la cuestión en su momento en F. Erice Sebares, «La clase obrera española en el siglo XIX: balance y perspectivas historiográficas», en M. Ortiz Heras, D. Ruiz González e I. Sánchez Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea,* Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001. En el mismo sentido C. Forcadell, «Sindicalismo y movimiento obrero: la recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), *La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz,* Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 31-50. A. Rivera, J. M.ª Ortiz de Orruño y J. Ugarte (eds.), *Movimientos sociales en la España contemporánea,* Madrid, Abada, 2008.

[9] A. M.ª García Rovira, *La revolució liberal a Espanya i les classes populars (1832-1835),* Vic, Eumo, 1989. R. Arnabat (ed.), *Moviments de protesta i resistencia a la fi de l'Antic Règim,* Barcelona, Abadia de Montserrat, 1997. P. Díaz Marín, «Crisis de subsistencias y protesta popular: los motines de 1847», *Historia Agraria* 30, 2003. R. Ruzafa Ortega, *Artesanos (1854) y mineros (1890). Dos fases de la protesta obrera en el País Vasco,* Madrid, Asociación de Historia Social, 2006. J. Moreno Lázaro, *Los Hermanos de Rebeca. Motines y amotinados a mediados del siglo XIX en Castilla y León,* Región, Palencia, 2009.

por ejemplo, para la supresión de las Combination Acts. También las clases dirigentes y el Estado las vincularon para la represión, con sus capítulos negros (Peterloo).

Como se planteó más arriba, los movimientos sociales, la formación de identidades, las clases o las naciones se vienen explicando como procesos de construcción cultural en marcos crecientes de politización y movilización durante la época contemporánea. Los discursos y los códigos donde encajan, la interacción entre universos simbólicos y actividad humana, la formación y aplicación de los consensos alimentan la vida social, en su inestabilidad. Se ha emprendido el estudio de los lenguajes y los vocabularios, con parada en lenguajes obreros complementarios al de clase, como los de pueblo y ciudadanía. Las culturas políticas, dentro del auge de la Historia cultural, vienen desgranando el conjunto de representaciones, muchas veces en términos de conflicto, que vinculan a grupos humanos para una visión compartida del mundo. Necesitan portadores sociales. Se ha aplicado al republicanismo, en el que se han distinguido cuatro desde los años del Sexenio. Una de ellas, la jacobino-socialista, mantuvo la vía insurreccional, de lucha y acción revolucionaria, con un imaginario social dicotómico, de pueblo y oligarquía. Las otras tres (demokrausista, demoliberal y demosocialista) compartieron una concepción pluralista, democrática, frustrada en lo institucional desde 1874 pero persistente en cuanto movimiento reivindicativo[10].

Los portadores de la historia postsocial (Miguel Ángel Cabrera, José Javier Díaz Freire, Jesús de Felipe), han considerado insuficiente la experiencia como factor configurador de las identidades. Según ellos en la noción de formación persiste una teleología por la cual la identidad tiende ahistóricamente hacia la clase. Lo consideran un rescoldo del paradigma objetivista (y biologista) de base socioeconómica. Plantean la revisión de la causalidad social por la que movimiento e identidades se explican al alimón y de la mano

---

[10] R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Madrid, Alianza, 1997. R. Miguel González, *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007. B. Pellistrandi y J.-F. Sirinelli (eds.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne,* Madrid, Casa de Velazquez, 2008. M. Pérez Ledesma y M. Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia,* Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2010. M. Pérez Ledesma (ed.), *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica,* Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012.

del ascenso del capitalismo y la industrialización. Apelan a la articulación significativa de la realidad a partir de imaginarios históricos, para lo que nos ocupa el imaginario moderno occidental, del que los sujetos toman categorías con las que crean identidades colectivas que pueden dar lugar o no a acciones colectivas[11].

La preocupación por lo cultural y los significados podría dar a entender que se han abandonado las explicaciones de las relaciones sociales en función de la satisfacción de necesidades materiales, por más que estas cambien en el tiempo en sí mismas o por la percepción que se tenga de ellas. En absoluto. La producción y distribución de los recursos, aunque no se plantee como raíz de todos los procesos históricos, tiene un peso decisivo en la actividad humana y como tal la historiografía española las viene abordando[12]. Puede resultar oportuno recordarlo en las tripas de una crisis económica que ha forzado a buena parte de la población española al abandono de proyectos de vida para ganarse las habichuelas. A la certeza adquirida de que la ruralización suponía empobrecimiento, le siguió la vivida de que la tercerización también.

Los fenómenos estudiados por Thompson no admiten comparación con la mayor parte de Europa en la cronología. En España se plantearon entre las décadas de los treinta y la de los ochenta del siglo XIX, y desigualmente. Antes, para la crisis de Antiguo Régimen, pugnaron dos tesis principales, con algunos elementos de coincidencia en el peso decisivo de la tierra en todos los aspectos de la vida y las relaciones sociales. La tesis de la Revolución burguesa colocaba en el centro de su explicación el antagonismo entre clases dominantes de los modos de producción feudal y capitalista, aristocracia y burguesía. Planteaba una revolución fallida de la que salieron perjudicados, desposeídos, los campesinados ante el cambio de orientación de la burguesía, que basculó hacia una alianza

---

[11] M. Nash y D. Marre (eds.), *El desafío de la diferencia. Representaciones culturales e identidades de género, raza y clase,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2003. M. Á. Cabrera y Á. Santana Acuña, «De la historia social a la historia de lo social», *Ayer* 62, 2006. M. Á. Cabrera, B. Divassón y J. de Felipe, «Historia del movimiento obrero ¿Una nueva ruptura?», en M. Burguera y Ch. Schmidt-Nowara (eds.), *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural,* Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 45-80. J. de Felipe Redondo, *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español,* sin ciudad, Genueve, 2012.

[12] G. Rueda Herranz, *España, 1750-1900. Sociedad y condiciones económicas,* Madrid, Istmo, 2006.

con sus antiguos adversarios nobles[13]. La tesis de la Revolución liberal prefirió hablar de grupos sociales mejor que de clases, y rechazaba que una formación social tuviese una misión histórica, el desmantelamiento del sistema feudal para la implantación del sistema capitalista. Por el contrario, centraba sus análisis en los lenguajes y prácticas políticas, con diferencias internas en el seno del liberalismo en función de la composición social de sus apoyos. Viene insistiendo en la heterogeneidad de situaciones y en la importancia del estilo de vida que compartieron los grupos dominantes.

Terratenientes, financieros, contratistas, industriales catalanes y comerciantes de la capital y los puertos conformaron unas elites híbridas en cuanto a procedencia social, los notables (principales o señoritos). En el tránsito del Estado absolutista al liberal favorecieron un ordenamiento jurídico proclive a la seguridad de la propiedad y la iniciativa económica individuales. Asentados y prestigiados en los ámbitos locales, por la vía del parlamentarismo desde la década de los treinta del siglo XIX se erigieron sin apenas oposición en representantes de los territorios y las poblaciones. Sus redes de control y promoción local funcionaron llamativamente bien, en medio del debate político. Hasta entrado el siglo XX los notables maximizaron ingresos, consolidaron sus patrimonios y presencias y coordinaron la construcción del Estado en sus aparatos frenando los proyectos de cambio (Sexenio Democrático)[14].

En otra vertiente centrada en los empleadores y patronos, la historia empresarial ha distinguido a las regiones desarrolladas, con ritmos propios e implicación en las redes industriales y del transpor-

---

[13] E. Sebastià Domingo, *La revolución burguesa. La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en el País Valenciano,* 2 vols., Valencia, Fundación Instituto Historia Social, 2001 [original de 1971]. A. M. Bernal, *La lucha por la tierra en la crisis de Antiguo Régimen,* Madrid, Taurus, 1979. E. Sebastiá y J. A. Piqueras, *Pervivencias feudales y revolución democrática,* Valencia, Alfons El Magnànim, 1987. F. J. Hernández Montalbán, *La abolición de los señoríos en España, 1811-1837,* Valencia, Universitat de València, 1999. M. Beltrán Villalva, *Burguesía y liberalismo en la España del siglo XIX. Sociología de una dominación de clase,* Granada, Universidad de Granada, 2010.

[14] J. Cruz, *The Rise of Middle-Class Culture in Nineteenth-Century Spain,* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2011. J. Millán, «Poder político y legitimación social ante el apogeo del Estado», *Alcores* 12, 2011. P. Ruiz Torres, «El trasfondo social de la revolución liberal española», en E. García Monerris y C. García Monerris (eds.), *Guerra, Revolucion, Constitución (1808 y 2008),* València, Universitat de València, 2012, pp. 15-67. M. Burguera, *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850),* Madrid, Cátedra, 2012.

te internacionales. Para las demás regiones ha señalado el pequeño tamaño y el carácter familiar, que implicó hasta entrado el siglo XX restricciones financieras que dificultaron la renovación tecnológica. Cierto atraso económico general, dentro de un debate de larguísimo recorrido, se ha relacionado con las políticas públicas (educativas, tributarias, arancelarias, de infraestructuras) y la reducida dimensión de los mercados. La historia agraria ha reivindicado la capacidad de la agricultura española para alimentar a su población y ha revisado los criterios con que se explicó el atraso, insistiendo en las nuevas situaciones internacionales que acompañaron a la crisis finisecular. Entre sus reproches, que para la eficiencia no solo cuenta la acumulación, y que la desigualdad restó crecimiento y desarrollo[15].

Junto a los sectores respetables, la historiografía viene insistiendo en la configuración de unas clases populares, preferentemente urbanas, cuya vida pública se movió en el arco mediterráneo dentro de las corrientes liberales que abrieron vías de colaboración entre patricios y plebeyos. Se pone de manifiesto en la recuperación de algunas personalidades (Ramón Xauradó, Ramón de Cala, Rafael Pérez del Álamo, Fernando Garrido, Fermín Salvochea…) como parte del nuevo género biográfico o dentro de estudios generales. Sectores de corte republicano y socialista se dejaron sentir en la prensa y utilizaron las herramientas del primer liberalismo. Las manifestaciones más clásicas son las insurrecciones, de amplísima base popular, de El Arahal (1857) y Loja-Antequera (1861), promovidas por sociedades secretas. Las equivalencias en el arco atlántico español son mucho menores o, dicho de otra manera, las vinculaciones entre población popular y proyectos liberales, más silenciosas. Para ese pueblo liberal desigualmente presente, que participó en cuerpos armados como la Milicia Nacional y se enfrentó al carlismo, se ha apelado a una identidad anterior y más dúctil que la de clase, con la que se entrecruzó desde el último cuarto del siglo XIX[16].

---

[15] P. Martín Aceña y F. Comín Comín (coords.), *La empresa en la historia de España,* Madrid, Civitas, 1996. VVAA, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea,* Barcelona, Crítica, 2001. J. L. García Ruiz y C. P. Manera Erbina (coords.), *Historia empresarial de España. Un enfoque regional en profundidad,* Madrid, LID, 2006. E. López Losa, «El atraso económico español en el espejo europeo (1813-1914)», *Revista de Historia Industrial* 43, 2013.

[16] A. M.ª García Rovira, *La revolució liberal a Espanya…, op. cit.* F. Peyrou, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008. G. Thomson, «La revolución de

Llamativamente en Cataluña la industria textil conoció cambios tecnológicos y productivos al poco que los condados de York y Lancaster. Allí se asistió a un proceso semejante al investigado por Thompson en Inglaterra. En Cataluña se concentró y se reconvirtió una importante población trabajadora de todos los segmentos ya mencionados. En lo político y social contamos con estudios clásicos (Josep Benet, Casimir Martí, Miquel Izard, Jaume Torras) y recientes (Genís Barnosell, Carles Enrech, Albert García Balañà)[17]. Estos últimos participan, cada cual a su manera, de sensibilidades de lo thompsiano. Apuntan hacia las experiencias organizativas que revelaron una percepción común de su posición por parte de las clases populares y trabajadoras, arrancaron en la década de los treinta, al menos en la Cataluña urbana, y se manifestaron muy consolidadas en la coyuntura del Sexenio Democrático, cuando las Tres Clases de Vapor federó a la mayoría de los trabajadores del textil catalán. El sindicalismo no revolucionario fue cortocircuitado por los fabricantes entre el final de la Primera Guerra Carlista y la huelga general de 1902 en Barcelona. Sus actuaciones políticas y empresariales torpedearon cualquier atisbo de reforma que tendiera a acuerdos entre representaciones patronales y obreras.

III

Además de a los tejedores que sufrieron el drama de la mecanización de su oficio, en *La formación…* Thompson destacó a los artesanos o trabajadores cualificados de los oficios tradicionales. Eran numerosísimos, repartidos por el territorio y con vastas tradiciones a sus espaldas. Las industrias de la alimentación, del mobi-

---

Loja en julio de 1861: la conspiración de los carbonarios y la democracia en la España moderna», en A. Blanco y G. Thomson (eds.), *Visiones del liberalismo. Política, identidad y cultura en la España del siglo* XIX, Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 159-193. J. Penche González, *Republicanos en Bilbao (1868-1937),* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2010. J. de Felipe Redondo, *Trabajadores…, op. cit.*

[17] A. Garcia Balañà, «Trabajo industrial y política laboral en la formación del Estado liberal: una visión desde Cataluña (1842-1902)», en S. Calatayud, J. Millán y M.ª C. Romeo (eds.), *Estado y periferias en la España del siglo* XIX. *Nuevos enfoques,* València, Universitat de València, 2009, pp. 263-313. C. Enrech, «El sindicalismo textil: entre la solidaridad y la exclusión», *Historia Social* 68, 2010. G. Barnosell, «Los orígenes del sindicalismo en España (1750-1868)», en S. Castillo (coord.), *Mundo del trabajo y asociacionismo en España,* Madrid, Catarata, 2014, pp. 96-138.

liario, del calzado y de la construcción dependieron de sus habilidades, adquiridas en aprendizajes controlados en el seno de los oficios. Salvo en Cataluña, donde también conservaron peso, los sectores industriales no fabriles fueron hegemónicos y crecieron en España hasta la, por otro lado muy desigual, segunda industrialización de la década de los ochenta del siglo XIX. Hasta entonces la minería y la metalurgia también fueron industrias manufactureras, y nuevas artes emergieron en la imprenta y la reparación de máquinas. Las fronteras entre vida urbano-industrial y agraria no se dibujaron nítidamente para buena parte de la población española hasta entrado el siglo XX. Han interesado mucho esas mixtificaciones, que remiten a vínculos local-comunitarios que compitieron, o convivieron, con otras formas de conciencia e identificación.

La historiografía española ha recuperado a los artesanos o cualificados en la vida social. Por más que zonas o industrias vivieron al margen, en la época moderna el gremio, en sus jerarquías, institucionalizó la producción y comercialización de muchas artes. El ámbito local y el orden corporativo, de privilegios, resultan básicos para su comprensión. Los estudios han profundizado en la rica vida social de las artes, a la que cofradías y hermandades añadían aspectos comunitarios no solo económicos. Las tensiones internas entre maestros y oficiales y la competencia extralocal, británica principalmente, sacudieron las comunidades de oficio desde antes del asentamiento de las libertades económicas en el ordenamiento legal español. Desaparecidos los gremios, en el tercio central del siglo XIX permanecieron las cofradías como garantes de la vida interior de los oficios, y sobre todo permanecieron estos mismos, con sus mecanismos de reproducción. En algunos casos del mundo mediterráneo español antiguos gremios, con sus patrimonios, se reconvirtieron en tempranas instancias patronales. Contra ellas actuaron los sectores proletarizados de los respectivos oficios, coincidiendo con la disolución de cierto igualitarismo artesano en la nueva sociedad liberal. La historiografía viene detectando continuidades entre las organizaciones gremiales y el primer sindicalismo, en ocasiones con fachadas benéficas o mutualistas legales o toleradas[18].

---

[18] A. Peiró Arroyo, *Jornaleros y mancebos. Identidad, organización y conflicto en los trabajadores del Antiguo Régimen,* Barcelona, Crítica, 2002. V. Sanz Rozalén y J. A. Piqueras Arenas (eds.), *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2005. F. A. Martínez Gallego

Los trabajadores cualificados vivieron la centuria amenazados ante su posible sustitución por máquinas, mujeres, niños o inmigrantes rurales. Las partes deshonrosas de los oficios que abordó Thompson. A la par los patronos, salidos también del mundo de los oficios, sazonaron su práctica económica con fórmulas de intensificación de los esfuerzos. Dentro de la cultura del oficio, el común de las mujeres fue rechazado por los artesanos como competencia indeseable. Si procedían de los linajes artesanos, sin duda mamaron bagajes y participaron de su endogamia. Pero se les impidió el aprendizaje formal que permitía crecer y abrir taller propio. Las viudas pudieron mantenerlo, pero con oficiales varones al cargo. Las artes y oficios echaron de esta manera otra paletada a la masculinización del trabajo industrial, equiparando feminidad con trabajo no cualificado. A nuestro juicio la de la cualificación es la gran división en el mundo del trabajo, para la que hace falta tejer el proceso histórico. Thompson lo había constatado con Henry Mayhew y su *London Labour and The London Poor* (1862).

En los no cualificados se encarnaron exigencia física, bajas retribuciones, precariedad y pobreza. Las implicaciones extralaborales en cuanto a salud, imagen, relaciones personales o residencia son obvias. Por aquí las estampas dickensianas del hacinamiento, los andrajos, la brutalidad, el griterío, los niños callejeros. La prensa decimonónica no perdió ocasión de retratarlo, con una carga de prejuicios sobre las clases peligrosas. Los nuevos modelos productivos permitieron trampolines de recualificación tanto como deterioraron posiciones. Las fábricas proporcionaron formación profesional ante la escasez de escuelas de artes y oficios y estabilizaron plantillas más o menos amplias. En su entorno la condición trabajadora adquirió marchamo de respetabilidad.

Las mujeres jugaron de antemano con desventaja, en la segmentación del mercado de trabajo según criterios de género. En los peonajes quedaron arrinconadas en los más duros, temporales y pagados por debajo de la subsistencia. Las ocupaciones que se les abrieron, por ejemplo, el feminizado servicio doméstico, que-

---

y R. Ruzafa, «Los socorros mutuos y la cooperación en la España del siglo XIX: actitudes de los poderes públicos y soluciones populares», en S. Castillo y R. Ruzafa (coords.), *La previsión social en la historia,* Madrid, Siglo XXI de España, 2009, pp. 101-135. F. Díez Rodríguez, «Oficios y artesanos en la crisis del gremialismo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX», en S. Castillo (coord.), *Mundo del trabajo y asociacionismo…, op. cit.,* pp. 53-95.

daron estigmatizadas como no cualificadas al margen de que requiriesen destrezas. La educación disponible las alejó de las palancas de ascenso social. Todo las empujaba hacia el hogar y la maternidad, dejando a los varones el papel social de ganador de pan incluso cuando su aportación a la economía fuera decisiva, por ejemplo, a través del pupilaje. Desde esa subalternidad también civil se sumaron a la clase, o vivieron en sus márgenes. En esas premisas les perjudicó la mecanización, por ejemplo, en las fábricas de tabaco, o les benefició el auge de los talleres de confección que arruinaron en toda Europa el oficio tradicional de la sastrería[19]. La colaboración de Miren Llona en este volumen profundiza en estas cuestiones.

La perspectiva del hogar y de la familia difiere de la de las esferas públicas convencionales, y ha requerido tratamientos historiográficos específicos, que progresivamente van reuniendo a las mujeres por encima de su posición en la escala social. No es este el lugar para la comparación entre familia extensa y nuclear. Los mecanismos de solidaridad familiar han operado ante los grupos más vulnerables, ancianos y niños principalmente, pero también mujeres en fases complicadas como la de la crianza. Se ha destacado el papel de la familia, y de las personas mayores antes de que el envejecimiento pasara a ser problema de primer orden, en los procesos de reproducción social[20].

Una línea divisoria móvil, historizable, se agrandó hacia el centro de la escala social hacia mediados del siglo XIX. Las amalgama-

---

[19] E. Camps Cura, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX,* Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1995. M. Nash, «El mundo de las trabajadoras: identidades, culturas de género y espacios de actuación», en J. Paniagua, J. A. Piqueras y V. Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo,* Valencia, Biblioteca de Historia Social, 1999. P. Ballarín Domingo, *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglos XIX-XX),* Madrid, Síntesis, 2001. C. Sarasúa y L. Gálvez (eds.), *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo,* Alicante, Universidad de Alicante, 2003. C. Borderías (ed.), *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea 1836-1936,* Barcelona, Icaria, 2007. C. Borderías (ed.), *La Historia de las mujeres: perspectivas actuales,* Barcelona, Icaria, 2009. M.ª Cruz del Amo del Amo, *Mujer, familia y trabajo. Madrid 1850-1900,* Málaga, Universidad de Málaga, 2010.

[20] I. Dubert, «Vejez, familia y reproducción social en España, siglos XVIII-XX», *Revista de Demografía Histórica* 26 (2), 2008. L. Ferrer Alòs, «Acceso y distribución de los medios de producción: herencia y reproducción social», en F. Chacón (ed.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días),* Madrid, Cátedra, 2011. M. Burguera, *Las damas del liberalismo respetable…, op. cit.*

das clases medias que conformaron profesiones liberales, funcionarios y comerciantes se alejaron del trabajo manual. Encarnaron valores pujantes (personalidad, formación, éxito) que les acercaron, como desearon y en ocasiones lograron, al mundo de las clases acomodadas. Pese a mancharse las manos, los artesanos (y los tenderos) venían de un reconocimiento respetable y una gran diferenciación social respecto de los no cualificados, e intentaron mantenerla. Su progresiva degradación, que les acercó al grueso de la población trabajadora masculina, hizo posible que calara el discurso del antagonismo de clases. Ya está asentada a escala europea la existencia de una fase artesana del movimiento obrero. No está claro, y se reprochó a Thompson (Patrick Joyce, Gareth Steadman Jones), si a partir de 1832 la clase que daba por formada mantuvo los niveles de cohesión que él planteó. El fenómeno cartista aún planeó sobre la vida pública hasta 1848. Indiscutiblemente el sindicalismo general británico, incluyendo al viejo y al nuevo, tardó en asentarse. Los trabajadores de oficio vivieron de espaldas a los sectores sociolaborales no cualificados hasta finales del siglo. Sin embargo en el tercio central del siglo XIX se rompieron barreras entre oficios de viejo o nuevo sesgo. Así se facilitaron posibilidades de actuación.

Un elemento procedente del repertorio liberal, la asociación, se utilizó con profusión. En el mundo atlántico español se repitieron desde la década de los cuarenta el goteo de deserciones de las viejas instancias corporativas y el auge de sociedades de socorros mutuos no exclusiva pero sí mayoritariamente artesanas. Casi nunca se dedicaron a la resistencia al capital. La fase artesana culminó con la Primera Internacional, en que asomaron los proyectos de emancipación y se intentaron organizaciones por oficios de ámbito «regional» español (Federación de Trabajadores de la Región Española [FTRE]). Entonces se promovieron las primeras y limitadas huelgas fuera de Cataluña. Las comunidades de oficio actuaron hasta donde sabemos en bloque, como cabe esperar de todo tipo de comunidad, presididas por obligaciones morales. Superado y aprovechado el tratamiento de pugna ideológica entre bakuninistas y marxistas luego perseguidos, se ha sumado a mazzinianos y federales, sus únicos anfitriones posibles en la España de 1868 y se ha incidido en esas relaciones más allá de lo doctrinal y político. La noción de movimiento social plebeyo ha permitido sacar a marxismo, anarquismo y republicanismo decimonónicos de ese marco

restringido, explicar sus lazos y desbordar las áreas clásicas de Cataluña y Andalucía[21].

La investigación se ha ampliado al conjunto de la vida social, incorporando aspectos de convivencia (alfabetizador, residencial, callejero, festivo, de culto, de ocio) que de nuevo remiten a las pautas de Thompson. El factor educativo se ha tenido en cuenta como posible aproximador de oportunidades. Asimismo, se ha incorporado al mundo rural. Las investigaciones sobre vida cotidiana, sociabilidad y cultura popular se han emprendido desde el proceso histórico aprovechando bagajes antropológicos y etnológicos que insistían en la importancia de los rituales, los símbolos, los calendarios, las transgresiones, los ciclos vitales… Las clases populares, ente del que no formaron parte los más acomodados ni los marginales, reclamaron y obtuvieron una presencia que hasta pasado el ecuador del siglo XIX no habían disfrutado en muchos lugares[22].

Retornadas las organizaciones de resistencia a la clandestinidad desde 1874, aunque los artesanos ya no eran sus únicos integrantes, en la década de los ochenta del siglo XIX persistieron su liderazgo y las estructuras organizativas por oficios, tanto en la FTRE como en la Unión General de Trabajadores. De la población agraria hablaremos a continuación. Obreros fabriles, dependientes de comercio y no cualificados se sumaron con dificultad, sobre todo estos últimos, al nuevo sindicalismo de masas. Las oleadas de afiliación empezaron con el siglo XX. La organización por federaciones de industria tuvo que esperar a la segunda década. El resto de sec-

---

[21] C. Pérez Roldán, *El partido republicano federal 1868-1874,* Madrid, Endymion, 2001. P. Gabriel Sirvent, «Republicanos y federalismos en la España del siglo XIX: el federalismo catalán», *Historia y Política,* 6, 2001. A. López Estudillo, *Republicanismo y anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900),* Córdoba, La Posada, 2001. E. Maza Zorrilla (coord.), *Asociacionismo en la España contemporánea. Vertientes y análisis interdisciplinar,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003. F.-A. Martínez Gallego, *Esperit d'associació. Cooperativisme i mutualisme laics al País Valencià, 1834-1936,* Valencia, Universitat de València, 2010.

[22] J. M.ª Borras Llop (coord.), *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936,* Madrid, Ministerio de Trabajo e Inmigración, 1996. C. E. Lida, «¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español en el siglo XIX», *Historia Social* 27, 1997. I. Sánchez y R. Villena (coords.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898,* Cuenca, Universidad de Castilla-la Mancha, 1999. J. Uría (coord.*), La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. J.-L. Guereña (ed.), *La sexualidad en la España contemporánea (1800-1950),* Cádiz, Universidad de Cádiz, 2011. Dossier «Comensalidad y alimentación en la época contemporánea», *Historia Contemporánea* 48, 2014.

tores asalariados, que podemos envolver en la noción de cuello blanco, empezó a vincularse entonces. El movimiento obrero, dos a muchos efectos, ya era a escala española un factor decisivo de la asentada clase obrera. Consideramos que alrededor de esos sectores de cuello blanco se asentó un punto de fractura social en cuanto a identificación y aspiraciones colectivas de unas clases medias refractarias a los mensajes de clase obrera. Menos en lo ideológico y político, en la configuración de las izquierdas, con la aportación del movimiento obrero a la conformación de la sociedad civil y la cultura cívica.

IV

La historiografía ha tomado en serio la advertencia de Thompson sobre lo equivocado de «suponer que el sentimiento paternalista debe ser distante y lleno de superioridad. Puede ser apasionado y comprometido». Iniciativas históricas que no solo se alejaban del ideal combativo asignado a los trabajadores, sino que lo combatían han sido incorporadas a la investigación. Desde la década de los treinta del siglo XIX en toda Europa se endureció el tratamiento a los pobres. Las clases dirigentes y las administraciones enfrentaron también en España el problema del pauperismo, percibido como amenaza al orden público, con recetas exclusivamente benéficas. La beneficencia liberal reservaba a los aparatos del Estado, *obligados* a intervenir, gran protagonismo. La nueva beneficencia incorporó al repertorio asistencial objetivos moralizadores, incorporando el trabajo como receta y excluyendo de la asistencia a los sanos. Las instituciones benéficas (hospicios, casas de maternidad, hospitales) se especializaron progresivamente, pero hasta entrado el siglo XX conservaron un carácter semipenal. A su vez, ofrecieron un carácter vergonzante que compartieron con otras formas benéficas no asilares, principalmente la asistencia domiciliaria, cuyos padrones de pobres incluyeron a la mayor parte de la población trabajadora. Quien pudo, evitó siempre el recurso a la beneficencia[23].

---

[23] VVAA, *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social,* Madrid, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales, 1988. I. Palacios Lis, «Moralización, trabajo y educación en la génesis de la política asistencial decimonónica», *Historia de la educación* 18, 1999. L. Abreu

El paternalismo industrial, que jugó antes del taylorismo (cuanto más después) a construir una identidad obrera supeditada a las necesidades de la producción, ha merecido atención creciente en España y no precisamente por su fracaso. En paralelo a las instalaciones, habitualmente levantadas desde las décadas de los setenta y los ochenta del siglo XIX a cierta distancia de núcleos previos, aplicó estrategias de fijación y disciplinamiento de la mano de obra más escasa, la cualificada. Desbordaban el espacio del trabajo y penetraban en la vida entera de los trabajadores, en la familia y en la infancia. Una serie de agentes patronales (médicos, profesores, sacerdotes, monjas, ingenieros, trabajadores de confianza) atendieron necesidades de diversa índole (vivienda, salud, escolarización, previsión) antes que ninguna instancia estatal. Trasladaron a *sus* trabajadores y a las familias de estos valores como la disciplina, la propiedad, la obediencia, el hogar y el ahorro. Por oposición, combatieron comportamientos como el absentismo, el ocio improductivo, la infidelidad, la rebeldía o las malas compañías[24].

Además de los patronos industriales que invirtieron en moralización, otras sensibilidades tachadas de *amarillas* por el obrerismo clasista se han incorporado al magma de lo obrero. Las prácticas del reformismo social, que apenas tuvieron apoyo estatal hasta los primeros años del siglo XX, en sus distintas versiones ideológicas, aspiraron a intervenir en la vida obrera y la cuestión social. Por la vía del higienismo, del ahorro popular, de las ligas antialcohólicas o contra la ignorancia, irrumpieron en la vida social española con algún predicamento. Con más éxito lo hizo el catolicismo social, un movimiento de largo recorrido e incómoda reducción institucional. En las décadas del cambio de siglo promovió ante todo la

---

(ed.), *Asistencia y caridad como estrategias de intervención social. Iglesia, Estado y Comunidad (siglos XV-XX),* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2007. J. Gracia Cárcamo, *Una nueva Babilonia de hierro. Desigualdad, pobreza y exclusión social en la primera modernización vasca,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2012.

[24] J. Sierra Álvarez, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917),* Madrid, Siglo XXI de España, 1990. M.ª D. Ferrero Blanco, *Capitalismo minero y resistencia rural en el suroeste andaluz. Río Tinto, 1873-1900,* Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 1994. R. Ruzafa Ortega, *Antes de la clase. Los trabajadores en Bilbao y la margen izquierda del Nervión, 1841-1891,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, pp. 171-224. C. Enrech Molina, *El Pla contra la Muntanya. La crisi de la industria téxtil del pla i la colonització fabril de la muntanya (1874-1904),* Lleida, Universitat de Lleida, 2003. G. García González, «Actitudes y respuestas de las empresas ferroviarias españolas frente a la cuestión social», *Tst* 18, 2010.

resignación. En algunos sentidos recuerda a la importancia que Thompson asignó a los metodistas, que apelaron a los trabajadores desde la pobreza y el rigorismo. Aquel catolicismo asignó en el último tercio de la centuria papeles nuevos en sus organizaciones (círculos de obreros, congregaciones especializadas, escuelas dominicales, sindicatos agrarios) a los seglares, aunque bajo el control directo de consiliarios diocesanos. Sus nuevos repertorios devocionales, con concentraciones de población, lo acercaron especialmente a las mujeres[25].

El campesinado estuvo hasta tarde apartado de los análisis históricos del cambio social en España, para el cual al parecer no estaba llamado. Refutada la irracionalidad de sus comportamientos, la historiografía ha desmontado los planteamientos de atraso permanente y de freno a la implantación del capitalismo. Ante la crisis agraria finisecular se acometieron esfuerzos de adaptación a las nuevas situaciones. En su momento Jaume Torras aludió a la incomprensión de universos mentales forjados en referencias de Antiguo Régimen y desechó el seguidismo ciego a clérigos y notables para explicar los movimientos contrarrevolucionarios. Más bien se produjo un autorreconocimiento de valores amenazados que cohesionaban la vida comunitaria. Podían ser económicos (abolición de rentas, acceso igualitario a tierras y monte) y extraeconómicos (lealtades, jerarquía familiar, igualdad en las honras fúnebres, códigos sexuales), y no es fácil deslindarlos. En el sur de España se asistió a mayores desapegos hacia los principios religiosos y la autoridad eclesiástica.

Desde principios del siglo XIX las bien diferentes comunidades campesinas (y pesqueras) españolas se adaptaron tanto como se enfrentaron a la desarticulación de la propiedad comunal. La mira-

---

[25] F. Montero García, *El primer catolicismo social y la Rerum novarum en España,* Madrid, CSIC, 1983. M.ª D. de la Calle Velasco, *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración,* Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989. R. Alcaide González, «La sociedad enferma. Higiene moral en España en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX», *Hispania* 191, 1995. J. R. Milán García, «El asociacionismo católico en 1900: un intento de aproximación», *Hispania Sacra* 102, 1998. M. Menor Currás, *Genealogía de un sueño burgués. El benéfico ahorro de los asalariados, 1834-1919,* Madrid, Endymion, 2008. E. Faes Díaz, «El marqués de Comillas: un banquero camino del altar», *Historia Social* 64, 2009. A. Vialette, «Peligros de un obrero lector: filántropos, editores y proletariado en la España del siglo XIX», *Revista de estudios hispánicos* 46 (2), 2012.

da historiográfica ha ido más allá de la protesta contra la privatización, protagonizada por los campesinos más pobres, pero no en solitario. Las disputas entre localidades vecinas por los aprovechamientos han caracterizado la época contemporánea. Al tratamiento de la tierra como mercancía, al hambre roturadora, se unió la combinación de recursos básicos generados en el entorno y proporcionados por el mercado. En amplias zonas de España se ha sustituido la tesis clásica de la proletarización del campo por la tesis de la campesinización, para la cual lo crucial es la permanencia de las comunidades agrarias con independencia de la propiedad de la tierra, del tipo de producción y de su destino. Se ha desarrollado la deferencia simulada del grueso de la población hacia los notables o caciques, siempre que estos cumplieran con su papel de defensores de la comunidad. La delincuencia social, con sus gradaciones y sus tipologías (bandolerismo, furtivismo), compaginó una vertiente de supervivencia con otra de desobediencia ritualizada[26].

Dos modelos de protesta, con sus respectivos repertorios, se solaparon en las décadas de entresiglos XIX-XX. Uno de ellos, el del motín y la cencerrada, venía de atrás, de las expresiones populares de descontento que requerían la reposición de la costumbre. La influencia thompsoniana es palpable. Venía de ser utilizado contra los impuestos, las situaciones de carestía o el reclutamiento, y se siguieron utilizando con esos objetivos. Alcanzaron intensidad en Jerez de la Frontera y Calahorra en 1892. Su violencia intimidatoria fue cada vez más simbólica. Fue tachado de espontáneo e irracional por los portadores de la modernidad y sus métodos organizados y

---

[26] J. Torras, «¿Contrarrevolución campesina?», en *Liberalismo y rebeldía campesina…, op. cit.,* M. González de Molina (ed.), *La historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros,* Madrid/Granada, Anthropos/Diputación Provincial de Granada, 2000. M. González de Molina y A. Ortega Santos, «Bienes comunales y conflictos por los recursos en las sociedades rurales, siglos XIX y XX», *Historia Social* 38, 2000. VVAA, *El pozo de todos los males…, op. cit.,* R. Congost, *Tierras, leyes, historia. Estudios sobre la «gran obra de la propiedad»,* Barcelona, Crítica, 2006. D. Soto Fernández y otros, «La protesta campesina como protesta ambiental, siglos XVIII-XX», *Historia Agraria* 42, 2007. Ó. Bascuñán Añover, *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural. Castilla-La Mancha, 1875-1923,* Valencia, Fundación Instituto Historia Social, 2008. A. Vives Riera, «Carlismo y caciquismo: las subjetividades campesinas en la historia contemporánea de España», *Ayer* 83, 2011. G. Alonso, «Dudas y desencantos de una sociedad civil emergente. La secularización de la España rural decimonónica», en T. M.ª Ortega López y F. Cobo Romero (eds.), *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales,* Granada, Comares, 2011, pp. 1-20.

científicos, la huelga y la manifestación principalmente. Pero los movimientos obrero o republicano lo rentabilizaron, acaso a su pesar, para cohesionar a su base social mientras daban el salto a la actuación a escala nacional. Mencionaremos los sucesos de 1888 en Riotinto y el denominado motín de los alquileres de 1905 protagonizado por mujeres en los barrios fabriles de Baracaldo[27].

Las aportaciones de la Historia cultural resultan refrescantes en el panorama historiográfico. Pero otras constantes, no necesariamente inmanentes, siguen siendo útiles para el conocimiento. Las condiciones materiales, nunca olvidadas por Thompson, han pasado a un segundo plano en la historia obrera o popular, también en España. Sin embargo, aunque exageradas y uniformizadas en términos de carencias sin cuento, formaron parte de las vivencias de amplias capas de población. Los estudios para el siglo XIX, sobre todo para su primera mitad, se han topado con graves dificultades en cuanto a fuentes. El esfuerzo en el tiempo de trabajo y los ingresos condicionaron la calidad de la alimentación a lo largo de la vida, y esta el crecimiento y la resistencia a las infecciones. La historia sobre indicadores antropométricos, muy principalmente la talla de los varones en el momento de su reclutamiento militar, viene concluyendo que los estados nutricionales de la mayor parte de la población cayeron o se estancaron en la segunda mitad del siglo XIX. Llamativamente viene descartándose la denominada penalización urbana, y los indicadores son peores para las áreas rurales[28]. Detrás de esta situación se comprende la persistencia del éxodo a las ciudades aún antes del salto de escala migratoria en la

---

[27] C. Gil Andrés, «Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura», *Historia Social* 23, 1995. C. Serrano, *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910),* Barcelona, Península, 2000. F. Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923,* Madrid, Cinca, 2006. V. Lucea Ayala, *El pueblo en movimiento. La protesta social en Aragón (1885-1917),* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009. J. Á. Redondo Cardeñoso, *1904. Rebelión en Castilla y León,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013.

[28] J. M. Martínez Carrión (ed.), *El nivel de vida en la España rural (siglos XVIII-XX),* Alicante, Universidad de Alicante, 2002. Estudios regionales en *Historia Agraria* 47, 2009. R. Garrabou Segura y X. Cussó Segura, «La transición nutricional en la España contemporánea: las variaciones en el consumo de pan, patatas y legumbres (1850-2000)», *Investigaciones de Historia Económica* 7, 2007. J. M. Martínez Carrión, «La talla de los europeos, 1700-2000: ciclos, crecimiento y desigualdad», *Investigaciones de Historia Económica* 8 (3), 2012.

década de de los ochenta del siglo XIX. Imposible olvidar las páginas dedicadas en *La formación…* a los irlandeses, que en Inglaterra «mantenían un nivel de vida fijo, un poco superior al que tenían en su propio país, pero carecían de las virtudes puritanas de la economía y la sobriedad».

Las experiencias de la enfermedad y de la muerte, en sus versiones endémicas o epidémicas, dejaron marcas físicas y mentales. En algunas zonas, como las mineras, formaron parte de lo cotidiano. La demografía histórica concluyó que los picos de mortalidad, incluyendo índices de mortalidad infantil escalofriantes, se alcanzaron en las áreas industriales clásicas en los últimos años del siglo XIX, justo antes de que se acometiese la transición sanitaria (alcantarillado, mataderos, laboratorios) y antes de la medicalización que caracteriza al siglo XX. En España el incremento de la población, la denominada transición demográfica, con sus correlatos culturales acerca del control de la natalidad, se culminó con la nueva centuria[29]. Los intereses creados y las diferencias sociales se respiraron al respecto de la calidad y variedad de los alimentos, de si se vestía de primera o segunda mano, del abrigo ante las inclemencias del clima en la vivienda, del tiempo que requerían los desplazamientos, del abastecimiento de agua, del acceso a atención médica y farmacéutica. Esas experiencias pesaron en las percepciones y los comportamientos aunque no estuvieran escritos de antemano. Hoy también pesan.

---

[29] A. Menéndez Navarro, *Un mundo sin sol. La salud de los trabajadores de las minas de Almadén, 1750-1900,* Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996. Dossier «La acción social de la medicina y la construcción del sistema sanitario en la España contemporánea», *Trabajo social y salud* 43, 2002. A. Sanz Gimeno *et al.,* «El análisis histórico de la mortalidad por causas: problemas y soluciones», *Revista de Demografía Histórica* 21 (1), 2003. D. Reher, «La transición demográfica en el mundo mediterráneo», en VVAA, *Población y desarrollo en el Mediterráneo. Transiciones demográficas y desigualdades socioeconómicas,* Barcelona, Icaria, 2009. V. Pérez Moreda, «El miedo ante la epidemia en los tiempos modernos y contemporáneos», en VVAA, *El miedo en la historia,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013.

VIII. EL ECO DE LA OBRA DE THOMPSON EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DEL MOVIMIENTO OBRERO SOBRE EL SIGLO XX

José Antonio Pérez Pérez

I

Hace ya algunos años, la profesora Ángeles Barrio publicó un artículo en la revista *Historia Social* centrado en los estudios sobre la clase y el movimiento obrero durante los años noventa del pasado siglo. El texto aportaba un dato revelador acerca de la tardía influencia que tuvieron en la historiografía social española algunas de las obras de referencia publicadas en los años sesenta del siglo XX. De los libros que el historiador H. W. Sewell citaba en su momento como determinantes para su propia reflexión sobre la Historia social: *The Making of English working class,* de E. P. Thompson, (1963); *The Vendée,* de Charles Tilly (1964) y *Property and Progress,* de Stephan Thernstrom (1964), la obra de Thompson llegó a España 14 años más tarde y en los otros dos casos ni siquiera se tradujeron en su momento[1]. Las primeras referencias al autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* aparecieron publicadas en nuestro país a mediados de los años setenta, aunque aún tardarían una década en extenderse dentro de la universidad española[2].

La conmemoración del cincuenta aniversario de la publicación de *La formación…* –así conocimos por aquí la majestuosa obra de E. Palmer Thompson– ha servido, entre otras cosas, para que los apasionados lectores de aquel libro que tanto nos conmovió, hagamos un cierto ejercicio de memoria. Lógicamente cada uno de nosotros, por su edad y condición, conoció el trabajo del historiador británico en una determinada época y circunstancias. En nuestro

---

[1] Á. Barrio, «¿Clase obrera y movimiento obrero. Dos compañeros inseparables?», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 30, 2008, p. 90.

[2] Una de las primeras referencias a este trabajo se publicó en aquel texto de J. Fontana, *La historia,* Barcelona, Salvat, 1973, que se convirtió rápidamente en un clásico. Poco más tarde aparecería también citado en E. J. Hobsbwam, «Història del traball i ideología», *Recerques. Història, economia i cultura* 5, 1975, pp. 7-20 y J. Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina (1820-1823),* Barcelona, Ariel, 1976.

caso, para quienes cursábamos los últimos años de la carrera de Geografía e Historia en la facultad de Vitoria-Gasteiz de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU), la lectura de la obra de Thompson fue, como popularmente se suele decir, un soplo de aire fresco o como ponerse «unas gafas para ver el mundo». Los estudiantes de historia, sobre todo aquellos que optamos por la Edad Contemporánea, lo vivimos con un interés especial. Probablemente en su momento no fuimos tan conscientes del contexto en que nos llegó aquella obra, pero hacemos hoy esa lectura cuando algunos –pocos, todo hay que decirlo– hemos terminado, después de todo, dedicándonos a esta profesión que trata de comprender y explicar cómo fue nuestro pasado.

La obra nos llegó a finales de los años ochenta del pasado siglo, gracias en gran medida al profesor de la UPV/EHU, Luis Castells. Aunque no correspondía a nuestro grupo solíamos asistir a sus clases desertando de otras que nos interesaban menos, precisamente porque «hablaba de cosas interesantes», o al menos así se decía entre los estudiantes. Gracias a él y a sus discípulos, como Antonio Rivera, José María Ortiz de Orruño o José María Portillo, comenzamos a introducirnos en aquella historiografía social británica y a familiarizarnos con los primeros textos de E. P. Thompson[3]. Lo que escuchamos y leímos nos deslumbró por lo sugerente de sus propuestas, por sus nuevos enfoques y, en definitiva, por todo lo que ello suponía. Era aquella historia «contada desde otro punto de vista» que nos parecía tan atractiva, la que se constituyó en el

[3] Conmemoramos en este trabajo la publicación de la obra de E. P. Thompson, pero al menos en nuestro caso –y entendemos que es extensible para muchos de nuestros colegas, sobre todo para los que pertenecemos una determinada generación–, compartimos la lectura de otros celebrados textos del mismo autor, como E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1979 y de otros historiadores que nos impactaron de forma decisiva, como E. J. Hobsbwam, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera,* Barcelona, Crítica, 1987, lo que nos llevó a rastrear sus anteriores obras, como *Rebeldes primitivos: estudios de las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX,* Barcelona, Ariel, 1974 y a interesarnos por todo aquel grupo, gracias a trabajos como los de H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989 (con edición y presentación a cargo de J. Casanova), y al importante eco que tuvieron aquellos textos y debates gracias a la traducción de los conocidos trabajos en la revista *Historia Social:* E. Genovese y E. Fox, «La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y sujeto», *Historia Social* 1, 1988, pp. 77-114.

banderín de enganche para que algunos finalmente nos dedicásemos a este oficio.

Los estudiantes de historia aprendimos por entonces que la trascendencia de una obra en gran medida también depende del contexto en que se difunda. A mediados de años ochenta Euskadi vivía inmersa en un clima de violencia política y social; sí, también social, aunque a veces se nos olvida. ETA y toda la violencia que la rodeaba estaban presentes en nuestras vidas de un modo u otro. La organización terrorista había comenzado aquella década dejando un terrible rastro de sangre que tan solo en 1980 rondó el centenar de víctimas mortales[4]. Fue sin duda el momento más dramático de nuestra historia reciente, cuando nos vimos atrapados en una vorágine de asesinatos, amenazas, chantajes, persecuciones e intervenciones policiales que hicieron de aquella época un periodo terrible donde la violencia política impregnó todos los poros de la vida cotidiana. Pero también nos vimos atrapados en un contexto social marcado por todas aquellas manifestaciones de trabajadores que trataban de responder con desesperación a los expedientes de crisis presentados por las empresas y las duras políticas de reconversión industrial que habían impulsado los primeros gobiernos socialistas[5].

Quienes acudíamos desde Bilbao a diario a la Facultad de Geografía e Historia en el campus de Álava vivimos en directo los últimos coletazos de aquellos terribles enfrentamientos en el Puente de Deusto entre los trabajadores del astillero de Euskalduna y la policía. A pesar de la dureza y determinación de las luchas obreras la suerte estaba echada para la industria pesada de la zona. Los cientos de manifestaciones que se realizaron, los encierros, las protestas y las *marchas de hierro* hacia Madrid sirvieron probablemen-

---

[4] Una primera aproximación sobre el clima de violencia política en los años ochenta en Euskadi en C. Carnicero y J. A. Pérez, «*Los años de plomo.* La radicalización de la violencia política durante la transición en el País Vasco», en *Historia del Presente* 12, 2008, pp. 111-128. Un estudio mucho más exhaustivo y profundo sobre las víctimas mortales que dejó el terrorismo, y más en concreto, el de ETA en F. Domínguez, R. Alonso y M. García, *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA,* Barcelona, Espasa, 2010.

[5] J. A. Pérez, «Una sociedad en transformación (1982-1996)», *Ayer,* 2011, pp. 99-127. Sobre este tema véase también J. A. Pérez, «El espacio urbano y el movimiento obrero en el Gran Bilbao en el desarrollismo franquista», en J. Tébar Hurtado (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica,* Barcelona, Viejo Topo, 2011 y el documental *Crónicas de la Margen Izquierda,* Bilbao, Icaria multimedia, 2011.

te para lograr una salida digna para aquellos trabajadores, al menos para los de las grandes factorías, pero no evitaron el cierre de las empresas. En pocos años todo aquel inmenso paisaje levantado desde el último tercio del siglo XIX se vino abajo como si se tratase de un castillo de naipes. Y con él se derrumbó toda una sociedad que había nacido y crecido al calor de aquella industria. Durante décadas las grandes empresas siderúrgicas y de construcción naval habían proporcionado trabajo a varias generaciones de trabajadores, reproduciendo verdadera sagas de obreros en cada fábrica. Algunas empresas sobrevivieron a aquel desastre, como Babcok Wilcox o La Naval, pero jamás volvieron a significar lo que fueron en una época. Otras, como la gigantesca Altos Hornos de Vizcaya, santo y seña de la industrialización de la provincia, languidecieron lenta pero inexorablemente hasta la última colada que salió de sus tripas a finales de los noventa[6]. Los pueblos y barrios obreros de la zona se vieron arrastrados en su caída.

Y comenzó el hundimiento. El tejido industrial y social que se había extendido durante más de un siglo se desgarró y desapareció en apenas una década. En poco tiempo se convirtió en un mugriento y oxidado paisaje postindustrial. En algunas localidades de la zona el índice de desempleo llegó a registrar un 30 por 100 de la población activa. Cientos de pequeños talleres, tiendas, bares y sencillos negocios familiares tuvieron que cerrar. Fueron las víctimas silenciosas, anónimas y olvidadas de la crisis. Todos aquellos espacios de sociabilidad que habían sido el escenario de la estrecha relación que se fue tejiendo entre los trabajadores durante décadas fueron literalmente arrasados. Barridos. Miles de personas sobrevivieron gracias al persistente colchón familiar y a la economía sumergida. Comenzó el deterioro urbanístico, la formación de verdaderos guetos sociales y la extensión de la heroína y la delincuencia que habían empezado a hacerse presentes unos pocos años antes. Las plazas de los pueblos obreros que antaño fueron testigo de multitudinarias asambleas se convirtieron en el escenario interminable de cientos de *lunes al sol.* Fue el final de toda una época.

---

[6] La crisis de los años setenta del siglo XX afectó especialmente a la siderurgia integral. Tras la última reconversión de 1985, Altos Hornos de Vizcaya se especializó en la producción de bobina, actividad que se mantuvo hasta el definitivo cierre de la cabecera el 2 de julio de 1996, fecha en que se registró producción de la última colada de arrabio, véase [http://historiastren.blogspot.com.es/2013/12/los-trenes-de-los-altos-hornos-de.html].

II

Todo lo anterior puede parecer un innecesario ejercicio de memoria que se mueve entre la nostalgia de un mundo perdido y la épica obrerista. Creo sinceramente que no es así y sirve, sobre todo, para reconstruir de algún modo un determinado contexto; el mismo en que leímos aquella obra que hablaba de «la formación de la clase obrera», paradójicamente cuando asistíamos a la desaparición en vivo y en directo de la clase obrera en nuestra zona, un fenómeno que nos hizo reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo y sobre cómo había empezado todo aquello, 150 años atrás. El hecho de que una buena parte de quienes llenábamos aquellas aulas de la UPV/EHU fuéramos hijos de trabajadores, sin duda ayudó a ello[7].

Mientras tanto, en la universidad –y en el resto del mundo– pasaban muchas cosas. Algunas, pocas, tenían que ver con todo lo anterior, como la huelga general de 14 de diciembre de 1988, y marcaron sin duda un hito en el movimiento obrero, siempre necesitado de referencias simbólicas. Las protestas contra el famoso plan de empleo juvenil se hicieron extensivas a toda la política económica y social impulsada durante los últimos años por los gobiernos socialistas. Los debates que se produjeron en aquellas asambleas de estudiantes contribuyeron a descongestionar las eternas y repetitivas discusiones sobre supuestos presos políticos y derivados del monotema que nos ha ocupado durante las últimas décadas en Euskadi.

Pero, como apuntábamos, ocurrieron otras muchas cosas en aquellos años. La caída del muro de Berlín se produjo al comienzo de nuestro último curso en la facultad y para algunos de aquellos historiadores en embrión el acontecimiento supuso un enorme impacto, que fue aún mayor para los sectores que militaban o al menos se situaban ideológicamente a la izquierda del Partido Socialista Obrero Español. La caída del muro y la posterior descomposición del sistema comunista nos sorprendieron tan desprovistos de he-

---

[7] Algo hubo, al menos en nuestro caso, de aquello que comentó en su momento E. J. Hobsbawm «El típico historiador de la clase obrera es un investigador o profesor universitario […] Como tal el historiador se encuentra en un punto en el que confluyen la política y los estudios académicos, el compromiso práctico y la comprensión teórica, la interpretación del mundo y el deseo de cambiarlo», E. J. Hobsbawm, «Historia de la clase obrera e ideología», en *El mundo del trabajo,* p. 11.

rramientas interpretativas como a todo ese ejército de científicos sociales que se apresuró a explicarnos las bondades del nuevo mundo. Para ello nos demostraron la inviabilidad del sistema comunista, exponiendo con infalibles argumentos las razones que habían llevado a todos aquellos regímenes políticos a su desaparición. El clima ideológico y social que se había generado tras la victoria de Ronald Reagan y Margaret Thatcher ayudó a ello. La publicación del famoso artículo de Francis Fukuyama *El fin de la historia* en la revista *The National Interest,* enunciado aún en forma de interrogación, nos revelaba como sería el mundo a partir de entonces. En 1992 aquel artículo se transformó en un libro, en un verdadero *betseller* político que pasó a convertirse en texto de cabecera de aquella nueva realidad victoriosa y autocomplaciente surgida de las cenizas del comunismo[8]. Como es sobradamente conocido, Fukuyama pronosticaba el triunfo definitivo del liberalismo económico y político, una vez derrotados sucesivamente los totalitarismos fascistas y comunistas. Como recordó años más tarde Antonio Elorza:

> En la estela de Hegel, la propuesta significa que una historia de dos siglos de enfrentamientos ha terminado y que una vez superados definitivamente el liberalismo solo tropezará en lo sucesivo con enemigos menores, de origen nacionalista o religioso. El mundo desarrollado, al haber sido eliminadas las contiendas del pasado, será en consecuencia posthistórico, quedando la historia como rémora para aquellos países que siguen apresados en conflictos ideológicos, nacionales o religiosos. El conflicto principal puede surgir de la posible divergencia entre la evolución positiva de los sistemas sociales y políticos, con un punto de llegada bien preciso –«la democracia liberal constituye la mejor solución al problema humano»– y la evolución del pensamiento de la modernidad, cargado de confusión respecto de ese proceso. La insatisfacción no surgirá, piensa, del fracaso en alcanzar el bienestar, sino precisamente entre quienes lo han logrado. La tensión interna en las democracias liberales no procederá de la *isothymia,* el deseo a un reconocimiento igualitario, sino de la *megalothymia,* la ambición de destacar realzando el propio valor[9].

---

[8] F. Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre,* Barcelona, Planeta, 1992.

[9] A. Elorza, «El fin de la historia», *El País,* 4 de noviembre de 2006.

III

Eran tiempos revueltos, también para la historiografía, que no podía ser impermeable ni permanecer impasible frente a todos esos cambios que anunciaban precisamente el fin de la historia. Tan solo había transcurrido un mes desde aquel 9 de noviembre de 1989 cuando nuestro departamento celebró en Vitoria-Gasteiz el Primer Congreso Internacional de Historia Contemporánea. Su título no podía ser más gráfico: *Cambios sociales y Modernización.* La celebración de aquel congreso causó una gran expectación, al menos entre los estudiantes del último curso de la carrera de Historia[10]. Las actas de aquel congreso no tardaron en publicarse. Finalmente aparecieron en el cuarto número de la revista *Historia Contemporánea.* El profesor Tuñón de Lara, por entonces ya catedrático emérito de la universidad del País Vasco, recordaba en la presentación del congreso los motivos que habían llevado a nuestro departamento a organizar aquel encuentro y desgranaba desde su perspectiva los dos conceptos sobre los que gravitaba el *leivmotiv* de aquella reunión de historiadores:

> Cambio social, decimos; locución de moda en los últimos decenios, que tiene dos componentes; uno el cambio –diferencia entre un pasado y un presente– fundamental en nuestro oficio como señaló Marc Bloch; el componente social es mucho más impreciso y puede hacernos caer en varias emboscadas intelectuales. Ciertamente, si lo social se refiere a «sociedad» sus connotaciones van mucho más lejos; en el siglo XIX los partidarios de «lo social», ya fuesen socialistas o anarquistas, querían significar con ello la revolución social, que suponía la transferencia del poder de una o más clases sociales a otras. Así se dijo en la Comuna de París, en la Primera Internacional, etcétera[11].

Pero si el concepto de cambio social levantaba las suspicacias del viejo profesor, no menos incómodo parecía el término *modernización,* tan en boga en aquellos momentos.

---

[10] Hasta entonces nuestra experiencia en materia de congresos se había reducido a la asistencia a uno de aquellos Coloquios de Historia Contemporánea en Cuenca organizados por Manuel Tuñón de Lara.

[11] M. Tuñón de Lara, «Presentación del congreso», en *Historia Contemporánea* 4, *Cambios sociales y modernización. Congreso Internacional de Vitoria de Historia Contemporánea* (1990), p. 11.

> […] ¿Qué será pues esa modernización que todos buscamos y de la que todos hablamos? Sabemos que su principal agente es la industrialización y su hermana la urbanización, pero su realidad es mucho más compleja y extensa. Se trata de un proceso económico y tecnológico que incide en la estructura y componentes de la sociedad concretas y acaba por incidir en las estructuras ideológicas, valores y en todo vasto espectro de representaciones mentales. […] En resumen, ofrecemos hoy el término modernización, así como el de cambios sociales a conciencia de que se trata de módulos formales que pueden ser interpretados de muy diversa manera. Dentro de ellas pueden coexistir diferentes pero no pueden reemplazar a estas. Porque hasta ahora se han situado en la intemporalidad, o bien en polo opuesto, no han pasado de ser modelos de uso en países del Tercer Mundo y elaborados con óptica atlántica o etnográfica etnocentral. Hace aún falta para los historiadores un intento por adecuar esos conceptos a procesos históricos con nombre, suelo y fecha que no sean simples «llaves maestras» con las que puedan abrirse todas las puertas […][12].

Las palabras de Tuñón de Lara constataban la situación que se vivía en aquellos momentos. En ese mismo congreso y como prueba de ello se presentó una ponencia titulada «El comportamiento de los trabajadores en la sociedad industrial vasca» (1876-1936), firmada por los profesores Luis Castells, José Javier Díaz Freire, Félix Luengo y Antonio Rivera. En el texto aparecía de una forma muy nítida la influencia de Thompson al referirse al proceso de la formación de la clase obrera, donde se valoraba de forma específica la influencia de la experiencia.

> En cualquier caso no son factores estructurales las únicas realidades operativas en el proceso de formación de la clase, y otros elementos más dinámicos influyen asimismo en el proceso. Las experiencias que van acumulando los trabajadores, las mediaciones ideológicas dominantes, las tradiciones existentes en cada zona […] son, entre otros, aspectos que asimismo inciden en la evolución de la clase[13].

---

[12] *Ibid.*

[13] L. Castells, J. J. Díaz Freire, F. Luengo y A. Rivera, «El comportamiento de los trabajadores en la sociedad industrial vasca (1876-1936)», *Historia Contemporánea* 4,

La declaración de intenciones de aquella simple nota a pie de página estaba en sintonía con la evolución que se había comenzado a producir en los estudios sobre el movimiento obrero durante los últimos años. Algunas de las revistas más señeras publicaban artículos que trasladaban las aportaciones de Thompson y ello, sin duda, contribuyó también a popularizar los planteamientos del historiador británico. Entre ellos podríamos citar, sin ánimo exhaustivo, los trabajos de Vitorio Capecchi y Adele Pesce o los de Ellen Meiksins, por poner dos ejemplos que tuvieron también una cierta difusión e impacto en la universidad de mediados de los años ochenta[14].

Destacamos en este texto la importancia que tuvo la difusión de la obra de Thompson, pero no todas las aportaciones procedían de este autor precisamente, ni siquiera de la historiografía marxista británica. En nuestro ámbito, tanto vasco como español, la aparición unos años antes de las obras de Juan Pablo Fusi y de Ignacio Olábarri constituyeron dos novedades decisivas en este proceso de renovación y ninguna de las dos parecía hacerse eco del trabajo de Thompson, ni del grupo de aquellos historiadores británicos, lo que resultaba significativo[15]. A pesar de ello las dos obras, desde planteamientos diferentes, contribuyeron en gran medida a profundizar en una reflexión que ponía en tela de juicio los estudios realizados hasta entonces sobre esta cuestión. Su publicación tuvo en España diferentes respuestas, desde las más receptivas hasta las más críticas, encabezadas, por ejemplo, por el propio Tuñón de Lara anteriormente citado[16].

Pero si el trabajo de Thompson, nos sedujo por su amplitud y trascendencia, por su profundo y fino análisis de toda una época, por aquel admirable análisis de las fuentes, habría también que des-

---

1990, p. 319. Y para apoyar sus argumentos se citaba uno de los recientes trabajos aparecidos por entonces sobre el tema; el de W. H. Sewell, «How clases are made: critical reflections on E. P. Thompson's theory of working-class formation», en *E. P. Thompson. Critical Perspectives,* Cambridge, 1990.

[14] V. Capecchi y A. Pesce, «Si la diversidad es un valor», *Debats* 10, diciembre de 1984, y E. Meiksins, «El concepto de clase en Thompson», en *Zona Abierta* 32, julio-septiembre de 1984.

[15] J. P. Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923),* Madrid, Turner, 1975, e I. Olábarri, *Relaciones laborales en Vizcaya (1890-1936),* Durango, Leopoldo Zugaza, 1978.

[16] Á. Barrio, «Clase obrera y movimiento obrero. ¿Dos compañeros inseparables?», en *Cuadernos de Historia Contemporánea* 30, 2008, pp. 83 y ss.

tacar la importancia de un artículo que fue mucho más que eso, sobre todo por la influencia que tuvo en poco tiempo en la historiografía española. Nos referimos, claro está, al *manifiesto* de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma[17]. Como es sobradamente conocido, y no abundaremos en ello, ambos autores desnudaron en este texto las carencias y limitaciones de la historiografía española centrada en el estudio del movimiento obrero e hicieron una serie de reflexiones y propuestas al respecto. Algunas de ellas, además, trascendían del tema concreto del movimiento obrero para situarse en el epicentro de un debate de mayor calado. En aquel texto se apostaba claramente por una renovación que acotara el final de la transición a la democracia en la historiografía española, de modo que aquel pasado tan traumático y reciente no estuviera al servicio de afirmaciones y ni de determinados proyectos políticos. Ello implicaba un necesario distanciamiento frente a los objetos de estudio y un análisis exclusivamente orientado por preocupaciones científicas. Otro de los aspectos importantes era la *reivindicación del sujeto* dentro de los análisis históricos y especialmente dentro de la Historia social, un elemento que sería fundamental en los estudios posteriores e incluso en la propia evolución de determinados paradigmas historiográficos. A pesar del impacto –más que el debate– que provocó aquel artículo publicado en *Revista de Occidente* en su momento, diez años más tarde buena parte de las expectativas que levantó no habían llegado, a juicio de varios historiadores, a concretarse en una verdadera renovación historiográfica[18].

Ese mismo año se publicó en el primer número de la revista *Debats* una mesa redonda sobre «Movimientos sociales», aprovechando el primer encuentro de historiadores sociales celebrado un

---

[17] J. Á. Junco y M. Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», en *Revista de Occidente* 12, 1982, pp. 19-41.

[18] Aunque esta cuestión siempre ha sido polémica y ha dado lugar a diversas controversias. Véase a este respecto S. Juliá, *Historia Social, Sociología Histórica,* Madrid, Siglo XXI de España, 1989; J. Casanova, *La Historia Social y los Historiadores,* Barcelona, Crítica, 1991. Para un balance de este asunto pueden consultarse también, entre otros: C. Forcadell, «Los movimientos sociales en la historiografía social española», en *Historia Contemporánea* 7, 1992, pp. 101-116; Á. Barrio, «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», en *Historia Social* 37, 2000, pp. 143-160; S. Gálvez Biesca, «El movimiento obrero en la España del siglo vivido. Del "sujeto político" al "nuevo precariado"», en *Cuadernos de Historia Contemporánea* 30, 2008, pp. 199-226; S. Gálvez Biesca, «La extraña derrota de la clase obrera», en *Papeles de la FIM* 26/27, 2008, pp. 79-112.

año antes en Valencia, con la presencia de Juan José Castillo, Santiago Castillo, Josep Termes, José Álvarez Junco, Santos Juliá, Carlos Forcadell, Manuel Pérez Ledesma, José Antonio Piqueras, Aurora Boch, Javier Paniagua, M. Cerdá y S. Forner, donde se expresan unas conclusiones muy similares, aunque con matices a las manifestadas en el famoso texto de *Revista de Occidente*[19].

IV

Probablemente fue en este terreno donde las nuevas perspectivas sobre estas cuestiones abrieron un campo de investigación más prometedor. La vieja historia del movimiento obrero en España, que ya habían criticado con dureza en su artículo Álvarez Junco y Pérez Ledesma, limitada en muchas ocasiones a un estudio de las organizaciones y la épica de los conflictos, dio paso a una perspectiva histórica donde se reivindicaba el protagonismo del sujeto y de los trabajadores comunes, con sus actitudes y sus particulares códigos de comportamiento, nos ofrecía nuevas claves para comprender un mundo tan complejo como el obrero, donde las militancias y las huelgas formaban parte de una realidad y de una expresión pero en ningún caso agotaban la cuestión. En ese sentido los estudios de Thompson resultaron tremendamente atractivos y sugerentes porque incidían en un aspecto fundamental: la existencia de unas redes de relaciones sociales, es decir, de sociabilidad, que eran previas a la formación y expresión de las identidades, pero también abrieron brecha para el estudio de fenómenos tan complejos como el del paternalismo industrial, la relación de los trabajadores con su entorno, los mecanismos de control social y un largo etcétera.

---

[19] Como ha recordado C. Barros, C. Forcadell prefiere hablar de «segunda recepción» de la historiografía europea del movimiento obrero, considerando que –en comparación con Europa– la historia del movimiento obrero español era todavía débil: «incluso remitiéndonos al plano institucional, al estudio de los partidos, de los grupos dirigentes». S. Juliá a continuación insiste: «como ejemplo de que aquí no se ha hecho historia institucional, recordemos que no tenemos una historia del Partido Comunista como la que los italianos tienen [y seguimos sin tenerla]. Me da la impresión de que estamos apurando una historia que no hemos hecho», en C. Barros, «El retorno del sujeto social en la historiografía española», Ponencia presentada en el III Congreso de Historia Social, *Estado, protesta y movimientos sociales,* Vitoria (España), 3-5 de julio de 1997.

La obra de Thompson (en realidad tendríamos que hablar en plural, porque su influencia no se limita evidentemente a su espléndida *The making…*), introdujo también otro elemento fundamental que resultó decisivo, sobre todo para aquellos que trabajamos acerca de un periodo contemporáneo tan alejado de los siglos XVIII y XIX que había estudiado Thompson. Como ha recordado la profesora Ángeles Barrio, «la movilización planteada en términos de intereses políticos introdujo a un nuevo actor, el Estado, frente al cual los grupos organizados desplegaban la acción colectiva»[20]. Cierto es, como se ha advertido, que se trataba de una presencia y de un actor muy diferente para el caso de España, pero este fue sin duda, también un argumento especialmente útil para los historiadores españoles de los años noventa.

Pero sin duda alguna fue el tema de «la experiencia», como fuente determinante de identidades el que marcó de forma decisiva a los estudios que comenzaron a realizarse a partir de aquellos momentos sobre el movimiento obrero en España. Fue, como se ha comentado, un vehículo idóneo, y a la vez un instrumento que permitió el tránsito desde aquella historia clásica –y en muchos casos militante– del movimiento obrero hacia otras visiones del mundo del trabajo y los trabajadores. Los enfoques que propugnaba E. P. Thompson ejercieron una enorme capacidad de atracción en las nuevas generaciones de historiadores que se estaban formando a finales de los años ochenta y principios de los noventa. A partir de ese planteamiento tan abierto, que rompía con los viejos conceptos del estructuralismo marxista, las experiencias identitarias se convirtieron en la clave del discurso histórico sobre la clase obrera. Esa experiencia compartida, es decir, trasmitida y contrastada entre los trabajadores habría de resultar determinante a la postre, sobre todo para aquel proyecto de historiadores que comenzaba a mostrar su interés por el mundo del trabajo y los trabajadores. Thompson nos proponía la experiencia compartida y las manifestaciones culturales como determinantes de la conciencia en el estudio de la formación de la clase. Fue mucho más que una propuesta; fue una aportación que ampliaba y abría el análisis de la historia obrera. Como se ha afirmado, «las protoculturas de clase, tanto en el medio agrario como en el industrial y sus diversas manifestaciones, tanto en el siglo XIX como en el XX podrían ser integradas en un análisis mucho

[20] Á. Barrio, «Clase obrera y movimiento obrero», *op. cit.,* p. 90.

más amplio y matizado, convirtiendo en Historia social la historia obrera»[21]. Sin duda alguna aquella fórmula tan abierta y sugerente tenía muchas posibilidades pero también podía dar lugar a ciertos desenfoques e incluso a no pocas contradicciones.

Como ha escrito Carlos Forcadell «sería a partir de la experiencia pero también de modo interrelacionado con las acciones de protesta y los ensayos organizativos» como se irá creando una «cultura y una identidad de clase trabajadora» a principios del siglo XX, «cuando las referencias organizativas, doctrinales y culturales de los trabajadores se van haciendo comunes, se nacionalizan, se van consiguiendo integrar y van consiguiendo integrar experiencias tan diferentes como locales como individuales de los agentes sociales»[22].

V

La obra de Thompson llegó tarde a España, en los años ochenta, cuando ya se había producido el debate y la crítica en el mundo anglosajón[23] y ese retraso también se hizo notar. Sin embargo en poco tiempo la historiografía social española trató de ponerse al día[24]. No se trataba de romper únicamente con determinados planteamientos deterministas, con viejas concepciones del marxismo más ortodoxo. Había que buscar y desarrollar nuevas formas de interpretación y aquella no fue una tarea fácil. Pero, además, este retraso en la influencia de Thompson hizo que la incidencia de su obra, y en realidad la de toda la historiografía marxista británica, llegase a la universidad española casi de forma simultánea a la influencia de la teoría sociológica. Como acertadamente ha apuntado el profesor Julián Casanova: «no había tradición histórica que reivindicar y la edad contemporánea era, con la excepción de algunos oasis dispersos, un desierto inexplorado. Se abrió un proceso de

---

[21] *Ibid.*

[22] C. Forcadell, «Sindicalismo y movimiento obrero. La recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», en M. Ortiz Heras, D. Ruiz González e I. Sánchez Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea,* Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2001, p. 259.

[23] R. Aracil y M. García Bonafé, «Marxismo e Historia en Gran Bretaña», en R. Johnson *et al., Hacia una historia socialista,* Barcelona, Serbal, 1983.

[24] Á. Barrio, «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social* 37, 2000, p. 153.

rápida y desordenada asimilación de modas y corrientes surgidas en otros países»[25]. Probablemente hubo en todo ello algunas imposturas y una cierta dosis iconoclasta que trataba de derrumbar definitivamente los viejos mitos.

Mientras se abandonaba, a veces de forma tajante y precipitada –y en muchos casos sin haber llegado verdaderamente a desarrollarla– la «vieja historia del movimiento obrero», con sus huelgas, sus líderes y sus organizaciones –que más hubiéramos querido en España que haber podido disponer de esa historiografía militante de la que gozaban en otros países de nuestro entorno–, se abrazó un nuevo enfoque que trataba de incorporar aquellos aspectos que cada historiador entendía más útiles para resolver sus propios problemas de análisis. Y todo ello sobre una realidad que se percibía ahora mucho más compleja y llena de matices como la del mundo obrero.

No hubo demasiados esfuerzos teóricos en este viaje. Las teorías de los movimientos sociales y de la acción colectiva fueron, como se ha comentado en más de una ocasión la profesora Ángeles Barrio, como «una tabla de salvación»[26]. Ello, aparentemente, sirvió para dar respuesta más o menos convincente a nuevas preguntas aun a riesgo de forzar los análisis, las hipótesis e incluso las fuentes de documentación. A lo largo de este proceso, que nunca caminó en una sola dirección, el movimiento obrero, articulado tradicionalmente a partir de las luchas sindicales, pasó de ser aquel motor de la historia a convertirse en un movimiento social más, y significativamente, en un movimiento «viejo» –y un motor algo gripado si se nos permite la expresión– frente a al poderoso empuje de los «nuevos» que se habían hecho presentes en la reciente historia contemporánea. El ecologismo, el feminismo o el movimiento ciudadano parecían haber tomado el relevo. Este proceso pudo desdibujar la importancia de la influencia de la obra de Thompson, mucho más presente en los trabajos sobre el movimiento obrero que en los centrados en todos aquellos nuevos movimientos sociales más marcados por la teoría sociológica[27]. En todo caso, la incor-

---

[25] J. Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?,* Barcelona, Crítica, 1991, p. 160.

[26] Fue la expresión que utilizó en su propia intervención en el Seminario que conmemoraba los cincuenta años de la publicación de *The making…* y la misma que ya había utilizado con acierto en alguna otra ocasión.

[27] E. Laraña y J. Gusfield, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad,* CIS, Madrid, 1994, pp. 3-42.

poración del movimiento obrero al ámbito de los movimientos sociales constituyó un importante avance que sirvió a los historiadores españoles para plantear nuevas preguntas y nuevos enfoques de la historia obrera[28]. Estas nuevas teorías presentaban a los movimientos sociales como el marco en que se fueron creando las identidades colectivas y ello sedujo a no pocos investigadores por la lectura «thompsoniana» que desprendía. No hubo unanimidad en los análisis, pero aquella concepción tan abierta permitía comprender y analizar ciertas formas de acción colectiva, incluso las más espontáneas, dentro de un determinado contexto donde había ido evolucionando históricamente hacia formas mucho más organizadas, un aspecto que cambió la imagen estática e institucionalizada del movimiento obrero, y no solo de este último, sino de otra serie de movimientos políticos asociados a él o donde la participación de los trabajadores sería determinante.

Todo ello influyó inevitablemente en el análisis y concepción de los conflictos laborales, que ya no solo aparecían como el resultado de la colisión de intereses entre determinados grupos, sino también frente al Estado. Este argumento fue sin duda aprovechado por los historiadores, sobre todo por aquellos dedicados al mundo laboral durante el siglo XX y especialmente los centrados en el franquismo, para introducir una perspectiva más política en sus análisis. De este modo, la movilización social y el propio movimiento obrero también aparecían definidos en relación al poder, a sus formas de representación y participación. Esta concepción, sin duda, rompió algunos de los esquemas más férreamente deterministas, basados únicamente en los aspectos y reivindicaciones económicas como desencadenante de las protestas para proponer otro tipo de causas posibles, no predeterminadas, que se salían de los esquemas más clásicos y ortodoxos del análisis marxista. En las nuevas investigaciones que comenzaron a ponerse en marcha a partir de los años ochenta el movimiento obrero fue concebido, considerado y analizado de una forma mucho más abierta, sensible a la multiplicidad de las causas de las protestas, pero también de las conse-

[28] La misma Ángeles Barrio ha comentado cómo la inserción del movimiento obrero en el ámbito de la teoría de los movimientos sociales constituyó un paso adelante, ya que se benefició del impulso «dialéctico» que produjo el estudio crítico de los «nuevos» movimientos sociales en los «viejos». Á. Barrio, «Historia obrera en los noventa», *op. cit.,* p. 152.

cuencias a las que dieron lugar. La concepción más clásica, por denominarla de algún modo, había presentado a la clase obrera española en muchos casos como una realidad extremadamente violenta y marcada por un cierto apoliticismo libertario. Sin embargo, las nuevas investigaciones pusieron de manifiesto como el uso de la huelga, incluso de aquellas que tuvieron un carácter general[29], fue un recurso que utilizaron los trabajadores en determinadas situaciones, pero un análisis de largo recorrido y mucho más matizado revelaba más mediación y menos conflicto del imaginado, o al menos del recordado en el imaginario de la militancia política y sindical y, por qué no decirlo, también del repetido en muchos estereotipos defendidos por la propia historiografía. La unidad de acción, presentada en muchas ocasiones de forma un tanto voluntarista y militante, incluso como unidad de clase, solo fue real en situaciones concretas y en contextos muy determinados. Por lo demás, las disputas y rivalidades entre las organizaciones obreras fueron una constante que pusieron en entredicho aquellas concepciones triunfalistas sobre la clase obrera. En definitiva, la historia del propio movimiento obrero español, desde una perspectiva amplia, de largo recorrido y sobre todo, atenta a los contextos internacionales, no resultó en sus comportamientos, a pesar incluso de la tremenda tragedia de la Guerra Civil y la represión franquista, tan diferente de otros movimientos obreros de nuestro ámbito más cercano[30].

La sociología del trabajo ofrecía también nuevas herramientas para la interpretación que resultaron sugerentes, sobre todo para el estudio de las relaciones laborales, que se hizo extensible a las *culturas del trabajo* y los procesos productivos donde el sujeto recuperaba su protagonismo. Ello permitió un acercamiento diferente a las huelgas y los conflictos que se alejaba del tratamiento más clásico para centrarse en el complejo y nebuloso mundo de la sociabilidad donde la aportación de conceptos como la acción colec-

---

[29] S. Juliá, *La desavenencia. Partidos, Sindicatos y Huelga General,* Madrid, Aguilar, 1989. Asimismo véase P. Ysás, «Huelga general y huelga política. España 1939-1975», *Ayer* 4, 1991, pp. 193-212. J. Babiano, J. A. Pérez y J. Tébar, *La huelga general en el siglo XX español. Retórica, mito e instrumento,* Fundación Primero de Mayo, disponible en [http://www.1mayo.ccoo.es/nova/NNws_ShwNewDup?codigo=4311&cod_primaria=1168&cod_secundaria=1168#.Uz_Ko47n58U].

[30] M. Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D,* Nerea, Madrid, 1990.

tiva abría nuevos cauces de interpretación, con una mirada mucho más heterodoxa del mundo obrero. De este modo se produjo una aproximación a las condiciones de vida de *las clases populares,* un concepto mucho menos marcado ideológicamente que el de la «clase obrera» o simplemente la clase trabajadora donde se incorporaron también otras nuevas perspectivas y metodologías, como las procedentes de la demografía histórica a la que se dotó de un contenido social.

Sin embargo, y en gran medida como consecuencia de todo lo anterior, durante los últimos años la propia historia del movimiento obrero fue pasando a ser interpretada como una creación cultural. En este proceso el estudio de las estructuras económicas e incluso las relaciones entre capital y trabajo y, por supuesto, los conflictos laborales fueron sustituidos por los espacios de sociabilidad, las identidades –ese gran hallazgo que ha servido para casi todo– la creación de los mitos y los símbolos, el lenguaje y sus significados o de un modo más amplio, las culturas populares y obreras[31]. Inevitablemente este cambio terminó por desplazar al movimiento obrero y al conflicto hacia una posición secundaria y casi subordinada a los anteriores aspectos, a favor de una acción colectiva que parecía explicar mucho mejor la movilización social[32].

VI

Como ya se ha apuntado, a partir de los años noventa, la historiografía española dedicada al movimiento obrero del siglo XX experimentó una importante renovación. El toque de atención del famoso artículo de Álvarez Junco y Pérez Ledesma sirvió como acicate, y probablemente en muchos casos obligó a una lectura tar-

---

[31] M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España Contemporánea,* Alianza, Madrid, 1997, pp. 201-233; F. Porcar Rebollar, *Una historia de liberación. Mirada cultural a la historia del movimiento obrero,* Madrid, HOAC, 1999. Un análisis especialmente crítico en C. Forcadell, «Sindicalismo y movimiento obrero», pp. 243-264. Véase también R. Cruz, «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del Siglo XX», *Historia Social* 31, 1998, pp. 137-152.

[32] Un análisis crítico en M. Latorre, «Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones», en *Política y Sociedad* 42/2, 2005, pp. 37-48.

día de los trabajos de Thompson y, en general, de los títulos más señeros de la historiografía marxista británica. Las importantes aportaciones de autores como Julián Casanova, Manuel Pérez Ledesma, Pere Gabriel, Jorge Uría, Rafael Cruz, Ángeles Barrio, José Sierra, Carlos Forcadell o Manuel Redero San Román con sus trabajos sobre la cuestión obrera en España desde principios del siglo XX hasta la Guerra Civil hablan por sí solas[33]. En esta serie de investigaciones se fue incorporando un amplio repertorio temático que pone de manifiesto la importancia de la evolución experimentada en este terreno, que ha seguido dando notables frutos hasta los últimos años, incluso a partir de trabajos que no se situaban estrictamente dentro del ámbito de la historiografía obrera[34].

Sin embargo, paradójicamente ha sido en los estudios sobre el movimiento obrero y los trabajadores durante el franquismo donde la influencia de Thompson se ha dejado sentir con mayor fuerza. Conviene recordar que ya desde principios de los años ochenta algunas tesis como la de Pere Ysás, apuntaban claramente en esa dirección renovadora[35]. Del mismo modo habría que destacar la publicación de la obra de Sebastián Balfour, por la importante aporta-

---

[33] Entre otros, y sin ánimo exhaustivo, véase J. Casanova, *De la calle al frente. En anarcosindicalismo en España (1931-1939),* Barcelona, Crítica, 1997; J. Sierra Álvarez, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917),* Madrid, Siglo XXI de España, 1990; J. Uría, «La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio», en *Historia Contemporánea* 5, 1991, pp. 53-72 y J. Uría, «Cultura popular tradicional y disciplinas de trabajo industrial. Asturias 1880-1914», *Historia Social* 23, 1995, pp. 41-62; R. Cruz, «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX», *Historia Social* 31, 1998, pp. 137-152; R. Cruz, *Conflictividad social y acción colectiva: una lectura cultural,* en M. Á. Ruiz Carnicer y C. Frías Corredor (coord.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón,* Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 175-190.

[34] Aunque no se trate de un historiador, sino de un arquitecto especialista en urbanismo, el magnífico trabajo de J. L. Oyón, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936,* Barcelona, Serbal, 2008, podría incluirse entre estos trabajos.

[35] P. Ysás, *Los trabajadores bajo el franquismo: El sindicalismo vertical y la nueva legislación laboral. Estudio de las condiciones de trabajo en el área de Barcelona (1939-1951),* Universidad Autónoma de Barcelona, 1982; también habría que citar la tesis de C. Benito del Pozo, *La clase obrera asturiana durante el franquismo. Empleo, condiciones de trabajo y conflicto, 1940-1975,* Madrid, Siglo XXI de España, 1993; el trabajo de P. Ysás y C. Molinero, *«Patria, justicia y pan». Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya (1939-1951),* Barcelona, La Magrana, 1985; o el de R. García Piñeiro, *Los mineros asturianos bajo el franquismo (1937-1962),* Universidad de Oviedo, 1989.

ción que supuso en este terreno, al abrir la cuestión del movimiento obrero hacia nuevas perspectivas de análisis que tuvieron en cuenta la estrecha relación entre las movilizaciones de los trabajadores y el mundo urbano como espacio social, en este caso centrado en el área metropolitana de Barcelona[36]. A partir de estas primeras aportaciones la relación de trabajos sobre el mundo laboral se ha ido incrementando de forma importante hasta nuestros días. A ello contribuyó, sin duda, la celebración de las numerosas reuniones científicas que han tenido lugar durante los últimos 25 años y muy especialmente los *Encuentros de Investigadores del Franquismo,* donde la mayor parte de los jóvenes historiadores fueron haciendo sus primeras armas en este terreno[37] y los diversos congresos celebrados por la Asociación de Historia Social, donde el número y calidad de las comunicaciones y ponencias sobre el movimiento obrero y los trabajadores siempre tuvo una importante presencia.

La publicación de la monografía de Carme Molinero y Pere Ysàs, ya clásica, titulada *Trabajadores disciplinados y minorías subversivas*[38] constituyó un punto de referencia para todos aquellos que tratábamos por entonces de terminar nuestras propias tesis doctorales y en gran medida sigue siéndolo aún, ya que constituye uno de los escasísimos trabajos –al margen de una serie de artículos– que contempla un estudio sobre la conflictividad laboral y sus protagonistas desde una perspectiva general española. El panorama se fue completando durante los siguientes años con las aporta-

---

[36] S. Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988),* Valencia, Alfons el Magnànim, 1994.

[37] Los *Encuentros de Investigadores sobre el franquismo* impulsados por la red de Archivos Históricos de Comisiones Obreras en colaboración con diferentes departamentos de Historia Contemporánea de la universidad española, arrancaron en 1992 y durante casi un cuarto de siglo se han celebrado en Alicante (1995), Sevilla (1998), Valencia (1999), Albacete (2003), Zaragoza (2006) Santiago (2010) y Barcelona (2013) o los siete congresos organizados por la Asociación Española de Historia Social, que han constituido un excelente termómetro para medir la producción historiográfica centrada en las cuestiones sociales y en el movimiento obrero. Junto a ellos habría que añadir también otros congresos como los de la Asociación de Historia Contemporánea, la Asociación de Historiadores del Presente y la Universidad Nacional de Educación a Distancia, las jornadas sobre el mundo trabajo desde la perspectiva de género organizadas por la Universidad Autónoma o los numerosos seminarios del Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica.

[38] P. Ysàs y C. Molinero, *Productores disciplinados y minorías subversivas: clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista,* Madrid, Siglo XXI de España, 1998.

ciones de carácter más regional o local. En este sentido hay que destacar especialmente el trabajo de José Babiano sobre Madrid, que posteriormente ampliaría su perspectiva de análisis hacia un tema como el del paternalismo industrial[39]. La introducción de conceptos tan *thompsonianos* como el de la *economía moral* y su incorporación al análisis histórico del movimiento obrero durante el franquismo, en un contexto cronológico socioeconómico y cultural tan distante de la realidad británica de los siglos XVIII y XIX, podía resultar un atrevimiento, pero sin duda contribuyó a dotar de sentido explicativo a determinadas formas de conflictividad primaria no organizada dentro del mundo laboral. Ambos trabajos constituyeron otro punto de referencia importante a partir de los cuales durante los siguientes años fueron apareciendo otra serie de obras donde se dejó notar su influencia, como de hecho se constata en nuestra propia investigación sobre el mundo laboral centrado en la zona industrial de la Ría de Bilbao[40]. Se trata ya de trabajos con una deliberada opción analítica e interpretativa, donde se deja notar de un modo u otro, con mayor o menor intensidad, la huella de Thompson y de toda la Historia social británica, pero también la influencia de la teoría sociológica de los Tilly o Sidney Tarrow, sin renunciar por ello al análisis de los aspectos económicos. En una línea similar, aunque con diferentes matices, se podría señalar otro tipo de obras aparecidas a finales de los años noventa y principios de la década siguiente, como, por ejemplo, la tesis y las diferentes investigaciones de Jordi Ibarz sobre los trabajadores portuarios de Barcelona[41] o los numerosos de Rubén Vega y José Alén o Ramón Piñeiro sobre Asturias y Galicia[42].

---

[39] J. Babiano, *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958),* Madrid, Consejo Económico y Social, 1998.

[40] J. A. Pérez, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977): trabajadores, convenios y conflictos,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

[41] J. Ibarz, *Treballant el silenci. Les relacions laborals dels estibadors del port de Barcelona durant el franquisme, 1939-1962* (2001).

[42] Sobre todo los trabajos de R. Vega García, *Clandestinidad, represión y lucha política: El movimiento obrero en Gijón (1937-1962),* Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 1998; J. Gómez Alén, *Os traballadores o sector naval e o rexurcir do mevemento obreiro galego no franquismo en Mares e Velas,* Vigo, A Nosa terra, 1998, a los que habría que añadir los numerosos artículos publicadas por ambos autores y las obras colectivas en que han participado, coordinado y coeditado, además de los trabajos ya señalados de Ramón Piñeiro.

Desde el propio título de todos estos trabajos hasta sus planteamientos y sus fuentes de documentación se observa una determinada opción interpretativa. Esta se vio también notablemente enriquecida al abrir el abanico geográfico de estudio hacia otro tipo de ámbitos que rompieron en cierto modo con el monopolio establecido alrededor de los de los estudios centrados en los trabajadores de Asturias, Madrid, Bilbao o Barcelona[43]. Sobre el tema de los títulos hay algunos datos reveladores. Significativamente desaparece de la mayor parte de los trabajos la referencia explícita al «movimiento obrero» a favor de otro tipo de conceptos[44]. Desde los años noventa se habla de conflictos y protestas, incluso se han dedicado trabajos a huelgas concretas como las de 1962, o a formaciones sindicales, pero desaparecen de los títulos términos como «movimiento obrero» y «clase obrera». En algunos casos se trata claramente de una apuesta por un determinado enfoque donde se reivindican la importancia de relaciones laborales frente a los conflictos pero no siempre responde a este planteamiento, ya que esta circunstancia puede observarse en otro tipo de trabajos[45]. Tan solo en los últimos años se ha publicado algún trabajo que expresamente

---

[43] Hay que destacar en este sentido la obra de T. María Ortega, *Del silencio a la protesta: Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977,* Granada, Universidad de Granada, 2004. Hasta entonces una de las pocas investigaciones que se habían centrado en zonas y sectores no industriales había sido la de M. Ortiz Heras, *Las Hermandades de labradores en el franquismo. Albacete 1943-1977,* Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1992. Aunque posteriormente la nómina se ha ido incrementando con la aparición de otros importantes trabajos como la tesis doctoral de D. Lanero, *Sindicalismo agrario franquista na provincia de Pontevedra (1936-1975).*

[44] Salvo en casos muy concretos, como R. Vega y B. Serrano Ortega, *Clandestinidad, represión y lucha política: el movimiento obrero en Gijón durante el franquismo,* Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 1998, aunque más recientemente parecen haberse recuperado estos términos en otros nuevos trabajos como R. Vega (coord.), *El movimiento obrero en Asturias durante el franquismo: 1937-1977;* J. Tébar Hurtado (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica,* Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

[45] Algunos autores optaron por reemplazar la historia del movimiento obrero por la de las relaciones laborales, como ocurrió tempranamente con Ignacio Olábarri en la obra ya citada o complementaron la cuestión con una determinada perspectiva sobre las condiciones de vida y de trabajo. Véase a este respecto G. Pérez Sánchez, *Ser trabajador. Vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1936),* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996; J. L. Labandeira, *El trabajo rural en España (1876-1936),* Barcelona, Anthropos, 1991; o Á. Soto Carmona, *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936),* Barcelona, Anthropos, 1987.

se refiera a estas cuestiones de forma explícita y centrado en Asturias. A pesar de ello, el movimiento obrero sigue constituyendo una parte fundamental de las investigaciones, pero el conflicto laboral o la propia organización de los trabajadores se percibe y analiza teniendo en consideración una serie de aspectos que van a ir proporcionando nuevas claves interpretativas que entroncan con un proceso mucho más amplio, como el de la propia transformación de la sociedad española de los años sesenta y setenta. Será precisamente en este aspecto donde la *experiencia,* esa gran aportación de Thompson, cobre un mayor sentido. Los protagonistas de estas investigaciones son en muchos casos, trabajadores jóvenes, recién incorporados al mundo del trabajo en los años sesenta, donde la presencia de inmigrantes llegados de la España rural es muy notable. En estos trabajos se analizan las condiciones materiales, sus necesidades más perentorias, las dotaciones de aquellos barrios obreros que crecieron incontroladamente pero también se estudian sus expectativas de vida. Carecen, por lo general, debido a su edad, de experiencia sindical y política y se incorporan a un mundo nuevo, industrial y urbano, al que tratan de adaptarse a marchas forzadas. Pero ello no quiere decir que partieran de la nada. En muchos casos tenían sus propias tradiciones culturales y pusieron en marcha formas de organización primaria, se movieron en nuevos espacios de sociabilidad, participaron de redes migratorias que acaban por convertirse en redes de solidaridad… Estamos hablando, claro está, de la *formación de una nueva clase obrera*[46]. Y en este proceso muchos de estos trabajadores se encontraron con nuevos sistemas de trabajo, y nuevas disciplinas del mundo industrial[47] y por supuesto, comenzaron a relacionarse con otros trabajadores, en algunos casos, inmigrantes como ellos y, en otros, autóctonos. Trabajadores jóvenes pero también mayores, con experiencia y me-

---

[46] La situación no parecía tan diferente a la estudiada por E. P. Thompson, a pesar del tiempo transcurrido y de las evidentes diferencias entre realidades tan distantes como la británica de los siglos XVIII y XIX. E. P. Thompson, «Tiempo, disciplina y capitalismo», en E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1979.

[47] El estudio sobre el fordismo abrió nuevas líneas de investigación que han sido posteriormente transitadas por otros investigadores. En este sentido también han apuntado, entre otros J. A. Pérez, *Los años del acero…, op. cit.,* y X. Domènech, «La emergencia de un nuevo movimiento obrero bajo el franquismo», en *Documento de trabajo del seminario celebrado en el Instituto Universitario Ortega Gasset,* Curso 2010/2011.

moria. Es precisamente en este punto donde buena parte de los investigadores pone el acento para profundizar en el proceso de organización del movimiento obrero.

En ese terreno la experiencia de las primeras Comisiones Obreras, que ha dado lugar con el tiempo a numerosas investigaciones, constituye un ejemplo paradigmático de la importancia que tuvo, sobre todo durante los primeros años, en la puesta en marcha de acciones concretas que poco a poco darán lugar a la creación, no solo de unas estructuras reivindicativas estables, sino de toda una serie de prácticas que desembocarán en una determinada cultura participativa. Aunque siguen siendo temas sometidos al debate de los historiadores que investigamos sobre estas cuestiones y se han expuesto diversas e incluso encontradas interpretaciones al respecto (el tema de la continuidad o la ruptura del movimiento obrero se ha convertido en un clásico), también ha servido para abrir nuevas líneas de investigación, sobre los procesos migratorios, la formación de las identidades o la participación de las mujeres en el movimiento obrero, por poner tan solo algunos ejemplos que han generado más aportaciones durante los últimos años. Probablemente haya sido en estos ámbitos donde la huella de Thompson haya estado más presente, aunque en ocasiones, no se haya hecho de manera explícita ni se haya reivindicado como tal[48].

VII

La incorporación de la experiencia a los estudios sobre esta época ha servido para profundizar en otra serie de temas, como la importancia de la memoria en la trasmisión un determinado bagaje cultural y político[49]. La proximidad en el tiempo ha proporcio-

---

[48] En estos ámbitos nos parecen una referencia los trabajos de C. Borderías, M. Borrell, J. Ibarz, C. Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el Franquismo», en *Historia Contemporánea* 26, 2004, pp. 61-206; M. Marín, «Las migraciones interiores hacia la Cataluña urbana vistas desde Sabadell (1939-1960)», en J. de la Torre Campo y G. Sanz Lafuente, *Migraciones y coyuntura económica. Del franquismo a la democracia,* 2009, pp. 177-206; J. Babiano, *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo,* Catarata, Madrid, 2007.

[49] R. García Piñeiro, «Mineros comunistas», en F. Erice (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982,* Gijón, Trea, 1996, pp. 347-365.

nado a los historiadores que analizan el franquismo y la transición una metodología, unas fuentes y una perspectiva que han aportado importantes frutos en los últimos años. Nos referimos, claro está, a la utilización de las fuentes orales, un recurso que ha contribuido aún más a reafirmar la apuesta por el sujeto dentro de la historia. No se trata precisamente de una herencia ni de una influencia de E. P. Thompson, sino de una la apuesta por una metodología concreta tras el estudio de las fuentes primarias disponibles y las enormes posibilidades que ofrecían los testimonios orales. En este sentido, el testimonio directo de los propios sujetos, es decir, de los protagonistas, ha sido, junto con la aportación de la perspectiva de género, uno de los factores que ha contribuido a enriquecer los estudios sobre el movimiento obrero durante los últimos años. Ello ha permitido profundizar en las actitudes y comportamientos de los trabajadores, hombres y mujeres, analizar las razones y la composición de las corrientes migratorias, seguir el rastro y valorar la importancia, cuando las hubo, de las herencias y tradiciones culturales, sindicales y políticas, reconstruir los procesos de creación de los líderes obreros y las razones de la legitimidad que alcanzaron, su participación en los conflictos de trabajo, profundizar en la configuración de las identidades obreras[50], describir los diferentes rituales y formas de movilización y protesta, valorar la incorporación y participación de las mujeres y en definitiva, estudiar con mayor rigor la gran complejidad de un mundo como el obrero que sufrió a partir de los años sesenta del siglo XX un intenso proceso de transformación.

Pero la incorporación de la voz de los sujetos también ha dado lugar a otro tipo de formulaciones y perspectivas surgidas durante los últimos años en este terreno. Si la experiencia sirvió a los investigadores para profundizar en los temas que antes se han apuntado y el uso de los testimonios orales abrió una nueva perspectiva de análisis histórico, al incorporar directamente el testimonio de los protagonistas, la consideración y estudio de la memoria abrió también nuevas perspectivas y debates. Cierto es que durante los últi-

[50] X. Domènech, «La emergencia de un nuevo movimiento obrero durante el franquismo», en *Seminario de Historia Contemporánea* celebrado en el Fundación Ortega y Gasset, 25 de febrero de 2010 o, más extensamente, X. Domènech, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo: lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977),* Barcelona, Icaria, 2012.

mos años el fenómeno social y político en que se ha convertido la denominada *memoria histórica* ha terminado por limitar este controvertido concepto a una realidad muy concreta: la reivindicación de la memoria de las víctimas de la represión franquista, pero esta memoria, que algunos caracterizan de histórica, ha servido también para reinterpretar el valor de la propias experiencia de los protagonistas, incluidos los trabajadores, como sujetos principales en los estudios sobre el movimiento obrero. Algunos de los problemas en este terreno han surgido a partir de otro concepto bastante discutible, como el de la memoria colectiva[51], pero también a partir de una determinada interpretación de los testimonios, sobre todo en el caso de los liderazgos obreros que se fueron construyendo desde los años cincuenta y sesenta y de la participación de los trabajadores *comunes* en general, lo que ha abundado incluso en la formulación de una interpretación alternativa de la transición política en España frente a la visión más extendida de este proceso histórico[52].

Otras formulaciones y perspectivas se presentaron en su momento, o al menos lo pretendieron, como una superación –cuando no como una ruptura– con la Historia social a la que percibían anquilosada y anclada en viejas concepciones estructuralistas. A través del giro lingüístico, la Historia cultural o la Historia sociocultural estos nuevos enfoques introdujeron una lectura donde los hechos sociales, considerados como datos objetivos –e incluso como sólidas estructuras anteriores a los propios sujetos– son más bien el resultado de construcciones sociales realizadas por estos últimos. A partir de esta percepción, la historiografía del movimiento obrero, y no solo la procedente del marxismo más ortodoxo, sino incluso la que fue creciendo al calor de la influencia de

---

[51] M.ª I. Mudrovcic, *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en la filosofía de la historia,* Madrid, Akal, 2005, pp. 115-119; M. Halbwachs, *La memoria colectiva,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 58-88; F. Erice, «Memoria histórica y deber de memoria: las dimensiones mundanas de un debate académico», en S. Gálvez (coord.), *La memoria como conflicto. Memoria e historia de la Guerra Civil y el Franquismo, Número monográfico Entelequia. Revista Interdisciplinar* 7, 2008, pp. 77-96, disponible en [www.eumed.net/entelequia]. Apuntamos también por su interés la argumentada crítica realizada por J. Tébar Hurtado, «Lo que la memoria olvida. La auto-representación de la militancia obrera a través de sus otros protagonistas», en *Área de trabajo. Estudios de la Fundación Cipriano García,* julio de 2009, pp. 16 y ss. sobre determinadas interpretaciones realizadas a partir de ciertos testimonios orales.

[52] Véase, por ejemplo, en este sentido X. Domènech, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969,* Madrid, Catarata, 2008.

la historiografía social británica, son observadas e interpretadas con distancia y hasta con un cierto desdén. Todo lo relacionado con el mundo obrero, incluido el movimiento obrero es considerado como una estricta creación cultural, donde las estructuras económicas y la relación entre capital y trabajo o los propios conflictos han sido reemplazados, cuando no suplantados, por «otras realidades» como las del lenguaje que curiosamente parecen ser más tangibles que aquellos[53]. La propia voz de los sujetos, sus discursos, sus representaciones, sus símbolos y mitos y la lectura que se hace de todos ellos parece haberse convertido en el centro de gravedad y en la nueva piedra de rosetta que explica de forma definitiva las claves del pasado. Los defensores de la historia postsocial entienden que la experiencia como tal resulta insuficiente para explicar la formación de las identidades. La apelación a la experiencia se considera prácticamente como el último resto del naufragio del estructuralismo. Esta corriente concibe que la articulación de la realidad a partir de imaginarios históricos, de donde los sujetos toman categorías con las que terminan configurando identidades colectivas que pueden desembocar –o no– en acciones colectivas. Sin embargo, aunque su aportación desde el punto de vista teórico ha sido estimable y ha dado lugar a importantes obras de reflexión, tampoco parece haber proporcionado demasiadas investigaciones para ser considerada como una verdadera alternativa[54].

---

[53] Sobre esta cuestión, véanse M. Pérez Ledesma, «Presentación», en R- Cruz y M- Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Madrid, Alianza, 1998, p. 10; R. Cruz, «La cultura regresa al primer plano», pp. 13-34; M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización…,* pp. 201-233. En esta misma línea F. Porcar Rebollar, *Una historia de liberación.* Entre las posturas más críticas está la de C. Forcadell, «Sindicalismo y movimiento obrero: La recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», en M. Ortiz, D. Ruiz e I. Sánchez (coords.), *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea,* Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2001, pp. 243-264.

[54] M. Nash y D. Marre (eds.), *El desafío de la diferencia. Representaciones culturales e identidades de género, raza y clase,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2003; M. Á. Cabrera y Á. Santana Acuña, «De la historia social a la historia de lo social», *Ayer* 62, 2006; M. Á. Cabrera, B. Divassón y J. de Felipe, «Historia del movimiento obrero ¿Una nueva ruptura?», en M. Burguera y Ch. Schmidt-Nowara (eds.), *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural,* Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 45-80. Algunas de las aportaciones más interesantes en este terreno, centradas en investigaciones concretas, son las de M. Llona, desde su *Entre señorita y garçonne. Historia oral de las mujeres bilbaínas de la clase meida, 1919-1939* (2002), hasta sus

En definitiva, pese al tiempo transcurrido y la dificultad para aplicar y desarrollar todo aquel torrente de propuestas interpretativas que evidenciaba la obra de Thompson, la huella que ha dejado en la historiografía española de movimiento obrero del siglo XX no ha sido tan liviana ni superficial, sobre todo teniendo en cuenta el retraso con que llegó aquella publicación a España y las circunstancias en que lo hizo. Ciertamente en muchas ocasiones las referencias a *The Making…* y al propio Thompson no dejan de constituir poco más que un nota de autoridad en algunos trabajos (lo mismo que resultan las referencias a Marc Bloch, a Primo Levi, o Michel Foucault por poner algunos ejemplos significativos) y al mismo tiempo toda una declaración de intenciones donde el autor pretende dejar clara una determinada apuesta historiográfica –e incluso un posicionamiento político–, que se sostiene sobre la autoridad moral e intelectual del homenajeado. Sin embargo, y por encima de ello, la obra de Thompson sigue constituyendo una referencia ineludible y el poso que ha dejado, al menos en dos generaciones de historiadores dedicados al estudio de la cuestión obrera, incluso en aquellos que observan ya la Historia social con una cierta distancia, ha sido determinante.

últimas investigaciones centradas en la formación de la clase obrera, el género y la identidad hasta el primer tercio del siglo XX: «Sobrevivir a la mina. Mujeres pobreza y cambio social», *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 34, 2005; «Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX», *Historia Social* 54, 2006.

IX. EL OBRERO *IMAGINADO*. REPRESENTACIONES SOCIALES, CULTURAS POLÍTICAS Y MOVILIZACIÓN SOCIAL[1]

Javier Tébar Hurtado

La Historia social obrera sobre la época franquista ha hecho posible conocer hoy con detalle numerosos aspectos relacionados con la evolución del mundo del trabajo durante la dictadura del general Franco. Desde las actitudes sociales y políticas de la clase trabajadora, en particular la disidencia y la protesta obrera, hasta cuestiones relacionadas con el funcionamiento del sistema autoritario de relaciones laborales, los cambios en el terreno salarial y las condiciones de vida y formas de organización del trabajo[2]. Los estudios de los que disponemos sobre la historia del movimiento obrero a partir de los años cincuenta en adelante, tienen como punto de unión el conferir un carácter de clase al nuevo movimiento organizado de los trabajadores en función de su composición social. A menudo, este movimiento se ha presentando como la expresión política de la «nueva clase obrera» o, en otra variante, como producto de una correlación positiva entre ciclo económico y reconfiguración de la clase trabajadora. Entendido así, desde finales de los años cincuenta, iría formándose un nuevo proletariado nacido a partir de los cambios en las relaciones de producción, marcadas por la peculiar recepción del fordismo en España[3] y asociadas a las nuevas industrias y las nuevas formas de trabajo, así como del impacto del éxodo rural, de los masivos flujos migratorios del campo a la ciudad. En definitiva, el «nuevo» movimiento obrero no dejaría de constituir una de las manifestaciones más im-

---

[1] Agradezco la lectura del texto que han hecho J. Babiano, A. Gómez Roda y J. A. Pérez, cuyas sugerencias y críticas solo han podido mejorarlo, sin responsabilidad alguna para con sus posibles deficiencias.

[2] Refiero solo alguno de los balances realizados: C. Molinero y Pere Ysàs, «La historia social de la época franquista. Una aproximación», *Historia social* 30, 1998; R. García Piñeiro, «El obrero no tiene quien le escriba: La movilización social en el "tardofranquismo" a través de la historiografía más reciente», *Historia del presente* 1, 2002.

[3] J. Babiano, *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958),* Madrid, Consejo Económico y Social, 1998.

portantes de los efectos del hambre y la miseria, en un primer momento, y del malestar social producido por desajustes sociales y políticos provocados por el crecimiento económico a partir de la mitad del siglo XX.

Este planteamiento responde a una determinada interpretación social sobre la formación de una «nueva clase trabajadora» y, de paso, sobre los orígenes –la aparición o reaparición– del movimiento obrero durante aquellos años. Esto es compartido por autores que defienden explicaciones que pueden diferenciarse en cuanto a la importancia atribuida a unos factores en detrimento de otros, o incluso que pueden ser opuestas en cuanto a la interpretación del resultado final del conjunto del proceso al llegar a los años setenta y el final de la dictadura[4]. A partir de este esquema se ha profundizado, y mucho, en el conocimiento del marco de oportunidades políticas y también en la estructura de movilización que articuló y proyectó el movimiento obrero, pero no tanto en su *cultura* compartida[5]. En consecuencia, los análisis de las reivindicaciones concretas formuladas por el movimiento de las Comisiones –que son identificadas como el tronco central de este «nuevo movimiento obrero»– se han abordado más como legado de su «prehistoria» que como un campo delimitado de la propia actividad de la organización obrera durante su etapa inicial. No trato, por supuesto, de negar los efectos y la relación entre los cambios sociales y la estructura económica. Aunque limitarse a ellos, junto con la influencia de las organizaciones políticas de la oposición, subestima el análisis de otras cuestiones relevantes para comprender la propuesta o las propuestas sociales y políticas formuladas desde el propio movimiento obrero, si se le concibe a este como un movimiento social que se está construyendo y reconfigurando durante aquellos años. De hecho, alguno de los debates historiográficos re-

---

[4] Cito solamente dos ejemplos opuestos: S. Juliá, «Cambio social y cultura política en la transición a la democracia», en J.-C. Mainer y S. Juliá, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986,* Madrid, Alianza, 2000, pp. 37-51; y P. Ysàs, «La transición española. Luces y sombras», *Ayer* 79, 2010, pp. 50-57.

[5] Los conceptos «marco de oportunidades políticas» y «estructura de movilización» están bien definidos, así como el de «cultura compartida», aunque de forma más laxa, en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald, «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (eds.), *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas,* Madrid, Istmo, 1999, pp. 21-46.

cientes tiene relación con la cuestión que planteo[6]. El propósito de este ensayo es introducir algunas reflexiones sobre el papel de las representaciones sociales y las culturas políticas en la movilización social durante los años finales de la dictadura franquista, con el fin de ser debatidas.

La clase obrera española en sus *representaciones sociales:* una aproximación

Los discursos con los que se presentaban diversas y contrarias imágenes sobre las realidades obreras, además de constituir percepciones sociales sobre el asunto, se constituyeron también en argumentos para el enfrentamiento en la arena política. Las imágenes sociales resultantes constituyen interpretaciones de la realidad, pero también formarían parte por derecho propio de la realidad, puesto que esta solo adquiriría su configuración definitiva a través de ellas[7]. Tal vez lo más importante del análisis de cada uno de los discursos sobre la definición de «ser obrero» en aquellos años, aquello que sobresale por encima de cualquier otra cuestión, es la heterogeneidad de las formas de ver a los trabajadores durante aquellos años y de construir un lenguaje para invocarlos y movilizarlos políticamente, formular ideologías y programas para la acción, con los que contribuir a los procesos de cambio o de continuidad de la sociedad en su conjunto. La conformación de unas nuevas culturas políticas fue clave en la organización de la protesta obrera. Las tensiones, préstamos y oposiciones planteadas por las imágenes sociales obreras que circularon profusamente en la sociedad española justificaron y nutrieron en buena medida las culturas políticas obreristas en posiciones de enfrentamiento, de influencia y exclusión mutuas.

La interpretación social –y más en concreto, la noción de *experiencia común* de Thompson– y la lingüística se relacionan; no son dos esferas separadas. El análisis de la conciencia práctica, es decir, del lenguaje como una práctica material e inescindible del desa-

---

[6] X. Domènech, «La clase obrera bajo el Franquismo. Aproximación a sus elementos formativos», *Ayer* 85, 2012; y J. Babiano, «El mundo del trabajo durante el franquismo. Algunos comentarios en relación con la historiografía», *Ayer* 88 (4), 2012.

[7] M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera: una creación cultural», M. Pérez Ledesma y R. Cruz (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-203.

rrollo humano, tal como fuera planteado por Raymond Williams[8], permite aproximarse a la construcción de la identidad de clase[9]. Comprender su configuración significa incorporar el género como categoría de análisis[10], como parece que lo es la de generación, a pesar de las polémicas sobre su definición y uso. Este planteamiento, en todo caso, nos ofrece posibilidades para examinar los procesos de formación y reformación de la clase obrera en cuanto sujeto colectivo que es resultado de una construcción social y cultural. Se trataría, pues, de asumir que pasar de la clase como conjunto de personas asalariadas distribuidas estructuralmente por sectores económicos a la clase como interpretación sociopolítica nunca fue un hecho dado[11]. Esta cuestión, a su vez, presenta el desafío de enlazar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de los discursos políticos[12]. Un planteamiento desde el que no parece aconsejable atrincherarse frente a determinadas propuestas del giro cultural y lingüístico, negándolas en una descalificación global, indiferenciada, sin dar el paso de ofrecer contraargumentos, como, por otro lado, es frecuente que suceda. Me parece honesta y acertada la afirmación según la cual la crítica desde la historia al posmodernismo, a su influencia en la historiografía, se ha revelado fecunda sobre todo cuando en aquel se ha visto un desafío más que una amenaza[13].

Esta afirmación me permite recordar que *La formación de la clase obrera en Inglaterra* fue en su momento un desafío por cuanto modificó, profundamente y de manera duradera, los estudios sobre los trabajadores, el mundo laboral y la cultura popular. E. P. Thompson nos ofreció un innovador planteamiento sobre la noción de clase, entendida como una relación, situando su preocupa-

---

[8] R. Williams, *Marxismo y literatura,* Barcelona, Península, 1980, pp. 49-50.

[9] Una aportación de referencia en este sentido es la de M. Llona, «Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX», *Historia social* 54, 2006, pp. 95-112.

[10] J. Babiano (ed.), *Del hogar a la huelga: trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo,* Madrid, Catarata, 2007.

[11] G. Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000,* Barcelona, Crítica, 2003, p. 398 y p. 233.

[12] Según la propuesta de M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera», *op. cit.,* pp. 134-136.

[13] E. Traverso, «Marx, la historia y los historiadores», *Pasajes de pensamiento contemporáneo* 39, otoño de 2012, p. 80.

ción central en los mecanismos de formación de una conciencia colectiva y de la construcción de la clase obrera como un proceso con su propia historicidad. Rechazaría su uso como categoría sociológica, como mera taxonomía. Defendió que las clases no se pueden entender sino *como una formación social y cultural,* cuya definición procedía de los propios individuos y sus experiencias, poniendo de relieve el abanico de posiciones en el interior de la propia clase obrera. Podría decirse que examinó desde un punto de vista histórico a la clase obrera «por dentro»[14]. Esto nos ha obligado a nosotros a *mirarla* de una forma similar, incluso también a los críticos con las propuestas thompsonianas. De igual forma, Thompson mostró un abierto rechazo a entender el marxismo como una doctrina cerrada en sí misma, en su jerga de recetario, que ofrecía respuestas para todo sin necesidad de plantearse la complejidad del pasado. Todo ello le conduciría, años después, a interesarse por el instrumental de análisis de otras disciplinas diferentes de la historia. Una actitud de eclecticismo metodológico confeso, que él justificaba asegurando que el estímulo antropológico le podía facilitar la localización de nuevos problemas ante viejas preguntas, sin plantearse la construcción de modelos y rechazando la asunción acrítica de conceptos y categorías teóricas ajenas al oficio de historiador[15].

En definitiva, junto con otros miembros que se han agrupado bajo el rótulo de la historiografía marxista británica, Thompson contribuyó a un cambio en el marco conceptual y teórico de los historiadores a partir de los años sesenta del siglo XX, cuyo desarrollo corrió en paralelo al agotamiento de las esperanzas políticas de la izquierda. Una línea en paralelo o una «línea torcida», como se quiera ver, que en el transcurso de los últimos 25 años nos ha lleva-

---

[14] Así lo resume G. Levi, en J. M.ª Muñoz, «Giovanni Levi. La complexitat de la historia», *L'Avenç* 403, juliol/agost de 2014, p. 12.

[15] Al defenderse de su autoinculpación de eclecticismo, Thompson aseguraba que: «En mi propio trabajo me encuentro muy cercano de Thomas y de Natalie Zemon Davis; para nosotros, el estímulo antropológico no surte su efecto en la construcción de modelos, sino en la localización de nuevos problemas, en la percepción de problemas antiguos con ojos nuevos, en el énfasis sobre normas o sistemas de valores y rituales, en la atención a las funciones expresivas de las diversas formas de motín y revuelta, y en las expresiones simbólicas de la autoridad, el control y la hegemonía. Compartimos un claro rechazo de las categorías de explicación positivistas y utilitarias, y de la penetración de estas categorías en la tradición economicista del marxismo», véase E. P. Thompson, «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social* 3, invierno de 1989, pp. 81-82; publicado originariamente en *Indian Historical Review* en 1976.

do en todo caso ante la renovación de la historiografía. Baste pensar en la Historia cultural, la Historia de género, la historia de la memoria, la historia medioambiental, la historia «postsocial», etc. Aunque su evolución y los cambios que la han acompañado también permiten diagnosticar que esta renovación se ha producido bajo el signo de la *despolitización,* no confundir con el *ideologismo de cartón piedra*[16]. Algo, por otro lado, que puede llevarnos a pensar que hoy el balance de la figura y la obra de Thompson en su doble vertiente, de historiador y activista político, podría arrojar un triunfo paradójico[17].

* * *

La amplia circulación de imágenes sobre la clase obrera acuñadas durante la dictadura franquista puede ofrecernos algunas pistas sobre la multiplicidad y variedad de representaciones sociales que coexistieron durante aquellos años en la sociedad española. La finalidad en este caso no es otra que ordenar y analizar los discursos que las nutrieron. Ciertamente, no cabe descartar que se utilizaran una serie de imágenes estereotipadas del obrero en los discursos políticos, con el fin de contribuir a representar algunos de los problemas de la sociedad. Sin embargo, algunas de estas representaciones sobre el significado y la conducta que correspondía al «obrero» tuvieron amplio arraigo y uso en la sociedad. Estas imágenes se fraguaron colisionando entre sí, enfrentándose en diferentes grados. Se necesitaron, unas frente a otras, para su propia definición. Lo que perseguían, finalmente, era establecer los atributos esenciales de la clase obrera española, el sujeto principal al que se dirigieron los programas de acción, tanto desde el campo político de la dictadura como de la oposición; con expresiones diferenciadas en el interior de las culturas políticas, identificadas tanto en un terreno como en el otro. Por un lado, desde la subcultura política del falangismo hasta el nacionalcatolicismo y, por otro lado, desde el socialismo y el anarquismo hasta el comunismo.

---

[16] E. Traverso, «Marx, la historia y los historiadores», *op. cit.,* p. 81. Esta es una cuestión también muy presente en G. Eley y K. Nield, *El futuro de la clase en la historia ¿Qué queda de lo social?,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2010, pp. 201-205 y 222-223.

[17] S. Hamilton, *The Crisis of Theory: E. P. Thompson, The New Left, and Postwar British Politics,* Mánchester, Manchester University Press, 2011, pp. 268-277.

En una reunión con los militantes de su organización, el secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, a la hora de valorar los conflictos laborales que tuvieron lugar durante la primavera y el verano de 1962 en diferentes regiones españolas, en particular en las cuencas mineras asturianas, enfatizaba una pregunta retórica:

> ¿Quién decía que la clase obrera estaba «adormecida», que la juventud española se hallaba «futbolizada», que «no se podía confiar en ella», que «harían falta muchos años», después de la caída del régimen, para incorporarla a las ideas avanzadas? Ahora todo el mundo reconoce y ello es un gran paso, una actitud positiva, que en España se ha creado una situación nueva gracias a la conciencia política, a la madurez de la clase obrera y de la juventud[18].

Aquellas palabras, desde luego, eran un elogio al heroísmo de los mineros asturianos como vanguardia del resto de la clase obrera española, para que los trabajadores no cedieran, y para que allí donde todavía no se habían atrevido se pusieran en «acción para lograr lo que han obtenido en muchos lugares sus hermanos de clase». Se trataba de construir, apelando a la hombría, el «orgullo obrero». Estos o similares componentes metafóricos fueron los empleados por la mayor parte de las organizaciones de la izquierda antifranquista, desde los socialistas hasta los cenetistas[19], que también tuvieron implicados a sus efectivos en aquella oleada huelguística. No obstante, en esta afirmación subyace otro mensaje no menos importante: habría existido, si no subsistía todavía, una clase obrera «futbolizada», es decir, una clase obrera «apolítica» y, por ello, «integrada». Dos años más tarde, precisamente estas visiones de potencial integración de los trabajadores españoles a partir de la dinámica del «neocapitalismo» en expansión y sus efectos en el país propiciaron un duro conflicto, más que un debate, en el seno del grupo dirigente comunista con consecuen-

---

[18] «La clase obrera ha abierto el camino hacia la solución del problema político español» (Discurso pronunciado por el camarada Santiago Carrillo en una reunión de militantes del Partido), *Mundo Obrero* 11, junio de 1962, p. 1.

[19] *El Socialista,* 27 de junio de 1963, «Al Sindicato Vertical no le obedecen los obreros», *Boletín de la UGT en el exilio* 212, junio de 1962; y *Alianza Sindical Obrera (Boletín ASO España)* 1, marzo de 1963.

cias para algunos de sus miembros, cuyas cabezas más visibles fueron Claudín y Semprún[20].

Las autoridades franquistas compartieron, por supuesto en negativo, esta imagen del obrero combativo en el conflicto. En su variedad de expresiones: el «agitador», el «follonero» o el «díscolo», tal como eran calificados en los informes policiales y en las «listas negras» confeccionadas por las empresas, constituyeron un elemento de permanente amenaza para el orden. En la construcción de una determinada figura del obrero desempeñó, es obvio, un papel decisivo la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista y sus sindicatos. Para el partido único, el obrero debía olvidar «sus prejuicios de clase» e identificarse con la «comunidad nacional» a partir de los valores de «la patria y la justicia social». Este era el ideal que permitiría al régimen «el encuadramiento y disciplina de las masas productoras» y, al mismo tiempo, combatir de esta forma al «insidioso obrerismo» que se aprovechaba de las difíciles circunstancias económicas por las que atravesó el país después de la guerra[21]. A finales de los años cincuenta, confiada la política social del régimen a José Solís Ruiz, delegado Nacional de Sindicatos y nombrado secretario general del Movimiento en 1957, se impulsó un proyecto desde el sindicalismo oficial cuyos esfuerzos estuvieron dirigidos a realizar una política de apertura que, además de ofrecer una imagen aceptable de cara al exterior, permitiera al sindicalismo oficial nutrirse y fortalecerse a partir de captar la movilización obrera que marcaba el inicio de un ciclo de protesta en el país[22]. El eslogan de «Vota al mejor», lanzado a la largo de 1960 por los dirigentes de la Organización Sindical Española (OSE) con motivo de las elecciones sindicales que se celebrarían en noviembre de ese mismo año, representaba el intento de una política de atracción de los trabaja-

---

[20] G. Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985,* Barcelona, Planeta, 1986, pp. 369-380. También G. Pala, «Els dubtes de l'intel.lectual. La crisi Claudín-Semprún al PSUC (1964-1965)», *Afers* 25 (66), 2010, pp. 463-478.

[21] C. Molinero y P. Ysàs, *«Patria, justicia y pan». Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya (1939-1951),* Barcelona, La Magrana, 1985; y de los mismos autores, véase *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista,* Madrid, Siglo XXI de España, 1998.

[22] Àlex Amaya, *El acelerón sindicalista. El aparato de propaganda de la Organización Sindical Española entre 1957 y 1969,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2013.

dores[23]. La consigna sintetizaba la idea de incorporar a la juventud obrera con el fin de revitalizar a la OSE. En septiembre de 1960, su secretario general, Francisco Jiménez Torres, confirmaba en Madrid durante una conferencia ante una representación de mujeres trabajadoras del sector textil catalán que «No hay más consigna que la de elegir al mejor. La ideología política de los elegidos no cuenta […]. Si el elegido es de antecedentes comunistas, tiene cabida, si viene a defender a los trabajadores»[24]. El fracaso de este proyecto durante los años sesenta, llevaría al régimen a reaccionar, cerrando filas frente al enemigo exterior e interior, decretando los límites de cualquier impulso de apertura en el terreno sindical y político. Volvía así a las seguridades que le había proporcionado establecer una división entre los «buenos y disciplinados trabajadores españoles» frente a «los agitadores y provocadores» que aprovechaban cualquier deficiencia de su política para deslegitimar al gobierno y al régimen.

Tampoco habría que pasar por alto las actitudes obreras de apoyo a la dictadura, cuyo estudio ha sido con frecuencia relegado, pero que es imprescindible para evitar visiones simplificadoras sobre el asunto[25]. La presencia en las empresas de este tipo de trabajador «bueno y disciplinado», ya fuera falangista por convicción, identificado con la dirección de la empresa o simplemente convencido de su papel de «productor». Este fue el tipo de perfil de trabajador que fue habitualmente denunciado por parte de las comisiones de trabajadores de diferentes empresas, constituyendo con frecuencia el principal adversario en el interior de los centros de trabajo, y que los militantes obreros antifranquistas tuvieron enfrente durante las disputas laborales y sindicales[26].

Desde los años cuarenta, por otro lado, la dictadura contó con el auxilio de las organizaciones de apostolado de la Iglesia para

---

[23] «El ministro secretario general del Movimiento inauguró ayer las casas sindicales de Martorell y Manresa», a *La Vanguardia Española* (LVE), 19/05/1960, p. 27.

[24] «Clausura del I Congreso de Capacitación», *LVE,* 16/09/1960, p. 4.

[25] Algo que ya fue señalado por C. Molinero y P. Ysàs, «La historia social de la época franquista», *op. cit.,* p. 139.

[26] Esta figura del «trabajador derechista», comprometido con el Régimen fue denunciado a menudo en las octavillas clandestinas de determinadas Comisiones Obreras de empresa. *Col·lecció fulles volants d'empreses,* Arxiu Històric de CCOO de Catalunya, Caja ICONC.1E.

construir también una determinada imagen del obrero, entiéndase del «buen obrero», que hiciera posible desterrar cualquier atisbo de la «lucha de clases» en la sociedad española[27]. Además de la progresiva importancia que adquirieron sus organizaciones y las actividades que llevaron a cabo (cursillos, encuentros, etc.), el catolicismo social realizó una intensa difusión de sus valores y de los modelos de comportamiento de los obreros a partir de los diccionarios y opúsculos de orientación social y profesional: el trabajo era concebido como nobleza, grandeza y fuente de alegría, razón por la cual los trabajadores debían «estar santamente orgullosos» de serlo[28]. Con esta guía, los obreros debían hacer frente a los enemigos de Cristo que se aprovechaban de las dificultades de los trabajadores en su vida diaria, aquellos que por su condición de materialistas «viven sin Dios, dispuestos tal vez tan solo a blasfemar de él y a maldecirle, y desposeídos de los supremos consuelos que únicamente la fe puede dar en pruebas más dolorosas, gimen en un tormento de inquietud y de rebelión»[29]. En marzo de 1947, el entonces joven obispo de Solsona, Vicente Enrique Tarancón, estrechamente vinculado a Acción Católica, en su discurso en la Colonia minera de San Cornelio (Fígols) en la provincia de Barcelona, reclamaba públicamente la necesidad de contribuir a la recristianización de la patria teniendo en cuenta que «el problema de España no es el de hacer católicos, sino el de hacer católicos militantes», con el fin de dejar de lado la apatía, la cobardía, la comodidad[30]. Los jesuitas, que mostraron tempranamente su

---

[27] En una de las múltiples ediciones y reediciones de la editorial Razón y Fe se daba cuenta del ideal obrero católico difundido entre los obreros: conocimiento de la doctrina, vinculación con las organizaciones sociales e inclusión del «trabajo como deber» entre sus obligaciones religiosas, cuya base doctrinal era la de los discursos de Pío XII sobre el apostolado obrero, véase P. Vila Creus, *Orientaciones sociales,* Madrid, Razón y Fe, 1962, pp. 328-330.

[28] Sobre la orientación de las profesiones, desde finales de los cincuenta, aparecieron sucesivas publicaciones de los «Libros de divulgación e iniciación profesional», de la editorial barcelonesa Ameller. Los temas tratados, entre otras cuestiones, mostraban también los cambios y necesidades del trabajo industrial en la economía española y, probablemente, a las nuevas expectativas de los trabajadores. Mientras dedicaba un tomo a los oficios tradicionales (zapatero, relojero, fontanero, ceramista y charcutero), se editaron seis tomos dedicados al electricista, tres al soldador y dos al mecánico.

[29] Pío XII, Discurso a las Associazioni Cristiane dei Lavoratori Italiani, 14 de mayo de 1953, *ibid.,* p. 506.

[30] Así mismo, advertía sobre cuál era naturaleza del peligro del comunismo: «Alguien ha dicho que el comunismo es verdaderamente temible, no por lo que tiene de

preocupación por la juventud, interesados en formarla, daban por perdida a las generaciones anteriores que en su opinión se habían convertido en una gran masa de trabajadores y de clases populares descristianizada y no organizada políticamente. A sus ojos, esta parte de la población constituía la base sobre la que podía prender con facilidad el descontento y, por esa razón, era un campo abonado para los «alborotadores». Una cuestión que, tal como se reconocía públicamente, era facilitada por el excesivo espíritu de lucro en los patrones, propiciando que los obreros se apartaran de una iglesia a la que identificaban con aquellos[31]. La urgencia era hacer frente al comunista combativo, presentado como máximo exponente de la «verdadera clase obrera», visto como el elemento agitador y subversivo del orden, instrumentalizador de los trabajadores para sus «intereses partidistas»[32]. Para combatirlo se invocaba la figura estereotipada: el obrero que si no lo era, hacía esfuerzos por ser piadosa y disciplinado. En definitiva, el trabajador con sentido moral, unido a la familia, a la empresa, a la patria y a la santa madre Iglesia. Se construía, de esta forma, una concepción del «obrero con orgullo de serlo».

Esta representación social construida desde los años cuarenta en adelante, sin embargo, entraría en crisis partir de finales de la década siguiente. Posiblemente fue de las que más profunda y rápidamente entró en contradicción entre una parte nada desdeñable de los trabajadores católicos. De entrada, la práctica de apostolado en las empresas y también en los suburbios en crecimiento de las grandes ciudades que recibieron flujos inmigratorios masivos, propició actitudes nuevas, con un sentido crítico, que fueron extendiéndose entre algunos de los miembros de sus organizaciones juveniles. A lo largo de los siguientes diez años, fue tomando forma un discurso diferenciado en el seno del catolicismo español vinculado con las organizaciones de apostolado. El giro respecto a la

---

injusto, materialista y anticristiano, sino por lo que tiene de verdadero […]. Y el comunismo ha afirmado una gran verdad al decir que era injusto el régimen económico de nuestros días». Era necesario, según las autoridades eclesiásticas, por tanto, eliminar las causas de las injusticias, establecer un orden social justo y cristiano, véase V. Enrique Tarancón, *Católicos Militantes. Carta Pastoral,* Madrid, HOAC-Secretariado de Publicaciones, 1949, p. 16.

[31] Memoria de la Asamblea Social de la Provincia Tarraconense, S. I. 3 a 6 de agosto de 1954, Barcelona, Curia Provincial, Lauria 13, 1955, pp. 8-9.

[32] C. Molinero y P. Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas,* pp. 127 y ss.

concepción del obrero y de la manera de dirigirse a él, de atender sus necesidades, tuvo en una serie de organizadores. Entre ellos destacará el antiguo militante republicano catalán Guillem Rovirosa i Albet, quien ofreció una concepción y formas de actuación que marcarían profundamente la Hermandad Obrera de Acción Católica y sus organizaciones especializadas, la Juventud Obrera Católica y la Juventud Obrera Católica Femenina. La visión de Rovirosa expresaba la profunda huella del anticomunismo durante los años del inicio de la Guerra Fría, sin embargo, iba a tener también un signo marcadamente crítico con la evolución del capitalismo liberal, situándose, para la defensa de los intereses obreros, en una posición ideológica equidistante entre las dos ideologías que entonces caracterizaban un mundo bipolar. En 1951, Rovirosa aseguraba que lo prioritario para hacer frente a los comunistas era empatizar con ellos, comprender su estado de ánimo: «El amor a los comunistas nos permitirá comprender el comunismo. Y una vez comprendido será mucho más fácil no dar palos de ciego»[33]. Al propio comunismo, como hiciera años antes Tarancón, le reconocía que tenía «partículas de verdad»: la de la injusticia social, la misma que era aprovechada por este enemigo pertrechado de ideas y de acción, ante la cual cabía oponer la misma disciplina y sobre todo la misma convicción de que el obrero no era dócil por naturaleza. Frente a la praxis comunista cabría, por tanto, oponer el «Método de la Encuesta» –dejando de lado lo que había venido siendo habitual: un «Catecismo rebajado de las Obras asistenciales»– y «saberse un instrumento de Dios». En definitiva, para él: una verdadera interpretación cristiana y militante de la historia[34].

A lo largo del proceso de alteración de las visiones sobre el obrero desde el mundo católico, se produciría con lentitud un progresivo distanciamiento de las formas tradicionales de relacionarse con él, hasta el punto de fraguarse un tipo de obrerismo católico, inédito hasta entonces. En un principio estos cambios se vivieron

---

[33] Propagandista católico y fundador de las Hermandades Obreras de Acción Católica, que teorizaría el «comunitarismo». G. Rovirosa, *Comunistas y cristianos,* Madrid, ZYX, 1966, pp. 19 y 24. En la hostilidad de sus discursos existía, al mismo tiempo, admiración hacia los militantes obreros comunistas: «capaces de luchar y dejar la vida por su ideal».

[34] Sobre la evolución de sus concepciones sociales y la formulación de «comunistarismo» cristiano, véase G. Rovirosa, *Obras completas,* vol. 3, Madrid, Fundación Guillermo Rovirosa – Tomás Malagón, HOAC, 2009, pp. 449 y 500-501.

con triunfalismo en el seno de la HOAC. Aunque las tensiones en el interior del propio movimiento de apostolado fueron derivando de la contradicción entre un mensaje renovador en el plano eclesial, de laicismo, reivindicativo y movilizador en el plano político, por un lado, y, por otro, de un extremo control por parte del componente clerical que lo orientaba[35]. No obstante, el Concilio Vaticano Segundo convocado por el papa Juan XXIII representó un punto de inflexión extraordinario para el catolicismo y en especial para sus concepciones sobre la cuestión social. El nuevo papa, a partir de la encíclica *Mater et Magistra* presentada en mayo de 1961, terminaba cuestionando el modelo de comportamiento de los obreros católicos defendido de manera tradicional por la iglesia española y por el propio régimen franquista. Al situar las cuestiones relacionadas con la aportación justa y la retribución equitativa en el mundo del trabajo, así como su incorporación de pleno derecho a la vida ciudadana representaba una ruptura que tuvo efectos de profundo calado sobre el catolicismo obrero, en su compromiso y en su acción social y política.

Estas imágenes sociales del obrero que hemos ido desgranando hasta aquí, sin embargo, no agotan el amplio abanico de las acuñadas durante aquellos años. El impacto de las migraciones interiores en el país tuvo repercusiones enormes, vinculadas a los procesos de industrialización con desiguales desarrollos, urbanización y crecimiento demográfico de las ciudades españolas. En el caso de Cataluña, en concreto en el área metropolitana, la llegada de la figura del trabajador inmigrante puso en marcha una serie de discursos en torno a la «cuestión obrera», identificando, no sin cierto automatismo, obrero e inmigrante. Desde posiciones del nacionalismo catalán de visión cristiana y humanista se proporcionaran elementos de representación social de los trabajadores fabriles, fuertemente imbuidas también del anticomunismo imperante. Este discurso establecerá una clara distinción entre los trabajadores autóctonos y los inmigrados[36]. La imagen negativa y los estereotipos sobre los obreros llegados con ola inmigratoria fue alimentada por algunos

---

[35] E. Berzal de la Rosa, «¿Un movimiento obrero controlado por el clero?», en E. Nicolás y C. González (coords.), *Ayeres en discusión* [Recurso electrónico], 2008, pp. 1068-1076; y del mismo autor, «Cristianos en el "nuevo movimiento obrero" en España», *Historia Social* 54, 2006, pp. 137-156.

[36] J. Ventura, *Vida del treball a tallers i fàbriques,* Barcelona, d'Aportació Catalana, 1965, p. 5.

sectores de la población, no solo autóctona, sino también de antiguo asentamiento, murcianos y aragoneses en particular. Se manifestó un extendido prejuicio, a veces difuso y otras veces explícito, contra los inmigrantes sureños que dieron pie a estereotipos: «los inmigrantes no vienen a trabajar», «vienen sin un oficio y los tenemos que mantener nosotros», «son unos paletos», «son unos "destripaterrons"», es decir, unos «gañanes»[37].

Al mismo tiempo, desde dentro del mundo católico aparecerían públicamente discursos diferenciados respecto a este asunto. En 1964, el joven licenciado en medicina Jordi Pujol i Soley, activista de los minoritarios grupos del catalanismo cultural antifranquista, escribiría que estaba convencido de que no había clase obrera en Cataluña:

> [...] La realidad es que la inmigración mal o nada integrada termina por desarticular el mundo del trabajo, porque se hace una gran masa sin hacer todavía y todavía no arraigada. La realidad es que todos estos rasgos negativos hacen del mundo del trabajo una cierta entidad social. Pero la realidad es también que estos centenares de miles de hombres no constituyen una clase obrera, si por clase obrera entendemos el conjunto organizado, consciente y activo de los trabajadores. Y la realidad es también que mientras de verdad no haya clase obrera no habrá tampoco Cataluña. Es más: Cataluña no existirá con plenitud hasta el día que su clase obrera haya accedido al poder[38].

El discurso social y político de Pujol, bajo la influencia vincensiana de *Industrials i polítics del segle XIX* (Teide, 1958) y otros presupuestos cristianos sobre la «cuestión social», se habría distanciado de la herencia del catalanismo conservador. Pero sobre todo tomaba conciencia de cómo afectaban a la política catalana los cambios demográficos que se estaban produciendo, de ahí que el

---

[37] Se reúnen múltiples ejemplos en P. Candel, *Els Altres catalans,* Barcelona, Edicions 62, 1967, pp. 159-166; y también en *Inmigrantes y trabajadores,* Barcelona, Planeta, 1973, pp. 38 y ss.

[38] J. Pujol, *Construir Catalunya,* Barcelona, Pòrtic, 1979, pp. 137-138 [Traducción del catalán de J. T. H.]. Este libro, que era el segundo volumen de la obra *Entre la acción y la esperanza* (Barcelona, Pòrtic, 1979) se trataba de una recopilación de textos, entre los que se incluían otros, como «Fer Poble» y «Fer Catalunya» de 1959. La escritura del que cito está datado a finales de 1964.

protagonismo de la clase obrera en la política de construcción de Cataluña que se proponía pasara a constituirse en un elemento clave en su discurso. Esto se producia, por otro lado, en el momento, en que comenzaba a construirse un desafío obrero al régimen a partir de la Comisiones Obreras.

Desde otros sectores implicados en el antifranquismo organizado, los del cristianismo progresista, en este caso de raíz marxista, se ofreció a partir de entonces una visión distinta, con la que se alertaba sobre los efectos del «neocapitalismo» entre la juventud trabajadora y también inmigrada:

> La nueva cohorte de trabajadores jóvenes que consiguieron un cierto «standing» de vida, mezcla de personaje rural y urbano, alimenta sin duda el «yeyismo» y los lugares de ocio estúpidos y embrutecedores. Muchos de ellos se sienten satisfechos de haber encontrado un trabajo con el cual, gracias, eso sí, a horarios de jornada muy largos, reciben salarios que hasta entonces nunca habían percibido. Las posibilidades de consumo en la gran ciudad hacen el resto, junto con una nueva tendencia de fomento del erotismo que vivimos en estos momentos de una manera pseudovergonzosa[39].

Sin embargo, este tipo de «nuevo trabajador» no excluía otras imágenes sociales. Por ejemplo, se aseguraba que «sería muy superficial creer que la tipología del nuevo trabajador se agota en el mecánico de cabello largo y camisas de flores», ya que «los inmigrantes nutren no pocos de los militantes de los movimientos obreros, tal como ha pasado en otras fase de la historia española […]». El entonces ingeniero y militante del Front Obrer de Catalunya, Alfonso Carlos Comín, subrayaba la potencialidad de los trabajadores inmigrantes tanto en los grupos sindicales como en los movimientos de Acción Católica. El comportamiento del «nuevo obrero», joven y meridional, en efecto, romperá con los esquemas de los modelos de representación de la etapa anterior.

Durante aquellos años, el discurso oficial sobre la integración y asimilación del obrero se desplegará con mayor potencia, sobre todo a partir de los efectos del incipiente fenómeno del consumo

---

[39] A. Carlos Comín, *Noticia de Andalucía,* Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1971, p. 46 [Traducción del catalán de J. T. H.].

de masas. La población inmigrante debía transformarse en ciudadanos que trabajaran, produjeran y consumieran, con la evidente convicción de que esto no servía únicamente para los inmigrantes. La fábrica, por otro lado, se constituyó también en una importante fuente de identidad social. En ella se requerían trabajadores no cualificados para su reorganización, y aquellos procedentes del campo constituyeron uno de los mayores contingentes de mano de obra. En el interior del taller o la fábrica existía una división de grupos profesionales, como también jerarquías sociolaborales en función del origen de procedencia. Esta posiciones diferenciadas progresivamente podrán ir debilitándose a partir de los conflictos obreros que pudieron comportar cohesión entre los trabajadores de las plantillas, aunque ello no significa que desparecieran las dificultades de adaptación entre los diferentes grupos de trabajadores[40]. No obstante, no está de más recordar que en el terreno de las identidades sociales, entre cuyas fuentes el mundo del trabajo era central, se darían otras importantes fracturas. Aquellas relacionadas con las condiciones de trabajo de las mujeres y su discriminación laboral, pero también con su extrañamiento respecto de las organizaciones obreras antifranquistas[41]. Una cuestión que afectaba también a aquellas otras realidades sociales vinculadas a las categorías reservadas a las mujeres y a los hombres más jóvenes, formando parte del grupo de los aprendices[42].

El miedo ante la represión, la pasividad y la acomodación, por supuesto, fueron actitudes sociales que estuvieron también presentes entre los trabajadores. Así como en el conjunto de la sociedad, en las actitudes de los trabajadores existieron amplios «zonas gri-

---

[40] J. Tébar Hurtado, «Treball i immigració a Catalunya, 1939-1975»,en M. Marín (coord.), *Memòries del viatge (1940-1975),* Sant Adrià del Besòs, MIHC, 2009, pp. 110-115.

[41] N. Varo, *Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CCOO del área de Barcelona (1964-1978),* Barcelona, Arxiu Històric de CCOO de Catalunya – Fundació Cipriano García, 2014, pp. 19-22 y 55-66.

[42] Por ejemplo, en Barcelona, a finales de los sesenta, se llegó a contabilizar la existencia clandestina de unos 50.000 menores, muchos de ellos en trabajos realmente penosos, como en los hornos del vidrio, ayudantes de cocina, etc. En el mismo artículo no hablaba de la cifra récord de 700.000 niños sin escolarizar, véase el reportaje sobre Barcelona y Madrid de Josep Maria Huertas Claveria, *Tele/eXpres,* 30-10-1967. Numerosos casos y referencias de testimonios sobre este asunto se encuentran en el libro publicado, tras azarosa historia, en 1968 por F. Candel, *Ser obrero no es ninguna ganga,* Barcelona, Laia, 1977.

ses» respecto a su relación con el régimen, actitudes refractarias en cuanto a la recepción de los discursos sociopolíticos de diferente signo. Son los trabajadores a los que se suele presentar como «gente corriente», los que mostrarían en buena medida esas actitudes sociales. La manifestación del fatalismo, por otro lado, puede rastrearse a partir de numerosos testimonios de la época[43]. La hostilidad de una parte mayoritaria de los trabajadores hacia la dictadura no debe ocultar, por tanto, la existencia de franjas obreras en las que predominó la indiferencia, la inhibición política, especialmente, aunque no de manera exclusiva, entre aquellos sectores que habían permanecido al margen de la intensa movilización de los años treinta[44]. Sin embargo, difícilmente avanzaremos en el conocimiento de esas actitudes desde la visión que opone la «gente corriente» a la «gente poco corriente» de la que hablara Hobsbawm, como si se tratara de dos mundos separados, impermeables, sin relación alguna entre ellos[45].

Fijar identidades sociales inamovibles a lo largo del tiempo ofrece una fotografía, pero no evita analizar también los cambios en esas actitudes sociales, cómo evolucionan y por qué. Esto comporta, es evidente, examinar los fenómenos relacionados con las pautas de comportamiento en los consumos, tanto materiales como culturales, a partir de la progresiva incorporación de sectores de la población al consumo de masas. Esta cuestión conduce a preguntarnos sobre la manera en que el ingreso salarial entre los trabajadores se incorporó como principal instrumento de autopromoción y ascenso social, los efectos de la aceptación y extensión de las horas extras en el trabajo, del pluriempleo y de las

---

[43] Para muestra, un botón: Francisco Trives, uno de los responsables de un centro social barcelonés escribía a sus miembros al iniciarse la década de los años sesenta: «¿Esperamos aquí tranquilamente a que nos coman las moscas a que venga Papá Noel a sacarnos las castañas del fuego? Yo creo que esto no es lo que corresponde a hombres que se sienten responsabilizados de alguna manera ante la sociedad, y, esto es a lo que voy»; Carta del secretario provisional del Centre Social «Pueblo-Seco, Los Rosales» de Terrassa (en Sant Quirze de Terrassa), 09/09/1960, Cáritas Nacional, Arxiu Històric de Cáritas Diocesana de Barcelona (AHCDB), caja 27.

[44] C. Molinero y P. Ysàs, «La historia social de la época franquista», *op. cit.,* p. 139.

[45] I. Saz, «Apuntes conclusivos», en M. Á. del Arco, C. Fuertes, C. Hernández y J. Marco (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977),* Comares, Granada, 2013, p. 226.

presiones sociales para alcanzar mejores niveles de vida[46]. Las expectativas a colmar pudieron pasar, más adelante, ya en la década de los setenta, por la adquisición de la vivienda, del «terrenito» como segunda residencia[47]. En definitiva, la quiebra de la aceptación pasiva del régimen de Franco por una parte de los trabajadores se produjo al mismo tiempo que la clase obrera en su conjunto iba accediendo a bienes de consumo duradero y a otros beneficios del capitalismo hasta entonces vedados. Por tanto, los términos de «integración» o «disidencia» de aquella clase obrera no se situaban como una disyuntiva nítida siempre y en todo momento[48]. Por el contrario, los espacios de ambigüedad estarán presentes a lo largo de esta etapa[49]. Ramir Reig sitúa desde el punto de vista de la teoría de la acción racional los comportamientos de los trabajadores y saca conclusiones tanto de las coincidencias como de las contradicciones expresadas por sus actitudes en su relación con las identidades políticas y el movimiento obrero[50].

Los discursos que se han ido analizando hasta aquí están conformados por imágenes sociales sobre el mundo obrero y sobre los trabajadores. Por supuesto, podría cuestionarse que se asienten en estereotipos previamente construidos. Pero puestos en circulación, buena parte de estos discursos fueron compartidos socialmente y arraigaron entre sectores de la población, que los adoptaron como esquemas de pensamiento y guías de actuación.

Culturas políticas. Discursos y movilización

La invocación a la categoría «clase» y su relación con la noción «identidad», plantea dificultades y problemas. Nos exige es-

---

[46] S. Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988),* Valencia, Alfons El Magnànim, 1994, pp. 76-77.

[47] I. Riera, *Pàries, sindicalistes, demagogs,* Barcelona, Edicions 62, 1986, especialmente pp. 17-24, 67-73 y 81-82.

[48] A. Gómez Roda, *Comisiones Obreras y represión franquista, Valencia, 1958-1972,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004, p. 23.

[49] S. Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad…, op. cit.,* p. 77.

[50] R. Reig, «Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)», *Afers* 22, 1995, pp. 459-491.

tablecer una adecuada distinción, precisar cuál es el uso que hacemos[51]. Por tanto, precisa de unas definiciones sobre «clase» e «identidad» que vayan más allá de elementos descriptivos[52], que propongan el nexo entre ambas categorías, distinguiéndolas y no intercambiándolas, delimitando su definición y no expandiendo el posible significado de sus relaciones. Es decir, un marco conceptual operativo. Una propuesta para resolverlo es examinar este asunto desde un punto de vista ya conocido, el que ofreció Pérez Ledesma al plantear la creación de la clase obrera como una construcción cultural, entendida como una identidad disponible para la movilización que tuvo en la acción continuada de los integrantes del movimiento obrero sus creadores, interpretando las experiencias comunes de los trabajadores y difundiendo los marcos conceptuales que permitían a estos últimos integrarse en aquella identidad colectiva[53]. En definitiva, concebir al movimiento obrero como una propuesta intelectual para dotar de un sentido específico a las relaciones y conflictos sociales en España[54]. Un planteamiento que conecta con la reformulación de la «cultura obrera» como «cultura política» a partir de E. P. Thompson. Esto aconseja que, junto a las experiencias materiales, debamos situar el análisis discursivo de la acción colectiva para ofrecer explicaciones del papel del movimiento obrero durante el tardofranquismo.

En efecto, el surgimiento de un nuevo movimiento sociopolítico, como fue el de las Comisiones Obreras, en un contexto de ilegalidad y represión plantea toda una serie de problemáticas, algunas de ellas relacionadas con sus comportamientos y con su identidad cultural. Esta perspectiva nos conduciría a establecer la diferencia entre un análisis de los comportamientos colectivos y el de la construcción de la identidad; o dicho de otra forma, dar el paso de examinar el movimiento obrero como objeto sociológico a pasar a analizarlo como sujeto político. Visto así, cabe aña-

---

[51] S. Gunn, *Historia y teoría cultural,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2011, pp. 163-169.

[52] X. Domènech, *La clase obrera bajo el Franquismo,* pp. 203-205, en particular en su nota 4.

[53] M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera: una creación cultural», *op. cit.,* p. 233.

[54] La sugerencia de ensayo del esquema para la segunda mitad de siglo XX la hace R. Cruz, «El órgano de la clase obrera. Los significados de movimiento obrero en la España del siglo XX», *Historia social* 53, 2005, p. 174.

dir que el movimiento social no es un resultado, más o menos azaroso, de oportunidades políticas y disponibilidades organizativas sino que, en muchos casos, lo es también de significados compartidos[55], en los que entrarían en juego los lenguajes. Al referirme a los lenguajes, aclaro que los pongo muy en relación con los «discursos». La forma de definición de estos discursos los sitúa en el ámbito de la comunicación que va más allá de lo escrito o hablado, son concebidos «como una amplia gama de formas y manifestaciones que influyen, entre otras, en las prácticas organizativas, los gestos rituales, las tradiciones locales y una variedad de acciones que van desde la manifestación de la violencia social hasta la solidaridad colectiva»[56]. Lo que subrayo es que los discursos que fueron adquiriendo y pusieron en circulación los grupos de militantes obreros a partir de los años sesenta en España dotaron de un vocabulario político a amplios sectores de la clase trabajadora.

En estos discursos influyeron sus respectivas organizaciones políticas, seguramente no en una aplicación nítida ni milimétrica de las respectivas doctrinas ideológicas, aunque sí tomándolas como una orientación para actuar cotidianamente a la luz de sus experiencias individuales y colectivas. Estos discursos y prácticas configuraron el crisol de una cultura política, definida como marco de interpretación de la realidad o una visión del mundo, acompañada de signos de identidad, de tradiciones y símbolos[57]. En todo caso, esta cultura política apelaba tanto a los «trabajadores» como al «pueblo» para su acción sociopolítica, actuando en su condición de «ciudadanos». Estas identidades sociales (trabajador, pueblo, ciudadano), aunque de manera más problemática de lo que nos solemos plantear, constituirían identidades concéntricas, no excluyentes, que se articularían no sin dificultades. Desde luego, no afirmo con ello que esta cultura política se pueda identificar con la

---

[55] Á. Barrio, «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social* 37, 2000, pp. 143-145 y 158. Recogido también en A. Gómez Roda, *Comisiones Obreras y represión franquista…, op. cit.,* pp. 26-27.

[56] C. E. Lida, «Los discursos de la clandestinidad en el anarquismo del XIX», *Historia Social* 17, 1993, pp. 63-70.

[57] Un toque de atención para no perder la perspectiva de su utilidad para los historiadores en I. Saz, «Las culturas política del nacionalismo español», en M. Pérez Ledesma y M.ª Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 327-328.

«cultura política antifranquista», ya que esta tuvo un carácter plural y diferenciado[58].

La cultura política que se identificaba con el nuevo movimiento obrero habría permitido a sus seguidores articular discursos sobre el funcionamiento de la sociedad, una identificación de los problemas y los adversarios, unas formas de hacerles frente. Las identidades sociales se articulan lingüísticamente a través de conceptos en el espacio de unas culturas políticas que son forjadas en la larga duración. De ahí que examinar la protesta social a lo largo de los años sesenta y setenta, además de la presencia e influencia de determinadas corrientes ideológicas, requiere del análisis de unas nuevas prácticas sociales. Así, algunas de las estructuras simbólicas y los recursos culturales para la movilización tendrán una larga persistencia, por ejemplo, el significado otorgado a la figura del «minero» y a su combatividad. Aunque van a irrumpir como novedad nuevos referentes que constituyen una verdadera ruptura con lo anterior. Este es el caso de los trabajadores y trabajadoras emigrantes en las grandes ciudades industriales. En una dimensión diferente será el caso del «trabajador católico», mujeres y hombres, que terminará en el campo del antifranquismo. Pero también se producirá la incorporación al conflicto social de identidades laborales hasta entonces ajenas a él, representadas por los educadores y los trabajadores de la sanidad y de la administración pública. Desde luego, el análisis de la cultura política requiere analizarla «por arriba», entre los grupos dirigentes y militantes que surten y transmiten elementos de ella, tanto como «por abajo», a partir de los resultados que tiene en aquellos otros ámbitos donde diferentes estratos sociales la reciben pero, al mismo tiempo, es reelaborada y difundida entre sus círculos de relación más próxima[59].

Por otro lado, conocemos bien, y cada vez más, las actitudes de los militantes comprometidos donde predominó una determinada identidad de clase y concretos lenguajes clasistas en oposición a otros. Sin embargo, hoy adolecemos en mucha mayor medida de un conocimiento similar sobre las actitudes de los «trabajadores

---

[58] Tal vez al modo de lo planteado para el republicanismo por Á. Duarte, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939,* Madrid, Alianza, 2009, pp. 340-344.

[59] M. Pérez Ledesma, «Historia social e Historia cultural», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 30, 2008, pp. 227-248.

comunes»[60], quienes no vivieron del mismo modo, por supuesto, la movilización y la protesta. Esta espacio continúa siendo un déficit en nuestro estudio, en ocasiones ocultado por la identificación entre unos grupos y otros. Una de sus consecuencias es la persistencia de un relato en ocasiones excesivamente épico[61], marcado por una pronunciada línea ascendente de luchas, para explicar la evolución del conjunto de la clase trabajadora durante la dictadura. Efectivamente, el crecimiento de la protesta está constatado, sus datos y cifras son ya conocidos, pero estaría pendiente todavía formularse también preguntas en torno a estas cuestiones menos visibles en la Historia social obrera.

Me refiero a la configuración de una cultura política –por supuesto en disputa con otras, especialmente con la falangista, aunque no exclusivamente– que ordenaría una visión sobre el pasado, el presente y el futuro, dotando al nuevo movimiento obrero de un discurso compartido. En esta cultura política existían raíces socioculturales anteriores, de las que parte de sus elementos, aquellos que se pudo decidir como más útiles, fueron transmitidos, reactivados y utilizados para la movilización política que tuvo lugar durante aquellos años. Desde luego, no se trata de deducir un resultado de la mera transmisión familiar en cadena, aunque también desempeñó su papel[62]. Cabe subrayar la importancia en este proceso de las redes de relación personal, no solo en la familia o el centro de trabajo, sino en diferentes espacios sociales de comunicación (desde los bares, a las reuniones en iglesias, comidas en el campo, centros de educación, asociaciones culturales, en cine forum, locales del Sindicato Vertical, en las aulas universitarias, etc.). Se trató de los nudos de

---

[60] Cuestión que situó, ya hace tiempo y para una etapa anterior, I. Saz, «Trabajadores corrientes. Obreros de fábrica en Valencia de la posguerra», en I. Saz y A. Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra,* Valencia, Episteme, 1999, pp. 227-233. Así como, para un periodo más amplio, R. Reig, «Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)», *Afers* 22, 1995, pp. 89-91.

[61] J. Tébar, «La clase trabajadora en la Gran Barcelona, 1951-1988. Reflexiones para el debate», en J. Tébar (ed.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica,* Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 97-102; y también J. Babiano, «El mundo del trabajo durante el franquismo», *op. cit.,* pp. 230-231.

[62] C. Borderías, Mònica Borrell, J. Ibarz y C. Villar, «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el franquismo», *Historia Contemporánea* 26, 2003, pp. 161-206.

unas redes que conectaban la protesta y los diferentes movimientos sociales (obrero, vecinal, profesional…) que emergieron durante aquella etapa. En este sentido, un ejemplo sobre la acción colectiva y la construcción cultural del movimiento nos lo ha ofrecido José Antonio Pérez al analizar un conflicto que tuvo y ha mantenido en el tiempo un extraordinario carácter simbólico. Me refiero a la huelga de Bandas, el conflicto más largo y enconado que se produjo durante el franquismo, 163 días, que afectó a los vecinos del municipio vizcaíno de Basauri, pero que tuvo amplias repercusiones expresadas en una solidaridad organizada por trabajadores de numerosas empresas del conjunto del país[63]. Es posible que sea necesario examinar con más detenimiento cómo este tipo de experiencias contribuyeron a moldear las formas en las que los individuos y los grupos sociales establecen su relación con el ámbito público, de cómo estos definen, se enfrentan, se resisten y redefinen lo «político»[64]. Esto tiene relación con las nuevas experiencias, los significados y la interpretación que se confirió a la acción sociopolítica a partir de los años sesenta.

La cultura política obrerista, en lo que tiene de nueva, fue uno de los factores clave para la protesta y la organización obrera. En su desarrollo permitiría integrar parte de los referentes de lenguajes antiguos del movimiento obrero –¿puede pensarse en el abandono por completo de un patrimonio cultural secular?– y, al mismo tiempo, desechar aquellos que pudieran haber perdido vigencia en unas nuevas realidades. De manera que se construyó un moderno discurso sobre los derechos civiles, políticos y sociales que incorporaban valores fundamentalmente asociados a la libertad y a la ciudadanía, engarzados en un escasamente definido y cerrado proyecto de democracia[65].

---

[63] Se nos plantea por parte del autor un ejemplo de acción colectiva a partir de las experiencias materiales e ideológicas obreras, en la que los elementos discursivos mediaron su construcción cultural, J. A. Pérez, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977),* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 305-314.

[64] M.ª L. Morán, «Cultura y política: nuevas tendencias en los análisis sociopolíticos», en M. Pérez Ledesma y M.ª Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2011, pp. 110-124.

[65] I. Saz, «La lucha por la libertad en España desde una perspectiva comparada (1962-1977)», en A. Domínguez Rama (ed.), *Enrique Ruano. Memoria viva de la impunidad del franquismo,* Madrid, Editorial Complutense, 2011, pp. 76-80.

La industria y la ciudad, por otro lado, dieron forma al movimiento obrero, pero sus miembros contribuyeron de manera decisiva a forjar una identidad social dispuesta para la movilización y el uso de nuevas prácticas que modificaron la vida en las fábricas y en las ciudades. Este repertorio de prácticas de la protesta se forjó, y se ha insistido a menudo en ello, en respuesta a los contenidos y las limitaciones del Estado franquista, y también de los cambios económicos y las transformaciones sociales producidas. Tal como ha definido Alberto Gómez Roda, el fenómeno de las Comisiones Obreras bajo la dictadura fue un ejemplo de la construcción de una identidad social, de clase y política en confrontación con el Estado[66].

Se ha dicho que el clima moral y político de los años sesenta se nutrió del abandono y liquidación definitivos del lenguaje de las revoluciones popular y social del primer tercio de siglo XX, producidos una vez finalizada la Guerra Civil española. En efecto, para Santos Juliá ni la nueva clase obrera ni las clases medias recuperaron aquel lenguaje, que fue sustituido por el nuevo lenguaje de la democracia. Se dejaron atrás proyectos o ideales políticos como la República y el socialismo, en aras de una «primero tímida, luego más vigorosa reivindicación de la democracia […]»[67]. Fue la lenta incorporación de nuevos valores democráticos entre la segunda mitad de los años sesenta y primeros años setenta. La moderación de la clase obrera española se habría mostrado en contraposición al maximalismo que la habría caracterizado durante los años treinta. De manera que el movimiento sindical «dejó de percibirse como agente de la revolución social, dejando paso a la reivindicación de un marco de libertades democráticas», cuando «[…] nunca antes el sindicalismo se había relacionado con la política en España bajo esta óptica»[68]. No obstante, esta visión dicotómica entre «moderación» y «radicalización» en las actitudes de los trabajadores no parece resolver adecuadamente la explicación de actitudes ambivalentes, también cambiantes, manifestadas por las experiencias que vivió el mundo obrero en determinadas etapas, en particular durante el proceso político de transición a la democracia en nuestro

---

[66] A. Gómez Roda, *Comisiones Obreras y represión franquista…, op. cit.,* p. 26.

[67] S. Juliá, «Cambio social y cultura política en la transición», *op. cit.,* pp. 32-38.

[68] S. Juliá, «Orígenes sociales de la democracia en España», *Ayer* 15, 1994, pp. 38-39.

país. Álvarez Junco, en una dirección similar a la de Juliá, pero con mayor grado de concreción, ha apuntado la necesidad de examinar si el curso de la protesta durante aquellos años –y no solo la obrera– se modificó acondicionado por el grado de desarrollo del Estado, las oportunidades de participación que el sistema proporcionaba y, sobre todo, por la cultura política de los dirigentes y participantes en la movilización social, en la medida en que estos se orientaron hacia la reforma del Estado en un sentido democrático. Esta premisa le conduce a preguntarse hasta qué punto la politización del movimiento obrero, en la que fue fundamental el papel de los comunistas, «lo hizo finalmente político». «Político», claro, en el sentido de alejarlo de la indiferencia que habría expresado, al menos hasta la Guerra Civil, hacia la reforma del Estado, al considerarla imposible o inútil[69]. La respuesta es que los miembros del movimiento obrero fueron transformados en agentes políticos de democratización y que habrían abandonado sus objetivos emancipadores de clase[70].

Tanto el esquema general como la hipótesis de trabajo formulada por Álvarez Junco habrían quedado, desde hace años, pendiente de ser debatida a fondo, esto no puede ignorarse. Por eso trataré de señalar sumariamente algún problema, me parece a mí, que puede formularse como reflexión final de estas notas para un posible debate sobre el movimiento obrero bajo el franquismo. Y es que la transformación que sostiene Álvarez Junco[71] no significa que las motivaciones y los protagonistas que luchaban por la democracia estuvieran orientadas siempre en un sentido pro democrático claramente definido y cerrado respecto de la democracia. Otra cuestión distinta y que requeriría una discusión es la que nos plantea preguntarnos sobre qué idea se tenía entre los trabajadores y sus organizaciones de aquella reforma del Estado sugerida por Álvarez Junco: ¿hasta dónde y con qué profundidad debía acometer-

---

[69] J. Álvarez Junco, «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad posfranquista», en E. Laraña y J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad,* Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 430-431.

[70] No pienso que pueda decirse que es una tesis sustentada, a pesar de que haya sido en alguna ocasión presentada de esta forma, por ejemplo, en Á. Barrio, «Clase obrera y movimiento obrero», *op. cit.,* p. 100.

[71] B. Pudal, «Politisations ouvrières et communisme», en M. Dreyfus *et al.* (dirs.), *Le siècle des communismes,* París, Seuil, 2004, pp. 758-779.

se? Por otro lado, parece necesario continuar la profundización en la explicación sobre algunas linealidades sugeridas, marcadas por ascensos que van del apoliticismo a la politización e integración democrática.

Vistos aquellos años como los del «momento de la política», de la que las Comisiones Obreras fue en buena parte un resultado, lo que cabe concluir es que el movimiento obrero permitió integrar lenguajes *antiguos* y *modernos,* en amalgama, para ofrecer un moderno discurso político. Fue el lenguaje de la libertad, sin duda, pero fue su reivindicación práctica la que proporcionó las claves para un aprendizaje de la democracia. Aprender y practicar bajo una dictadura la democracia (la asamblea, la elección y la representatividad, etc.) nos hablaría primero de la adquisición de un vocabulario político, código o marco[72] sobre el significado de la libertad, individual y colectiva, que se concretaba en y proyectaba hacia programas de democracia en términos de conquista frente al régimen. Los términos de ordenamiento jurídico, de procedimientos y formalización vendrían después. Siendo importante si aquellos lenguajes eran más *antiguos* o más *modernos,* lo fundamental fue el aprendizaje de lenguaje de la política, algo, por definición, contrario a una de las ideas más difundidas y arraigadas durante la dictadura. El que las concepciones sobre la «revolución social» o la República no encontraron un cauce y su recepción se fue apagando en la sociedad española, no niega que la acción del movimiento obrero durante aquellos años más que desprenderse por completo de todos y cada uno de sus referentes anteriores, aunque fueran recibidos en términos simbólicos, mantuvo una concepción de la democracia a la que podía aspirar, en particular en términos de igualdad social y participación política, que finalmente no se concretó de la manera en que se pudo haber imaginado.

En definitiva, durante aquellos años tuvo lugar una progresiva y creciente valoración de la acción política de la izquierda española para el cambio y la mejora social. Otra cuestión bien distinta es cómo, iniciada la transición y después, se definiría la relación necesaria y la prelación entre desarrollo económico, acción política y

---

[72] No puedo entrar aquí a analizarlo, aunque esta variedad de términos tiene relación con la existencia de un debate entre las diferentes corrientes que interpretan las culturas políticas como representaciones compartidas, véase M.ª L. Morán, «Cultura y política», *op. cit.,* pp. 110-111.

cambio social por parte de la izquierda en nuestro país. El esquema de aquella relación se habría mostrado oscilante a lo largo de más de un siglo, y esto es algo tal vez no tan distante, aunque sí diferente, de lo que Dorothy Thompson analizaba en 1993, en su caso al ser preguntada por la historia del socialismo británico[73].

[73] «Dorothy Thompson. The Personal and the Political» [entrevista por Sh. Rowbothan en 1993], en F. Mulhern (ed.), *Lives on the Left. A Grop Portrait,* Londres – Nueva York, Verso, 2011, pp. 118-119. Agradezco a Alberto Gómez Roda que me haya proporcionado la referencia de esta cita.

X. E. P. THOMPSON Y LA *AGENDA PARA UNA HISTORIA RADICAL*

Juan Andrade

La contribución de Thompson al desarrollo de la disciplina de la Historia en la segunda mitad del siglo XX ha sido objeto de un reconocimiento prácticamente unánime, tanto fuera como dentro del entorno académico. Sus biografías sobre William Blake y William Morris o su ópera magna a propósito de la formación de la clase obrera en Inglaterra son obras de referencia para cualquier historiador social o cultural serio, referencias que todavía aparecen en los repertorios bibliográficos oficiales de seminarios y titulaciones universitarias[1]. De igual modo su aportación teórica al desarrollo del marxismo ha quedado patente a modo de sustrato fértil en esas mismas obras, pero también de manera más expresa en diatribas o trabajos *ad hoc* como *Miseria de la teoría* o sus artículos en *New Reasoner* o *New Left Review*[2]. Por otra parte, Thompson estuvo comprometido con tres expresiones de lo que podríamos llamar la tradición de la izquierda o, más genéricamente, los movimientos de emancipación popular. En los años cuarenta y cincuenta fue un activo militante del Partido Comunista de Gran Bretaña, hasta su salida con motivo de la crisis de Hungría en 1956. Desde entonces y durante la década de los sesenta fue uno de los principales impulsores de lo que se dio en llamar la New Left. En los ochenta fue la

---

[1] E. P. Thompson, *Witness against the beast: William Blake and the moral law,* Cambridge, Cambridge University Press, 1994. La biografía de William Morris está traducida al español: E. P. Thompson, *William Morris. De romántico a revolucionario,* Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1988. De la Formación referenciaremos la última edición en español: E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012.

[2] E. P. Thompson, *Miseria de la Teoría,* Barcelona, Crítica, 1981. *New Reasoner,* subtitulada «Publicación trimestral de humanismo socialista», circuló como órgano primigenio de expresión de la New Left comunista disidente de 1957 a 1959. De ella y de otras publicaciones y experiencias surgiría en 1960 *New Left Review,* de la que Thompson fue un activo colaborador durante sus primeros años de andadura, hasta que rompió con su consejo editorial.

cara visible más reputada del Comité por el Desarme Nuclear Europeo. Así, Thompson sintetiza biográficamente, en su estricta secuencia o como pionero, momentos clave del desarrollo contemporáneo de las luchas políticas y sociales: las expectativas en el movimiento comunista abiertas con la Revolución de Octubre y revigorizadas tras la Segunda Guerra Mundial, la fuerza de las heterodoxias que emergieron en los sesenta al calor del desencanto o la frustración de esas expectativas y, finalmente, la apertura en los setenta y ochenta a otras problemáticas y formas de resistencia a través de los denominados nuevos movimientos sociales.

En definitiva, Thompson es conocido y reconocido por su contribución a tres esferas de actividad: al oficio de historiador, al desarrollo de la tradición cultural que llamamos marxismo y al compromiso político emancipador. Pero en el caso de Thompson estas tres esferas de actividad solo son disociables en abstracto. La originalidad de Thompson radica en su capacidad para, aun preservando el desarrollo relativamente autónomo de cada una de ellas, imbricarlas en la práctica de manera muy estrecha y fructífera, aunque a veces también problemática. La potencia de Thompson radica en la original conexión que estableció entre estas tres esferas, que se retroalimentaron mutuamente en beneficio de sus desarrollos particulares, pero que dieron lugar al surgimiento conjunto de una obra y una vida grandes. Mi propuesta al respecto es que son precisamente esas conexiones lo que hoy merece la pena reactualizar para hacer viable la *Agenda para una historia radical.*

En este sentido, las siguientes páginas se han elaborado al objeto de sintetizar algunas de las contribuciones de Thompson a la historia, al marxismo y a la militancia política, pero sobre todo se han elaborado a fin de focalizar la atención en los viajes de ida y vuelta que Thompson hizo de unos campos a otros y en cómo los cultivó al unísono de manera interconectada. Parto pues de la abstracción de esas tres dimensiones, pero la idea es ir difuminando en el relato sus fronteras. Acorde con estos objetivos la secuencia narrativa del artículo irá basculando entre el «ser social» y la «conciencia» de Thompson: entre las referencias a sus actividades y condiciones de vida y las indagaciones en su producción intelectual. Para sostener la tensión dialéctica entre ambos polos al modo en que el propio Thompson lo haría aludiré a su propia «experiencia» al respecto, a cómo vivió y verbalizó él mismo la relación entre su vida y su obra.

Hay una primera aportación fundamental en la obra y la vida de Thompson que sirve al mismo tiempo de prevención a la hora de valorar a Thompson: su forma de relacionarse con los clásicos, sobre todo con el mayor clásico de su propia tradición, con Karl Marx. Thompson insistió, en una época de culto bíblico a las obras de Marx, en que la explicación de la sociedad no estaba contenida en los escritos del filósofo alemán y que, por tanto, el análisis de la realidad de cada momento no podía reducirse a una exégesis más o menos ajustada de lo que en su día dijera. Thompson practicó una forma inteligente y nada dogmática de relacionarse con los clásicos que evitaba situarlos como criterio último de autoridad y que evitaba esa práctica tan socorrida en la tradición marxista consistente en justificar las afirmaciones propias con citas entresacadas de manera oportunista de las grandes obras de referencia, o la más autoasfixiante tendencia a ajustar los análisis de nuevas realidades a los esquemas preestablecidos en la vulgata marxista. Más allá de eso Thompson trató de historizar el pensamiento de Marx y no dudó en subrayar lo que él denominaba «sus extraños silencios».

Creo que la forma en que Thompson consideraba a Marx es la mejor manera de considerar hoy a Thompson. Esa aportación es importante para no caer en la contradicción que supondría valorar la apertura mental y el carácter antidogmático de Thompson y que esa valoración terminase degenerando en una mitificación del historiador británico. La prevención es importante para quienes participamos de una tradición cultural tan dada al culto a la personalidad como es la tradición marxista, pero esta prevención es más urgente ante la tendencia a la cooptación de la Academia, tan dada a convertir en santo, previa edulcoración de sus aportaciones, a quien en vida condenó a la hoguera. En definitiva, la prevención radica en no hacer un icono de un autor que en varios momentos de su vida se caracterizó por ser un iconoclasta.

Thompson es ya un clásico, y creo que como tal hay que relacionarse con él. Decía Francisco Fernández Buey que los clásicos también envejecen, pero que lo que diferencia a un clásico de un autor común es su capacidad, al cabo de mucho tiempo, para envejecer bien[3]. Esa es la primera impresión que surge cuando uno lee las obras de Thompson, sobre todo en estos tiempos en los que

[3] La consideración la hacía a propósito de Marx en F. Fernández Buey, *Marx (sin ismos),* Barcelona, Viejo Topo, 1998, pp. 9-10.

abundan las obras que nacen viejas o aquellas novedades que duran tanto como una moda. A propósito de Thompson podría decirse lo mismo que Manuel Sacristán decía de Antonio Gramsci, que se trata de un autor que merece ser leído siempre y no estar nunca de moda[4]. Lo que diferencia a un clásico de la Historia de un historiador común no es solo, que también, la influencia que ha ejercido en el desarrollo posterior de su disciplina u otras afines, sino su capacidad para arrojar luz sobre el presente con su relato del pasado. Thompson ha ejercido una influencia de alcance extraordinario no solo porque en su día marcara un punto de inflexión en el devenir de los estudios históricos sobre la formación de la clase obrera y las tradiciones disidentes, sino porque muchos de los planteamientos que desarrolla en sus obras han prefigurado buena parte de las preocupaciones actuales de la historiografía en general[5].

La obra de Thompson supuso un fuerte impulso a aquella rebelión historiográfica frente a una forma de narrar el pasado reducida a las elites, constreñida por un sentido muy restrictivo de lo político y apenas permeable a otras disciplinas sociales y humanísticas. Junto con el resto de los historiadores marxistas británicos[6], Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill o Eric Hobsbawm, mostró además un interés particular por los procesos de transformación social, consciente de que el cambio es la sustancia de la historia. De manera muy original, el trabajo de Thompson vino a trascender las limitaciones temáticas de los estudios sobre la clase obrera, introduciendo un universo vastísimo de realidades que agrupó bajo la noción de cultura. Más allá de todo eso, en su obra sobrevuelan muchas de las preguntas que siguen abrumando a las

---

[4] «Gramsci es un clásico, no es una moda», en F. Fernández Buey y S. López Arnal (eds.), *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán,* Madrid, Catarata, 2004, pp. 80-91.

[5] Varias contribuciones interesantes a propósito de la repercusión historiográfica de la obra de Thompson pueden encontrarse en el monográfico de la revista *Historia Social,* 18 (1994). En el monográfico escriben autores como G. Eley, A. Giddens, E. Meiksins Wood o W. H. Sewell Jr. Y muy especialmente pueden verse en varios trabajos de su principal introductor en España: J. Fontana, «La importancia de E. P. Thompson», en *Mientras Tanto* 58, 1994 o «Edward P. Thompson y "La formación de la clase obrera en Inglaterra"», en *Historia, Trabajo y Sociedad* 4, 2013.

[6] Una panorámica sintética sobre el grupo puede verse en H. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989.

ciencias sociales: las difíciles relaciones entre acción y estructura, entre las formas de vida y los productos de la conciencia, entre aquello a lo que llamamos realidad y sus representaciones, entre datos empíricos e hipótesis teóricas. En sus obras no hay muchas respuestas teóricas que den cuenta de estas relaciones, y las que hay a veces pueden no ser muy convincentes, pero sí hay una práctica que muchas veces logró sostener de manera magistral, en el ejercicio de la escritura concreta de los hechos del pasado, la tensión dialéctica entre los polos que forman cada uno de estos binomios.

Conocimiento social y materialismo histórico

Thompson dio algunas lecciones magistrales de cómo se construye el conocimiento social. Planteó que el conocimiento verdadero no puede construirse con grandes categorías abstractas independientes de la realidad concreta, ni desde metalenguajes crípticos que solo dan fe de sí mismos o que como mucho retuercen el objeto de estudio hasta ajustarlo a marcos conceptuales preestablecidos. En *Miseria de la teoría* Thompson ofreció un buen antídoto contra lo que podríamos llamar el fetichismo del concepto, contra el pensamiento que se ha alienado de la realidad, contra el idealismo teoricista que en su opinión tenía a Louis Althusser como máximo exponente en la izquierda de la década de los setenta del pasado siglo. Pero, más allá de la crítica a Althusser, lo que hay en *Miseria de la teoría* es una condena de la abstracción y la teorización como forma de encubrir el desconocimiento, como atajo efectista o como jerga autorreferencial que se alimenta a sí misma[7].

No obstante, la crítica al teoricismo hecha por Thompson no debe interpretarse como una actitud antiteórica, ni mucho menos como una reivindicación del positivismo estrecho, ni debería utilizarse, como a veces se ha hecho, como un pretexto para censurar cualquier intento de construcción de conceptos o de modelos explicativos generales en historia. En este sentido, urge una relectura de Thompson para evitar que su obra, por más que pueda prestarse a ello, se utilice para inhibir el deseo de teorizar de unos o para justificar la pereza conceptual propia.

---

[7] De eso exactamente trata toda la *Miseria de la teoría.* Véase particularmente E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* cap. II y IV.

Frente a los extremos del idealismo teoricista y el positivismo estrecho Thompson vino a plantear que el conocimiento es siempre un diálogo entre concepto y dato empírico, un diálogo conducido por hipótesis sucesivas, de un lado, e investigación empírica, de otro. Thompson planteaba que el conocimiento histórico debía pivotar sobre la base de los hechos empíricos del pasado, pero también –y esto le diferenciaba del positivismo– que estos hechos no revelaban por sí mismos sus significados si no eran objeto de un tratamiento teórico[8].

Frente a los intentos forzados por hacer de Thompson un precursor de planteamientos posmodernos, sus afirmaciones teóricas expresas le sitúan en las coordenadas del materialismo ontológico y del realismo epistemológico, aunque moviéndose sutilmente en los márgenes. En *Miseria de la teoría* Thompson afirmaba que el significado de los datos empíricos surgía de las preguntas que le formulase el historiador, pero también que esos datos empíricos no eran «infinitamente maleables ni sujetos a manipulación arbitraria»[9]. Para Thompson el significado de los datos del pasado dependía de las preguntas proyectadas por el historiador, pero estos datos tenían una entidad propia que no les permitía admitir cualquier interrogatorio. Thompson creía obligado reconocer «que en algún sentido real y significativo los hechos están ahí»[10], que no es la mirada del historiador sobre ellos lo que les da su entidad última, que no es la percepción teórica lo que les da estatus ontológico. Los hechos y personajes del pasado, decía Thompson, permanecen mudos hasta que el historiador los interroga, pero si las preguntas que se les formulan son las adecuadas la voz que se oye no es la del historiador, sino la de los propios hechos y personajes del pasado. Thompson no participaba de un hiperrealismo epistemológico estrecho que plantease la existencia una realidad perfectamente definida y ajena a quien la observa, ni que el conocimiento fuera, por tanto, el ajustamiento perfecto entre esa realidad objetiva prexistente y la percepción subjetiva de quien investiga. Pero tampoco pensaba que la realidad equivaliese a sus representaciones o que el pensamiento fuera su acción creadora. Arremetió contra Althusser porque a su juicio este planteaba que lo real era algo nulo o inerte que solo co-

---

[8] *Ibid.,* caps. VI y IX.
[9] *Ibid.,* p. 55.
[10] *Ibid.*

braba vida «en el momento en el que penetra dentro del ámbito de la percepción o del conocimiento»[11]. Al hacerlo se distanciaba del futuro giro lingüístico de la posmodernidad, para el cual las cosas no existen hasta que son nombradas, para el cual el lenguaje es el elemento fundante de la realidad. En su crítica a Althusser no solo se negó a confundir el pensamiento con lo real o a concebir lo real como resultado del pensamiento, también se negó a privar a la realidad de lo que él llamaba «sus propiedades determinantes». No suprimió la división entre realidad y pensamiento, ni afirmó la determinación de una cosa sobre la otra y eso le hizo un enemigo de cualquier teoricismo que impusiera «su propia idealidad sobre los fenómenos de la existencia material y real»[12].

Thompson planteaba también que los hechos del pasado, los datos empíricos, eran «portadores de estructuras», y que estas estructuras no eran, como planteaba Karl Popper en *La miseria del historicismo*[13], una abstracción holística impostada por el historiador. Estas estructuras impresas en los hechos concretos del pasado se revelaban como un conjunto unificador de relaciones de parentesco, de servidumbre, de explotación o de dominación. Según Thompson, al poner en conexión las vidas aparentemente aisladas de los hombres y mujeres del pasado podía percibirse la entidad real de esas estructuras tejidas por la experiencia colectiva de la gente en ámbitos como la familia, el Estado o el mercado. Para E. P. Thompson tan real era el soldado como el ejército, el trabajador fabril como la clase obrera[14].

Pero Thompson tampoco era desde el punto de vista epistemológico un realista ingenuo que pensase que los datos empíricos del pasado fueran neutros o siquiera inocentes. Era consciente de que esos datos portaban también los valores dominantes de su época, y que en esos valores terminaban ahogándose muchas veces las voces propias de los sectores subalternos. También era consciente de que esos datos procedentes del pasado habían sido muchas veces registrados desde las mismas instancias del poder para construir su propia imagen de posteridad. La constatación de ese origen interesado obligaba a una arqueología de la sospecha[15].

---

[11] *Ibid.,* p. 35.
[12] *Ibid.,* p. 28.
[13] K. Popper, *La miseria del Historicismo,* Madrid, Alianza, 1984.
[14] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 52-54.
[15] *Ibid.*

En definitiva, Thompson insistió en que el conocimiento histórico es siempre provisional, selectivo e incompleto, aunque no por ello falso. Planteó que el conocimiento histórico surge del diálogo con los hechos del pasado y que las variaciones en el conocimiento histórico dependerán no solo de que se saquen a la luz nuevos niveles de facticidad, sino también de las nuevas preguntas que se sepan formular a los hechos ya conocidos. El significado de los hechos del pasado no estaba encerrado en esos hechos mismos ni era una mera proyección del historiador, sino que surgía en el momento del diálogo adecuado del historiador con el pasado. Lo que Thompson plantea es que la labor del historiador radicaba en interrogar a los datos empíricos conforme a las pautas propias de un oficio y desde un marco categorial bien fundamentado teóricamente.

Esta concepción de la construcción del conocimiento histórico es fundamental para entender su concepción del marxismo, o más bien, como él prefería decir, del materialismo histórico. Para Thompson el materialismo histórico no era una teoría interpretativa general del pasado, no era ningún apriorismo epistemológico. Era, por el contrario, un marco categorial y un repertorio de procedimientos desde los cuales interrogar a los hechos históricos[16]. Lo que Thompson planteó frente a las consignas dominantes de su tiempo es que el marxismo no es una ciencia, sino que es una concepción del mundo dentro de cuyo marco categorial puede hacerse mala o buena ciencia.

El marxismo, según Thompson, es un marco categorial muy útil dentro del cual encontramos nociones económicas como valor de uso, valor de cambio, trabajo concreto, trabajo abstracto, plusvalía. Un marco categorial donde se desarrollan conceptos muy potentes con una carga semántica de uso compartido en la historia, como modo de producción, formación social, capitalismo. Un marco categorial con conceptos muy sugerentes para referirnos a los comportamientos simbólicos del poder, como los conceptos de ideología, sublimación, racionalización, reificación o fetichismo. Y sobre todo un marco categorial dentro del cual nos encontramos con otros conceptos de gran plasticidad que son los que de manera especialmente fructífera cultivó Thompson, conceptos como clase social, conciencia de clase, lucha de clases, explotación, hegemonía, determinación, etcétera[17].

---

[16] *Ibid.,* pp. 75-77.

[17] *Ibid.,* pp. 77-79.

Thompson defendió expresamente la utilidad que para el análisis histórico tenían los conceptos generales del marxismo, pero no que el marxismo fuera un marco conceptual ya definido y acabado. Para él este marco conceptual era una plataforma de lanzamiento, no un redil limitador. Por el contrario planteó la obligación de interrogarse acerca de los silencios del marxismo y sobre todo la necesidad de crear nuevos conceptos cuya integración en el marco general del materialismo histórico deberían generar una reordenación del conjunto. A ello se volcó con el desarrollo de dos conceptos fundamentales que se tratarán luego, el concepto de *cultura* y sobre todo el de *experiencia.* Lo interesante de Thompson en este sentido fue su actitud muchas veces desafiante a la tradición teórica de la que conscientemente se sentía parte, la libertad con que hizo uso de ella y su espíritu creativo. No es difícil ver en esta desafiante actitud intelectual hacia la tradición de pensamiento de la que formaba parte el correlato de su actitud también desafiante hacia las corrientes políticas en las que militó. Creo que esa conjunción de crítica y lealtad son dos rasgos muy característicos de la trayectoria política e intelectual de Thompson, de su propia personalidad. En cualquier caso creo que esa actitud desafiante hacia las tradiciones de las que nos podemos sentir parte es algo que merece la pena reivindicar a la hora de poner en marcha cualquier *Agenda para una historia radical.*

Compromiso político y presencia en la Academia

Podría decirse que Thompson dio prioridad a la militancia política por encima del trabajo de investigador, si no fuera porque acto seguido hay que decir que no separó su trabajo de historiador de su compromiso político. De lo primero no cabe duda si se toman las palabras con las que cierra *Agenda para una Historia Radical.* En ellas explicita una denuncia varias veces latente en sus escritos de coyuntura: el sinsentido o la mísera vanidad corporativa que encierran ciertas discusiones académicas sofisticadas cuando está en juego la supervivencia de la especie. Así lo percibía en la época de aceleración de la carrera armamentística nuclear. En su opinión «bajo la crítica de esta sombra de guerra nuclear, cualquier charla sobre historia o cultura se vuelve vacía»[18].

[18] E. P. Thompson, *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 1981, p. 9.

La importancia que dio a su compromiso político afectó de manera ambivalente a su producción historiográfica. Por una parte su militancia le quitó muchísimo tiempo para investigar. En *Agenda para una historia radical* Thompson se lamentaba de que el trabajo en la campaña antinuclear le había impedido investigar y escribir historia en los últimos seis años, hasta el punto de que se le había caducado el carnet de la British Library[19]. Más prolijamente, y también en beneficio de la primacía del compromiso sobre el oficio, se refirió a ello en un texto sobre la relación entre la historia y los intelectuales que escribió para un curso impartido en la Universidad de Minnesota en el año académico 1987-1988, y que ha permanecido inédito hasta hace unos meses. En ese *Working Paper* Thompson escribía:

> Mi vida de escritor académico se ha visto interferida –y repetidamente aplazada– por las exigencias de la publicística política polémica: primero, en defensa de libertades civiles como la integridad del sistema de jurados populares y en oposición al autoritarismo creciente en Gran Bretaña; y luego, en representación del movimiento por la paz. Si hay que distinguir entre el escritor de historia y el escritor político, entonces el historiador que hay en mí lamenta mucho los años desperdiciados en política: y nunca más que ahora, cuando me hallo rodeado de obra inacabada y demasiado poco tiempo por delante. Pero, como ciudadano, no tengo por qué disculparme con el historiador[20].

En el párrafo Thompson establecía una disociación entre su papel de historiador y su condición de ciudadano muy presente en otros escritos suyos, y con la que trataba de preservar la relativa autonomía de las actividades asociadas a una u otra categoría, sin dejar de renunciar a la relación necesaria entre ambas, ni abrumarse por los frecuentes e inevitables solapamientos. En su opinión la complementariedad entre ambas actividades no requería de resolución teórica, sino de un buen hacer práctico. En el marco de esa práctica Thompson rechazaba utilizar el atril de la Academia como

---

[19] *Ibid.,* p. 8.

[20] E. P. Thompson «Reflexiones sobre Jacoby y todo eso (reflexiones inéditas de Thompson sobre historia, política y el papel de los intelectuales)» en [http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6472].

una tribuna propagandística, no tanto por prurito profesional como por la conciencia de que la tarima de clase es una posición de poder sobre los alumnos desde donde la acción proselitista se realiza con demasiada ventaja:

> Uno escribe historia como historiador y se embarca en la polémica política como ciudadano, y una cosa no excluye a la otra. En efecto, los dos papeles pueden solaparse o aun confundirse a veces, pero tampoco significa eso que se precise de llegar a grandes compromisos. Los modos de salir airoso del asunto son menos un problema teórico que un problema práctico. Yo estoy resueltamente en contra de mezclar la docencia con cualquier variante de proselitismo político, porque eso es aprovecharse injustamente de una posición de ventaja sobre los estudiantes[21].

Por otra parte, su compromiso político inspiró, enriqueció y refinó su concepción de la historia, sobre todo su concepción de la acción social y de los procesos de cambio del pasado. No se trata solo de que su adscripción ideológica al vasto y heterogéneo campo del marxismo le situara en una tradición cultural y una sensibilidad desde las que entender de manera distinta los procesos históricos, que también. En este sentido Thompson nunca fue, como fue y en la actualidad sigue siendo una parte importante de la intelectualidad militante de izquierdas, un activista socialista que a la hora de narrar el pasado reprodujera las inquietudes, los gustos temáticos, la sensibilidad, los enfoques y los patrones culturales e ideológicos dominantes, sino un historiador cuyas ideas políticas inspiraban su forma de escribir la historia. Pero la influencia de su compromiso político sobre su escritura de la historia va más allá de, pudiéramos decir, su ideario y tiene que ver también con su implicación práctica y cotidiana en las luchas políticas y sociales de su tiempo. Fue también su participación militante activa en la acción social y en los movimientos sociales de su época aquello que le ayudó a comprender mejor la acción social y los movimientos sociales del pasado. En este sentido Thompson fue un cultivador de la *filosofía de la praxis*[22]. Su propia conciencia de que la práctica política fortalecía

---

[21] *Ibid.*

[22] Sobre la noción filosofía de la praxis véanse los textos seleccionados en Antonio Gramsci, *Introducción a la Filosofía de la Praxis,* Barcelona, Península, 1970.

la formación intelectual le llevó a denunciar que muchos académicos, incluso muchos autodenominados marxistas, no eran capaces de comprender las dinámicas sociales del pasado, en buena medida porque nunca habían participado activamente en las luchas sociales y políticas de su tiempo. En este sentido, Thompson venía a plantear que es más fácil comprender el mar de la historia cuando se navega en la cresta de la ola, y que muchas veces la ola de la realidad histórica termina tirando la puerta de los despachos en la que los académicos andan parapetados anegando los maltrechos marcos conceptuales que han construido a sus espaldas. También en este sentido, decía Thompson, el ser social termina a veces imponiéndose a la conciencia:

> La experiencia generalmente no llama a la puerta del académico a la espera de que este le haga un hueco y dé fe de ella, sino que entra sin permiso, tumba su puerta, y puede derrumbar los viejos sistemas conceptuales y llegar a imponer su presencia. La experiencia penetra sin llamar a la puerta, anunciando muertes, crisis de subsistencia, guerras de trincheras, paro, inflación, genocidio[23].

En cuanto a su compromiso intelectual dentro de las organizaciones en las que militó, Thompson no se aprestó a ser el filósofo oficial de ningún déspota absoluto, fuera este un partido, una institución o un movimiento que aspirase a reciclarse en una suerte de despotismo ilustrado progresista. Tampoco ejerció de jefe de ninguna policía teórica, como sí lo hicieron tantos intelectuales de los partidos o sindicatos obreros siempre prestos a reprender cualquier desviación del pensamiento. Tampoco desempeñó el habitual papel de racionalizador teórico de las decisiones, actitudes o intereses de poder de las organizaciones en las que militó, y por eso quizá no duró demasiado en varias de las que estuvo. Un caso conocido fue su abierta discrepancia frente al respaldo del Partido Comunista de Gran Bretaña a la intervención militar soviética para reprimir el proceso revolucionario húngaro de 1956, motivo que finalmente le llevó a abandonar las filas del partido. A propósito de esos acontecimientos, Thompson firmó junto a otros intelectuales del partido, algunos de los cuales permanecerían finalmente en él, una carta donde reprobaba la actitud de la direc-

[23] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 21.

ción de su partido. La carta fue censurada por el órgano de expresión del partido, el *Daily Worker,* y finalmente fue publicada en el *New Stateman:*

> Consideramos que el apoyo incondicional que ha dado el comité ejecutivo del Partido Comunista a la actuación soviética en Hungría es la indeseada culminación de años de distorsión de los hechos, así como del fracaso de los comunistas británicos para resolver por sí mismos los problemas políticos […]. La exposición de los graves crímenes y abusos en la Unión Soviética, y la reciente rebelión de trabajadores e intelectuales contra las burocracias pseudocomunistas y los sistemas policiales de Polonia y Hungría, han mostrado que en los últimos doce años hemos basado nuestros análisis políticos en una falsa presentación de los hechos[24].

Thompson vivió su condición de intelectual con fuertes contradicciones dentro de estas organizaciones y movimientos. Se sabía un intelectual y ejerció conscientemente de ello, pero no se sentía cómodo con esa etiqueta que trataba de sacudirse despreciando a sus homólogos y tomando partido por la militancia sin formación en un conflicto que él mismo exageraba o con el que a veces fantaseaba para poder situarse en el bando de los sencillos. En el mismo texto recientemente editado al que antes se hacía mención, Thompson se refería a los intelectuales como aquellos profesionales que se consideraban los «únicos agentes libres de la historia, siendo todos los demás meros prisioneros de estructuras o de determinaciones (conceptuales o de otro tipo) que les reducen a no ser otra cosa que enemigos de la intelectualidad o cómplices de sus victimarios»[25]. En el mismo texto relataba cómo en su opinión la *New Left Review* que él había fundado había experimentado un profundo cambio editorial después de varios años de fértil desarrollo al calor de la lucha y el trabajo de varios clubs integrados por trabajadores y militantes políticos. En su opinión el cambio se produjo cuando

---

[24] La carta fue firmada, entre otros intelectuales del partido, por Ch. Hill, E. P., Thompson, R. Meek, Rodney Hilton, D. Lessing o H. MacDiarmid. El extracto se ha tomado de D. Sassoon, «Eric Hobsbawm, 1917-2012», en *New Left Review* 77, 2012.

[25] E. P. Thompson, «E. P. Thompson, "Reflexiones sobre Jacoby y todo eso"», *op. cit.*

> varios jóvenes y brillantes colegas terminaron (a resultas de otras dificultades) por hacerse con el control de la revista y cortaron de todos los vínculos con los (deteriorados) clubs, dejando incluso de mencionarles en los créditos de la revista y purgando al comité editorial de todos los miembros conectados con el movimiento (¡incluido el minero que luego terminaría siendo secretario general de la Unión Nacional de Trabajadores Mineros!)[26].

La razón era, en la opinión algo exagerada e hiriente de Thompson, que estos jóvenes intelectuales de izquierda vivían la vinculación de la revista con el movimiento social como un lastre para su rigor y potencia intelectual y que al soltar ese lastre ciertamente consiguieron una publicación de prestigio, aunque «excesivamente cerebral y poco creativa»[27].

Creo que con esta actitud Thompson trataba de expiar la culpa ante una faceta, la de intelectual de la izquierda, que se prestaba a reproducir la división social en el trabajo militante. Creo que ello se debía también a una actitud común en muchos activistas intelectuales de la izquierda procedentes de familias acomodadas que se habían hermanado en la acción política con los sectores obreros, como era su caso, y que trataban de borrar su incómodo origen poniendo distancias con los de su condición. En el rechazo a tantos intelectuales latía esa voluntad de desclasamiento hacia abajo, pero también el desprecio personal hacia una figura llena de pretensión y vanidad, una figura entonces excedentaria en una cultura política, la obrera, que tenía la humildad como valor.

Este compromiso político también tuvo que ver con lo que podríamos llamar su manera de estar en la Academia. Su experiencia profesional en la universidad fue variable. Durante siete años Thompson fue profesor tutor en el programa de educación para adultos en West Yorkshire de la Universidad de Leeds, una experiencia pionera y muy alejada de la clásica vida universitaria, que le marcó profundamente y de la que siempre se felicitó. Pero también desempeñó puestos universitarios tradicionales, en los que por propia voluntad no duró demasiado. Por ejemplo, después de la experiencia en la educación para adultos, Thompson trabajó en la recién fundada Universidad de Warkick, hasta que decidió aban-

---

[26] *Ibid.*

[27] *Ibid.*

donarla al cabo de los seis años. A partir de entonces su relación con la universidad fue intermitente, concretándose en la impartición de seminarios puntuales y algún curso académico completo como profesor invitado en universidades británicas, americanas y canadienses.

Thompson nunca se anduvo con formalismos academicistas o diplomáticos a la hora de polemizar y librar sus batallas historiográficas o teóricas, como puso de manifiesto en sus diatribas con historiadores conservadores. En la polémica rehuyó las formas crípticas y sibilinas de la Academia, lo cual tenía más valor tratándose de la Academia británica. Más virulento fue en su pugna contra Althusser y quienes consideraba sus epígonos: Paul Hirts, Barry Hindess y Grahame Lock. Contra ellos fue mordaz, ácido, corrosivo, impenitente, y a veces desproporcionadamente despreciativo. Se podrían sacar muchas citas a colación. En *Miseria de la teoría,* después de glosar en clave paródica las piruetas teóricas de la conferencia impartida por «un cierto Graham Lock», continuaba su relato diciendo «dejaremos en ese punto al señor Lock retorciéndose en el suelo, con un pie detrás del cuello y el otro en la boca. Solo le habíamos hecho entrar para tener un entretenimiento ligero»[28].

En definitiva, Thompson no fue un académico encorsetado ni un intelectual cínico, sino un intelectual con verdadera pasión por las ideas. De igual modo no fue un intelectual elitista y engreído. Por el contrario fue muy comprensivo con la forma de reflexionar de la gente común, pero extraordinariamente destructivo con la producción teórica de los académicos pretenciosos. Detrás de esta actitud había una valoración muy negativa del papel de la universidad y una consideración amplia del saber que iba más allá de su acepción erudita y sistemática y que ponía el acento en su factura popular y colectiva. No se trataba, o no se trataba solo, de la exaltación política de los sectores populares, sino de la convicción surgida del estudio atento de, como él decía, esos conocimientos prácticos desarrollados por la gente común en colectividad que habían ayudado a cultivar campos, hacer casas, construir organizaciones sociales y a veces a desafiar o desmentir el conocimiento académico[29]. De nuevo aquí se daba una convergencia plena entre compromiso político e indagación histórica.

---

[28] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 209.

[29] *Ibid.,* p. 46.

En la obra y en la vida de Thompson hay una crítica constante al divorcio entre la llamada cultura superior y la cultura popular, pero sobre todo hay un rechazo hacia el monopolio de la actividad intelectual por las universidades y a la confiscación general del saber por parte de sus profesionales. Este rechazo derivaba además en inquina ante la tendencia en la sociedad a confundir la posición profesional de una persona en la universidad con la autoridad intelectual y, sobre todo, ante el reconocimiento social y en los medios de comunicación del que solía ser objeto el profesor universitario en tanto que supuesto buen conocedor de la vida en general. A propósito de esto escribió un texto en 1968, *Education and Experience,* que no tiene desperdicio:

> La cultura educada superior no está ya aislada de la cultura popular conforme a las viejas fronteras de clase: pero sigue estando aislada dentro de sus propios muros de autoestima intelectual y soberbia espiritual. Hay, huelga decirlo, más gentes que nunca que atraviesan los muros y entran. Pero es un gravísimo error –en el que solo pueden caer quienes miran la universidad desde fuera– suponer que, dentro de los muros, se hallan ardientes protagonistas [...] buena parte del trabajo del profesor universitario es del tipo de un charcutero intelectual: pesar y medir programas de estudio, listas de lecturas o temas de ensayo en pos del entrenamiento profesional que se pretende. El peligro es que ese tipo de necesaria tecnología profesional se confunda con la autoridad intelectual: y que las universidades –presentándose a sí mismas como sindicato de todos los «expertos» en todas las ramas del conocimiento– expropien al pueblo su identidad intelectual. Y en eso se ven secundadas por los grandes medios centralizados de comunicación –señaladamente, por la televisión–, que suelen presentar al académico (¿o tal vez debería hablar de ciertos académicos fotogénicos?), no como un profesional especializado, sino, precisamente en ese sentido, como un verdadero «experto» en la vida[30].

El contraejemplo a la universidad tradicional fue para Thompson el programa de formación de adultos que la Asociación de Trabajadores de la Educación puso en marcha bajo la cobertura adminis-

[30] La cita ha sido tomada de E. P. Thompson, «E. P. Thompson, "Reflexiones sobre Jacoby y todo eso"», *op. cit.*

trativa de la Universidad de Leeds. Fue allí donde Thompson conoció por primera vez la ruptura de las divisiones tradicionales de clase en el mundo educativo, así como un espacio de confluencia entre la cultura académica y la cultura popular:

> La educación de adultos ofrecía no solo una salida a la universidad, sino también un ingreso de experiencia y de crítica. Y los profesores se veían obligados a evitar la jerga profesional introvertida y a dar prioridad a la difícil tarea de la comunicación. Este diálogo y este «ingreso» de experiencia es profundamente necesario para la salud intelectual de la propia academia[31].

El programa no era solo una anomalía generacional (una universidad para adultos), sino sobre todo una excepcionalidad en términos de clase, en la medida en que el auditorio del programa estaba formado por trabajadores manuales, muchos de ellos mineros con larga trayectoria en la lucha sindical. Fue allí donde Thompson se familiarizó a diario con las vidas cotidianas de los trabajadores, con su experiencia en el mundo del trabajo, sus formas de relacionarse y su cultura de lucha. La voluntad de identificación de Thompson con su alumnado ha quedado patente en sus recuerdos de aquellos años: «En mi primera clase en una aldea minera del Yorkshire meridional me resultó evidente desde las primeras semanas que no podría ganarme el respeto de la clase hasta que no hubiera bajado con ellos al pozo local de la mina»[32]. Por eso no es de extrañar que fuera en esta época, durante estos 17 años en la formación de adultos, en la que Thompson escribió, entre otras cosas, su biografía sobre William Morris y *La formación de la clase obrera en Inglaterra.* Y no es de extrañar porque, como el propio Thompson reconoce, escribió algunas partes de estas obras teniendo una «audiencia en la cabeza compuesta por una clase para adultos o por activistas políticos. Poco que ver con una audiencia universitaria interna»[33]. Cuando Thompson decía que al escribir estas grandes obras tenía en mente un auditorio de activistas y trabajadores no se refería solo a que los tuviera en mente como destinatarios o futuros lectores, lo cual fue muy beneficioso para su obra en

---

[31] *Ibid.*
[32] *Ibid.*
[33] *Ibid.*

términos de comprensibilidad y pulso narrativo. Se refería también a que los tenía en mente como representantes en la actualidad de una tradición popular de trabajo, lucha y vida a cuyos orígenes él podía aproximarse tirando de ese hilo de memoria que tenía delante.

En definitiva creo que tratar de configurar una nueva *Agenda para una historia radical* pasa por reivindicar también una forma de estar en el oficio nada elitista, nada jerárquica y sí muy apasionada y cercana.

Clase, conciencia de clase y cultura

Hay varias aportaciones de Thompson al desarrollo de la disciplina histórica fundamentales para analizar el pasado. También para fundamentar una práctica política transformadora. Entre ellas figura la apuesta por una concepción mucho más procesual que estructural del acontecer, la consideración del cambio como la substancia fundamental de la historia y la reivindicación del papel protagónico de los sujetos sociales en la misma. Estas aportaciones cristalizaron más fecundamente en sus consideraciones sobre el concepto de clase, que teorizó levemente en el «Prefacio» de *La formación…*[34] y desarrolló con maestría en la narración concreta de esta obra. En su obra Thompson revolucionó el concepto de clase y lo hizo de manera polémica e innovadora frente a la Sociología y la Economía clásicas, pero también, y muy especialmente, frente a la visión esclerotizada y dogmática del marxismo dominante. Frente a los primeros vino a plantear que la clase no era una categoría o estructura estática susceptible de ser definida con grandes conceptos fijos ni a partir de frías series estadísticas, sino un fenómeno histórico que solo podía ser percibido en la diacronía y cuyo elemento unificador había sido la experiencia consciente de los propios trabajadores. Con ello venía a plantear que en Historia las fotos fijas actúan con frecuencia como un elemento disolvente de la realidad que se estudia y que es la temporalidad, la verdadera materia prima del historiador, lo que va dando forma a los sujetos.

Frente al marxismo esclerotizado, Thompson nos enseñó que la clase obrera no venía definida por la posición «objetiva» que ocupaba en una estructura económica dada, ni mucho menos que su

[34] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* pp. 27-33.

conciencia fuera el producto cultural necesariamente resultante de ese posicionamiento material o una construcción exógena procedente de ninguna vanguardia intelectualizada. La idea central de la obra es que las experiencias de rebeldía y disidencia heredadas del pasado, las experiencias de explotación económica y de dominación política en el contexto de un capitalismo incipiente y todas las acciones de contestación social que los trabajadores ingleses protagonizaron de 1790 a 1830 terminaron por cristalizar, una vez reflexionaron discursivamente sobre ellas, en su propia conciencia de clase, y que fue esta conciencia su más auténtico certificado de nacimiento en tanto que clase.

A partir de la lectura de estos postulados se ha presentado la imagen de un Thompson culturalista para quien la clase obrera no tendría una entidad reconocible más allá de la propia percepción que en un momento dado pudo llegar a tener de sí misma o incluso de la verbalización que hizo posteriormente de dicha percepción, algo con lo que se ha pretendido integrar a Thompson en el llamado giro lingüístico. Este desenfoque obvia el elemento de mayor relevancia y originalidad de la obra de Thompson: su capacidad para mostrar cómo ese discurso se fue tejiendo al calor de la experiencia social y la práctica política de los trabajadores ingleses, cómo estuvo arraigado en su más pura experiencia material y cómo, por tanto, no solo era susceptible de interpretación filológica, sino sobre todo de explicación histórica. También se ha dicho de Thompson que su reacción al mecanicismo del marxismo dominante le llevó a recalar en un subjetivismo a la deriva que obviaba las determinaciones de las entonces archinombradas «condiciones objetivas». En este sentido, conviene recordar que toda la tradición marxista, desde el propio Marx hasta hoy, ha basculado entre unos postulados aparentemente mecanicistas –donde el cambio se explica a partir de la resolución de las contradicciones inherentes al sistema económico– y unos postulados subjetivistas –donde el dinamismo histórico se explica a partir de la lucha de clases–. Por otra parte y en otros términos no muy distantes, esta suerte de esquizofrenia atraviesa a buena parte del pensamiento moderno y remite a la compleja relación entre estructura y acción. El caso es que Thompson tuvo la virtud de sostener la tensión entre ambos polos, o si acaso de tirar en sentido contrario de un mástil que estaba demasiado inclinado del lado del estructuralismo, para contribuir con ello a que pudiera enderezarse.

Thompson vino a sostener de manera muy hábil la tensión existente en el famoso binomio marxista del *ser social* y la *conciencia social,* sin caer en el reduccionismo economicista que plantea que las estructuras económicas generan automáticamente los productos de la conciencia ni en el idealismo más ingenuo o interesado que plantea que la gente puede pensar, sentir o actuar de forma completamente independiente a como vive y trabaja. Por el contrario Thompson venía a plantear que las condiciones materiales de existencia estructuraban de manera clasista la experiencia de la gente, pero también que la reflexión colectiva de esa experiencia por parte de la gente podía generar formas múltiples de conciencia, y que estas podrían, a su vez, volverse contra esas determinaciones materiales para modificarlas. Insisto en que la tensión de este binomio la supo preservar de forma magistral en su trabajo concreto de historiador, en la narración documentada de los procesos históricos. También la explicitó teóricamente frente a los usos y abusos de su tiempo:

> Lo que se quiere decir es que dentro del ser social tienen lugar cambios que dan lugar a experiencia que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y plantea gran parte del material que sirve de base para los ejercicios intelectuales más elaborados. Y la conciencia bajo la forma que sea –como cultura no autoconsciente, como mito, como ciencia, como ley o como ideología articulada– ejerce a su vez una acción retroactiva sobre el ser. Del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido, los seres humanos dentro de ciertos límites, pueden vivir las expectativas sociales o sexuales que las categorías conceptuales dominantes les imponen[35].

La tensión dialéctica entre «el ser social» y «la conciencia» que Thompson trató de sostener en sus teorizaciones, y que sin duda logró sostener sobre todo en la escritura concreta de la historia, supone una contribución importante para la comprensión del pasado y para el fortalecimiento del materialismo histórico; pero al mismo tiempo –y aquí es donde la imbricación de los tres planos de los que se viene hablando resulta particularmente estrecha– para la fundamentación de una práctica política transformadora. Ello es

[35] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 21.

así porque sin la preservación de la tensión dialéctica entre «el ser social» y «la conciencia» fácilmente podría sucumbirse a la afirmación del consabido determinismo de las condiciones económicas sobre la mente y la vida, conducente a un fatalismo político paralizante. Y eso es así porque sin el sostenimiento de esta tensión fácilmente se podría sucumbir, por el contrario, a un idealismo ingenuamente confiado en la fuerza abstracta de la razón, conducente, a efectos prácticos, a una acción política tan voluntarista como inofensiva.

Creo que detrás de esta visión ponderada de la acción política y las estructuras estaba de nuevo la rica experiencia histórica del propio Thompson. Detrás de esta compleja concepción se vislumbra la imagen de un joven Thompson participando en la derrota del fascismo a lomos de un tanque en Italia durante la Segunda Guerra Mundial, pero también la experiencia de un activista político que había visto cómo las expectativas de transformación social en su país habían sucumbido muchas veces, en el tiempo lento de la Guerra Fría, al peso de las estructuras de los dos grandes bloques, así como a los complejos mecanismos de control social del modelo económico y el sistema político británicos. Entre esos dos polos se movió un militante que trató de conjugar el estudio lento con la acción política muchas veces directa. Y entre dos polos parecidos se movió la investigación de un historiador que ponderó la fuerza transformadora de la acción colectiva y el peso ralentizante de las estructuras.

Otra gran aportación de Thompson a la historia consistió en poner de manifiesto, de nuevo en el ejercicio práctico de la escritura documentada del pasado, que se puede hablar de los productos de la conciencia con refrendo empírico, y que para ello la noción de cultura es particularmente versátil. Entre las actividades que documentó para dar soporte a ese estudio de la cultura figuran, en *La formación…,* ritos religiosos, fiestas, leyendas, cancioneros populares, vida en las tabernas, tradiciones, costumbres o prácticas comunitarias de solidaridad, un acervo popular enorme que no abordó desde una actitud frívola, anecdótica o folclórica, sino como realidades dotadas de extraordinaria significación[36]. Lo interesante es que Thompson humanizó el relato histórico sobre los trabajado-

[36] Véanse, por ejemplo, los capítulos de E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* «El cristiano y Lucifer», «Los baluartes de Satán», «Niveles de vida y experiencia», «El poder transformador de la Cruz» o «Comunidad».

res no solo al centrar la atención en estas dimensiones cotidianas y afectivas tradicionalmente despreciadas en los grandes relatos, sino que lo hizo también a partir de una diversidad de fuentes directas que hicieron audible la propia voz de los de abajo.

Con la noción de cultura Thompson vino a plantear que las personas no solo viven su propia experiencia bajo la forma de ideas bien urdidas y pensamientos sistemáticos, sino que también lo hacen bajo la forma de sentimientos que elaboran en unas coordenadas culturales delimitadas, a su vez, por normas, obligaciones, nociones artísticas, creencias religiosas y reciprocidades familiares y de parentesco, por un conjunto de valores al que llamaba «la conciencia afectiva y moral de la gente». Desde esos planteamientos, Thompson no consideraba que la moral fuera «una región autónoma de elección y voluntad humanas independiente del proceso histórico». Reconocía que cada contradicción social respondía a un conflicto de intereses, pero también a un conflicto de valores: que «en el interior de cada necesidad hay un afecto, una carencia o deseo en vías de convertirse en deber (y viceversa)». Según Thompson la afirmación de la historicidad de los valores y la cultura no conducía a un relativismo moral o cultural, ni a diferenciarlos nítidamente de una supuesta razón ahistórica o suprahistórica. En su opinión los hombres y mujeres venían a elegir también racionalmente sus valores y estaban «determinados tanto, pero no más, en sus valores, como en sus ideas y acciones» y que «son tanto, pero no más, sujetos de su propia conciencia afectiva o moral como de su historia general»[37].

Moralismo, humanismo y estalinismo

Otra aportación importante que nos legó Thompson para el desarrollo de una historia radical fue una respuesta aguda, aunque también algo contradictoria o ambivalente, a la pregunta de si caben en la escritura de la historia los juicios de valor. Thompson defendía que historiar es tratar de comprender el pasado desde sus propios parámetros y que algunos juicios de valor se revelaban como un anacronismo cuando se trataba de pedir peras al olmo: que tan absurdo era reprochar que la burguesía no hubiera desarro-

[37] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 262 y 263.

llado un espíritu comunitario como lamentarse de que los *levellers* de la Guerra Civil británica no hubieran implantado una sociedad anarcosindicalista. También planteaba que juzgar determinados procesos históricos, además de no tener mucho sentido, suponía atribuir a esos procesos una intencionalidad ideal rayana en el historicismo. Sentadas estas prevenciones, Thompson decía también que no se sentía nada incómodo, y que ni muchos menos se reprimía, a la hora de hacer juicios de valor de manera abierta o en forma de ironías o apartes cuando formulaba los resultados de su investigación. La contradicción entre ambas afirmaciones trataba de resolverla planteando que, al recomponer la secuencia causal de un proceso histórico, convenía que el historiador mantuviera sus valores en suspenso a fin de no entorpecer con ellos el proceder metodológico de la disciplina, pero que una vez recuperaba esa historia quedaba libre para expresar sus juicios sobre ella[38]. Lo que Thompson planteaba era suspender de forma temporal, aunque fuera ficticiamente, los valores propios y sobre todo acompasarlos a los distintos momentos de la investigación. Con ello trataba de preservar de nuevo la autonomía entre historia y política sin renunciar a ponerlas en comunicación. En definitiva, Thompson reivindicaba un historiador que se embrida, pero no se mutila, y sobre todo que no se disfraza de científico neutro.

Pero, más que de valoraciones, Thompson hablaba sobre todo de la identificación con los sujetos de la historia en unos términos donde se advierten ecos de Walter Benjamin, un autor al que sin embargo no aludía. Thompson planteaba que esa identificación con los procesos y los personajes del pasado estimulaba el interés indagatorio del historiador, ayudaba a encontrar sentido a las acciones de los hombres del pasado y permitía además encontrar en sus intentos de progreso el progreso propio. Ese anhelo de redimir con la comprensión desde el presente las luchas de los hombres del pasado lo proyectaba también en la esperanza de que los hombres del futuro pudieran dar sentido a su propia vida y compromiso, lo proyectaba hacia adelante al concebirse a sí mismo como futura vida historiable:

> Al final también nosotros moriremos, nuestras vidas yacerán inertes dentro del proceso acabado y nuestras intenciones queda-

[38] *Ibid.,* pp. 72-73.

> rán asimiladas dentro de un acontecimiento pasado que nosotros nunca nos propusimos. Lo que podemos esperar es que los hombres y mujeres del futuro retornen hacia nosotros, que afirmen y renueven nuestros significados y que hagan inteligible nuestra historia dentro de su propio tiempo presente. Ellos solo tendrían el poder de seleccionar entre los muchos sentidos ofrecidos por nuestro conflicto presente, y de transmutar algunas de las partes de nuestro proceso en el progreso de ellos[39].

Thompson fue acusado por una parte de la intelectualidad marxista de «moralismo» y «humanismo», dos acusaciones realmente graves y despectivas en la jerga socialista de entonces. La acusación viene de la época en la que fue codirector de la revista *New Reasoner,* subtitulada *Publicación trimestral de humanismo socialista,* que circuló como órgano embrionario de la New Left comunista disidente de 1957 a 1959. En el primer número de la revista publicó un artículo «El humanismo socialista» que desató las críticas no solo de los intelectuales pro soviéticos, también de otros que podrían encuadrase en las distintas ortodoxias de la izquierda revolucionaria. En el artículo planteaba que el socialismo era un humanismo porque situaba en el centro de la teoría de la sociedad a los hombres y mujeres concretos y porque en consecuencia cifraba en ellos la posibilidad de construcción de una nueva sociedad, en lugar de hacerlo en abstracciones solemnes como el partido, el marxismo-leninismo-estalinismo o la vanguardia[40]. Los intelectuales ortodoxos le abroncaron diciendo que contraponía el hombre abstracto y general frente a la sociedad y el partido concretos, a lo que él respondió afirmando que defendía al hombre concreto frente a la abstracción y mistificación de la sociedad y el partido.

Para Thompson el materialismo histórico no podía despachar el importante asunto de la moralidad presentándola como un simple instrumento construido para servir a los intereses de clase, como un simple disfraz que pudiera subsumirse en intereses objetivos científicamente determinables. Lo llamativo dentro de la tradición marxista de entonces es que Thompson denunció que este desenfoque arrancaba del propio Marx, que en Marx había un «silencio extraño» en lo relativo a la moral tanto más extraño en un autor

---

[39] *Ibid.,* p. 73.

[40] E. P. Thompson, «Socialist Humanism», en *New Reasoner* 1, 1957, pp. 105-143.

cuya obra y cuya práctica política rezumaban moralidad por todas partes. Ese silencio (ese desprecio un tanto estético) hacia el asunto de la ética, fue, según Thompson, la salida que Marx dio al asfixiante moralismo victoriano, cuya retórica encubría las realidades de la explotación y el imperialismo[41], pero una salida coyuntural que a la postre sería problemática en el marxismo. Su crítica a Marx no era, por tanto, la del devoto confeso que plantea que el error de los discípulos es resultado de una desviación de la palabra del maestro, sino la del alumno que se vuelve contra el maestro planteando, en este caso, que algunas de las perversiones posteriores del marxismo referidas al asunto de la ética no tuvieron demasiadas dificultades a la hora de encontrar arraigo en afirmaciones o silencios de Marx.

En cualquier caso la crítica iba dirigida contra el canon sostenido entonces por su antagonista Althusser, para quien «la ética solo puede entenderse en función de los intereses de clase que está llamada a servir»[42] y para quien la fundamentación de la lucha política en principios éticos y no en la razón revolucionaria era una vía muerta. Para Thompson, por el contrario, las razones de la razón revolucionaria, si no estaban sujetas a la conciencia moral, se terminaban convirtiendo muy pronto en razones de Estado, luego en razones del interés gremial y «finalmente en la racionalización del oportunismo, la brutalidad y el crimen»[43]. En un ejemplo más de la conexión que establecía entre concepción del mundo y compromiso político, Thompson planteaba que las nociones abstractas e idealizadas del partido y la revolución dentro de la teoría revolucionaria solían llevar a la gente, más que al socialismo, a los paredones de fusilamiento: que los errores teóricos excesivos solían conducir al crimen político.

En definitiva, lo que hay en Thompson es una reivindicación de la moralidad, que no del moralismo, como elemento necesario para fundamentar una política emancipadora, y al mismo tiempo la constatación de que esa moralidad ha sido la musculatura real del movimiento obrero, una fuerza motriz de la lucha de clases y, por tanto, también un factor explicativo en la historia. Lo que planteaba es que el socialismo no es un estadio conclusivo de la historia

---

[41] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 263-264.
[42] *Ibid.,* p. 196.
[43] *Ibid.,* p. 199.

que llegará inevitablemente por la resolución mecánica de las contradicciones inherentes del capitalismo, sino un horizonte éticamente deseable y materialmente posible que no está garantizado por nada y que solo podrá conquistarse mediante la razón, la ciencia, la lucha social y la abierta, aunque condicionada, elección de valores.

Desde estos planteamientos Thompson arremetió duramente contra el estalinismo, pero no como lo hicieron algunos dirigentes e intelectuales comunistas cuando el XX Congreso del PCUS de 1956 puso el semáforo de la crítica en verde y marcó la senda por donde deberían discurrir las recriminaciones, no como crítica a un tiempo caduco o a un modelo histórico de poder ya desaparecido y reducido en su responsabilidad última a la figura individual y malévola de Stalin. Su crítica del estalinismo fue una crítica feroz a toda una serie de prácticas, instituciones, teorías abstraídas y actitudes dominantes formadas en ese tiempo pasado, pero que a través de los agentes soviéticos se había difundido también en el movimiento comunista hasta ser interiorizada, no sin responsabilidad de los partidos comunistas nacionales, como una auténtica cultura política que se prolongaría durante décadas. Del estalinismo como experiencia histórica denunció los asesinatos y castigos; «la manipulación del derecho, los medios de comunicación, la policía y los órganos de propaganda de un Estado para bloquear el conocimiento y difundir mentiras»; «la confiscación y centralización de toda expresión intelectual y moral a manos de una ortodoxia ideológica de Estado»; y la sustitución de «la clase por el partido, el partido por los dirigentes del partido, y a todo y todos por los órganos de seguridad». Del estalinismo como cultura política que se ha prolongado hasta la actualidad en algunas organizaciones comunistas, y en otras muchas que presumen de no serlo ya, criticó duramente el centralismo y el verticalismo, el burocratismo, el oportunismo táctico, el cierre de filas incondicional en torno a la direcciones, la supresión del debate, el control exclusivo de los órganos teóricos e intelectuales, la difamación de críticos y oponentes y la manipulación de compañeros de viaje y organizaciones de masas[44].

Esta crítica al estalinismo y su salida del Partido Comunista no le llevaron a recalar en el clásico anticomunismo de Guerra Fría, ni a expiar sus viejos pecados políticos por la vía de la denigración de los viejos camaradas, no le llevó a asimilar a los militantes comunis-

[44] *Ibid.,* pp. 210-212.

tas, a los militantes de los partidos comunistas procedentes de la Komintern, con el estalinismo. Frente a eso sus palabras a propósito de muchos de sus antiguos camaradas siguieron siendo, después de su salida del partido, con frecuencia encomiásticas:

> Los comunistas nunca pueden ser reducidos a agentes de una conspiración estalinista; han estado haciendo cientos de otras cosas, muchas de ellas muy importantes y situadas dentro de una tradición socialista auténtica y alternativa, algunas heroicas y algunas otras tales que nadie más las habría hecho[45].

Esta relación ambivalente con la tradición política comunista no fue usual entre los intelectuales que habían roto dramáticamente con ella en un tiempo donde la lógica bipolar de la Guerra Fría se imponía con frecuencia en los debates y las prácticas políticas, eclipsando matices o bloqueando alineamientos alternativos. En este duro contexto, donde el entramado mediático, académico y cultural tendía a alinear en términos absolutos a los intelectuales en un bloque u otro o interpretaba la disidencia dentro del comunismo como una reconversión al capitalismo, Thompson se cuidaba de ambas cosas, afirmando con orgullo que «en nuestra lucha contra el estalinismo nunca hemos dejado, ni por un instante, que nuestro combate contra el capitalismo y el imperialismo occidental se interrumpiera». Tampoco dudó –en aquel tiempo en el que cualquier desliz verbal se utilizaba para desacreditar a los intelectuales de la izquierda acusándoles de favorecer con sus ideas los intereses soviéticos– a la hora de denunciar abiertamente que en la génesis del autoritarismo soviético estaba también la reacción a «la furiosa hostilidad del capitalismo internacional ante el surgimiento de cualquier sociedad socialista»[46]. La ruptura con la tradición comunista tampoco le llevó a recalar en la socialdemocracia, un destino habitual entre los intelectuales desencantados que partían de ese origen. Muy al contrario fue muy crítico con los gobiernos laboristas de 1964-1970 y 1974-1979 y participó en varias campañas de oposición a sus decisiones.

Más allá de adscripciones o posicionamientos partidarios Thompson trató de resistirse a los generosos y sutiles mecanismos que el

---

[45] *Ibid.,* p. 212.
[46] *Ibid.*

poder tenía habilitados para cooptar a los intelectuales críticos mediante recompensas, halagos, reconocimientos e invitaciones envenenadas a participar en su esfera mediática. En «Nuestras libertades y nuestras vidas» se pronunció de la siguiente manera al respecto:

> Siempre que la cultura alternativa ha estado a punto de tocar el poder, ha sufrido una crisis de identidad. La razón misma de su existencia ha sido resistirse al poder, rechazar sus pretensiones e intrusiones. Y el poder –o el *establishment*– dispone de recursos inagotables para halagar, corromper o cooptar al disidente al que ocasionalmente se concede un lugar en los rituales del poder […]. Si acepta un lugar entre los medios de comunicación oficiales, entonces cae dentro de los marcos consensuales oficiales. Pero aún: puede que, al permitir una breve imagen de protesta «airada», parezca demostrar que la opinión es libre en este país: puede dar legitimidad al asesinato a gran escala de la opinión libre que se está perpetrando por doquier[47].

De su estudio de la historia sacó importantes conclusiones para la práctica política, entre otras que la difusión de las ideas alternativas no depende tanto de las posibilidades técnicas para su reproducción en forma de libros, artículos en prensa o intervenciones en televisión (a lo que dedicó buena parte de su compromiso político) como del hecho de que puedan encarnarse en amplios movimientos sociales integrados por los hombres y las mujeres corrientes[48]. A ese empeño dedicó la mayor parte de su tiempo utilizando muchas veces como contraejemplo los modelos organizativos del estalinismo, que había estudiado o experimentado en sus carnes. Sin exaltar «las virtudes de la falta de organización», defendió otra cultura organizativa durante sus años al frente del Comité por el Desarme Nuclear Europeo, a propósito del cual planteó: «Es preciso que exista una amplia tolerancia de desacuerdos dentro del movimiento pacifista. No hacen falta, sin embargo, dirigentes autoritarios y competitivos, y ni siquiera un comité dirigente central»[49]. Su experiencia militante le llevó a revalorizar las formas democráticas

---

[47] E. P. Thompson, «Nuestras libertades y nuestras vidas», en E. P. Thompson, *Nuestras libertades y nuestras vidas,* Barcelona, Crítica, 1987, p. 17.

[48] E. P. Thompson «Reflexiones sobre Jacoby y todo eso», *op. cit.*

[49] E. P. Thompson, *Opción cero,* Barcelona, Crítica, 1983, pp. 15 y 16.

y las libertades. Su compromiso con los derechos civiles también los asentó en su investigación histórica, al documentar al detalle en *La formación…* que la lucha por las libertades públicas y la expansión del sufragio fue sobre todo una lucha obrera y de los sectores populares, frente al mito historiográfico que las presentaba, y todavía las presenta, como un producto de la burguesía, y frente a la actitud autoritaria de una tendencia por fortuna en reflujo del movimiento obrero que las ha despreciado como un «engaño burgués»[50].

La última aportación de Thompson –quizá la que más nos atañe en la actualidad a los historiadores que a veces flirteamos con la posibilidad de poner en marcha la *Agenda para una historia radical*– es su llamamiento a realizar lo que podríamos denominar una autorrevisión materialista de nuestras propias formas de escribir la historia. En la mesa redonda en la que participó para hablar precisamente de la posibilidad de esa «agenda» Thompson puso mucho énfasis en afirmar que «los que estamos en el estrado estamos tan sujetos a la formación y las determinaciones de nuestra propia época como cualquiera»[51]. En otros escritos reconoció que su obra historiográfica no hubiera salido adelante sin los estudios que pudo cursar gracias a la posición económica de su familia, sin las plazas de profesor de las que disfrutó, sin las invitaciones de tantas universidades y muy especialmente sin los años en los que pudo dedicarse a tiempo completo a la escritura gracias al sustento económico de su mujer, Dorothy Towers, otra gran historiadora y activista política. Según Thompson no se podían entender las posibilidades de producir conocimiento, ni la orientación muchas veces de ese conocimiento, si no se consideraban también lo que él llamaba «esos asuntos garbanceros»[52]. En definitiva creo que revitalizar la *Agenda para una historia radical* de la que hablaba Thompson pasa por analizar las condiciones materiales en las que se gesta el conocimiento histórico, entendiendo por tales la primacía de unos paradigmas sobre otros, los incentivos de recompensa y reconocimiento profesional e institucional a unas forma de narrar el pasado frente a otras, los sistemas de promoción interna en la Academia, los mecanismos sutiles de censura y autocensura en el oficio

---

[50] Véase al respecto el prólogo de A. Domènech a E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* pp. 9-19.

[51] E. P. Thompson, *Agenda para una historia radical, op. cit.,* p. 13.

[52] E. P. Thompson, «Reflexiones sobre Jacoby y todo eso», *op. cit.*

y, por supuesto, las condiciones laborales de quienes escribimos la historia. Esa «agenda» pasa, en definitiva, por una historia nada ensimismada, que se vuelva sobre sí misma, que se interrogue sobre sus orígenes y que, para no ser simplemente un producto ideológico derivado de la realidad social del momento, sea al menos consciente de que está condicionada porque forma parte de ella. Se trata, como decía Thompson, de que no nos creamos que somos demasiado libres en el ejercicio de nuestra profesión, que seamos al menos concientes de nuestras constricciones para no ser ingenuos ni serviles.

XI. LA ACTUALIDAD POLÍTICA DE THOMPSON. MULTITUD Y 15-M

Pedro Benítez

Quiero agradecer a la Fundación de Investigaciones Marxistas y a la Fundación Primero de Mayo su invitación para participar en estas jornadas sobre el cincuenta aniversario de la publicación de *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* de E. P. Thompson.

En realidad, soy aquí un poco extraño. Soy licenciado en historia, pero no historiador, soy profesor de filosofía (de enseñanza secundaria) y, por más señas, mi filiación es althusseriana, lo que no suele ser una buena carta de presentación para hablar en unas jornadas sobre E. P. Thompson.

No obstante, me gustaría dejar clara mi admiración por el historiador británico y su obra, algo que mis alumnos sospechan aunque solo sea porque Thompson forma parte –junto a Althusser, Marx y Spinoza–, del selecto grupo de autores más citados (de forma aprobatoria) en mis clases. Y la referencia no es casual, especialmente cuando se pretende presentar una determinada concepción –radical– de la democracia y de la libertad.

Por este motivo no dudé en aceptar su invitación. Thompson tiene muchas cosas que decir a los historiadores, pero también a los que practican o intentan practicar la filosofía desde posiciones marxistas o, al menos, materialistas; y a todos aquellos que aspiramos a alcanzar una sociedad sin clases, sin explotación ni opresión.

Dicho esto, ¿qué decir?, ¿de qué hablar? He sido invitado para hablar de «Thompson y la agenda para una historia radical»; ¿qué significa esto? ¿Se trata de hacer historia «desde abajo»?; ¿se trata de recuperar la historia de los «olvidados» de la historia, o apunta más bien a la idea de hacer política radical? La cuestión es ¿podemos realmente diferenciar ambas cuestiones en el caso de E. P. Thompson?

Harvey J. Kaye señaló que «la historia es política»[1]. Fontana defendió la misma idea con motivo de la presentación de la colec-

[1] H. J. Kaye, «E. P. Thompson, la tradición historiográfica marxista y la crisis actual», *Debats* 45, 1993, p. 110.

ción de artículos publicada bajo el título *Tradición, revuelta y conciencia de clase:*

> Como supo ver Raynal en su tiempo, «la política en la historia es lo que distingue al historiador del mero narrador». Y esto es especialmente válido para el historiador marxista, en la medida en que el marxismo es una teoría para una práctica, y no para la mera práctica de mejorar la enseñanza universitaria o escribir mejores libros, sino para la de una acción en la sociedad. Tras las posturas metodológicas de Thompson hay una manera de concebir lo que debe ser el socialismo y, consecuentemente, la estrategia para acceder a él[2].

Con toda razón R. Samuel escribió que Thompson –pese a su explícita negativa a hacer todo tipo de proselitismo en sus clases–[3] «siempre utilizó la historia como su púlpito»[4].

Efectivamente, Thompson concebía el oficio de historiador como una forma de hacer política, de ser un propagandista de la democracia y del socialismo, del «comunismo libertario», «un socialismo… a la vez democrático y revolucionario en sus medios, su estrategia y sus objetivos»[5]; del mismo modo, su militancia llevaba implícita –más allá del abandono temporal por su dedicación completa a la causa pacifista– su quehacer historiográfico. Su militancia le exigía escribir historia, cierto tipo de historia, Historia social, historia desde abajo.

Así, en Thompson, historia y política se anudan hasta el punto de que, en ocasiones, se confunden, dando con ello lugar a errores, especialmente cuando, desde el plano teórico, cree advertir algún conato de determinismo al que considera necesario combatir a toda costa; como cuando el historiador británico se mostraba incapaz, al abordar el problema metafísico de la libertad y la determinación, de diferenciar entre los órdenes ético y científico[6]; ignoran-

---

[2] J. Fontana, «E. P. Thompson: historia y lucha de clases», en E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* Barcelona, Crítica, 1979, p. 10.

[3] E. P. Thompson, «Reflexiones sobre Jacoby y todo eso», *Sociología Histórica* 3, 2013, p. 15.

[4] R. Samuel, «British Marxist Historians1880-1980. Part One», *New Left Review* 120, 1980, p. 54.

[5] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1978, p. 292.

[6] Esto se observa claramente en *Miseria de la teoría* cuando, para mostrarnos la complejidad de circunstancias que determinan (en el sentido definido por R. Williams,

do así las advertencias que hiciera otro historiador británico –no marxista en este caso–, E. H. Carr, que escribió:

> El dilema lógico del libre albedrío o del determinismo no se plantea en la vida real. No se trata de que unas acciones del hombre sean libres y otras no lo sean. El hecho es que todas las acciones humanas son tanto libres como determinadas, según el punto de vista desde el cual se las considera […]. La causa y la responsabilidad moral son categorías distintas[7].

Pero no voy a desarrollar por aquí mi intervención, como tampoco voy a detenerme en aquellos aspectos más específicos de la práctica del historiador –salvo en lo que tienen que ver directamente con la política. No obstante, antes de desarrollar mi intervención, convendría fijar claramente los problemas y blancos delimitados en su obra porque, como ya hemos insinuado, llevan el sello de una apuesta democrática radical y comunista.

---

esto es, de fijar límites y ejercer presiones) nuestra vida y, por consiguiente, nuestro modo de actuar, nos presenta el ejemplo de una mujer que «es la "esposa" de un hombre, la "amante" de otro hombre, la "madre" de tres hijos en edad escolar. Es una obrera de la confección y "delegada de taller", es "tesorera" en la sección local del Partido Laborista, y los jueves por la tarde es "segundo violín" en una orquesta de aficionados. Es de constitución fuerte (como debe serlo), pero tiene una disposición ligeramente neurótica depresiva. También pertenece […] a la Iglesia anglicana y practica ocasionalmente la "comunión"». Sin embargo, una vez reconocidas estas múltiples determinaciones del sujeto, da marcha atrás al descubrir cierta complicidad con el estructuralismo. Entonces sostiene: «hoy los estructuralismos acaparan este área por todos lados; estamos *estructurados* por relaciones sociales, *hablados* por estructuras lingüísticas previamente dadas, *pensados* por ideologías, *soñados* por mitos, *sexuados* por normas sexuales patriarcales, *ligados* por obligaciones afectivas, *instruidos* por mentalidades y *actuados* por el guion de la historia. Ninguna de estas ideas es, en su origen, absurda, y algunas tienen por base ciertos progresos sustanciales del conocimiento. Pero todas ellas, al llegar a cierto punto, pasan de tener sentido a no tenerlo, y sumados conducen al mismo punto terminal: la no libertad». Y páginas antes había escrito: «¡Nos hacen abjurar de la acción humana, de la creatividad, incluso de nuestro propio yo!» (*Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 231, 235 y 169 respectivamente). Y aun cuando debemos considerar valiosa la apuesta ética de Thompson, quizá deberíamos advertir sobre la facilidad con la que este tipo de declaraciones va acompañada –afortunadamente no en el caso de Thompson– de lo que Laclau ha caracterizado como «una de las formas principales [de] pusilanimidad […], el reemplazo del análisis por la condenación ética», E. Laclau, *La razón populista,* México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 309-310.

[7] E. H. Carr, *¿Qué es la historia?,* Barcelona, Planeta-Agostini, 1985, pp. 127-128.

Lo que, en definitiva, presenta Thompson en su obra, es la defensa de una historia contingente donde el proceso y, con ello, la acción, cobra todo el protagonismo de un relato cuyo final desconocemos, denunciando de este modo todas aquellas interpretaciones que apuntan a una historia ya escrita, cuyo resultado está decidido de antemano y donde, por tanto, la acción, la lucha de los individuos (de las clases), carece de importancia para su desenlace[8]. Por aquí intentaré acercarme a la vigencia política que, hoy, pueda tener E. P. Thompson, adelantando ya mi coincidencia con A. Estrella[9] al señalar el 15-M como uno de los ejemplos donde la actualidad del historiador británico se hace presente. Por este motivo abordaré, antes de detenerme en este caso concreto, tres cuestiones diferentes, pero profundamente relacionadas, que, desde mi punto de vista, coinciden exactamente con los problemas a los que se ha enfrentado el 15-M. Estas cuestiones son:

1) el problema de la clase –del sujeto por extensión– y el de su formación;

---

[8] Y habremos de reconocer, pese a que muchos no estén dispuestos a hacerlo, que en este combate contra el teleologismo, Althusser es uno de los pensadores marxistas más destacados. Su expresión «proceso sin sujeto ni fin(es)» apunta justamente a esa idea de una historia no escrita, cuyo desenlace solo puede ser consecuencia del desarrollo de la lucha de clases. Althusser insiste acertadamente en diferenciar entre sujeto «en» la historia y sujeto «de» la historia, de donde concluye que «los agentes-sujetos solo son activos *en* la historia bajo la determinación de las relaciones de producción y reproducción, y en sus formas», L. Althusser, *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis,* Madrid, Siglo XXI de España, 1974, p. 77. Cabría preguntarse si no es esta incapacidad para distinguir entre el sujeto «de» la historia y el reconocimiento efectivo de la acción de los hombres y mujeres «en» la historia, la responsable de que un error en la traducción de la editorial Laia de *La formación…* haya pasado inadvertido. El pasaje, mal traducido, dice así: «La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera *voluntaria*» (la cursiva es mía. Más adelante me referiré a este pasaje). Entre las obras que citan así este pasaje se encuentran las traducciones de E. Meiksins Wood, «El concepto de clase en E. P. Thompson», *Zona Abierta* 32, 1984, p. 54 y H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1989, p. 162; también la encontramos en M. Á. Caínzos, «Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo», *Zona Abierta* 50, 1989, p. 18.

[9] A. Estrella, «Presentación», *Clío ante el espejo. Un socioanálisis de E. P. Thompson,* Cádiz / Cuajimalpa, Universidad de Cádiz / Universidad Autónoma Metropolitana, 2012, disponible en [http://transterrados.wordpress.com/2012/06/09/edward-palmer-thompson-y-el-movimiento-de-los-indignados-texto-de-alejandro-estrella-en-la-presentacion-del-libro-clio-ante-el-espejo-un-socioanalisis-de-e-p-thompson/].

2) el problema de la organización y, por consiguiente, el de la relación entre partido y clase o, en general, entre organización política y ciudadanos;
3) el problema del Estado, esto es, el de la participación de los ciudadanos en la determinación de la política (o las políticas) del Estado.

Clase e identidad

Conocemos la definición de clase que nos ofrece Thompson. Conocemos su negativa a definir la clase por la sola presencia de elementos estructurales y su empeño por mostrar cómo grupos heterogéneos logran, a través de su acción, convertirse en un verdadero sujeto político. Thompson lo mostró concretamente para el específico caso de la clase obrera inglesa; sin embargo, su planteamiento es de absoluta actualidad, como nos demuestran experiencias recientes de, por ejemplo, América Latina, donde ha surgido con fuerza en las últimas décadas un nuevo sujeto político: el movimiento indígena.

El ejemplo viene al caso porque, quizá, como ocurrió en el caso de la clase obrera, tengamos la tentación de pensar que las determinaciones estructurales apuntaban por sí mismas a la formación de este sujeto; así, parecería de buena lógica creer que el indigenismo no es sino «una última fase de un largo proceso de expresión y exteriorización de una previa realidad étnica objetiva (maya, mapuche, tzotzil…), cristalizada desde tiempo inmemorial y que ha sobrevivido tanto a la colonización española, cuanto a la construcción de los estados nación liberales de América Latina durante los siglos XIX y XX»; y, sin embargo, debemos entender las identidades colectivas indígenas contemporáneas como «el resultado de un complejo proceso de construcción mediante movilización, organización y discurso en el seno de importantes cambios en los contextos sociales, económicos y políticos que las favorecen»[10].

[10] R. Máiz, «El indigenismo político en América Latina», *Revista de Estudios políticos* 123, 2004, p. 131. Aunque debería ser obvio, parece conveniente recordar que Castilla difícilmente habría podido conquistar América sin el apoyo de numerosas tribus indígenas que, lejos de ver al «otro» indígena como un igual, lo veía como un enemigo. Así lo muestra, por ejemplo, para el caso de México, J. Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México,* Barcelona, Tusquets, 2002.

De este modo, el resultado, lejos de estar (pre)determinado, se presenta como un resultado absolutamente contingente entre varios posibles.

Lo que el caso del indigenismo nos muestra, es que la definición del sujeto político no puede nunca hacerse *a priori,* sino que hay que analizar cómo grupos heterogéneos pueden, a través de la acción política, convertirse en un sujeto único (lo que no significa cerrado, sin fisuras, constituido de una vez para siempre). Este proceso, lejos de estar definido por las estructuras sociopolíticas o económicas, exige la participación activa de los individuos.

Pensemos en la situación que vivimos hoy, en el contexto de la crisis. Parece obvio que parados, inmigrantes, personas dependientes… son excluidos de un sistema que parece no atenderlos. ¿Garantizaría su situación «objetiva» la confluencia de todos ellos en una lucha conjunta? En absoluto, pues bien podría suceder lo contrario, esto es, que los unos vieran a los otros como competidores a los que habría que eliminar con el objeto de tener más opciones de, por ejemplo, encontrar trabajo, lo que daría como resultado el ascenso del racismo y la xenofobia. Podríamos, por ejemplo, recordar cómo zonas tradicionalmente comunistas en Francia se convirtieron en bastiones del Frente Nacional de Le Pen o, ya dentro de nuestras fronteras, cómo el Partido Popular, con un discurso xenófobo, ha logrado la alcaldía de Badalona, situada en el cinturón industrial de Barcelona donde, no ha tanto, los comunistas eran claramente hegemónicos.

Justamente lo que nos quiere mostrar Thompson en *La formación…* es el proceso concreto por el cual grupos heterogéneos de personas se convierten en clase. Es cierto que en su obra, en ocasiones, las determinaciones estructurales parecen como «diluidas», como si estas no operaran o determinaran la propia experiencia de los individuos. La confusión que el propio Thompson reconoció en su uso de la categoría «experiencia» contribuyó a ello[11]. Se trata sin duda de un riesgo que, conscientemente, corre

[11] «Yo utilizaba el término "experiencia" de una manera central en este estudio sin definirla de una forma aceptable. Ahora me doy cuenta de que "experiencia" se puede utilizar de dos maneras muy diferentes: por un lado en el sentido que la encontramos en nuestro trabajo histórico, acontecimientos reales que afectan la vida de la gente, su experiencia "vivida", y de otro lado en el sentido de experiencia experimentada, es decir, como se interpreta la experiencia vivida. Entre los dos sentidos existe un gran vacío […] considero que este es el talón de Aquiles, el punto débil de *The Pover-*

Thompson en pos de la defensa de la propia acción como determinante de la formación de clase. Pero no podemos afirmar que estas determinaciones estén ausentes. Ya llamé la atención sobre cómo la relación salarial desempeñó un papel determinante para comprender la diferente forma en la que se impuso la disciplina industrial entre los diferentes sectores de trabajadores[12]. La cuestión, y es el aspecto sobre el que Thompson no dejó de insistir, es que las determinaciones estructurales, entre las que resulta determinante la diferente distribución de recursos (económicos, políticos, etc.), no son, pese a su importancia, suficientes. Definen sin duda la base material a partir de la cual se desarrollará el proceso y la lucha, pero es en las propias luchas donde se definirán el sujeto y, por tanto, los objetivos de la multitud:

> La clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos) a los suyos. *La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción* en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. *Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está*[13].

Es correcta por tanto la apreciación de Perry Anderson cuando utiliza el término «codeterminación»[14] para explicar que «la clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros»[15]. Así se

---

ty of Theory», E. P. Thompson, «Conversa amb E. P. Thompson. Sobre història, socialisme, lluita de classes i pau», *L'Avenç* 74, 1974, p. 76.

[12] Observé no obstante, que no era *La formación…* el mejor lugar para encontrar estas determinaciones estructurales, sino textos menores como, por ejemplo, «Tiempo, disciplina y capitalismo industrial», véase P. Benítez, *E. P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político,* Madrid, Talasa, 1996, pp. 79 y ss.

[13] E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1989, t. I, pp. xiii-xiv. La cursiva es mía. Este es el pasaje mal traducido al que hacía referencia anteriormente.

[14] P. Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson,* Madrid, Siglo XXI de España, 1985, p. 34.

[15] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. I, p. 204.

garantiza la presencia de los determinantes estructurales –en los que siempre y correctamente ha insistido la historiografía marxista– evitando de ese modo caer en un indeterminismo absurdo; pero también se afirma la acción de los hombres y las mujeres que sufren, sienten, toman decisiones y llevan adelante sus luchas[16].

Es necesaria por tanto la mediación de la experiencia, la «sentida»; y, a través de ella, el descubrimiento de la similitud de situaciones, de la existencia de objetivos comunes, del sentido de la lucha conjunta y, simultáneamente, del antagonismo y, como consecuencia, la formación de la identidad. En este sentido, sin entrar a analizar las consideraciones de Laclau sobre el populismo, considero acertada su reflexión al afirmar que

> el retorno del «pueblo» como una categoría política puede considerarse como una contribución a esta ampliación de los horizontes, ya que ayuda a presentar otras categorías –como puede ser la de clase– por lo que son: formas particulares y contingentes de articular las demandas y no un núcleo primordial a partir del cual podría explicarse la naturaleza de las demandas mismas[17].

Con esta idea nos adentramos en un segundo momento.

Partido y clase

¿Por qué este empeño en salvar el proceso concreto en el que hombres y mujeres se constituyen en clase? Recordemos el lema de la Sociedad de Correspondencia de Londres de 1792: «Que el número de nuestros miembros sea ilimitado»[18]. ¿Por qué cita Thompson este lema en su obra?

Su significado político lo ofrece él mismo:

> Hoy podríamos omitir un lema como este considerándolo una perogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la

---

[16] Se trata en realidad de lo que afirmaba Marx en la 3.ª Tesis sobre Feuerbach.

[17] E. Laclau, *La razón populista, op. cit.,* p. 310. Naturalmente, no entro aquí a considerar la polémica de Laclau con Žižek, Negri-Hardt o Rancière, si bien no comparto en absoluto su prevención contra el spinozismo.

[18] Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. I, p. 3.

> historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna elite hereditaria o grupo de propiedad [...]. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma «ilimitada» suponía una nueva noción de democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos de movilización y organización de sí misma que existían en la población[19].

Se trata de recuperar la experiencia (sentida) por la gente como determinante básico de la acción política. Su énfasis en la experiencia y el sentimiento de los protagonistas de la historia, de quienes la sufren y padecen, apunta a un problema que, lejos de haber sido resuelto, sigue apareciendo como uno de los principales problemas de la lucha política democrática y revolucionaria: el eterno y complejo problema de la siempre difícil relación entre la organización política y los ciudadanos o, si se prefiere entre partido y clase. Problema además mediado por el teleologismo, implícito o explícito, que encontramos en la mayor parte de la producción teórica marxista y que Engels –con la aprobación de Marx– consagró en las páginas del *Anti-Dühring:*

> Así como en su hora la pequeña industria engendró por su propia evolución las condiciones de su destrucción, es decir, la expropiación de los pequeños propietarios, y esto de un modo necesario; así también hoy la forma de producción capitalista ha engendrado las condiciones materiales de su muerte. Tal proceso es un proceso histórico, y si al mismo tiempo es un proceso dialéctico, Marx no tiene la culpa[20].

Sin embargo, esta concepción teleológica que heredó todo el marxismo, no lleva implícita una posición única a propósito de la relación entre clase y partido; de hecho, el mismo teleologismo encontramos en las dos posiciones opuestas que, sobre este tema, mantenían Rosa Luxemburgo y Lenin. Posiciones que, desde su posición consejista, resume perfectamente para lo que aquí nos interesa P. Mattick:

---

[19] *Ibid.,* t. I, p. 8.

[20] F. Engels, *Anti-Dühring,* Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 149.

> [Rosa Luxemburgo] no confunde la conciencia revolucionaria con la conciencia intelectual de los revolucionarios de profesión leninistas, en cuanto que para ella la conciencia revolucionaria es la conciencia de las mismas masas que se convierte en acción y se dilata bajo el empuje de la necesidad. Las masas actúan de forma revolucionaria *porque no pueden actuar de otra forma y porque estas deben actuar*[21].

Así, si la maduración de la conciencia de la clase obrera surge de las propias condiciones de vida de la clase, podríamos fácilmente justificar que su organización solo pudiera sustentarse en un funcionamiento democrático, pues la sola idea de una vanguardia agrupada en partido político parecería superflua. En el lado opuesto, si consideramos que el capitalismo oculta las relaciones de producción que le son inherentes, podría justificarse que solamente la formación de una vanguardia podría dotar a la clase obrera de la conciencia revolucionaria necesaria para la subversión de esa realidad social.

En cualquier caso, se trata de un problema que la tradición marxista jamás ha logrado resolver satisfactoriamente y que se remonta a Marx, en cuya obra encontramos las dos ideas. Quizá resulten paradigmáticas las palabras de la alocución inaugural de la Primera Internacional: «[La clase obrera] posee un factor de triunfo, el número; pero el número no pesa en la balanza más que en tanto que la organización le da unidad y la inteligencia le dirige hacia un objetivo»[22].

A partir en esta distinción entre «número» y «saber» se jugó el destino del marxismo. Como señaló José Luis Rodríguez García,

> hacia 1847, la idea del proletariado-número es la exigencia para la constitución de una nueva mirada que responda a la palabra de la madura conciencia burguesa […]. Pero paralelamente […] otra idea del proletariado […] va desarrollándose. La operación teórica va a operar tendiendo a la reducción numérica del proletariado, esto es, delimitando la confianza política de la emancipación que va a quedar depositada en una franja especial del mismo. Así, frente al proletariado-número se desarrolla la concepción del proleta-

---

[21] P. Mattick, *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y la función del movimiento obrero,* Barcelona, Icaria, 1978, p. 65. La cursiva es mía.

[22] *La Primera Internacional,* Madrid, Fundamentos, 1977, t. I, p. 27.

> riado saber que […] resultó a la postre incorporada como vertebral del Acontecimiento K. M.[23].

Esto explica que, en el interior de la tradición marxista, el concepto de «clase» (proletaria) haya oscilado entre la amplia definición de pueblo y la estrecha consideración de aquellos elementos conscientes de la clase en un proceso sistemático de exclusión que reproduce exactamente el mismo proceso que encontramos en el pensamiento jacobino[24].

Sin duda recordaremos la definición leninista del revolucionario comunista: «el jacobino, indisolublemente ligado a la organización del proletariado consciente de sus intereses de clase»; y la necesaria profesionalización de la vanguardia: «todo agitador obrero que tenga algún talento, que "prometa" no debe trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglárnoslas de modo que viva por cuenta del partido […]»[25]. No insistiremos por tanto más en ello.

Es en este preciso punto en el que el historiador británico rechaza frontalmente la idea kautskyano-leninista de que la conciencia de la clase obrera procede del exterior, de los intelectuales. Su argumentación, ya adelantada, no deja lugar a dudas sobre la posición libertaria que la acompaña:

> De un modelo estático de relaciones de producción capitalista se derivan las clases que tienen que corresponder al mismo, y la conciencia que corresponde a las clases y sus posiciones relativas. En una de sus formas (generalmente leninista), bastante extendida,

---

[23] J. L. Rodríguez García, *Marx contra Marx,* Madrid, Endymion, 1996, pp. 188-189.

[24] J. L. Rodríguez García ha estudiado cómo este desplazamiento tiene lugar en el pensamiento jacobino a partir de la distinción rousseauniana entre «voluntad general» y «voluntad de todos», subrayando que «no hay novedad radical, en cuanto a la morfología del partido, entre el jacobinismo o el babeuvismo y Marx». J. L. Rodríguez García, *La mirada de Saturno (Pensar la revolución 1789-1850),* Madrid, Revolución, 1990, p. 313. Véase también *Marx contra Marx, op. cit.* Este desplazamiento fue observado ya por Mattick en el proceder bolchevique: «Es curioso observar este paso gradual: el Estado, o sea, los trabajadores (primera restricción), la parte más avanzada (segunda restricción), la vanguardia (última restricción), o sea, nosotros: es decir, los bolcheviques, los cuales, a su vez, se encuentran de tal modo presos en una estructura jerárquica, que Lenin dice, a semejanza del Rey Sol: "El Estado soy yo"», Mattick, *Rebeldes y renegados, op. cit.,* p. 61 nota.

[25] Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás» y «¿Qué hacer?», *Obras Escogidas,* 3 vols., Moscú, Progreso, vol. I, pp. 435 y 229 respectivamente.

> esto proporciona una fácil justificación para la política de «sustitución»: es decir, la «vanguardia» que sabe mejor que la clase misma cuáles deben ser los verdaderos intereses (y conciencia) de esta[26].

De ahí su más que justa crítica a los partidos comunistas, cuyos «escalones superiores» se creían «poseídos de la "ciencia" que guía a los "militantes" de la "base"», mostrándose en este sentido mucho más cercano al Marx que subrayaba que «la emancipación de los trabajadores debe ser conquistada por los trabajadores mismos» *(Estatutos Generales de la Asociación Internacional de Trabajadores).* Solo así estaremos prevenidos contra una de las desviaciones en cuyo origen se halla posiblemente la mayor tragedia del movimiento socialista y revolucionario: la monstruosa unidad del Estado-partido y Estado-ideología, el «Sacro Estado Proletario» ante el que los ciudadanos solo tienen que someterse en nombre mismo de su liberación[27].

Por aquí se comprende el empeño de Thompson en prestar atención a las «voces» de «ensordecedora vitalidad» que «irrumpen clamorosas desde el pasado». Por aquí cobra sentido su proceder –a menudo equivocado– hacia Althusser, pues cree advertir que la «inaudible e ilegible anotación de los efectos de una estructura de estructuras», de la que hablaba Althusser en *Para leer El capital,* no significa otra cosa que acallar la voz de la humanidad sufriente[28]. Así, frente a la reivindicación lectora althusseriana, Thompson opta por una actitud oyente cuya traducción metodológica es «que sean las fuentes las que comiencen a dirigir», importándole poco los riesgos derivados de esta apuesta[29].

---

[26] E. P. Thompson, «La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?», en *Tradición, revuelta…, op. cit.,* p. 35.

[27] Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* pp. 282 y 290.

[28] *Ibid.,* p. 37. L. Althusser y É. Balibar, *Para leer El Capital,* México, Siglo XXI de España, 1985 (20.ª ed.), p. 22. El problema está planteado, pero no resuelto. La apariencia seductora de la posición de Thompson no debe hacernos olvidar un problema real sobre el que Althusser llamó correctamente la atención. Escuchar no puede significar ir a remolque de lo que «otros» digan, debiendo estar atentos, escuchando, pero también interpretando, utilizando las herramientas teóricas de las que disponemos para el análisis y hablar claro y alto para defender nuestras opiniones y puntos de vista. La cuestión radica en que ese «leer-interpretar» no se imponga sobre aquellos a los que debemos escuchar.

[29] E. P. Thompson, «Sobre història, socialisme, lluita de classes i pau», *op. cit.,* p. 74. Hablo de riesgos porque, como ha subrayado el historiador (de formación

Esta cuestión, sin embargo, apunta ya no solo al problema de la organización de clase, sino al problema de la organización social, al problema del Estado.

Democracia, comunismo, Estado

En la tradición marxista, el problema del partido y el del Estado se han tratado, por lo general, de forma separada, como si se tratara de problemas realmente independientes. Poco importa que el «texto más autorizado de los escritos políticos marxistas sobre la dictadura del proletariado», *El Estado y la revolución,* constituya «una apoteosis del poder popular revolucionario ejercido por medio de los soviets de diputados obreros y soldados»[30] y que el partido apenas aparezca, pues en otros lugares Lenin explicó lo que a la postre definiría la política soviética y, por extensión, comunista:

> la experiencia irrefutable de la historia muestra que la dictadura de ciertas personas ha sido con mucha frecuencia, en el curso de los movimientos revolucionarios, la expresión de la dictadura de las clases revolucionarias, su portadora, su vehículo […] no existe absolutamente ninguna contradicción de principio entre la democracia soviética (es decir, socialista) y el ejercicio del poder dictatorial por ciertas personas[31].

La perspectiva desarrollada por Thompson, sin embargo, no contempla tal posibilidad. Su posición podría resumirse con las palabras que cierran «Fuera de la ballena»:

---

británica) Julián Casanova, «el historiador […] no investiga sobre el pasado sino sobre los residuos duraderos del pasado y, como sabe, no todos esos residuos –documentos o fuentes– son igualmente valiosos»; el historiador debe por tanto elegir, más aún, «construir» los problemas históricos y, en ese sentido, parece claro que «en relación con los fenómenos sociales resulta difícil negar que las teorías guían la descripción de esa realidad y que la verdad o falsedad de las teorías no puede determinarse solo por la evidencia empírica ya que el mismo lenguaje utilizado está cargado de teorización», J. Casanova, *La historia social y los historiadores,* Barcelona, Crítica, 1991, pp. 154 y 156.

[30] R. Miliband, *Marxismo y política,* Madrid, Siglo XXI de España, 1978, pp. 177 y 175.

[31] Lenin, «Las tareas inmediatas del poder soviético», en *Obras Escogidas, op. cit.,* vol. II, pp. 699-700.

> Nadie, –ni la vanguardia marxista, ni el administrador esclarecido, ni el humanista tiranizador– puede imponer desde arriba una humanidad socializada. Un estado socialista puede hacer poco más que proveer «circunstancias» que alienten al hombre social y desalienten al hombre adquisitivo, que ayuden a la gente a construir su propia comunidad igualitaria a su propia manera, porque la tentación de la bondad se hace demasiado grande para resistirla. El socialismo puede llevar agua al valle, pero debe dar «el valle a los aguadores, pues este dará fruta»[32].

No se trata por tanto de la socialización de los medios de producción (que en todo caso no debemos rechazar), sino de «dar el valle a los aguadores»; esto es, de aquello sobre lo que ya he llamado la atención, un socialismo que es democrático y revolucionario en sus medios, sus prácticas y sus objetivos, exigiendo por tanto la participación directa de los trabajadores en todos los niveles de decisión.

En este punto debemos ir más allá de la crítica a las posiciones leninistas y afrontar las posiciones teleológicas en su conjunto, incluidas las de presupuestos democráticos.

Recordemos uno de los bellos pasajes que encontramos en el «Prefacio» de *La formación…:*

> Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor de telar manual, al artesano «utópico», e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas[33].

---

[32] E. P. Thompson, «Fuera de la ballena», en VVAA, *Dentro y fuera de la ballena,* Madrid, Revolución, 1978, p. 176.

[33] E. P. Thompson, *La formación…, op. cit.,* t. I, p. xvii.

La carga emocional del fragmento ya nos advierte: toda concepción teleológica, dominada por tanto por la categoría de la necesidad, desprovée la acción humana de voluntarismo y de exigencias humanistas[34]; el socialismo solo tiene sentido como apuesta ética y política en un orden contingente cuyo futuro solo se definirá en las luchas.

A. Domènech llamó acertadamente la atención sobre el asunto en el «Prólogo» a la nueva edición en castellano de *La formación…:* la crítica de Thompson a toda consideración resignada, cuando no triunfal, del necesario triunfo del capitalismo, así como sobre la defensa de esos hombres y mujeres en cuyas luchas se escuchaba el eco de la revolución democrática y republicana, jacobina en definitiva, que ponía el énfasis en la *égalité*[35]. Perry Anderson afirmaba que «*The Making of the English Working Class* recuerda nuestra deuda para con el "árbol de la libertad" plantado por el primer proletariado inglés»[36], y aunque el envite se saldó con una derrota, esta no estaba prefijada, como tampoco lo estaba el triunfo del liberalismo sobre la democracia.

¿Por qué es importante eliminar toda interpretación teleológica? Porque la consideración de la maduración necesaria de la conciencia de clase presupone una homogeneidad de situaciones, intereses y expectativas que en realidad no existe; presupone además que existen ideas más «avanzadas» (de acuerdo al inevitable desarrollo de los tiempos) que otras, privilegiando de ese modo unas luchas en detrimento de otras que, en el mejor de los casos, remitirían a una solución futura. Se deshumaniza así una lucha que excluye toda consideración real, empírica, toda necesidad humana que no apunte a la apriorísticamente definida como «contradicción principal», ignorando de ese modo –o remitiendo al futuro– cuestiones tan importantes como la liberación de la mujer, el problema ecológico o incluso, así ocurrió en Estados Unidos, el problema racial. Todo en nombre de un progreso modernizador necesario que justifica hechos como la llamada «acumulación originaria» –escrita

---

[34] Que nadie vea aquí una crítica al «antihumanismo teórico» de Althusser, pues este significa, estrictamente, que el punto de partida del análisis no es el individuo, sino la formación social.

[35] A. Domènech, «Prólogo» a E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012, disponible en [http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5310].

[36] P. Anderson, *Teoría, política e historia…, op. cit.,* p. 1.

con «trazos indelebles de sangre y fuego» (*El capital,* I, cap. XXIV)– o el imperialismo.

Ignorar o menospreciar la complejidad de las luchas sociales en la Inglaterra del siglo XVIII o principios del XIX, impide detectar el enfrentamiento que estaba teniendo lugar entre dos formas diametralmente opuestas de pensar el futuro, amputando el carácter político de las luchas de una clase obrera que estaría capacitada exclusivamente para llevar adelante luchas reformistas o economicistas, ajenas a una lucha política, que es patrimonio exclusivo de las elites.

Desdibujar este enfrentamiento entre dos tradiciones políticas opuestas, la tradición liberal y la tradición democrática, ha favorecido además la extensión del mito de que el liberalismo es el verdadero padre de la democracia, que la democracia es liberal y representativa o no es[37].

Por aquí acude en nuestra ayuda Thompson, porque su posición trasciende las luchas populares o de clase de los siglos XVIII o XIX y, más allá de sus posibles olvidos –no se puede abordar todo al mismo tiempo–, o errores –toda apuesta conlleva riesgos–, su definición de clase, la forma en la que presenta su autoconstitución, puede instruirnos en la actualidad sobre cómo construir, *frente a* «los otros», un «nosotros» a partir del descubrimiento de la identidad de intereses[38].

---

[37] «No cabe duda que la actual popularidad del concepto está muy fundamentada en el hecho de aparecer vinculado a la idea de democracia, así como a las ideas de libertad y justicia. Sin embargo, en el transcurso de su historia, tanto el concepto como la práctica de la representación han tenido poco que ver con la democracia y la libertad», H. Fenichel Pitkin, *El concepto de representación,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985, p. 2. No hay que remontarse a la figura del rey para comprobarlo, bastaría con escuchar a los padres fundadores norteamericanos, consultar los *Federalist Papers,* más específicamente el X, para ver cómo Madison hace suya la posición de Montesquieu de que «el poder no debe caer en las manos del pueblo bajo, si siquiera en el gobierno popular», *The Federalist Papers,* The Pennsylvania State University, 2001, disponible en [http://www2.hn.psu.edu/faculty/jmanis/poldocs/fed-papers.pdf]; Montesquieu, *Del espíritu de las leyes,* Madrid, Tecnos, 1987, Libro XV, cap. XVIII, p. 174. Me sorprende por ello que Subirats afirme que «la idea original del sistema representativo es que las elecciones garanticen al máximo la cercanía entre los valores y los intereses de la ciudadanía y los perfiles políticos y las posiciones de los representantes. La base del poder y legitimidad de los políticos electos está en su representatividad, y esa deriva del proceso electoral», J. Subirats, *Otra sociedad, ¿otra política? De «no nos representan» a la democracia de lo común,* Barcelona, Icaria, 2011, p. 47.

[38] Este «frente a» es fundamental para la misma identidad. Chantal Mouffe ha insistido en la necesaria recuperación de los conceptos «amigo» y «enemigo», así como la

El 15-M puede, en este sentido, constituir un buen ejemplo para poner a prueba las tesis de Edward Thompson.

El 15-M

Permítanme aquí referir una anécdota que define el modo como me acerqué (como objeto de reflexión) al 15-M.

Se trata de un correo que recibí desde Barcelona cuando el 15-M ocupaba las plazas de las principales ciudades de España. El correo se cerraba con estas palabras: «El Jordi quiere que te diga que estamos asistiendo al límite moral de la multitud».

El Jordi (un abogado de la Coordinadora Obrera Sindical [COS]) y la autora del correo, mi sobrina Isabel, no son sino dos participantes en el 15-M de Barcelona vinculados a los sectores radicales («ser radical es ir a la raíz de las cosas») de la izquierda catalana.

Inmediatamente –y creo que esa era la intencionalidad del Jordi– pensé en E. P. Thompson y en el hermoso concepto de «economía moral de la multitud»; y así lo recogí en un artículo en el que, entre otras cosas, abordaba el 15-M[39].

Pero ¿qué es eso de la «economía moral de la multitud»?

> Es posible detectar en toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimizante. Con el concepto de legitimación quiero decir que los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular era confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o respeto. [… Estas acciones] operaban dentro de un consenso popular en cuanto a qué prácti-

---

distinción entre «enemigo» y «adversario», del antiliberal (y no democrático) Carl Schmitt para la delimitación de una política democrática. Véase Ch. Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical,* Barcelona, Paidós, 1999.

[39] P. Benítez, «¿Democracia o democracia virtual? La Red y los movimientos sociales de 2011», *Daimon* 58, 2013, pp. 33-50. No he sido el único, así lo ha interpretado también G. Cano, «Dar cuerpo al espectro. Materiales sobre el 15-M como campo de fuerzas», *Youkali* 12, 2012, p. 21, disponible en [http://www.youkali.net/youkali12-completo.pdf].

> cas eran legítimas y cuáles ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituían la «economía "moral" de los pobres». Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa[40].

No estamos en el siglo XVIII, ni hablamos de tradiciones en el mismo sentido, ¿por qué es lícito entonces recuperar este concepto?

Porque, si la revuelta en el siglo XVIII estaba justificada por la ruptura de una situación que la población sentía como legítima; hoy, como entonces, estamos asistiendo a una creciente indignación de la población ante la intolerable percepción de una absoluta degradación social y política, una degradación del marco de relaciones aceptables y formalmente aceptadas que podríamos subsumir bajo el término democracia. Esta percepción, y no otra, ha conducido a una explosión que podríamos denominar rebelde y que, desde una perspectiva más filosófica, ha sido interpretada, acertadamente a mi parecer, en clave spinoziana[41].

El 15-M es una explosión de gente muy diversa, con intereses y posiciones muy diferentes que, sin embargo, tienen la sensación común de que nos han tomado el pelo, de que esto no es democracia, de que los gobernantes y, en general las elites, dicen una cosa y practican otra, que exigen estrecheces mientras blindan sus contratos y toleran, cuando no alientan y protegen, la corrupción. Pero ¿por qué gentes diversas, con situaciones y problemas diferentes, han podido confluir en las plazas de las principales ciudades de España con una exigencia común que podríamos resumir en las palabras «Basta ya»?

Porque, como en el siglo XVIII que analizara Thompson, estas gentes (jóvenes estudiantes, parados, desahuciados, pensionistas…) han sentido cómo se han violentado las normas y valores de una mínima equidad democrática que debían regular la convi-

---

[40] E. P. Thompson, «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII» (1971), en *Tradición, revuelta y conciencia de clase, op. cit.,* pp. 65-66.

[41] J. D. Sánchez Estop, «Spinoza perroflauta. Sobre los "significantes spinozistas" en el contexto del 15-M», *Youkali* 12, 2012, pp. 37-40.

vencia[42]. Pareciera como si se hiciera evidente aquello sobre lo que Resnick viniera advirtiendo desde hace años, que «nuestros sistemas políticos son sistemas que están regulados cada vez más por la lógica de un capitalismo global con elementos liberales y principios representativos a modo de hojas de parra, con las que cubrir su desnudez moral y política»[43].

Y si el nombre de «indignados» con el que esta explosión de gente diversa se reconoce dice bien lo que el concepto de «economía moral» encierra, el grito «Democracia Real Ya» que se levantó en las diferentes plazas de España el 15 de mayo del 2011 muestra a las claras cómo esa indignación moral se traduce, en la medida en que se conforma una conciencia subjetiva, en una apuesta política democrática y radical que pretende arrancar aquellas «hojas de parra» para dejar ver las vergüenzas ocultas tras ellas.

El 15-M nos muestra además que las autodenominadas vanguardias se encuentran en muchas ocasiones desorientadas, a remolque verdaderamente del movimiento, de modo que se han visto sorprendidas por cuanto nada (las condiciones objetivas), hacía presagiar esta explosión.

«En Barcelona –me comentan participantes en la acampada de Barcelona vinculados a los sectores más combativos de la lucha radical en Cataluña–, a las vanguardias nos ha pillado con el pie cambiado», «ni siquiera los autónomos han estado en el asunto, se han sumado como han podido al carro». Esa ha sido la tónica general.

Sin duda había condiciones que explicaban el descontento generalizado de la población, y podríamos reconocer con Subirats que, «de alguna manera, han coincidido la emergencia de un conjunto de redes que confluyen después de varias "movidas"… como las de la alterglobalización… las de "V de Vivienda" o las movilizaciones contra la "Ley Sinde"», de cuyos mimbres, sostiene Subirats, «surge la dinámica que se nuclea en torno a lo que fue la convocatoria del 15 de mayo, y que supo recoger y convocar a mucha gente que de manera individual, social y familiar, habían llegado a un punto de saturación sobre su malestar y se sentían poco o nada representados por partidos, sindicatos y demás canales alta-

---

[42] De «consensos erosionados» habla J. Subirats en «Democracia: participación y eficiencia», *GAPP* 5-6, 1996.

[43] P. Resnick, «Isonomía, Isegoría, Isomoría y democracia a escala global», *Isegoría* 13, 1996, p. 172.

mente institucionalizados»[44]. Sin embargo, nada hacía presagiar ni la extensión ni la difusión mediática de lo que se avecinaba, era imposible presagiar ese estallido organizado a través de las redes, especialmente Twitter. También las imágenes de los países árabes aportaban cierta confianza, la idea de que, efectivamente, era posible; pero incluso esta misma noción de posibilidad, de confianza, de esperanza que diría Spinoza, no pone de manifiesto sino el papel que desempeña la experiencia sentida. Se trata por tanto de recuperar el sentir de la gente, el modo en el que la gente vive su situación, la experimenta y, así, lleva adelante sus luchas[45].

Solo en estas luchas, y reconociendo la doble complejidad que atraviesa el 15-M[46], se irá determinando su identidad y, por tanto, la definición de sus objetivos, su programa y sus medios, en un proceso no exento de problemas y contradicciones, como ha mostrado Montserrat Galcerán a propósito del componente feminista[47].

Democracia, organización y 15-M

Anteriormente utilizábamos el verbo «escuchar» para definir la actitud de Thompson, no solo ante las fuentes sino, referido al problema político, a las gentes. Frente al sustitucionismo, frente a las pretendidas vanguardias dotadas de la verdad, la apuesta del 15-M ha sido dejar hablar, que las distintas gentes que acudían a las plazas de las diferentes ciudades, sin distinción, pudieran dirigirse al

---

[44] J. Subirats, *Otra sociedad ¿otra política?…, op. cit.,* p. 46. Subirats no nombra, sin embargo, otra «movida» cercana en el tiempo y que, sin duda, aportó, especialmente en Barcelona, no pocos activos al 15-M, el movimiento anti-Bolonia.

[45] Estamos en realidad hablando de la «ideología», entendida como el lugar dentro del cual «los hombres cobran conciencia del conflicto y lo dirimen» (Marx, «Prólogo de 1859» a la *Contribución de la economía política,* Siglo XXI, 1980), concepto extraño a cierta ciencia política que, interesadamente, lo ha expulsado de la disciplina.

[46] Esta doble complejidad consiste en, por una parte, la existencia de diferentes movimientos y, por la otra, la complejidad interna de cada uno de los movimientos. Esto es especialmente claro si entendemos el 15-M en sentido amplio, esto es, extendiéndolo a las plataformas y mareas que se han desarrollado a partir del 15-M.

[47] M. Galcerán Huguet, «Presencia de los feminismos en la Puerta del Sol madrileña», *Youkali* 12, 2012, pp. 31-36. El ejemplo de Montserrat Galcerán, ese «los feminismos no son bien recibidos» con el que nos impacta al comienzo del artículo, nos muestra justamente la construcción del «nosotros» en la práctica diaria, común, en la convivencia y el debate abierto, siendo conscientes de que el proceso no tiene fin, nunca es definitivo.

demos allí reunido. Se trataba verdaderamente de un tipo de organización que traducía el verdadero sentido de la *isonomía* y la *isegoría* griegas: la equidistancia de todos los ciudadanos ante el poder y su igual derecho a la palabra.

El 15-M ha puesto en práctica algunos de los principios democráticos clásicos, ha puesto en marcha asambleas y ha organizado comisiones –en las que cada uno participaba libremente en función de lo que podía aportar–, apostando por un sistema de funcionamiento horizontal y no jerárquico[48].

Recurrir a la imagen griega no es retórica, pues nos ayuda a comprender algunas de las reivindicaciones de esos indignados que reclaman una democracia real y han llamado la atención sobre los límites de la democracia contemporánea, denunciando la falta de control sobre los representantes, la corrupción y su sometimiento a la instancia no democrática de los mercados.

El 15-M ha logrado colocar en la agenda política misma la cuestión de la democracia y ha destrozado la ecuación adormecedora que identificaba la democracia con su expresión litúrgica por excelencia: las elecciones.

Sin confundir la democracia directa griega con la idea de que «todos los poderes políticos de importancia eran ejercidos por el pueblo en asamblea»[49], Atenas nos muestra ejemplos reales del ejercicio de la soberanía por parte de los ciudadanos. A diferencia de, pongamos, España, en Atenas, el *demos,* esto es, la asamblea, debatía y decidía sobre asuntos internacionales, sobre guerra y paz, sobre impuestos, sobre orden público…. Cualquier ciudadano podía presentar iniciativas legales y, por si fuera poco, el *demos* ejercía un control verdadero y efectivo sobre los magistrados (cualquier tipo de cargo político, judicial, militar, de finanzas, etc.), sobre sus decisiones y actuaciones –incluidas naturalmente las actuaciones corruptas. Hoy, por el contrario, nuestra participación se limita casi exclusivamente al ejercicio de voto, de modo que incluso la iniciativa legislativa popular (que en todo caso requiere 500.000

---

[48] Sobre esta cuestión han llamado la atención prácticamente todos aquellos que, desde la cercanía, han abordado el 15-M. Así ocurre en el número 12 de *Youkali* o el texto de Subirats, *Otra sociedad, ¿otra política?,* a los que ya hemos hecho referencia. Puede consultarse también Carlos Taibo, *El 15-M en sesenta preguntas,* Madrid, Catarata, 2011, pp. 33 y ss.

[49] B. Manin, *Los principios del gobierno representativo,* Madrid, Alianza, 2006 (2.ª reimp), p. 37.

firmas), es excluida de forma explícita en cualquier materia económica, internacional o propia de materia orgánica[50].

A los participantes del 15-M no se les escapa la distancia entre lo que hay realmente y lo que significa democracia, al margen de que, en el seno del movimiento, coexistan diversas interpretaciones acerca de esa distancia y de sus causas. Y es este reconocimiento de las diferencias que coexisten en su interior el que obliga a plantearnos la eterna cuestión de qué hacer.

La postura fácil sería denunciar como reformista al movimiento. Se trata de una tendencia que puede aparecer especialmente entre las gentes procedentes de la tradición leninista que, preocupados por la indefinición del movimiento, pueden iniciar una deriva sectaria que les conduzca incluso a pretender dominar primero e imponer después una organización y una definición supuestamente derivadas de un saber exclusivamente al alcance de los pocos elegidos. Lo paradójico es que, aunque con otros fines, también desde la política oficial preocupa la indefinición del movimiento, que exige interlocutores válidos con un programa perfectamente definido, lo que habilitaría un terreno en el que el juego de la política sería posible. El Roto expresó de forma extraordinaria esta situación en una de sus viñetas sobre el 15-M en la que se leía: «A los jóvenes del 15-M: fundad un partido y nosotros os lo financiaremos para que seáis como el resto»[51].

¿Cómo entonces abordar las diferencias, las distintas posiciones que encontramos en el movimiento? ¿Cómo actuar?

La denuncia del sustitucionismo no significa en absoluto la renuncia a nuestros planteamientos ni a nuestros objetivos, simplemente significa que nuestra acción debe ser profundamente democrática, pero también independiente, como advirtiera el historiador británico:

> Lo que se necesita es volver al discurso colectivo otra vez. Necesitamos revistas de tendencias amplias a las que contribuyan y en las que polemicen entre ellos historiadores, filósofos, economistas

---

[50] Constitución de 1978, artículo 87.3. Subirats afirma que «la iniciativa legislativa popular se configuró de manera que fuera difícil su activación y su posterior repercusión». J. Subirats, «Democracia: participación y eficiencia», *op. cit.,* p. 40.

[51] Disponible en [http://tu2is.blogspot.com.es/2011/06/el-roto-los-jovenes-del-15m-son.html], 27 de junio de 2011.

> y activistas políticos. Creo que es posible hacerlo. Después de todo hay suficientes personas. Lo que los socialistas no deben nunca hacer es permitirse depender enteramente de instituciones establecidas: casas editoras, medios de comunicación comerciales, universidades, fundaciones. No quiero decir que todas estas instituciones sean represivas: desde luego pueden hacer en ellas muchas cosas positivas. Pero los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro[52].

Ha llegado la hora de hablar claro y, por tanto, reconocer que «no hay ningún tabernáculo recóndito que, por ser sacrosanto, se libre de la interrogación y la revisión»[53]. Es curioso cómo en un país en el que, en las mismas instituciones, hay grupos capaces de cuestionar la monarquía y apostar por la república, la idea de representación siga siendo sagrada y, consiguientemente, incuestionada.

Debemos afrontar este problema y, primeramente, reconocer la extraordinaria complejidad y los múltiples sentidos del concepto de «representación», especialmente cuando hacemos referencia a la espinosa cuestión de la relación entre representantes y electores. Pitkin presentaba los dos extremos entre los que se encontraría la solución:

> Hobbes sugiere que el representante es libre de hacer lo que le plazca (al menos en lo que concierne a sus electores). La mayoría de los teóricos arguyen que el representante debe hacer en su mandato lo que es mejor para aquellos; pero debe hacer lo que piensa que es mejor, según su propio juicio y sabiduría, ya que es elegido para tomar decisiones por (esto es, en lugar de) sus electores. Pero hay algunos que sostienen que el deber del representante es reflejar con exactitud los deseos y opiniones de aquellos a quienes re-

---

[52] E. P. Thompson, «Una entrevista con E. P. Thompson», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase, op. cit.,* p. 318.

[53] E. P. Thompson, *Miseria de la teoría, op. cit.,* p. 257.

> presenta. Si osase hacer algo que sobrepase ese límite, lo considerarían una burla de la verdadera representación. Es posible que la verdadera posición esté localizada en algún punto intermedio entre aquellas dos versiones. Pero, en tal caso, ¿cuál es ese punto intermedio? y ¿cómo decidiremos que es el punto idóneo?[54].

En realidad, son dos las cuestiones implicadas en este segundo extremo. Por un lado se trataría de que la sociedad estuviera efectivamente representada en los órganos de representación entendidos como una especie de pequeña sociedad a escala. Se trataría por tanto de que el sistema electoral permitiera traducir de forma proporcional el número de votos en número de escaños. Un segundo aspecto haría referencia a la cuestión de si los representantes están realmente comprometidos con los deseos y aspiraciones de aquellos a quienes representan, obedeciendo por tanto la voluntad de sus representados. En este caso, sin embargo, en el caso de que esa correspondencia entre representados y representantes no se produjese, serían dos las interpretaciones posibles: o bien se trataría de una perversión coyuntural del sistema que habría que corregir; o bien, por el contrario, se trataría de la esencia misma del sistema de representación, lo que nos situaría ante la primera de las opciones que representaba Hobbes.

Las tres opciones han estado presentes en el 15-M, si bien podríamos agruparlas en dos posiciones bien diferenciadas.

La primera orientaría sus críticas al modo en el que los votos se traducen en representantes, esto es, al sistema electoral, exigiendo su reforma, ya se trate de las circunscripciones electorales o de la fórmula matemática utilizada para distribuir los escaños (la Ley D'Hondt). Aspira así a mejorar la representatividad de las instituciones y poner fin al bipartidismo que, de alguna manera, sería el responsable de la misma perversión del sistema por cuanto alimentaría cierta connivencia entre los dos grandes partidos que ansían mantener su lugar de privilegio[55].

---

[54] H. F. Pitkin, *El concepto de representación, op. cit.,* p. 5.

[55] Aunque no es el lugar para hacerlo, convendría acabar con el tópico de que la Ley D'Hondt es la causa de la poca representatividad de las instituciones pues, pese a su incidencia real, oculta la verdadera causa del bipartidismo: el tamaño de la circunscripción electoral. Este tópico va además acompañado de otro: la sobrerrepresentación de los partidos nacionalistas en detrimento de los partidos de ámbito estatal. Esta falsa idea, además de ocultar el hecho de que las fuerzas políticas verdaderamente so-

La segunda, sin embargo, dirige sus críticas a la idea misma de representación, al menos en lo que Pitkin denomina la «perspectiva de la autorización», esto es, aquella en la que el representante adquiere el derecho de *actuar en nombre de,* aceptando así los representados la merma de este derecho[56]. Lo que se pone en cuestión por tanto es el propio sistema liberal y democrático, reivindicando en su lugar una democracia radical y participativa que exige repensar el sentido y el significado de «democracia» («gobierno del pueblo»), situándonos ante la necesidad de responder a cuestiones como qué es el pueblo, qué significa gobierno o cómo ejerce el pueblo el gobierno[57].

Pues bien, reconociendo efectivamente el desajuste entre representantes y representados según la primera de las opciones descritas, convendría llamar la atención sobre la segunda de las consideraciones, sirviéndome nuevamente de una anécdota para ilustrar el problema.

La anécdota comienza con una manifestación de más de 500.000 personas en Madrid, en Moncloa, en la que los presentes pudimos escuchar al periodista Luis del Olmo presentar a Felipe González como el hombre que nos iba a sacar de la OTAN. Fue la primera gran manifestación contra la OTAN, a la que siguieron otras muchas, incluidos una serie de mítines y recitales organizados por el Partido Socialista en campaña electoral. En uno de estos mítines-fiesta fue invitado el cantautor catalán Lluís Llach, que actuó de forma gratuita. Como sabemos, una vez en el Gobierno, el Partido Socialista defendió la permanencia de España en la OTAN. Pues bien, Lluís Llach, en 1986, denunció ante los tribunales a Felipe González, entonces presidente del Gobierno de España y secretario general del Partido Socialista, por incumplimiento de la promesa electoral de sacar a España de la OTAN[58]. El juez que estudió el

---

brerrepresentadas son Partido Popular y Partido Socialista Obrero Español, reproduce el discurso oficial e interesadamente fomenta el enfrentamiento entre los pueblos de España, cuestión especialmente grave si tenemos en cuenta que el problema nacional ha constituido históricamente uno de los *cleavages* fundamentales, todavía no resuelto, de la política española.

[56] H. F. Pitkin, *El concepto de representación, op. cit.,* p. 41.

[57] D. Held ha llamado la atención sobre esta cuestión en su obra *Modelos de Democracia,* Madrid, Alianza, 2002, pp. 16-17.

[58] Esta anécdota puede leerse en O. Jurado y J. M. Morales, *Lluís Llach: siempre más lejos,* Tafalla, Txalaparta, 2007, pp. 271-275.

caso, el señor Jesús Ernesto Pérez Morate, aun reconociendo que «el control de la promesa electoral o del compromiso político, mediante exigencia de responsabilidad por su incumplimiento, es un interés social que los ciudadanos tienen necesidad de satisfacer», se vio obligado a desestimar la demanda porque esa necesidad no está amparada en nuestro ordenamiento jurídico. La sentencia concluye:

> La permeabilidad del sistema jurídico permitiría, con la asimilación de figuras jurídicas de otros ordenamientos, pertenecientes al mismo sistema, satisfacer el interés social no amparado o protegido en el nuestro, pero en los países o estados de nuestro ámbito cultural y jurídico tampoco se da respuesta a esa necesidad, lo que imposibilita importar al nuestro una figura jurídica que permitiese al juez amparar la necesidad sentida por el demandante, que, evidentemente, no es solo de él, sino de multitud de ciudadanos.

La sentencia, más allá de lo anecdótico, nos recuerda algo sobre lo que Manin llamó la atención, el carácter inicialmente no democrático de la representación, subrayando al mismo tiempo, como una de sus características esenciales, aquello que sostenía Hobbes, la independencia de los representantes respecto a los representados. Sostenía además que los representantes se han convertido en verdaderos fideicomisarios al perder su calidad de portavoces de los electores[59]. Nuestros representantes políticos lo saben, si bien no hacen alardes públicos de su no dependencia respecto al electorado salvo, claro está, lapsus al modo del «Ahora decides tú quiénes van a decidir por ti los próximos años» que rezaba la propaganda institucional del gobierno de Aragón en las elecciones autonómicas del 28 de mayo de 1995. Desgraciadamente, como ya he dicho, la ley les asiste.

Ante esta evidencia podríamos avanzar una desesperanzadora conclusión: que el voto, más que ejercer una función de control sobre los gobiernos, lo hace sobre los electores, pues «alimenta la ilusión democrática, [...] legitima a los gobiernos y sus decisiones»[60].

Nos enfrentamos en realidad a dos formas radicalmente distintas de concebir la democracia. La una, la interpretación liberal, que

---

[59] B. Manin, *Los principios del gobierno representativo, op. cit.,* p. 149.

[60] E. del Río, *Poder político y participación popular,* Madrid, Talasa, 2003, p. 46.

concibe la democracia como ese sistema de elección de elites que tan magistralmente explicara y resumiera Schumpeter al servicio de aquellas elites:

> Ante todo, con arreglo al criterio que hemos adoptado, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierna efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones «pueblo» y «gobernar». La democracia significa tan solo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle. Pero como el pueblo puede decidir esto también por medios no democráticos en absoluto, hemos tenido que estrechar nuestra definición añadiendo otro criterio identificador del método democrático, a saber: la libre competencia entre los pretendientes al caudillaje por el voto del electorado. Ahora puede expresarse un aspecto de este criterio diciendo que la democracia es el gobierno del político. Es de la mayor importancia comprender lo que esto implica[61].

La otra, la democrática, concibe la democracia como una forma de comprender la vida, de entender y construir el «nosotros». Juan Domingo Sánchez Estop, cuyo *parti pris* es evidentemente, lo ha expresado de forma rotunda a propósito del 15-M:

> Se empezó en el 15-M hablando de reformas de la representación, de una modificación de la ley electoral, de formas de democracia directa, etc. Se termina, sin embargo, descubriendo que la democracia real es la propia asamblea. La asamblea abierta constituye un modelo de espacio público y de intercambio que no necesita ser unificado por un elemento exterior, al modo en que un pueblo es unificado –y constituido– como tal por el soberano. No hay ninguna trascendencia de la soberanía: la asamblea es *omnino absoluta,* no depende de nada exterior para existir, legitimarse y tomar decisiones. Solo los comunes inmediatamente disponibles del lenguaje y de los afectos y las «nociones comunes» que a través de estos se crean unifican internamente, inmanentemente a la multitud. Existen, en efecto, dos formas de unidad para una multitud: o bien la representación, en la que la multitud desaparece en favor

[61] J. Schumpeter (1983), *Capitalismo, socialismo y democracia,* Madrid, Orbis, 1983, p. 363.

> de la relación entre pueblo y soberano, o bien el reconocimiento del suelo común en que arraigan nuestras singularidades, del carácter no plenamente individuado y propiamente transindividual de cada singularidad efectiva. La democracia no representativa de las asambleas abiertas y de las redes es ya una democracia basada en el comunismo, en el comunismo de los comunes. Esa es la democracia […] que sí lo es[62].

Pero entonces…

… ¿Qué hacer?

En realidad deberíamos más bien decir qué no debemos hacer. Nos advirtió E. P. Thompson: ante todo debemos asumir que no existe *la verdad* y que, por tanto, no existe ningún portador de la misma, asumiendo así que la democracia lleva implícito el derecho de los ciudadanos a decidir y, por consiguiente, a equivocarse. Nuestra tarea debe consistir por tanto: de un lado, en apoyar y activar el potencial creativo de quienes componen la multitud; por otro, en publicitar y desnudar las contradicciones de modo que se hagan visibles, especialmente cuando estas adquieren un carácter antagónico, presentando alternativas conectadas con lo vital y, por qué no decirlo, lo emocional.

Y, junto a esto, debemos apostar por un modelo claramente democrático apoyado en una red profundamente democrática de asociaciones al estilo de lo que reivindicaba Morris[63]. La tarea, sin embargo, no es fácil.

Aquí nos encontramos ante un verdadero problema: los viejos cuadros y militantes comunistas tienen un bagaje y una experiencia extraordinarios, además de una importante formación teórica, sin embargo su forma de pensar sigue en muchos casos anclada en el pasado, en la imagen religiosa de la verdad; por otro lado, los nuevos militantes gozan de gran entusiasmo y desconfían de la verdad,

---

[62] J. D. Sánchez Estop, «Spinoza perroflauta… », *op. cit.,* p. 39.

[63] Morris guardaba la esperanza de que el país apareciera cubierto por «una red de asociaciones integradas por hombres que sienten su antagonismo hacia las clases dominantes, y no tienen la tentación de perder su tiempo en las miles de locuras de los partidos políticos». Cit. en E. P. Thompson, «William Morris», en *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, p. 120.

pero muchas veces carecen de la formación de los primeros. El problema radica en saber cómo conjugar ambos aspectos de modo que, sin despreciar a los viejos militantes, podamos evitar que sus vicios contagien lo que debería significar una nueva forma de organización democrática, profundamente democrática.

Por otro lado, esa proliferación de asociaciones, inscritas además en un marco político, hoy por hoy liberal, exige plantear el problema práctico de la existencia de representantes. Pretender que este problema no existe sería cerrar los ojos. La heterogeneidad y diversidad de las asociaciones y movimientos de los que hablamos, desde STOP Desahucios a las Mareas Blanca o Verde, pasando por las huelgas de los empleados de recogida de basuras de Madrid y tantos otros, exige la presencia de personas dotadas de cierto poder de representación, con capacidad de negociación por tanto, ya se trate de la forma de coordinar a los diferentes movimientos y asociaciones amigos como a la negociación frente a los otros (enemigo o adversario, distinguiendo no obstante entre ambos).

Los problemas vendrían por ahí, ¿cómo podemos ser capaces de crear y justificar una democracia que no quede bloqueada, que sea capaz de combinar la democracia directa, la soberanía de la ciudadanía, con cierta representación que, no obstante, siempre debe ser avalada por la ciudadanía?

Se plantea así el viejo problema de definir tanto un modo de organización (y el papel y sentido de la representación) como la actitud ante las instituciones, quizá en la triple línea sugerida por Subirats de «disidencia, resistencia e incidencia», asumiendo de ese modo su doble carácter, en tanto lugar de «legitimidad residual» y «espacio necesario de conflicto y de lucha»[64].

Los extremos están fijados: entre la denuncia rousseauniana de todo representante y la independencia que para estos reivindica el liberalismo no hay conciliación posible. Se trataría por tanto de combinar, bajo la clara determinación democrática, los aspectos democrático y representativo, asumiendo algunas de las condiciones con las que Marx caracterizaba a los delegados de las comunas parisinas, como su responsabilidad y revocabilidad en todo momento. Y, pese a todo, el futuro es incierto.

---

[64] Colectivo Política en Red, *Repensar la política. En la era de las redes y los movimientos,* Barcelona, Icaria. 2007, pp. 54 y 30.

Marx escribió que «si bien no existe ninguna duda acerca del "de dónde venimos", reina una gran confusión respecto al "a dónde vamos"»[65]; y, sin embargo, no estamos del todo desorientados, en parte gracias a las enseñanzas de Thompson; tenemos de hecho un criterio firme que seguir, «un punto de vista a partir del cual es posible formar juicios de valor: ¿en qué medida las leyes, las instituciones, las prácticas establecidas contribuyen a reforzar o limitar la participación popular?»[66].

[65] Marx, Carta a Ruge de septiembre de 1843.

[66] E. del Río, *Poder político y participación popular, op. cit.,* p. 128.

XII. EDWARD P. THOMPSON. UN COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Adrià Llacuna

En una de las obras más influyentes de la historiografía contemporánea, Edward Palmer Thompson concibe el fenómeno histórico de la formación de la clase obrera como un «proceso *[the making]* activo que debe tanto a la agencia como al condicionamiento»[1]. El presente análisis general de su obra pretende dar cuenta de la evolución de su trayectoria política, intelectual e historiográfica, entendida también como un proceso: un *making* de la obra thompsioniana, que obedece tanto al marco histórico general en el que se desarrolló, como al talento y las iniciativas que el prolífico E. P. Thompson emprendió a lo largo de su vida[2]. Algunos compañeros de profesión como Eric Hobsbawm recordaron en su día la trayectoria particular de E. P. Thompson: «como historiador y en la vida pública, se alzó como un cohete espacial [… con] la capacidad de producir algo cualitativamente diferente del resto de nosotros, que no se puede medir en la misma escala»[3].

Son muchas las obras que se han dedicado a realizar un análisis minucioso sobre ciertos aspectos de la trayectoria intelectual y pro-

---

[1] Traducido por el autor de este capítulo, E. P. Thompson, «Preface», en *The Making of the English Working Class,* Londres, Penguin Books, 1991 (1.ª ed. 1963), p. 8.

[2] Esta narrativa *para*-historiográfica puede encontrarse en reconocidos estudios que abordan el proceso formativo del intelectual e historiador a través de sus experiencias y de su obra, como B. D. Palmer, *The Making of E. P. Thompson: Marxism, Humanism and History,* Toronto, New Hogtown Press, 1981; que amplía con B. D. Palmer, *E. P. Thompson: Objections and Oppositions,* Londres, Verso 1994 [publicada en castellano como *Objeciones y oposiciones,* València, Universitat de València, 2004]. Un estudio más reciente también recorre la trayectoria investigadora y militante de Thompson a través de sus grandes textos y su formación política en los años del auge del antifascismo europeo, véase especialmente S. Hamilton, «The making of E. P. Thompson: family, anti-fascism and the 1930s», en *The Crisis of Theory. E. P. Thompson, the new left and postwar British politics,* Mánchester, Manchester University Press, 2012, pp. 11-46.

[3] E. J. Hobsbawm, «Obituary: E. P. Thompson», *The Independent,* 30 de agosto de 1993, [http://www.independent.co.uk/news/people/obituary-e-p-thompson-1464256.html] (consulta: 9 de julio de 2014).

fesional de E. P. Thompson, ofreciendo incluso una panorámica general sobre el individuo en su conjunto, en algún caso destacado[4]. En la historiografía española, el interés por la obra thompsoniana, su influencia y su discusión están fuera de toda duda, por la cantidad de publicaciones dedicadas al análisis del autor, que además han proliferado en señalados momentos, como en el de su muerte en 1993, o en 2013, con el cincuentenario de su obra más influyente, *The Making of the English Working Class* (1963). A modo de ejemplo, se puede destacar las traducciones al castellano de sus principales obras, y las ediciones de diversos textos en volúmenes tan significativos como *Tradición, Revuelta y Conciencia de Clase* (Crítica, 1979) o *Agenda para una Historia Radical* (Crítica, 2000). El análisis de conjunto de la trayectoria thompsoniana y su relevancia historiográfica ha sido convenientemente evaluada en los números especiales dedicados a Thompson en *Historia Social* (18, 1994) o *Sociología Histórica* (3, 2013). Por otra parte, la lista de trabajos monográficos sobre Thompson aparecidos en castellano se desarrolla en plena consonancia con la influencia del autor en este ámbito historiográfico, en el que se inscribe la presente obra en su conjunto[5]. Por tanto, teniendo en cuenta estas referencias, la

---

[4] Sin tratar de ser exhaustivo en la cuestión, a las citadas obras de B. D. Palmer y S. Hamilton se pueden incluir los trabajos de H. J. Kaye y K. McClelland (eds.), *E. P. Thompson. Critical Perspectives,* Cambridge, Polity Press, 1990; H. J. Kaye, «E. P. Thompson on the Making of the English Working Class», en *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis,* Nueva York, Polity Press, 1995 (1.ª ed. 1984), pp. 167-220 [ed. cast.: *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1999]; S. Woodhams, *History in the Making. Raymond Williams, Edward Thompson and Radical Intellectuals, 1936-1956,* Londres, Merlin Press, 2001. Para el análisis de facetas más específicas de E. P. Thompson, cfr., T. Eagleton, «The Poetry of E. P. Thompson», *Literature and History* 5 (2), 1979, pp. 139-145; P. Anderson, *Arguments within English Marxism,* Londres, New Left Books, 1980 [ed. cast.: *Teoría, política e Historia. Un debate con E. P. Thompson,* Madrid, Siglo XXI de España, 2012]; A. Croft, «Walthamstow, Little Gidding and Middlesborough: Edward Thompson the Literature Tutor», en R. Taylor (ed.), *Beyond the Walls: 50 Years of Adult and Continuing Education at Universty of Leeds,* Leeds, University of Leeds, 1996, pp. 144-156; D. Goodway, «E. P. Thompson and the Making of *The Making of the English Working Class*», en R. Taylor (ed.), *Beyond the Walls…, op. cit.,* pp. 133-143; D. Eastwood, «History, Politics, and Reputation: E. P. Thompson Reconsidered», *History* 85, octubre de 2000, pp. 634-654.

[5] A parte de los mencionados textos aparecidos en *Historia Social* y en *Socología Histórica,* véase J. Fontana, «La importancia de E. P. Thompson», *Mientras Tanto* 58, 1994, pp. 81-86; J. L. Marfany, «E. P. Thompson, la historia y la literatura», *Mientras Tanto* 58, 1994, pp. 87-92; R. Grasa: «Recordar para sobrevivir: memoria de E. P.

tarea de esta breve introducción no es otra que realizar un comentario sintético sobre el desarrollo de la obra de E. P. Thompson, que se detalla de forma minuciosa debajo de estas líneas, para facilitar su escrutinio e interpretación.

Antes de proceder con la reseña, hay que decir que este no es el primer intento de sistematizar las publicaciones del historiador británico desde su muerte a finales del siglo pasado. Parte del presente ejercicio se ha basado en distintas contribuciones realizadas con anterioridad que pretendían recoger en un solo documento una relación total o parcial de sus trabajos publicados así como las traducciones de la obra thompsoniana en el marco lingüístico de sus autores. En estas líneas quiero dar crédito a la contribución de Déa Ribeiro Fenelon que en 1995 reunió una amplia aproximación bibliográfica de Thompson (con sus respectivas traducciones al portugués)[6], así como el minucioso trabajo de José Ángel Ruiz Jiménez (2005) que incluyó estos y otros materiales publicados por Thompson –junto con las respectivas traducciones al castellano, cuando corresponde–, con especial atención a los materiales procedentes de los años de Thompson como activista en el movimiento antinuclear, que son parte del tema central de su tesis doctoral[7].

El trabajo que aquí se realiza actualiza y detalla: otros textos más breves que Thompson publicó en medios periódicos; nuevos textos de Thompson editados o reeditados tanto en lengua inglesa

---

Thompson como luchador por la paz, la justicia y el socialismo», *Mientras Tanto* 58, 1994, pp. 93-102; P. Benítez Martínez, *Edward P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político,* Madrid, Talasa, 1996; J. Pastor Verdú, «E. P. Thompson: Protestar para sobrevivir al exterminismo», en E. Prat (coord.), *Pensamiento Pacifista: Henry D. Thoreau, Leon Tolstói, Ghandi, Albert Einstein, Virginia Woolf, Hannah Arendt, Martin Luter King, E. P. Thompson,* Barcelona, Icaria, 2004, pp. 135-156; J. Á. Ruiz Jiménez, *E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría, democracia, pacifismo y diplomacia ciudadana,* Granada, Universidad de Granada, 2005; P. Anderson *et al., E. P. Thompson. Diálogos y controversias* (presentación a cargo de José A. Piqueras), Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED Alzira-Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008; J. Fontana, «Edward P. Thompson y "La formación de la clase obrera en Inglaterra"», *Historia, Trabajo y Sociedad* 4, 2013, pp. 211-214; R. Ruzafa Ortega, «Cincuenta años de recepción en España de "La formación de la clase obrera en Inglaterra": el empuje de la historia cultural», *Historia, Trabajo y Sociedad* 4, 2013, pp. 215-226.

[6] D. Ribeiro Fenelon, «E. P. Thompson: bibliografia selecionada», *Proj. Historia São Paolo* 12, octubre de 1995, pp. 129-138.

[7] J. Á. Ruiz Jiménez, *E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría, op. cit.,* pp. 758-770.

como castellana; y un seguimiento de sus reediciones en otros volúmenes en el idioma original, o su edición en obras en castellano, hecho que ayuda a aprehender cómo se configuró históricamente el conocimiento de la obra de Thompson en lengua castellana y entender mejor el contexto histórico británico en el que fueron producidos esos mismos textos.

Como se puede observar, la obra thompsoniana es abundante y rica en matices. Consecuentemente, su clasificación se enfrenta a problemáticas de distinta índole. En la presente relación, se ha seguido una prioridad según el formato de publicación en el que aparecieron los textos de E. P. Thompson. Así, en primer término se detallan sus principales obras y sus contribuciones en libros colectivos. En segundo lugar, se han recogido sus artículos aparecidos en publicaciones periódicas de distinta índole, desde revistas anuales a reseñas en la prensa semanal o diaria. Por último, la relación bibliográfica contiene un apartado de materiales de tipo más misceláneo en el que se incluyen: los panfletos de Thompson publicados por partidos u organismos políticos, como el Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB) o la Campaign for Nuclear Disarmament (CND) y la European Nuclear Disarmament (END); sus colecciones de poemas, y otros escritos literarios; las entrevistas realizadas al autor, publicadas en distintos medios impresos; o los textos derivados de conferencias y ponencias realizadas en círculos académicos o para distintas campañas políticas. Se ha optado por esta clasificación, y no por otra, para dar importancia, como se decía más arriba, a las fuentes originales en las que se reproducen los textos de Thompson para entender mejor el contexto histórico en el que se originan. Por tanto, la columna vertebral de la relación, que sigue un obvio criterio cronológico, se basa en las publicaciones originales en lengua inglesa, en las que se indica, si corresponde, su posterior reedición en volúmenes de mayor envergadura, o su traducción en lengua castellana.

En segundo término, el trabajo histórico, intelectual y político de Thompson no solo es muy difícil de delimitar, sino que en ocasiones resulta imposible. Como ya advertía Perry Anderson en su propuesta de bibliografía sobre Thompson (que recoge parte de sus publicaciones hasta 1979): «[l]as categorías en que se divide son inevitablemente arbitrarias y presentan coincidencias parciales», siendo sus textos: «a su manera, tanto una intervención militante en el presente como una recuperación profesional

del pasado»[8]. Thompson formó parte del CPGB desde 1939 hasta 1956, siendo parte integrante de un nutrido Grupo de Historiadores junto a personalidades como Eric Hobsbawm, John Saville, Christopher Hill o George Rudé. Posteriormente, al abandonar el partido en 1956, formó parte del socialismo británico disidente entorno a la *New Left Review* con varios intelectuales, exmiembros del partido, para articular una respuesta tanto política como profesional (las formas de hacer historia propias del marxismo economicista) frente a los dilemas del mundo bipolar, en la que se sentía «atrapado en el fuego cruzado de un mundo dividido»[9]. Esta postura acabó desembocando en un activismo político destacado en el movimiento pacifista antinuclear en Gran Bretaña y en Europa, siendo una de sus figuras públicas más destacadas, como recuerda Hobsbawm: «dirigiéndose a grandes masas en Hyde Park»[10]. Así, parte de las publicaciones que aparecen en la primera sección tienen un claro eco político que refleja dicha evolución o representan, como se comenta más abajo, una forma de hacer historia que parte de estos postulados intelectuales articulados en el Partido Comunista o madurados en los debates del socialismo disidente después de 1956. Solo algunos de estos trabajos, aparecen en la sección miscelánea de la relación, cuando estos se publicaron estrictamente a través de las estructuras editoriales de dichos organismos y mantienen un formato más modesto (en formato «manifiesto» o «panfleto», por ejemplo).

Si los trabajos históricos de Thompson destacan por una gran consideración de la evidencia empírica y la atención a sus fuentes, sus trabajos no dejan de estar influidos por sus inquietudes intelectuales e ideología (sin que de ello se derive el uso peyorativo del término, en la línea de la «ahora tan de moda aversión a la crítica ideológica»)[11]. Y es que la interpretación marxista del estudio histórico en Thompson va acompañada de «las aspiraciones "democráticas" y compromisos que caracterizan [su] pensamiento y se expresan en sus escritos»[12].

---

[8] P. Anderson, *Teoría, política e historia, op. cit.,* pp. 2 y 231.

[9] E. P. Thompson, «Socialism and the Intellectuals», *Universities and Left Review* 1, primavera de 1957, pp. 31-36.

[10] E. J. Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth Century Life,* Londres, Abacus, 2003, p. 263.

[11] T. Eagleton, *Ideología. Una introducción,* Barcelona, Paidós, 1997, p. 14.

[12] M. Rediker, «Getting out of the Graveyard: Perry Anderson, Edward Thompson, and the Arguments of English Marxism», *Radical History Review* 26, 1982, pp.

La primera etapa de las publicaciones de Thompson (1947-1956) se encuadra claramente en el marco de referencia de las actividades del CPGB y del grupo de historiadores del mismo. Su diversidad abarca desde la el libro dedicado a la memoria de su hermano Frank Thompson, (*There is a Spirit in Europe,* 1947)[13]; sus primeros artículos en la revista cultural del partido *(Our Time)* y panfletos publicados por el CPGB o la editorial de su órgano de prensa, el *Daily Worker* –People's Press Printing Society–; la experiencia como integrante en el batallón británico para la construcción del ferrocarril en Yugoslavia (*The Railway,* 1948); hasta su primer gran obra histórica (*William Morris: Romantic to Revolutionary,* 1955). El conjunto de sus aportaciones en estos momentos emanaba directamente de la influencia familiar (de su hermano y, también, de su padre Edward John –liberal metodista, radicalizado por la Gran Guerra y la experiencia directa del imperialismo en la India–) y de los principios ideológicos del partido comunista de finales de los años treinta y la década de los cuarenta, que «ofrecía un puente entre la tradición liberal radical del "inglés libre de nacimiento" *(freeborn Englishman)* y la lucha antifascista del siglo XX»[14].

La lucha del partido comunista de posguerra no se planteó exclusivamente en términos políticos o económicos. El CPGB pretendía disputar la hegemonía cultural al liberalismo occidental en distintos niveles. Su traducción orgánica fue la organización del Comité de Cultura Nacional (NCC, por sus siglas en inglés) que agrupaba a los intelectuales del partido en distintas áreas del «trabajo cultural» (literatura, música, ciencia, historia, por ejemplo), siendo el grupo de historiadores el más influyente entre todos ellos[15]. Además, los histo-

---

120-131, cit. en H. J. Kaye, *The Education of Desire. Marxists and the Writing of History,* Londres, Routledge, 1992, p. 109.

[13] F. Thompson, hermano mayor de E. Palmer, fue militante comunista en Oxford durante los años del Frente Popular y oficial de la Inteligencia británica en la lucha partisana en Yugoslavia, que acabó siendo ejecutado por los fascistas en Bulgaria en 1944. El libro mencionado incluye poemas, cartas y diarios de Frank Thompson introducidos por su hermano menor. La obra se publicó a través de la editorial de Victor Gollancz, un liberal antifascista que en los años del frente popular articuló junto a la izquierda laborista (H. Laski) y el partido comunista (J. Strachey y H. Pollitt), el proyecto cultural del antifascismo más significativo de la Gran Bretaña de entreguerras, con la creación del Left Book Club.

[14] S. Hamilton, *The Crisis of Theory, op. cit.,* p. 39.

[15] Para una reseña general del Grupo de Historiadores, véase E. J. Hobsbawm, «The Historians Group of the Communist Party», en M. Conforth (ed.), *Rebels and*

riadores del partido ya habían protagonizado cierto recorrido durante los años del Frente Popular con la elaboración de una historia radical de la nación, entre los que destaca: el trabajo de A. L. Morton, *A People's History of England* (1938); el papel de liderazgo que desempeñó la historiadora Dona Torr, a la cabeza del grupo desde 1946 –la llamada «decana» de los historiadores–, traductora de la correspondencia entre Marx y Engels al inglés (1934), y posterior biógrafa del histórico dirigente del movimiento obrero y comunista Tom Mann; o la famosa aportación de Chirstopher Hill, *The English Revolution of 1640* (1940), en el año de su tricentenario[16]. Incluso el partido celebró, en una fecha tan temprana como 1938, una primera reunión para la creación de un «grupo de trabajo» de historiadores en el seno del partido[17].

Esta tradición se puede resumir en unos aspectos centrales que tendrán una influencia duradera en Thompson, tanto en los trabajos realizados en este momento como en sus etapas posteriores. Las temáticas trabajadas por estos historiadores (la revuelta campesina de 1381, la Revolución inglesa del siglo XVII, o el cartismo, entre otros) no solo seguía un modelo de la «historia de abajo arriba»

---

their causes. Essays in Honour of A. L. Morton, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, pp. 21-48; D. Parker, «The Communist Party and its Historians, 1946-1989», *Socialist History* 12, 1997, pp. 33-58; B. Schwarz, «"The People" in history: The Communist Party Historians' Group», en R. Johnson *et al.* (eds.), *Making Histories: Studies in History-Writing and Politics,* Londres, Hutchinson, 1982, pp. 44-95; para otros grupos como el de escritores, véase A. Croft, «Writers – The Communist Party and the Battle of Ideas», *Socialist History,* verano de 1994, pp. 2-25.

[16] A. L. Morton, *A People's History of England,* Londres, Victor Gollancz (Left Book Club selection), 1938 –nótese la coincidencia editorial con el libro dedicado a Frank Thompson–; D. Torr (ed.), *Selected Correspondence, 1846-1895, with commentary and notes. Marx and Engels,* Londres, Lawrence and Wishart, 1934; D. Torr, *Tom Mann,* Londres, Lawrence and Wishart, 1936 (un folleto en honor a su 80.º aniversario) que ampliaría en D. Torr, *Tom Mann And His Times: vol. 1 1856-1890,* Londres, Lawrence and Wishart, 1956; Ch. Hill (ed.), *The English Revolution, 1640 (three essays),* Londres, Lawrence and Wishart, 1940.

[17] En la primera reunión de historiadores organizada por el partido, el 23 de septiembre de 1938, se ponía de manifiesto el éxito de libros como el de A. L. Morton y la necesidad de proseguir en la elaboración de una historia marxista que «debe mostrar a la gente su pasado militante y revivir las gloriosas tradiciones de la lucha democrática y de la clase obrera, [… con el fin de] arrebatar el arma de la historia de las manos del enemigo», *Minutes of the Meeting of Marxist Historians, September 23rd, 1938,* CP/IND/DUTT, caja 19, documento 16, Labour History Archive and Study Centre (LHASC, Mánchester), p. 1.

[bottom up][18], que recuperaba la historia protagonizada y vivida por la gente común, sino que también refutaba la idea del progreso y desarrollo liberal y democrático *sin conflicto* (aunque no la idea de progreso misma), dotando de agencia en el proceso a esas luchas democráticas populares. En esta línea, el *William Morris* (1955) de E. P. Thompson es el primer gran ejercicio histórico del autor que trata de conflagrar el romanticismo y el marxismo de Morris en tanto que postura revolucionaria autóctona (inglesa) del siglo XIX. La monumental biografía de 900 páginas, que fue publicada por la editorial del CPGB, Lawrence and Wishart, será revisada en 1977 añadiendo ciertas reformulaciones sobre las conclusiones redactadas en 1955, en la cual desaparece la unidad entre el marxismo y el utopismo de William Morris, que desembocan en su particular comunismo moral[19].

Su segunda etapa, desde 1956 a finales de los años setenta, tiene un hilo conductor que se origina en los acontecimientos políticos internacionales y nacionales de 1956. La ruptura de Thompson con el CPGB se originó a partir de las revelaciones de Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), la invasión soviética en Hungría y la ausencia de debate en el seno del partido sobre la crisis que originaron estos acontecimientos. Thompson y John Saville iniciaron la publicación de la revista *The Reasoner,* que pretendía abrir un espacio de discusión política en el seno del partido. La actuación de la dirección al ordenar la supresión de la publicación y la derrota de las posturas «minoritarias» del debate de «democracia interna» en el seno del CPGB (liderado por Christopher Hill), empujaron a un cuarto de la militancia a abandonar el partido entre 1956 y 1957, entre ellos, buena parte de sus más destacados intelectuales. Una vez fuera del CPGB, Thompson y Saville reemprendieron su actividad política en la refundada *The New Reasoner (NR)* y algunas contribuciones en la *Universities and Left Review (ULR),* en las que pretendían articular una postura política alejada de los partidos comunistas ortodoxos y las alianzas atlanticistas del laborismo. En algunos de

---

[18] H. J. Kaye, *The Education of Desire, op. cit.,* p. 85.

[19] Sobre los cambios y modificaciones entre ambas ediciones a la luz del contexto histórico y la evolución intelectual de Thompson, véase A. Estrella González, «Política, teoría e historia: el *William Morris* de E. P. Thompson desde la sociología de los intelectuales», *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 13, enero-junio de 2007, pp. 59-80.

sus primeros artículos de las revistas *NR* y *ULR* (como «Socialism and Humanism», *NR,* 1957) puede observarse la crítica política del marxismo «ortodoxo» y su doctrina cultural de posguerra, el zhanovismo, particular caballo de batalla de Thomspon en estos textos y posteriores obras. Ese marco de trabajo común entre ambas publicaciones acabó propiciando su fusión en la publicación *New Left Review,* que ya en 1960 publicó la edición de Thompson, sobre la necesidad de un activismo político e intelectual no alineado entre las restricciones que suponía el zhanovismo o el servilismo intelectual a la defensa de los intereses atlánticos, el llamado «natopolitanism» (*Outside the Whale,* 1960).

Los primeros años de la disidencia marxista entorno a la *New Left* (1956-1962) han sido considerados, a su vez, como la cuna de los *Cultural Studies* en Gran Bretaña, a partir de los primeros trabajos de Raymond Williams, Stuart Hall o el propio Thompson[20]. Así, el marxismo cultural de los años cincuenta tomaba entidad al «liberarse del estalinismo y del regimental modelo base frente a superestructura»[21]. No obstante, el propio Thompson describe cómo se forjó esta red de intelectuales, más allá de puntos en común en el análisis de la cultura, política y sociedad británica:

> lo que reunió esta diversidad de elementos teóricos en la primera New Left no fue para nada un momento de cultura, pero sí un sentido compartido de una crisis política. Fue la política de ese momento la que nos dirigió a todos nosotros, desde diferentes perspectivas, a ciertos problemas comunes, que incluyen la clase, la cultura popular y la comunicación[22].

Estas cuestiones son las que intervinieron, según reconoce Thompson, en las inquietudes formuladas en su obra más conocida, *The Making of the English Working Class* (1963): «escrita no solo en un periodo de polémica con el estalinismo y la historia económica positivista, sino también durante una consciente y constan-

---

[20] G. Turner, «The British Tradition», en *British Cultural Studies. An Introduction,* Londres, Unwin Hyman, 1990, pp. 41-84.

[21] I. Davies, *Cultural Studies and Beyond. Fragments of Empire,* Londres, Routledge, 1995, p. 8.

[22] E. P. Thompson: «Postscript», *The Poverty of Theory. Or an orrery of errors,* Londres, Merlin Press, 1995, p. 292.

te crítica del "culturalismo"»[23]. La obra magna de Thompson se inscribe claramente en el contexto de eclosión de esta primera New Left, sin abandonar las reminiscencias de la línea de trabajo que muchos de sus compañeros de profesión, junto a él, iniciaron en la década de los cuarenta en el CPGB, aunque, eso sí, llevado a una ejecución de mayor envergadura tanto empírica como teórica. En el tributo dedicado a Dona Torr de varios compañeros como Hill o Saville, recordaban las enseñanzas de su «decana»: «la historia fue el sudor, la sangre, las lágrimas y los triunfos de la gente común, nuestra gente […]. El ritmo de la historia no era considerado como el constante progreso de los *whigs* victorianos […], sino el proceso dialéctico, en el cual ganancias y pérdidas eran dos aspectos de un mismo movimiento»[24].

Aquí, el enfoque de Thompson sobre el concepto de clase adquiere un aspecto relacional, una *formación* social y cultural, y no un aspecto categórico (*a thing, it,* una cosa) del que se puede «deducir la conciencia de clase que debería tener […] si "esta" *(it)* [la clase obrera] fuese correctamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales»[25]. Para Thompson, la formación de esa conciencia de clase deriva directamente de la experiencia (a la que el dota de voz en su estudio), aunque no en una relación determinista (que equipara «energía de vapor más sistema fabril es igual a creación de la clase obrera»)[26]. A diferencia de la experiencia, determinada por las relaciones de producción, la conciencia de clase representa «el modo en que esas experiencias son gestionadas culturalmente […]. Se puede observar una *lógica* en las respuestas de grupos profesionales similares, pero no se puede predicar ninguna *ley*»[27]. El estudio de dicha experiencia por la vía de la evidencia histórica pretende subsanar, a su vez, los estudios sobre la clase «obsesivamente preocupados por la metodología, hasta la exclusión de un análisis de cualquier situación de clase real, en un contexto histórico real»[28].

---

[23] *Ibid.,* p. 291.

[24] G. Elliott, *Hobsbawm. History and Politics,* Londres, Pluto Press, 2010, p. 31.

[25] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class, op. cit.,* p. 9.

[26] E. P. Thompson y M. Merrill, «An Interview with E. P. Thompson» [por Michael Merrill], *Radical History Review* 3 (4), pp. 4-25.

[27] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class, op. cit.,* p. 9 (la cursiva está en el original).

[28] *Ibid.,* p. 10.

Esta lucha contra los grandes esquemas teóricos sin atención a los procesos que se dan (y se protagonizan) en el curso de la historia se prolongará en el tiempo con otros grandes textos característicos de las polémicas intelectuales de Thompson con la izquierda socialista y el marxismo en Gran Bretaña. Justo en el momento de publicar *La formación…,* el movimiento intelectual de la New Left quedó controlado por jóvenes académicos como Perry Anderson o Tom Nairn que provenían de una tradición marxista diferenciada, dando un enfoque más académico y teórico a la misma, importando parte del aparato conceptual del marxismo continental, y concretamente, su variante althusseriana. El artículo de Thompson «The Peculiarities of the English» (1965), aparecido en la recién fundada revista *Socialist Register,* y editada por Ralph Miliband y John Saville, se desarrolló como el preludio doméstico a una de las polémicas intelectuales internacionales de más envergadura contra el marxismo althusseriano que verá la luz como *The Poverty of Theory* (1979).

El texto de 1965 pretendía articular un polémico debate contra las tesis de Nairn y Anderson expuestas en sus contribuciones publicadas en la *New Left Review*[29]. Basadas en la discusión de la evolución histórica de Gran Bretaña a largo plazo, las tesis de Anderson y Nairn argumentan sobre la débil (prematura) revolución burguesa en el país y su marcado excepcionalismo, a diferencia del caso (modélico) francés; la configuración del «empirismo» como ideología; y las dificultades estructurales que tuvo el marxismo, debido a esto, para arraigar en suelo inglés. De esto se deriva, por tanto, una intervención política contra la conservadora izquierda política personificada en el Partido Laborista y las Trade Unions. En la mencionada respuesta, Thompson arremete de forma polémica contra los autores (como era costumbre en él) por su esquematismo, que recuerda, parafraseando a Engels, que: «la concepción materialista de la historia […] tiene muchos amigos hoy, a los cuales les sirve como excusa para *no* estudiar historia»[30]. Entre los pasajes aparecidos en «The peculiarities» se puede destacar la insistencia thompsoniana en rescatar la evidencia en los procesos

---

[29] P. Anderson, «Origins of the present crisis», *New Left Review (NLR),* 23, enero-febrero 1964; T. Nairn, «The British Political Elite», *NLR* 23, enero-febrero de 1964; T. Nairn, «The English Working Class», *NLR* 24, marzo-abril de 1964; «The nature of the Labour Party (I y II)», *NLR* 27 y 28, septiembre-diciembre de 1964.

[30] E. P. Thompson, «The Peculiarities of the English», *Socialist Register,* 1965, p. 338.

históricos, el valor de la agencia de los individuos y la evaluación de los procesos históricos según los propios acontecimientos, y no como «deberían haber sucedido»: «vamos a mirar la historia *como* historia-gente ubicada en contextos reales que no han escogido, y confrontada por fuerzas inmóviles, con una apabullante inmediatez de relaciones y responsabilidades y con solo una exigua posibilidad para insertar su propia agencia –y no como un texto para hostigar esperanzas no cumplidas»[31].

Esta concepción chocaba frontalmente con las propuestas del marxismo altuhusseriano, que fueron duramente contestadas en el ejercicio intelectual de E. P. Thompson *The Poverty of Theory* (1979). En ella Thompson no solo critica el «idealismo» althusseriano (ahistórico y estático) y su vocación teórica más allá de la experiencia, sino también retoma una defensa de los principios políticos adoptados desde 1956 y reafirmados en su particular contribución política «Open Letter to Leszek Kolakowski» (*Socialist Register,* 1973). Frente a los ataques Althusser a la «oleada derechista» que aparece después del XX Congreso del PCUS, bajo la etiqueta de «humanismo socialista», Thompson trata de legitimar esta tradición tanto política como intelectual. Contra el antihumanismo del filósofo francés, Thompson recuerda de qué modo la generación del 56 se inscribe en la tradición comunista y qué limites tiene (como le reprochó en su día a Kolakowski). En la controversia dentro de, y con, el estalinismo: «nunca permitimos decaer, ni por un momento, en nuestra disputa con el capitalismo y con el imperialismo occidental […] La generación de "1956" no dijo que Dios había fracasado; dijimos que nosotros habíamos fracasado, y que pretendíamos reparar ese error»[32].

---

[31] *Ibid.,* p. 342.

[32] E. P. Thompson, *The Poverty of Theory. Or an Orrery of Errors,* Londres, Merlin Press, 1995, pp. 185-186 (cursiva del original). La referencia de Thompson «al Dios que fracasó» es una alusión al libro editado por el parlamentario laborista Richard Crossman (ed.), *The God that failed,* Nueva York Columbia University Press (1.ª ed. Londres, Hamilton, 1950). Esta recopilación reúne los testimonios de seis excomunistas (Koestler, Silone, Wright, Gidé, Fischer y Spender) y su periplo de «conversión» y rechazo del «Reino de Dios en la tierra» representado por la Unión Soviética (*The Poverty of Theory…, op. cit.,* p. 3); un efectivo documento para la campaña anti-comunista durante la Guerra Fría por la otorgada validez del testimonio de aquellos que abjuraron de su pasado comunista, ya que, en palabras de Koestler al editor «nosotros los excomunistas somos la única gente de vuestro lado que sabe de qué va todo esto» (*ibid.,* p. 2).

Otra de las consideraciones importantes a realizar sobre esta obra es el ejercicio teórico novedoso que representa en la interpretación del marxismo y de los textos de Marx que el autor pretendía «rescatar» de la lectura althusseriana. Sin embargo, su reflexión teórica en distintas secciones del libro no evita basarse, en ocasiones, en la investigación histórica realizada en obras anteriores como su libro *Whigs and Hunters* (1975) y los orígenes de la Ley Negra en 1723, con la criminalización de las prácticas de la gente común en los bosques, después de la extensión del proceso de *enclosure* de las tierras comunes. A partir de «esta evidencia, altamente marginal, y a su vez, seriamente contaminada por el contenido empírico», Thompson discute la «autonomía relativa» (supraestructural) de la ley que se desprende de la obra de Althusser, concluyendo de forma drástica que «la ley no se mantuvo cortésmente en un "nivel", sino que estaba presente en *cada* maldito nivel; estaba imbricada en el modo de producción y en las mismas relaciones productivas (en tanto que derechos de propiedad, definiciones de la práctica agraria) […] permitía una arena para la lucha de clases, dentro de la cual nociones alterativas de la ley estaban en disputa»[33]

La recepción de *The Poverty of Theory* en territorio británico ofrece un balance ambiguo. Por un lado, se pueden consultar los testimonios del debate generado en la XIII conferencia organizada por el *History Workshop* de Raphael Samuel, en Saint Paul's (Oxford) el invierno de 1979, con el título «People's History and Socialist Theory», que abre una intensa polémica entre compañeros, historiadores, y miembros del Birmingham Centre for Cultural Studies (CCCS) por el tono partisano empleado en la obra de Thompson[34]. Algunos autores consideran este episodio de Saint Paul's como un momento clave en la evolución intelectual de Thompson que de ahí en adelante no participó en ninguna ulterior discusión sobre teoría marxista y sus propuestas aparecidas en *The Poverty of*

---

[33] E. P. Thompson: *The Poverty of Theory,* p. 130.

[34] El texto de E. P. Thompson en la sesión aparece reeditado como posdata en E. P. Thompson: «Postscript», *The Poverty of Theory,* pp. 287-303 y las intervenciones de la sesión en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory,* Lodres, Routledge & Keagan Paul, 1981. Véase especialmente E. P. Thompson, «The Politics of Theory», en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory,* pp. 390-415 [«La política de la teoría», en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984, pp. 301-317].

Theory[35]. Pero, por otra parte, se pueden encontrar los testimonios de Perry Anderson y su *Arguments with English Marxism* (1980), que a pesar de haber sido uno de los grandes rivales intelectuales de Thompson y objetivo de sus duras críticas durante las dos décadas anteriores, ofrece un diálogo con la propuesta teórica thompsoniana y una reevaluación crítica de sus polémicas con el historiador a lo largo de los últimos años.

Así se abre una tercera y última etapa en el conjunto de la obra de E. P. Thompson (1980-1993) que destaca por la renovación de su compromiso político e intelectual con el pacifismo y con las campañas antinucleares en Gran Bretaña y Europa. Este proceso va acompañado de una colaboración más cercana con antiguos compañeros y rivales como Anderson en la *New Left Review,* con su texto «Notes on exterminism» (mayo-junio 1980) que acabaría convirtiéndose en una edición de la misma revista llamada *Exterminism and Cold War* (1982). Durante esta época, tal como menciona Anderson, y convertirse en el «más *destacado* portavoz» de la campaña europea por el desarme nuclear (END)[36], la obra de Thompson protagoniza un importante giro hacia la reflexión e intervención política en numerosos ensayos y artículos en revistas y periódicos como *Stand, New Society,* o *New Statesman,* sobre todo a partir de 1979. Algunos de estos textos formarán parte de ediciones posteriores como *Writing by the Candlelight* (1980), recopilados en «The State of the Nation» (pp. 189-259), que como recuerda el propio Thompson, fueron escritos en un clima de gran pesimismo por la llegada de Margaret Thatcher al poder y su anuncio de instalar misiles crucero en suelo británico. Ese clima de derrota, y complacencia de algunos de sus colegas en la izquierda, marcará el tenso clima de discusión de la XIII conferencia del *History Workshop* en Saint Paul's de finales de 1979[37].

Estas fricciones entre colegas y los círculos intelectuales de la izquierda en el país, coincidieron con una renovada actividad política en Thompson. Su incansable tarea en el movimiento pacifista que, como recuerda Hobsbawm, iba desde «las tareas administrativas al diseño de las chapas […] dar discursos en auditorios a re-

---

[35] S. Hamilton, *The Crisis of Theory,* p. 185.

[36] P. Anderson, *Teoría, Política e Historia, op. cit.,* p. 229.

[37] E. P. Thompson, «The end of an episode», en *Writing by the Candlelight,* 1980, Londres, Merlin Press, p. 256; cit. en S. Hamilton, *The Crisis of Theory, op. cit.,* p. 165.

bosar y conceder entrevistas para radio y televisión», y pretendía «crear la base para una campaña de *distensión desde abajo,* de comunicación entre la ciudadanía»[38]. La explosion documental thompsoniana de los años ochenta con obras y documentos como *Beyond the Cold War* (1982), *The Heavy Dancers* (1985) o *Double Exposure* (1985) deben ser tenidos en cuenta en esta dinámica. Será también en este momento cuando Thompson conseguirá terminar, además, su única novela de ficción, *The Sykaos Papers* (1988).

El trabajo histórico más destacado del último Thompson vio la luz en 1991 con la edición de sus ensayos históricos del siglo XVIII inglés, *Customs in Common.* Buena parte de su contenido pertenece a ensayos anteriores ya publicados en distintos medios como «Time, work-discipline and industrial capitalism» (*Past and Present,* 1967) o «The moral economy of the English crowd» (*Past and Present,* 1971), editados bajo un mismo hilo conductor: la reivindicación de las costumbres por el mantenimiento de antiguos derechos (y su renovación por el reclamo de nuevos) como proceso de resistencia popular frente a la presión ejercida por los intentos de reforma desde arriba[39].

Con la prematura llegada de su muerte después de una larga enfermedad (a los 69 años), la obra de Thompson quedaba tristemente truncada, aunque no así su legado. Afortunadamente, aunque a título póstumo, su estudio sobre William Blake (*Witness against the Beast,* 1993) vio la luz ese mismo año, así como su colección de poemas o la obra dedicada a recordar las últimas semanas de su hermano Frank en Bulgaria (*Beyond the Frontier,* 1997) en un tono disonante y más trágico que en la edición de 1947. La sucesiva aparición de ediciones y reediciones de la obra thompsoniana obliga a realizar un especial reconocimiento a la incansable tarea de la historiadora y compañera de Edward Palmer, Dorothy Thompson, editora, entre otros volúmenes, del ejemplar *The essential E. P. Thompson* (2001).

A modo de balance, y a pesar de dejar desatendidos a la fuerza, algunos ejemplares de su obra, los textos de E. P. Thompson representan un inestimable material para el estudio de la historia inglesa de los siglos XVIII y XIX, la evolución de historiografía británica de

---

[38] E. J. Hobsbawbm, «Obituary: E. P. Thompson», *op. cit.*

[39] E. P. Thompson, «Introduction: Customs and Culture», en *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture,* Nueva York, New Press, 1991, pp. 1-15.

mediados del siglo pasado, las polémicas dentro del marxismo occidental, y los debates políticos y estratégicos de la izquierda socialista después de 1956. Su interés historiográfico e intelectual ha convertido el trabajo de Thompson, en ocasiones acusado de particularista inglés, paradójicamente, en un objeto de estudio de dimensión internacional. Prueba de ello es el impacto que ha tenido, y del que sigue gozando, en la Historia social española como atestiguan las nuevas ediciones que han aparecido después de su muerte (*Agenda para una historia radical,* 2000; o *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos,* 2002; o la todavía más reciente reedición de *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* 2012).

Thompson fue uno de los historiadores más importantes de su tiempo, un activista comprometido y un intelectual con una fuerte y magnética personalidad. Su trabajo al margen de los principales círculos de la academia, marcaron intensamente el pulso de su obra: su trabajo en el departamento de extramuros de la Universidad de Leeds con los cursos de formación para adultos solo se vieron interrumpidos por una corta estancia en la Universidad de Warwick, que terminará con su renuncia y publicación *Warwick University Ltd.* (1970). Sus alumnos en las clases nocturnas de educación adulta (la clase obrera, sindicalistas, profesores, gente de la izquierda y de la New Left) fueron los lectores destinatarios que Thompson tenía en mente al escribir su gran obra *La formación…* Eso explica «[su] actitud irreverente hacia las adecuaciones académicas [en la obra]», que se fueron refinando con los años, debido al interés académico y dura crítica que consiguió su obra. Así «cuando te das cuenta que estás siendo observado por una profesión ampliamente conservadora, tienes que estar muy seguro de que tus afirmaciones son lo más exactas, precisas y bien documentadas, como te sea posible»[40].

Sirvan estas líneas como una breve exploración de los principales elementos de la obra de E. P. Thompson. Las referencias que figuran de aquí en adelante son el verdadero material para explorar la riqueza, diversidad y profundidad de su legado. Un legado construido en unas premisas y concepciones que Thompson supo sintetizar a medida que investigaba, escribía y polemizaba tanto en la academia como en la arena política:

---

[40] E. P. Thompson y M. Merrill, «An Interview with E. P. Thompson», *op. cit.,* p. 5.

> ninguna disciplina intelectual o arte es una forma cultural únicamente dedicada a prácticas o regulación, ni mucho menos ley. […] La Historia es una forma dentro de la cual luchamos, y muchos otros han luchado antes que nosotros. Tampoco estamos solos cuando luchamos ahí. Pues el pasado no está simplemente muerto, inerte, limitado; contiene también signos y evidencias de recursos creativos que pueden sustentar el presente y prefigurar posibilidad[41].

Libros, contribuciones en obras colectivas y trabajos como editor de E. P. Thompson

— y Thompson Th. J. (eds.), *There is a spirit in Europe: A memoir to Frank Thompson,* Londres, Victor Gollancz, 1947 [«Introduction» y «Conclusions», por E. P. Thompson].

— (ed.), *The Railway: An adventure in Construction,* Londres, British-Yugoslav Friendship Society, 1948 [incluye E. P. Thompson, «Omladinska Pupra»].

—, *William Morris: Romantic to Revolutionary,* Londres, Lawrence and Wishart, 1955 [ed. cast.: *William Morris. De romántico a revolucionario,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1988].

— (ed.), *Out of Apathy,* Londres, New Left Books, 1960.

—, «At the point of decay», «Outside the Whale», «Revolution», en E. P. Thompson (ed.), *Out of Apathy,* Londres, New Left Books, 1960 [ed. cast.: «Fuera de la ballena», en VVAA, *George Orwell. Dentro y fuera de la ballena,* Madrid, Revolución, 1984, pp. 119-176].

—, «Homage to Tom Maguire», en A. Briggs y J. Saville (eds.), *Essays in Labour History,* Londres, Macmillan, 1960, pp. 280-281.

—, *The Making of the English Working Class,* Londres, Victor Gollancz, 1963 [ed. cast.: *La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra, 1780-1832,* Barcelona, Laia, 1977, 3 t.; *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Barcelona, Crítica, 1989; *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012].

—, «Preface», en S. Lynd, *Class Conflict, Slavery and the United States Constitution,* Indianapolis, Bobbs-Merrill Co., 1967.

—, Williams R. y Hall, S. (eds.), *New Left: May Day Manifesto 1967,* Londres, Goodwin Press, 1967.

[41] E. P. Thompson, *The Poverty of Theory, op. cit.,* p. 303.

—, «Postscript», en *The Making of the English Working Class,* Harmondsworth, Penguin Books, 1968.
—, «Introduction», en F. Peel, *The Rising of Luddites, Chartists and Plug-Drawers,* Londres, Frank Cass, 1968.
—, «Disenchantment or Default? A lay sermon», en C. C. O'Brien y W. D. Vanech (eds.), *Power and Consciousness,* Nueva York, New York University Press, 1968, pp. 149-181.
— *et al.* (eds.), *Warwick University Ltd.: Industry, Management, and the Universities,* Harmondsworth, Penguin, 1970.
— y Yeo, E. (eds.), *The Unknown Mayhew. Selections from the «Morning Chronicle», 1849-1850,* Londres, Merlin Press, 1971 [incluye texto the E. P. Thompson, «Mayhew and the Morning Chronicle»].
—, *Whigs and Hunters: the origin of the black act,* Londres, Allen Lane, 1975 [ed. cast.: *Los orígenes de la Ley Negra. Un episodio de la historia criminal inglesa,* Madrid, Siglo XXI de España, 2010].
—, «Détente and disarmament», en K. Coates (ed.), *Détente and socialist democracy: a discussion with Roy Medvedev,* Nottingham, Spokesman, 1975, pp. 119-138.
—, Hay, D., Linebaugh P. *et al.* (eds.), A*lbion's Fatal Tree: Crime and Society in Eighteenth Century England,* Londres, Allen Lane, 1975 [incluye «The Crime of Anonimity», pp. 255-308; ed. cast.: «El delito de anonimato», en E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial,* Barcelona, Crítica, 1979, pp. 173-238].
—, Goody, J. y Thirsk, J. (eds.), *Family and inheritance: rural society in Western Europe, 1200-1800,* Cambridge, Cambridge University Press, 1976 [Incluye E. P. Thompson, «The Grid of Inheritance: a Comment», pp. 328-360, texto en castellano «El entramado hereditario: un comentario» en *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* 1979, pp. 135-172; y en *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 45-87].
—, «Postscript: 1976», en *William Morris: Romantic to Revolutionary,* 2.ª ed. revisada, Londres, Merlin Press, 1977.
—, «Response to Tony Benn», en K. Coates y F. Singleton (eds.), *The Just Society,* Nottingham, Spokesman Press, 1977.
—, «Introduction», en *Review of Security and the State,* Londres, Julian Friedman Books, 1978 [reeditado como «The Secret State» en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].

—, «London», en M. Phillips (ed.), *Interpreting Blake,* Cambridge, Cambridge University Press, 1978, pp. 5-31.
—, *The Poverty of Theory and Other Essays,* Londres, Merlin Press, 1978 [ed. cast.: *Miseria de la teoría,* Barcelona, Crítica, 1981].
—, *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980.
— (ed.), *Protest and Survive,* Nottingham, Russell Press, 1980, Campaign for Nuclear Disarmament (CND) y Bertrand Russell Peace Foundation [ed. cast.: «Protestar para sobrevivir», *El Viejo Topo* 50, 1980, pp. 4-9; «Protesta y sobrevive (I)», *Mientras Tanto* 5, 1980, pp. 33-54; «Protesta y sobrevive (II)», *Mientras Tanto* 6, 1981, pp. 85-108; y en E. P. Thompson, M. Sacristán, A. Domènech *et al., Protesta y Sobrevive,* Madrid, Hermann Blume 1983].
—, «1980 Preface», *The Making of the English Working Class,* Londres, Penguin, 1980.
— *et al., Britain and the Bomb. The New Statesman Papers on Defence and Disarmament,* Londres, New Statesman.
—, «The Politics of Theory», en R. Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory,* Lodres, Routledge & Keagan Paul, 1981, pp. 390-415 [ed. cast.: «La política de la teoría», en R. Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista,* Barcelona, Crítica, 1984, pp. 301-317].
— *et al., Debate on Disarmament,* Londres, Routledge and Keagan Paul, 1982.
—, «Europe the Weak Link in the Cold War», en New Left Review (ed.), *Exterminism and Cold War,* Londres, New Left Books, 1982, pp. 329-349.
—, *Zero Option,* Londres, Merlin, 1982 [ed. cast.: *Opción Cero,* Barcelona, Crítica, 1983].
—, «Resurgence in Europe and the role of END», en J. Minnion y Ph. Bolsover (eds), *The CND Story,* Londres, Allison & Busby, 1983.
—, «Letter to Prague», en J. Kavan y Z. Tomin (eds.), *Voices from Prague,* Londres, END/Palach Press Ltd, pp. 17-21.
—, *The Defence of Britain: A Sequel to Protest and Survive,* Londres, Merlin-END, 1983.
— y Koszegui, F., *The New Hungarian Peace Movement,* Londres, Merlin-END, 1983.
—, *Double Exposure,* Londres, Merlin Press, 1985.
—, *The heavy dancers,* Londres, Merlin Press, 1985, [incluye «The two sides of Yalta»; ed. cast.: «Las dos caras de Yalta (Respuesta abierta a Jaroslav Sabata)», *Tiempo de Paz,* 52-53, 1999, pp.

15-22; el libro completo en castellano, a excepción de dos de sus capítulos es publicado como *Nuestras Libertades y Nuestras Vidas,* Barcelona, Crítica, 1987].
— y THOMPSON D., (ed.), *Star Wars: Self-destruct Incorporated,* Londres, Merlin Press, 1985 [incluye texto de E. P. Thompson, «Why is Star Wars? And "Folley's comet"»; ed. cast.: *La guerra de las galaxias,* Barcelona, Crítica, 1986].
—, «Letter to Americans» y «The view from Oxford Street», en M. Caldor y P. Anderson (eds.), *Mad Dogs: The US Raids on Lybia,* Londres, Pluto Press – European Nuclear Disarmament (END), 1986.
— y SMITH, D. (eds.), *Prospectus for a habitable planet,* Harmondsworth, Penguin, 1987 [incluye texto de E. P. Thompson «The rituals of enmity»].
—, «Eighteenth-Century ranters: did they exist?», en G. Eley y W. Hunt (eds.), *Reviving the English Revolution,* Londres, Verso, 1988.
—, *The Sykaos Papers: being an account of the voyages of the poet Oi Paz to the system of strim in the seventeenth galaxy,* Londres, Bloomsbury, 1988.
—, ARCHER, R., *et al., Out of Apathy. Voices of the New Left Thirty Years On,* Londres, Verso, 1989.
—, «Ends and Histories», en M. Kaldor (ed.), *Europe from Below. An East-West Dialogue,* Londres, Verso, 1991.
—, *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture,* Nueva York, New Press, 1991 [incluye sus ensayos históricos aparecidos en *Past and Present, Journal of Social History* y *Annales ESCC,* y los inéditos «Custom, Law and Common Right», pp. 97-184 y «The Sale of Wives», pp. 404-466; ed. cast.: *Costumbres en común,* Barcelona, Crítica, 1995].
—, «The Ends of the Cold War», en R. Blackburn (ed.), *After the Fall. The Failure of Communism and the Future of Socialism,* Londres, Verso, pp. 107-120 [ed. cast.: «Los finales de la Guerra Fría: una réplica», en R. Blackburn (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo,* Barcelona, Crítica, 1993, pp. 105-117].
—, «Introduction», en R. Tagore, *Nationalism,* Londres, MacMillan, 1991.
—, «Preface», en M. McEwen, *The Greening of a Red,* Londres, Pluto Press, 1991.

—, «Homage to Tom McGrath», en Reginald Gibbons y Terrence Des Pres (eds.): *Tom McGrath: Life and the Poem,* Urbana, University of Illinois Press, 1992.
—, *«Alien Homage»: Edward Thompson and Rabindranath Tagore,* Oxford, Oxford University Press, 1993.
—, *Witness against the Beast: William Blake and the Moral Law,* Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
—, *Persons and Polemics. Historical Essays* Londres, Merlin Press, 1994 [incluye «History and Anthropology», conferencia realizada en el Indian History Congress de 1976, (esta última incluida en castellano en *Historia social y antropología,* México, Instituto Mora, 1994); y en «Historia y antropología», *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 15-43; la obra se publicó en Estados Unidos bajo el título *Making History. Writings on history and culture,* Nueva York, New Press, 1994].
—, *The Poverty of Theory: or an Orrery of Errors,* intr. de D. Thompson, Londres, Merlin Press, 1995.
—, *The Romantics: England in a Revolutionary Age,* Nueva York, New Press, 1997 [incluye «Disenchantment or Default? A Lay Sermon» y «Wordsworth's Crisis»].
—, *Beyond the Frontier: The Politics of a Failed Mission: Bulgaria 1944,* Londres, Merlin Press, 1997 [ed. cast.: *Más allá de la frontera. La política de una misión fracasada: Bulgaria, 1944,* Barcelona, El Viejo Topo, 2012].
—, *Collected Poems,* Newcastle, Blooxdale Books, 1999.
—, *The essential E. P. Thompson,* ed. de D. Thompson, Nueva York, New Press, 2001 [ed. cast.: *Obra esencial,* Barcelona, Crítica, 2002].
—, *E. P. Thompson and the making of the new left: essays and polemics,* Londres, Lawrence and Wishart, 2014.

Artículos en publicaciones periódicas de E. P. Thompson

—, «Poetry's not so easy», *Our Time,* junio de 1947.
—, «Comments on a People's Culture», *Our Time,* octubre de 1947.
—, «Mr Cameron», *The Highway,* abril de 1949.
—, «A New poet», *Our Time,* junio de 1949.
—, «The Murder of William Morris», *Arena* 2 (7), 1951.

—, «William Morris and the moral issues of today», *Arena* 2 (8), 1951.
—, «Winter Wheat in Omsk», *World News,* 30 junio de 1956.
— y SAVILE, J. (eds.), «Why are we publishing?», *The Reasoner* 1, julio de 1956.
—, «Reply to George Matthews», *The Reasoner* 1, julio de 1956.
— y SAVILLE, J. (eds.), «The Case for Socialism», *The Reasoner* 2, septiembre de 1956.
—, «Through the Smoke of Budapest», *The Reasoner* 3, noviembre de 1956, pp. 1-7.
—, «Socialism and the Intellectuals», *Universities and Left Review (ULR)* 1, primavera de 1957 [la colección completa de *ULR* está disponible en la web de Barrie Amiel & Norman Melburn Trust, en [http://www.amielandmelburn.org.uk/collections/ulr/index_frame.htm] (consulta 9 de julio de 2014)].
—, «Socialism and the Intellectuals: A Reply», *ULR* 2, verano de 1957.
—, «Socialist Humanism: An Epistle to Philistines», *The New Reasoner* 1, verano de 1957, pp. 105-143.
—, «God and King and Law», *The New Reasoner* 3, invierno de 1957-58 [reseña de R. J. White, *Waterloo to Peterloo;* y Donald Read, *Peterloo*].
—, «The Making of "London"», *The New Reasoner* 3, invierno de 1957-1958 [con el pseudónimo de William Jessup].
—, «Letter to Our Readers», *The New Reasoner* 5, verano de 1958.
—, «Agency and Choice», *The New Reasoner* 5, verano de 1958, pp. 89-106.
—, «NATO, neutralism and survival», *ULR* 4, 1958.
—, «Commitment in Politics», *ULR* 6, 1959.
—, «The New Left», *The New Reasoner* 9, verano de 1959.
—, «An Psessay on Ephology», *The New Reasoner* 10, otoño de 1959, pp. 1-8.
—, «At the point of production», *New Left Review (NLR)* 1, enero/febrero de 1960.
—, «Revolution», *NLR* 3, mayo/junio de 1960.
—, «Letter to Readers», *NLR* 4, julio/agosto de 1960.
—, «Countermarching Armageddon», *NLR* 4, julio/agosto de 1960, pp. 12-20.
—, «A Communist Salute», *The Reasoner,* octubre de 1960.
—, «Revolution Again: Or, shut your ears and run!», *NLR* 6, noviembre/diciembre de 1960, pp. 18-31.

—, «The Long Revolution (I y II)», *NLR* 9-10, mayo/junio y julio/agosto de 1961, pp. 24-33 y 34-39 [una última página de la segunda parte será accidentalmente eliminada del número 10 de la revista y publicada en *NLR* 11, septiembre-octubre].
—, «Notes for Readers», *NLR,* noviembre/diciembre de 1961.
—, «Documents: The North of England Socialist Federation», *Labour History Review* 6 (6), primavera de 1963, pp. 30-31.
—, «C. Wright Mills: The Responsible Craftsman», *Peace News,* 22 y 29 de noviembre de 1963.
—, «Working class culture – The transition to industrialism», *Bulletin of the Society for the Study of Labour History (SSLH)* 9, 1964, pp. 4-6.
—, «The Peculiarities of the English», *Socialist Register,* 1965, pp. 311-362 [reimpreso en *The Poverty of Theory and Other Essays,* 1979; ed. cast.: «Las peculiaridades de lo inglés», *Historia Social* 18, 1994, pp. 9-62; y *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos,* Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente (UNED-Alzira) / Fundación Instituto de Historia Social, 2002]. El archivo en línea de libre acceso a la revista *Socialist Register* (1965-2004) está disponible en [http://socialistregister.com/index.php/srv/issue/archive] (consulta 9 de julio de 2014).
—, «The Book of Numbers», *Times Literary Supplement (TLS),* 9 de diciembre de 1965 [reseña sin firma de E. P. Thompson del libro Peter Laslet, *The world we have lost*].
—, «History from Below», *TLS,* 7 de abril de 1966.
—, «Glandular Aggression», *New Society,* 19 de enero de 1967.
—, «Time, Work-discipline, and Industrial Capitalism», *Past and Present* 38, 1967, pp. 56-97 [ed. cast.: «Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* 1979, pp. 239-293; reimpreso en *Customs in Common,* 1991].
—, «The Political Education of Henry Matthew», *Victorian Studies* 11 (1), 1967.
—, «English Trade Unionism and Other Labour Movements Before 1790», *Bulletin of the SSLH* 17, otoño de 1968, pp. 19-24.
—, «Man Bites Yeoman», *TLS,* 11 de diciembre de 1969 (reseña anónima).
—, «The Business University», *New Society,* 19 de febrero de 1970 [reimpreso en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].

—, «A Report on Lord Radcliffe», *New Society,* 30 de abril de 1970 [reimpreso en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].
—, «Sir, writing by the candlelight», *New Society,* 24 de diciembre de 1970.
—, «Organising the Left», *TLS,* 19 de febrero de 1971.
—, «The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century», *Past and Present* 50 (1), 1971, pp. 76-136 [ed. en cast.: «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuleta y conciencia de clase,* 1979, pp. 62-134; reimpreso en *Customs in Common,* 1991].
—, «Yesterday's manikin», *New Society,* 29 de julio de 1971.
—, «A special case», *New Society,* 24 de febrero de 1972 [reeditado en *Writing by the Candlelight,* 1980].
—, «Rough Music: le charivari anglais», *Annales E. S. C.* 27 (2), 1972, pp. 285-312 [ed. cast.: «Rough Music: la cencerrada inglesa», en *Historia social y antropología,* 1994; reimpreso en *Customs in Common,* 1991].
—, «Anthropology and the Discipline of Historical Context», *Midland History* 1, 3, 1972, pp. 41-55 [reseña de K. Thomas, *Religion and the decline of magic;* y A. Macfarlane, *The Family Life of Ralph Josselin*].
—, «An Open Letter to Leszek Kolakowski», *Socialist Register,* 1973, pp. 1-100 [reproducido en *The Poverty of Theory and Other Essays,* Londres, Merlin Press, 1978].
—, «Under the same roof-tree», *TLS,* 4 de mayo de 1973 [reseña como anónimo de P. Laslett (ed.), *Household and Family in Past Time,* Cambridge, Cambridge University Press, 1972].
—, «Alexander Pope and the Windsor Blacks», *TLS,* 7 de septiembre de 1973.
—, «Responses to Reality», *New Society,* 4 de octubre de 1973.
—, «Testing Class Struggle», *Times Higher Education Supplement,* 8 de marzo de 1974 [reseña de J. Foster, *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1974].
—, «In Citizens, Bad Books», *New Society,* 28 de marzo de 1974.
—, «Patrician Society, plebeian culture», *Journal of Social History* 7 (4), verano de 1974, pp. 382-405 [reeditado como «The Patricians and the Plebs», en *Customs in Common,* 1991].
—, «A question of manners», *New Society,* 11 de julio de 1974.

—, «Mary Wollestonecraft», *New Society,* 19 de septiembre de 1974 [reseña del libro de C. Tomalin, *The life and death of Mary Wollestonecraft,* Weidenfeld & Nicholson; ed. cast.: «Mary Wollestonecraft», *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 87-96].
—, «A nice place to visit», *New York Review of Books,* 6 de febrero de 1975 [reseña de R. Williams, *The country and the city*].
—, «Time on the Cross», *TLS,* 4 de julio de 1975.
—, «On History, Sociology and Historical Relevance», *British Journal of Sociology* 27 (2), pp. 387-402 [reseña de R. Moore, *Pitmen, Preachers and Politics*].
—, «Romanticism, Utopianism, and Moralism: The Case of William Morris», *New Left Review* 99, septiembre/octubre de 1976.
—, «The Marx Claimants», *The Guardian,* 16 de septiembre de 1976.
—, «English Daughter», *New Society,* 5 de marzo de 1977 [reseña del libre de Y. Kapp, *Eleanor Marx: The Crowded Years, 1884-1898,* 2 vols., Londres, Lawrence and Wishart, 1976; reseña en castellano «Eleanor Marx», en *Agenda para una Historia Radical,* pp. 97-11].
—, «Caudwell», *Socialist Register* 14, 1977, pp. 228-276 [reeditado en «Christopher Caudwell», *Critical Inquiry* 21 (2), 1995, pp. 305-353; ed. cast.: «Cristopher Caudwell», en *Agenda para historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 125-193].
—, «Alcune osservazioni su classe e "falsa coscienza"», *Quaderni Storici,* 12 (3), 1977 pp. 900-908 [ed. cast.: «Algunas observaciones sobre clase y "falsa conciencia"», *Historia Social* 10, 1991, pp. 27-32].
—, «Folklore, Anthropology and Social History», *Indian Historical Review* III (2), enero de 1978, pp. 247-266 [«Folklore, antropología e historia social», en *Historia Social* 3, 1989, pp. 81-102; y en *Historia y antropología social,* México, Instituto Mora, 1994].
—, «Happy families», *New Society,* 8 septiembre de 1977 [reseña de L. Stone, *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800,* Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1977; ed. cast. incluida en *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos,* pp. 189-201].
—, «The Politics of the Judiciary», *TLS,* 27 de enero de 1978.
—, «Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?», *Social History* III (2), mayo de 1978 [ed. cast.: «La so-

ciedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* 1979, pp. 13-61; reimpreso en *Customs in Common,* 1991].
—, «The State and its enemies», *New Society,* 19 de octubre de 1978 [reeditado en *Writing by the Candlelight,* 1980].
—, «The State within the State», *New Statesman,* 10 de noviembre de 1978 [reeditado en *Writing by the Candlelight,* 1980].
—, «The Nehru Trdition», *Guardian,* 16 de noviembre de 1978 [reeditado en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].
—, «Sold like a sheep for £ 1», *New Society,* 14 de diciembre de 1978 [reseña de G. Rudé, *Protest and Punishment: The Story of the Social and Political Protesters transported to Australia, 1788-1868,* Oxford, Clarendon Press, 1978].
—, «An Elisabethan Diary», *Vole,* febrero de 1979 [reeditado en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].
—, «The Acceptable Faces of Marxism», *The Observer,* 4 de febrero de 1979 [reeditado como «The Great Fear of Marxism», en *Writing by the Candlelight,* Londres, Merlin Press, 1980].
—, «Comment on "Common values?". An argument», *Stand* 20 (2), 1979.
—, «Commitment and Poetry», *Stand* 20 (2), 1979, pp. 53-57.
—, «Edgell Rickword», *Poetry Nation Review,* Suplemento 28, 6 (1), 1979.
—, «On the new issue of postage stamps», *New Society,* 8 de noviembre de 1979.
—, «Law and order and the police», *New Society,* 15 de noviembre de 1979.
—, «The rule of the judges», *New Society,* 22 de noviembre de 1979.
—, «Trial by jury», *New Society,* 29 de noviembre de 1979.
—, «Anarchy and culture», *New Society,* 6 de diciembre de 1979.
—, «The end of an episode?», *New Society,* 13 de diciembre de 1979.
—, «An alternative to Doomsday», *New Statesman,* 21-28 de diciembre de 1979 [«The Doomsday Consensus», en *Writing by the Candlelight,* 1980].
—, «A Show for the European Theatre?», *The Guardian,* 23 de febrero de 1980.
—, «The common people and the law», *New Society,* 24 de julio de 1980.

—, «Danger of being too clever by half», *The Guardian,* 10 de agosto de 1980.
—, «Notes on Exterminism: The Last Stage of Civilisation», *NLR* 121, invierno de 1980, pp. 30-45 [ed. cast.: «Notas sobre el exterminismo: la última etapa de la civilización», *Mientras Tanto* 11, 1982, pp. 65-106].
—, «Thinking about the New Movement», *END Bulletin* 1, 1980, pp. 13-15.
—, «Letter to America», *The Nation,* 24 enero de 1981, pp. 67-93.
—, «Proposals for Discussion», *END Bulletin* 5, verano, 1981, pp. 8-9.
—, «Rough Music et charivari. Quelques réflexions compleméntaires», *Civilisations et Societés* 67 («Le charivari»), 1981, pp. 273-284.
—, «Eurozone Reality», *Sanity* 5, octubre-noviembre de 1981, p. 22.
—, «Foreword, Charter 77», *END Bulletin* 8, primavera de 1982, p. 20.
—, «The War of Thatcher's Face», *The Times,* 29 de abril de 1982.
—, «Deterrence and "Addiction"», *Yale Review* 72 (1), octubre de 1982, pp. 1-18.
—, «Will 1983 end in darkness for Europe?», *Sanity* 12, diciembre de 1983.
—, «Revolution in a Cold Climate», *END Journal,* 8, febrero-marzo de 1984.
—, «Bumpy but beneficial», *END Journal,* 9, abril-mayo de 1984.
—, «E. P. Thompson replies to Sabata», *New Statesman,* 4 de mayo de 1984.
—, «Por un continente democrático y pacífico», *Mientras Tanto* 21, diciembre de 1984, pp. 113-122.
—, «Agenda: The Ideological Delirium with Strikes Chords in the Worst Traditions of American Populism», *Guardian,* 18 de febrero de 1985.
—, «Five years on», *END Journal* 16/17, verano de 1985.
—, «Una Europa sin bloques, una España neutral», *Mientras Tanto* 25, 1/2 («número de intervención inmediata y despliegue rápido OTAN NO»), febrero de 1986, pp. 81-90.
—, «Perspectivas para la paz», *En Pie de Paz* 1, 1986, pp. 19-20.
—, «Powers and Names» [a poem], *London Review of Books (LRB)* 8 (1), 23 de enero de 1986, pp. 9-10.

—, «The Pie Isn't in the Sky: Look Who's Really Behind Star Wars», *The Nation,* 1 de marzo de 1986, pp. 233-238.
—, «Memories of Tagore», *LRB* 8 (9), 22 de mayo de 1986, pp. 18-19.
—, «Agendas for Radical History», con E. J. Hobsbawm, Ch. Hill, P. Anderson, *Radical History Review* 36, 1986, pp. 26-45 [la intervención de E. P. Thompson en castellano se editó junto con otros textos en *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 7-14].
—, «26 July 1987, Court Appeal: the Public Interest v. the Interested Public, Ex parte the Fourth State», *LRB* 8 (15), 4 de septiembre de 1986, pp. 7-8.
—, «The Reasons of the Yahoo», *Yale Review* 75 (4), octubre de 1986, pp. 481-502.
—, «Changing the Nature of Politics», *END Journal* 19, 1986, pp. 21-27.
—, «Subduing the jury», *LRB* 8 (21), 4 de diciembre de 1986, pp. 7-9.
—, «Subduing the jury», *LRB* 8 (22), 18 de diciembre de 1986, pp. 12-13.
—, «Eurocentrism, Indocentrism and Internationalism», *END Journal* 31, diciembre 1986-enero 1987.
—, «Diary», *LRB* 9 (9), 7 de mayo de 1987, pp. 20-21.
—, «Seconds away» [a letter], *LRB* 9 (9), 7 de mayo de 1987.
—, «Protest and Revise», *END Journal* 37, pp. 36-37.
— *et al.,* «Letter Against Loans to Chile» [129 firmantes], *The New York Review of Books,* 11 de junio de 1987.
—, «Homage to Thomas McGrath», *TriQuarterly* 70, verano, 1987, pp. 106-157.
—, «On the Rant», *LRB* 9 (13), 9 de julio de 1987, pp. 9-10 [reseña del libro de J. C. Davis, *Fear, Myth and History: The Ranters and the Historians,* Cambridge, Cambridge University Press].
—, «On the Rant» [a letter], *LRB* 9 (17), 1 de octubre de 1987.
—, «Las dispatches from the border country: Raymond Williams», *The Nation,* 5 de marzo de 1988 [«En la muerte de Raymond Williams», *Mientras Tanto* 34, 1988, pp. 111-116].
—, «Wordsworth's crisis», *London Review of Books,* 10 (22), 8 de diciembre de 1988, pp. 3-6 [reseña de N. Roe, *Wordsworth and Coleridge: the radical years*].
—, «Wordsworth's crisis» [a letter], *LRB* 11 (5), 2 de marzo de 1989.

— *et al.,* «Crackdown in Prague» [49 firmantes], *The New York Review of Books,* 13 de abril de 1989.
—, «Look Forward, no Backward!», *Sanity,* 5 de mayo de 1989, pp. 9-13.
—, «History Turns on a New Hinge: END and Beginning», *New Statesman,* 29 de enero de 1990.
—, «Our Mission Remains: Break up the Blocks in Europe», *The Nation,* agosto de 1990.
—, «Mixed Soviet Blessings», *The Guardian,* 11 de agosto de 1991.
—, «The Making», *The New York Review of Books,* 19 de diciembre de 1991.
—, «Perdonad si disiento», *Tiempo de Paz* 26, 1992-1993, pp. 26-28.
—, «Blake's Tone», *London Review of Books* 15 (2), 28 de enero de 1993, pp. 12-13 [reseña de J. Mee, *Dangerous Enthusiasm: William Blake and the Culture of Radicalism in the 1790s,* Oxford, Clarendon Press].
—, «Theory and Evidence», *History Workshop Journal* 35, 1993.
—, «The Making of the Ruling Class», *Dissent,* junio de 1993, pp. 377-381 [reseña de L. Colley, *Britons: Forging the Nation, 1707-1837;* ed. cast.: «La formación de una clase dominante», *Debats* 45, 1993, pp. 119-123].
—, «Benevolent Mr Godwin», *LRB* 15 (13), 8 de julio de 1993, pp. 14-15 [reseña de varios libros de W. Godwin y sobre el personaje].
—, «Hunting the Jacobin Fox», *Past and Present* 142 (1), 1994, pp. 94-140.
—, «Bases para una paz democrática», *Tiempo de Paz* 52-53, 1999, pp. 32-35.

Panfletos y miscelánea de E. P. Thompson

—, *The Fascist Threat to Britain,* Londres, Communist Party of Great Britain, 1947.
—, «On the liberation of Seoul [poem]», *Arena* 2 (6), 1951.
—, *The Struggle for a Free Press,* Londres, People's Press Printing Society, 1952.
—, *The Communism of William Morris,* Londres, The William Morris Society, 1965 [conferencia realizada en el Hall of the Art Workers' Guild, 4 de mayo de 1959; ed. cast.: «William Mo-

rris», *Agenda para una historia radical,* Barcelona, Crítica, 2000, pp. 113-124].
—, *Education and experience,* V Mansbridge Memorial Lecture, Leeds, Leeds University Press, 1968.
—, «Homage to Salvador Allende [a poem]», *Spokesman Broadsheet,* 30 septiembre 1973.
—, «An Interview with E. P. Thompson» [por M. Merrill], *Radical History Review* 3 (4), pp. 4-25, 1976 [ed. cast.: «Una entrevista con E. P. Thompson», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase,* 1979, pp. 294-318].
—, «Recovering the libertarian tradition» [entrevista], *The Leveller* 22, enero de 1979, pp. 20-22.
—, «Europe Reborn. An Interview with E. P. Thompson», *Peace News,* 15 de mayo de 1981.
—, «European Nuclear Disarmament: an interview with E. P. Thompson (by Michael Kazin)», *The Socialist Review* 58, 1981, pp. 9-34.
—, *Human Rights and Disarmament: an exchange of letters between E. P. Thompson & Václav Racek,* Notingham, Spokesman (END y Bertrand Russell Peace Foundation), 1981.
—, *Beyond the Cold War,* Londres, Merlin Press/END, diciembre de 1981 [edición ampliada de la conferencia del 26 de noviembre de 1981 en Worcester City Guidehall].
—, «Where do you stand?» [entrevista de E. P. Thomspon con M. Foot], *New Socialist* 3, enero-febrero de 1982.
—, *Infant and Emperor Poems for Christmas,* Londres, Merlin, 1983.
—, «Nuclear weapons, the arms race and the peace movement» [entrevista de E. P. Thompson y C. Coll con H. Kreisler], *California Living,* 11 de septiembre de 1983.
—, «The politics of peace» [entrevista de E. P. Thompson con A. Frinkel, 1983], 1988, dispobible en [http://aurora.icaap.org/index.php/aurora/article/view/66/78] (consulta 9 de julio de 2014).
—, «Conversando con E. P. Thompson» [por R. Grasa y V. Stroke], *En Peu de Pau,* junio-septiembre de 1984 [reeditado en *Mientras Tanto,* septiembre-octubre de 1993, pp. 137-142].
—, «Interview with Merryl Moore», en H. Abelove *et al.* (eds.), *Visions of History,* Nueva York, Pantheon, 1984.
—, «Beyond the blocs: non-aligned peace, an interview with E. P. Thompson», Edmonton, East European Solidarity Committee, 1984.

—, «East and West Europe belong belong to the same culture» [una conversación entre E. P. Thompson y G. Konrad], *The Listener,* 13 de junio de 1985.
—, «Entrevista: La Campaña del Referéndum. Edward Thompson: "Si España sale de la OTAN, aumentará la seguridad española y mundial"» [entrevista a E. P. Thompson por R. Fraguas], *El País,* 24 de febrero de 1986.
—, «Making history: an interview with E. P. Thompson» [por B. Webb], *Peace and Democracy News* 23 (1), 1991, pp. 7-9.
—, *Reflections on Jacoby and all that,* conferencia inédita realizada en el programa History and Society de la Universidad de Minnesota, curso académico 1987/1988, disponible desde 2013 en la web del *History Workshop Online* [http://www.historyworkshop.org.uk/wp-content/uploads/2013/11/Thompson_Reflections-on-Jacoby-and-all-that.pdf] (consulta 9 de julio de 2014) [ed. cast.: «Reflexiones sobre Jacoby y todo eso», trad. de A. Domènech, *Sociología Histórica: Revista de investigación acerca de la dimensión histórica de los fenómenos sociales* 3, 2013, pp. 15-26].

SOBRE LOS AUTORES

Juan Andrade es profesor de Historia en la Universidad de Extremadura. Su trayectoria investigadora se ha centrado en el estudio de la izquierda entre el tardofranquismo y la actualidad, siendo autor de *El PCE y el PSOE en (la) transición* y, con y sobre Julio Anguita, *Atraco a la Memoria*.

Ferran Archilés es profesor en el departamento de Historia contemporánea de la Universitat de València. Sus líneas de investigación se han centrado en el estudio de los fenómenos nacionales y la construcción de las identidades colectivas.

José Babiano es doctor en Historia contemporánea y director del Área de Historia, Archivo y Biblioteca de la Fundación Primero de Mayo. Es especialista en Historia del trabajo y de las migraciones, así como en sus fuentes documentales y en su tratamiento.

Ángeles Barrio Alonso es catedrática de Historia contemporánea en la Universidad de Cantabria. Su investigación se ha orientado a la Historia social y cultural del obrerismo y las relaciones laborales en España, en la Europa del Sur y América Latina.

Pedro Benítez es doctor en Filosofía y profesor de enseñanza media. Ha trabajado en Teoría política y ha publicado *E. P. Thompson y la historia. Un compromiso ético y político* o *La formación de un francotirador solitario. Lecturas filosóficas de L. Althusser*.

Xavier Domènech es profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona y ha centrado su trabajo en el estudio del movimiento obrero, de la lucha antifranquista y de la relación entre movimientos sociales y cambio político. Su última obra es *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013)*. Es diputado por En Comú Podem.

Francisco Erice es profesor titular de Historia contemporánea en la Universidad de Oviedo y coordinador de la Sección de His-

toria de la Fundación de Investigaciones Marxistas. En los últimos años ha publicado diversos trabajos sobre historia de los comunistas, memoria colectiva e historiografía marxista.

Elena Hernández Sandoica es catedrática de Historia contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y se ocupa de cuestiones de teoría y análisis historiográfico, Historia cultural y de las relaciones de género. Entre sus libros: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy* y *Política y escritura de mujeres*.

Adrià Llacuna es doctorando de la Universitat Autònoma de Barcelona y miembro del Grup d'Estudis República i Democràcia. Ha estudiado el desarrollo de la izquierda británica y su tesis doctoral analiza la dimensión cultural del Partido Ccomunista de Gran Bretaña durante el periodo de entreguerras.

Miren Llona es profesora titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea. Su trabajo de investigación se centra en la construcción de la subjetividad desde una perspectiva nacional, de clase y de género; la historia oral y el análisis de la memoria; y la Historia de género.

Ubaldo Martínez Veiga es catedrático de Antropología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia y ha trabajado sobre Ecología política, Antropología económica, Migraciones internacionales y problemas de urbanismo y pobreza. Actualmente desarrolla una investigación en Estados Unidos sobre la ideología y contexto social de la legislación migratoria en España.

José Antonio Pérez es Doctor en Historia contemporánea e investigador del Instituto de Historia social Valentín de Foronda (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea). Sus líneas de investigación se centran en el estudio del movimiento obrero antifranquista, de la violencia política y de la memoria histórica.

Rafael Ruzafa es investigador doctor permanente del departamento de Historia contemporánea y miembro del Instituto de Historia social Valentín de Foronda de la Universidad del País Vasco (Euskal Herriko Unibertsitatea). Sus líneas de investigación principales se centran en el mundo del trabajo, la previsión social y las obras públicas en la época contemporánea.

Julián Sanz es profesor titular de Historia contemporánea en la Universitat de València y miembro de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas. Ha desarrollado diferentes líneas de investigación sobre la historia de las derechas, la dictadura franquista, la identidad nacional y el movimiento obrero en la España del siglo XX.

Javier Tébar Hurtado es director del Arxiu Històric de Comisiones Obreras de Catalunya y profesor asociado de la Universidad de Barcelona. Su línea de investigación se centra en los cambios históricos en el mundo del trabajo y en las formas de organización obrera.

Toda la obra de E. P. Thompson, hito esencial en el modo de pensar la historia, es una notable aportación para renovar el aparato metodológico y conceptual con el que analizar nuestro pasado y presente. En sus estudios sobre la construcción de la clase obrera, mostró cómo esta no era un mero producto de estructuras económicas, sino sujeto que interviene activamente en su propia conformación: dirigió nuestra mirada a la vida cotidiana, a la cultura popular, a las reivindicaciones de los más desfavorecidos, en suma, a la experiencia como elemento decisivo en la constitución de la clase. Nos enseñó a ver la historia desde abajo.

E. P. Thompson. Marxismo e Historia social retoma las categorías, herramientas y debates que este historiador nos ofreció: el impacto de la crisis económica, el ataque a los derechos sociales y civiles en muchos países, la crisis de representación política... De la mano de E. P. Thompson es posible comprender la historia como reflexión encaminada a una acción colectiva que se origine desde abajo, desde los sujetos obreros y populares a los que el grandioso historiador dedicó su análisis y su compromiso vital.

SIGLO XXI ESPAÑA

open access

FIM Fundación de Investigaciones Marxistas

CC BY NC ND

ISBN 978-84-323-1820-7

9 788432 318207

www.sigloxxieditores.com

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.